

LEOPLÁN
MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
En este número:
EL MISTERIO DE LOS TRES HOMBRES RENGOS
Texto íntegro de la famosa novela policial de ELLERY QUEEN
Seguida de: EL MISTERIO DEL ESPEJO y
EL MISTERIO DE LA MUJER BARBUDA
(Del mismo autor)
Además: HERODIAS, de GUSTAVO FLAUBERT
17 mayo 1944
30
centavos en todo el país







MISMO, PIDA GRATIS ESTE LIBRO

• HOY MISMO mándenos su nombre y dirección y a vuelta de correo recibirá usted, GRATIS Y SIN COMPROMISO, la última edición de la "GUIA DE ENSEÑANZA", "SU PORVENIR ASEGURADO", un interesante libro de 80 páginas, ampliamente ilustradas, con los detalles completos de los 70 cursos que enseñamos por correo, desde el año 1923.

• ES SUFICIENTE saber leer y escribir para poder estudiar en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS cualquier curso Comercial Técnico o Especial, pues nuestro sistema de enseñanza por correo es perfecto, moderno, individual y de fácil comprensión.

• CON UN GASTO INFIMO podrá usted estudiar en su casa, en sus momentos libres, un curso de verdadera utilidad práctica hasta llegar al final de sus estudios y recibir su Diploma.

• EL PRIMER PASO que usted debe hacer es solicitar la "GUIA DE ENSEÑANZA", pero hágalo en seguida, HOY MISMO.

SU PORVENIR ASEGURADO

GUIA DE ENSEÑANZA

Escuelas Latino-Americanas

AV. BOYACA 932 — BUENOS AIRES

PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA

Curso	Precio
SECCION COMERCIAL	
Empleado de Comercio	$ 40.—
Cajero	40.—
Secretario Comercial	70.—
Teneduría de Libros	60.—
Contador Mercantil	70.—
Empleado de Banco	40.—
Gerente Comercial	200.—
Técnico en Publicidad	70.—
Jefe de Publicidad	120.—
Vendedor	40.—
Jefe de Ventas	70.—
SECCION TECNICA	
Técnico Mecánico	$ 80.—
Técnico Maquinista	80.—
Construcción de Vías y Carreteras	80.—
Topógrafo	90 —
Motores a Explosión	80 —
Motores Diesel	80.—
Técnico Mecánico	80.—
Mecánico Agrícola	80.—
Construcciones	90.—
Mecánico de Automóviles	$ 80.—
Mecánico de Aviones	80.—
Técnico en Tornería	70.—
Técnico Electricista	80.—
Operador Cinematográfico	60.—
Fotografía Artística	70.—
Calefacción	100.—
Refrigeración	100.—
Aire Acondicionado	120.—
Técnico Tornero y Fresador	90.—
Máquinas Agrícolas	70 —
Fotograbador Técnico	80.—
Fresador	40.—
Carpintería y Ebonistería	60.—
Bobinaje	80.—
Técnico en iluminación	100.—
SECCION RADIO	
Técnico en Radio	$ 70.—
Técnico en Radio F.M.	40.—
SECCION INDUSTRIAL	
Industria Lechera	$ 60.—
Técnica Avicultor	60.—
Perito Enólogo	60.—
Técnico Apicultor	60.—
Industria Jabonera	60.—
Técnico Curtidor	70.—
SECCION QUIMICA	
Técnico Químico	$ 80.—
Químico Industrial	120.—
Químico Agrícola	80.—
SECCION DIBUJO	
Artístico	$ 60.—
Mecánico	70.—
Arquitectónico	70.—
Lineal	60.—
Técnico en Dibujos Animados	70.—
De Caricatura e Historietas	70.—
SECCION IDIOMAS	
Inglés	$ 60.—
Francés	60.—
SECCION FEMENINA	
Corte y Confección	$ 30.—
Confección de Sombreros	30.—
El Arte de Tejer	30.—
Cocina	30.—
Labores	30.—
SECCION ESPECIALES	
Periodismo	$ 70.—
Eficiencia General	70.—
Velocigrafía	25.—
Taquigrafía	30.—
Dactilografía	30.—
Matemáticas	30.—
Gramática	25.—
Caligrafía	25.—
Algebra	30.—
Aritmética	20.—
Ortografía	20.—

OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS

Inscripto como alumno en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS recibirá algunos de los siguientes obsequios:

VELOCIGRAFIA: "el nuevo método de escritura rápido": Regalamos el material de estudios y la enseñanza completa de VELOCIGRAFIA. Es suficiente un mes de estudio para poder escribir y leer con rapidez.

RADIO F. M. (Frecuencia Modulada). Una enseñanza superior para los alumnos inscriptos en el curso de Radio, autorizado especialmente por su inventor, ingeniero Armstrong, de Estados Unidos.

DICCIONARIO 512 páginas y 50.000 palabras.

CARNET DEL ESTUDIANTE: en cuero legítimo, con letras doradas y terminación artística.

GRATIS

Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA", de 80 páginas ilustradas.

Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección, mencionando esta revista.

LAS MAS ACREDITADAS
ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Avda. BOYACA 932 - BUENOS AIRES
enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO, el interesante libro "GUIA DE ENSEÑANZA", que le intere...

5 POR MES SON SUFICIENTES PARA ESTUDIAR EN LAS ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

AÑO XI - N.° 240
17 de mayo de 1944

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 138.577



[illegible] DEL [illegible]

[illegible] Maxwell, [illegible] las "caras [illegible] Hollywood [illegible] populari[illegible] cámaras y [illegible] pron[illegible] la pantalla [illegible]ción del [illegible]ndo.

Sumario

Págs.

EL MISTERIO DE LOS TRES HOMBRES RENGOS, texto íntegro de la famosa novela policial de **Ellery Queen** 52
EL MISTERIO DEL ESPEJO, del mismo autor 70
EL MISTERIO DE LA MUJER BARBUDA, del mismo autor 78
HERODIAS, texto íntegro de la célebre novela de **Gustavo Flaubert** 86
LA TEMPESTAD DE NIEVE, cuento dramático, por **Alejandro Puchkin** 4
LULES, HUERTA DE LA REPUBLICA, semblanza de un pueblo tucumano, por **Valentín de Pedro** 8
UNA PEQUEÑA ALMA, cuento trágico, por **Luis Couperus** 12
ALBERTO PRANDO, UN PINTOR FIEL A SU DESTINO, nota de arte, por **J. González Bayón** 16
EN LA SELVA, A LA HORA DE COMER..., cómo cocinan los "mensú", por **Germán Dros** 18
LA SALVACION DEL "ELISA KING", cuento del mar, por **Héctor Pedro Blomberg** 20
INGLATERRA MOVILIZA SUS AVIONES FANTASMAS, crónica de actualidad, por **Peter O'Neill** 22
ACTUALIDADES GRAFICAS 24
LA PENICILINA SE DESCUBRIO POR CASUALIDAD, nota de divulgación científica, por el **doctor W. Y.** 26
CUANDO DOS SEÑORAS SE BATIERON EN DUELO..., relato de un desafío entre damas, por **Avelino Rodríguez Elías** 28
UNA VISITA AL CAMPAMENTO ENEMIGO, recuerdos de un combatiente en Marruecos, por **Vicente Asensio de Aledo** 30
HISTORIAS DE ANIMALES, nota local, por **María de Alvarado** 32
LOS IMPOSIBLES, al margen del cancionero criollo, por **José Luis Lanuza** 34
VERLAINE, Y EL DRAMA DE BRUSELAS, un momento de la vida del gran poeta francés, por **Pierre Beaufort** 36
TODOS DICHOSOS, cuento humorístico, por **Jacinto Octavio Picón** 38
LOS NEGROS SE VAN..., crónica porteña, por **Gerardo Mendizábal** 40
FIGURAS DE LA ORATORIA ESPAÑOLA. — DON ANTONIO MAURA, otra colaboración exclusiva del ex jefe del Estado español, **don Niceto Alcalá Zamora** 42
AMOR PARA EL RECUERDO, cuento sentimental, por **Salvador Merlino** 44
LILLIAN HELLMAN, LA ESCRITORA DE LOS CUATRO EXITOS, crónica cinematográfica, por **Rolando W. Varela** 46
DINAMITEROS CONTRA NIHILISTAS, vida y milagros de Plácido Bélico, por **Carlos V Warnes** 48
SAN LORENZO DE CALILEGUA, de Argentina adentro, por **Marcos Cattaneo Díaz** 50
PARA MATAR EL TIEMPO, sección recreativa 98
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "Leoplán" 98

Ilustraciones de: **ARTECHE, RAUL VALENCIA, VALDIVIA, VILLAFAÑE, FAIRHURST** y **GUBELLINI**. - Historietas de: **TOONDER, CAO, VILLAFAÑE, HALEBLIAN Y DEL CASTILLO, HERGOTT, J. CHRISTIE M., GONZALEZ FOSSAT**, Etc., Etc.

En el próximo número, dos obras famosas completas:

ELLA Y EL, TEXTO INTEGRO de la novela de amor de **JORGE SAND**

JELI, EL PASTOR, novela dramática de **GIOVANNI VERGA**

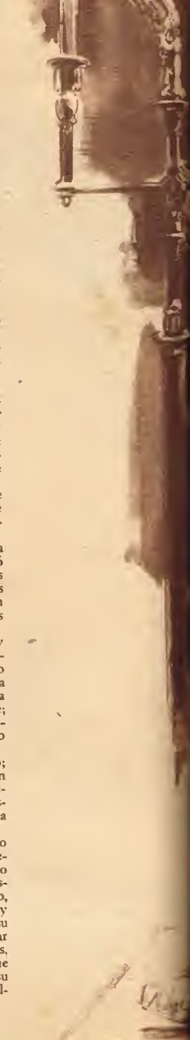
Y trabajos de: EDGAR ALLAN POE, EDUARDO MALLEA, PEDRO ANTONIO DE ALARCON, ANDOR GABOR, etc. etc.

"LEOPLÁN" aparece el 7 de junio • Treinta centavos en todo el país

EL CUENTO DRAMÁTICO



LA TEMPESTAD



Los caballos galopan sobre las colinas,
Apisonando la gruesa capa de nieve...
Sólo allá abajo aparece la casa de Dios.
....
De repente, estalla la tempestad;
Cae la nieve formando anchos copos;
El negro cuervo batiendo fuertemente sus alas,
Vuela sobre el trineo.
Sus gemidos proféticos presagian la desgracia,
Los caballos vuelan,
Con los ojos fijos en el lejano horizonte,
Y las crines erizadas.

(JOUKOVSKI.)

I

A fines del año de 1811, época para nosotros memorable, vivía, en sus dominios de Nenaradova, el bueno de Gavrilo Gavrilovitch R***, cuya generosa hospitalidad habíase hecho proverbial en todo el distrito. A cada instante, llegaban a su casa sus vecinos, dispuestos a comer, a beber o a jugar cinco kopeks al boston con su esposa Praskovia Petrovna; y otros con la intención de contemplar de cerca a su hija María Gavrilovna, una belleza de diecisiete años, pálida y bien formada. Pasaba por ser una rica heredera, y más de uno había formado ambiciosos proyectos sobre ella para sí o para su hijo.

María Gavrilovna, educada en las novelas francesas, no podía menos de estar enamorada. El elegido de su corazón era un subteniente pobre, que estaba con licencia en su aldea. No hay que decir que el joven participaba de la misma pasión, y que los padres de su adorada, habiendo sorprendido su mutua inclinación, habían prohibido a su hija que galantease con él y le recibían peor que a un asesor retirado.

Nuestros enamorados se hallaban en correspondencia y se veían cada día en el bosquecillo de pinos o cerca de la vieja capilla, donde cambiaban juramentos de eterno amor, se quejaban de la suerte y forjaban diferentes proyectos.

A fuerza de escribirse y de hablarse, acabaron (como era natural) por hacerse el razonamiento siguiente:

—Supuesto que no podemos respirar el uno sin el otro, y que la voluntad de unos padres inflexibles se opone a nuestra dicha, ¿por qué no ir más allá?

No es preciso decir que esta feliz idea había germinado en el cerebro del joven; pero que halló la más favorable acogida en la romántica imaginación de María Gavrilovna.

Al llegar el invierno, cesaron sus entrevistas, pero la correspondencia hízose más activa. Vladimir Nikolaievitch suplicábala en todas sus cartas que tuviese confianza en él; se casarían secretamente, vivirían ocultos por espacio de algún tiempo, irían después a arrojarse a los pies de sus padres, quienes, movidos, sin duda, a compasión por las desdichas y la heroica constancia de los amantes, acabarían por decirles:

—¡Hijos queridos, venid a nuestros brazos!

María Gavrilovna hubo de vacilar largo tiempo y de rechazar muchos planes de fuga fraguados por su amante; pero al fin consintió. El día señalado no cenaría, y, pretextando padecer un fuerte dolor de cabeza, se retiraría a su cuarto. Su doncella estaba en el complot, y ambas debían bajar al jardín por la escalera de servicio, montar en un trineo que les estaría esperando y trasladarse en él a Jadrino, aldea donde había una iglesia, situada a cinco verstas de Nenaradova; Vladimir las esperaría en la iglesia.

La víspera del día decisivo, María Gavrilovna no durmió en toda la noche; hizo su equipaje, anotó la ropa blanca y los efectos, y escribió una larga epístola a una señorita sensible, amiga suya, y otra a sus padres, en la que se despedía de ellos del modo más conmovedor, excusando su falta por la fuerza irresistible de la pasión, y terminaba diciéndoles que el momento en que se les permitiese arrojarse a los pies de los autores de sus días, sería el más feliz de su existencia.

Después de sellar las dos cartas, tendióse sobre su lecho, cuando rayaba ya el día, y comenzó a dormitar; pero los más horribles ensueños despertábanla a cada instante. Unas veces le parecía que en el momento de montar en el trineo para ir a casarse, deteníala su padre, arrastrábale sobre la nieve con una rapidez dolorosa, y arrojábala en un subterráneo tan profundo como obscuro... y se sentía caer, y su corazón experimentaba un horror indescriptible. Otras, veía a Vladimir tendido sobre la hierba, pálido, cubierto de sangre, que, en las ansias de la muerte, suplicábale, con voz conmovedora, que apresurase el momento de su matrimonio... Otras muchas visiones, tan fantásticas como estúpidas, sucediéronse unas tras otras.

Por fin se levantó más pálida todavía que de costumbre, con un dolor de cabeza bien verdadero por cierto. Sus padres observaron su intranquilidad, y su tierna solicitud, sus incesantes preguntas de: "¿Qué tienes, Macha? ¿Estás enferma, Macha?" le desgarraban el corazón. Trataba de tranquilizarlos, de mostrarse alegre y jovial; mas en vano.

Por fin llegó la noche. La idea de separarse de su familia la agobiaba. Casi desfallecida, despedíase mentalmente de todas las personas, de todos los objetos que la rodeaban.

Cuando sirvieron la cena, su corazón empezó a latir violentamente, y, con voz temblorosa, declaró que no quería comer y dió las buenas noches a sus padres. Abrazáronse, y, como de costumbre, ellos la bendijeron. Poco faltó para que no la delataran las lágrimas, que pugnaban por escaparse a torrentes de sus ojos.

Al llegar a su habitación, arrojóse en la butaca y lloró copiosamente. Su doncella recomendóle que tuviese valor y calma. Todo estaba dispuesto. Dentro de media hora, Macha abandonaría para siempre la casa de sus padres, su habitación y la vida tranquila de soltera... Fuera rugía una tempestad de nieve; el viento silbaba, y los postigos de las ventanas golpeábanse con estrépito; en todo creía ver un presagio amenazador y siniestro.

Pronto la casa entera quedó sumida en silencio; sus habitantes dormían. Macha se envolvió en un mantón, se echó sobre los hombros una abrigada pelliza, tomó en sus manos su arquilla y salió a la escalera de servicio, seguida de su doncella, que llevaba dos paquetes.

Bajaron al jardín. La tempestad no cedía; el viento azotaba sus rostros como si hubiese pretendido detener a la joven criminal. Costóle no poco trabajo llegar a la extremidad del jardín. En el camino esperábales el trineo. Los caballos, transidos de frío, piafaban impacientes; el cochero de Vladimir iba y venía por delante de ellos, procurando calmar su ardor. Ayudó a la barichnia y su doncella a montar en el trineo, y a colocar la arquilla y los paquetes, empuñó las riendas y hostigó a los caballos, que partieron como flechas. Confiemos la barichnia a su destino y a la destreza del cochero Terechka, y volvamos a nuestro joven enamorado.

II

Vladimir no había cesado de correr en todo el día. Por la mañana, fué a casa del cura de Jadrino; y, apenas se puso de acuerdo con él, partió de nuevo

DE NIEVE

Por ***ALEJANDRO PUCHKIN***

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



para buscar testigos entre los hacendados de los alrededores.

El primero a quien se dirigió fué un alférez retirado de caballería, de unos cuarenta años de edad, llamado Dravine, que aceptó de buena gana. Esta aventura, dijo, recordábale su juventud y las correrías de los húsares. Hizo que Vladimir se quedase a comer con él y se comprometió a procurarle los otros dos testigos. Y, en efecto, po:o después de comer llegaron el agrimensor Schmidt, con sus bigotes y sus espuelas, y el hijo del jefe de policía del distrito, muchacho de dieciséis años que acababa de sentar plaza en un regimiento de hulanos, quienes, no contentos con aceptar la proposición de Vladimir, juraron sacrificarles sus vidas. Vladimir los abrazó con efusión, y marchóse a continuar sus preparativos.

Había anochecido ya hacía tiempo. Envió a Nenaradova a su fiel Terechka con sus tres caballos, después de haberle dado instrucciones deta-

lladas; mandó enganchar para él un caballo al trineo pequeño, y solo, sin cochero, partió para Jadrino, donde, dos horas más tarde, debía llegar también María Gavrilovna. El camino le era familiar y había escasamente veinte minutos de marcha.

Pero apenas hubo salido de los arrabales, empezó el viento a soplar tempestuoso, con tan extraordinaria violencia, que no le permitía ver nada. En un minuto quedó el camino completamente obstruído por la nieve, los objetos que le rodeaban desaparecieron bajo una niebla densa y amarillenta, a través de la cual voltejeaban los blancos copos de nieve, y el cielo se confundía con la tierra.

Vladimir encontróse en medio de un campo; quiso seguir el camino, pero en vano: su caballo caminaba al azar; a cada instante hundíase en un montón de nieve o caía en un barranco; a cada momento se le volcaba el trineo.

Vladimir procuraba solamente no perder la verdadera dirección, pero parecíale que había transcurrido ya más de media hora, sin llegar ni aun siquiera al bosquecillo de Jadrino. Transcurrieron otros diez minutos más y el bosque sin aparecer. Vladimir erraba por el campo, cruzado de profundos barrancos. La violencia de la tempestad no amainaba ni el cielo se esclarecía. El caballo comenzaba a fatigarse; sudaba copiosamente a pesar de hallarse en ocasiones enterrado hasta medio cuerpo en la nieve.

Comprendió al fin que no iba por buen camino. Detúvose y empezó a comparar, a reflexionar, y sacó en consecuencia que era preciso torcer a la derecha. Su caballo apenas podía caminar. Llevaba ya más de una hora de marcha. Jadrino no debía estar lejos. Pero avanzaba, avanzaba, y el campo no tenía fin. Siempre barrancos y montones de nieve; a cada momento se volcaba el trineo y tenía que enderezarlo El tiempo transcurría y Vladimir comenzaba a inquietarse seriamente.

Por fin distinguió a lo lejos algo negro y dirigióse hacia allá, reconociendo el bosquecillo cuando ya estuvo cerca.

–Gracias a Dios –pensó–, ya no estoy lejos.

Continuó avanzando con la esperanza de encontrar el camino o de llegar al soto: detrás estaba Jadrino. Pronto dió con aquél y penetró en la obscuridad de los árboles, pelados por el invierno. El viento allí no tenía tanta violencia, el camino era llano, el caballo recobró sus energías, y Vladimir empezó a tranquilizarse.

Pero por más que avanzaba, Jadrino no aparecía nunca: el soto no tenía fin. Vladimir reconoció con horror que había penetrado en una selva para él desconocida.

La desesperación apoderóse de él. Fustigó su caballo y el infeliz animal partió al trote; mas pronto se agotaron sus fuerzas y al cabo de un cuarto de hora marchaba con paso lento, a pesar de todos los esfuerzos de Vladimir.

Poco a poco, los árboles empezaron a hacerse más claros, y Vladimir salió al fin de aquella selva; mas sus ojos no vieron a Jadrino. Debía ser medianoche. Saltáronsele las lágrimas y arreó su caballo haciéndole marchar sin rumbo fijo. El tiempo se había calmado disipándose las nubes; ante sus ojos extendíase una ondulada llanura cubierta de blanca alfombra. La noche era bastante clara. Descubrió no lejos de él un lugarejo de cuatro o cinco casas, a las cuales dirigióse en seguida. Al llegar a la primera cabaña, descendió del trineo, aproximóse a la ventana y empezó a llamar a ella. Al cabo de algunos minutos, entreabrióse el postigo y apareció la blanca barba de un viejo.

–¿Qué quieres? –preguntó a Vladimir.

–¿Está muy lejos Jadrino? –replicó éste.

–¿Que si está lejos Jadrino?

–Sí, sí... ¿está lejos?

–No mucho: unas diez verstas, aproximadamente.

Al escuchar esta respuesta, Vladimir mesóse el cabello y permaneció inmóvil como un hombre condenado a muerte.



–¿De dónde eres? –preguntó el anciano.

Vladimir no se hallaba en estado de responder a estas pregun

–¿Podrás, anciano –le dijo–, proporcionarme un caballo para Jadrino?

–¿De dónde lo habría de sacar? –respondió el mujik.

–¿Y un guía, podría encontrarse? Le pagaré lo que quiera.

–Espera –dijo el viejo, cerrando el postigo–; voy a enviarte hijo para que te sirva de guía.

Vladimir esperó; pero al cabo de un minuto, llamó a la ventana nuevo. El postigo volvió a abrirse y a aparecer en él la barba del an

–¿Qué quieres?

–¿Y tu hijo?

–Va a salir ahora mismo; se está poniendo el calzado. ¿Tienes Entra y podrás calentarte.

–Gracias; date prisa en enviarme a tu hijo.

III

Crujió la puerta, salió el muchacho provisto de una estaca y a andar para delante, señalando unas veces el camino, buscándolo debajo de la nieve.

–¿Qué hora es? –preguntóle Vladimir.

–Pronto va a amanecer –respondió el joven mujik.

Vladimir no desplegó más sus labios. Los gallos empezaban a y el día clareaba cuando llegaron a Jadrino. La iglesia estaba ce Vladimir pagó al guía y entró en el patio del cura. Sus tres c no estaban allí. ¿Qué sorpresa le esperaba?

Pero volvamos a nuestros buenos hacendados de Nenaradova y mos lo que en su casa ocurría.

¿Qué? ¡Nada!

Los viejos se han levantado y han bajado al salón: Gavrilo G vitch, envuelto en su larga bata y con un gorro de dormir, y Pra Petrovna con un traje de casa. Les traen el samovar, y Gavrilo lovitch envía a la criada a enterarse cómo se encuentra María Gav y cómo ha pasado la noche.

La criada vuelve diciendo que la barichnia ha dormido mal, que se encuentra ya mejor y que bajará en seguida al salón. En se abre la puerta y María Petrovna za hacia sus padres para darles lo nos días.

–¿Cómo va esa cabeza, Mach preguntóle Gavrilo Gavrilovitch.

–Un poco mejor, papá –res Macha.

–Debiste respirar ayer eman de carbón –dijo Praskovia Petrov

–Es posible, mamá –respondió ven.

El día transcurrió sin novedad Macha cayó enferma a la noche. daron a la ciudad por el médi llegar éste, encontró a la pacien lirando. Declaróse una fiebre m tensa y la pobre muchacha estu semanas con el pie en la sepul

Nadie en la casa sospechaba su fuga. Las cartas escritas por víspera habían sido quemadas y ella no había dicho a nadie un labra, temerosa de la cólera amos. El cura, el alférez retir agrimensor y el hulano mostráron cretos. El cochero Terechka no gó sus labios ni aun en medio grandes borracheras; de suerte secreto hallábase guardado por media docena de conspiradores.

Pero María Gavrilovna lo de ella misma en un momento de Sin embargo, fueron tan inco sus palabras que, su madre, que separaba un momento de la cab su lecho, sólo pudo compren su hija se encontraba perdidamen morada de Vladimir Nikolaiev que el amor era sin duda la c su enfermedad.

a su marido, consultó con algunos vecinos y todos decidie- ... por unanimidad, que tal era el destino de María Gavri- ... los matrimonios están escritos en el cielo, que la pobreza ... que se vive del amor, no del dinero, etc. Los proverbios ... maravillosamente útiles en los casos en que no podemos ... nosotros mismos manera de justificar nuestros actos.

... que la barichnia entraba en convalecencia, Vladimir hacía ... que no iba por la casa de Gavrilo Gavrilovitch, teme- ... mal acogido en ella. Resolvieron mandarle llamar y anun- ... inesperada de que al fin accedían al matrimonio. ¡Pero ... estupefacción de los ricos hacendados de Nenaradova cuando, ... a su invitación, recibieron una carta que parecía la de un ... ir les declaraba que no volvería jamás a poner los pies ... y les rogaba que olvidasen al desdichado que cifraba en la ... última esperanza. Algunos días después, supieron que el ... partido para la guerra. Corría el año 1812.

... mucho tiempo habíase ocultado la verdad a Macha, conva- ... quien no hablaba jamás de Vladimir. Muchos meses después, ... el nombre de su amado en la lista de los gloriosos heridos ... sufrió un síncope y temióse una recaída; pero, gracias ... síncope no tuvo consecuencias.

... después, vino a herirla otra desgracia: Gavrilo Gavrilo- ... dejándola heredera universal de sus dominios. Mas la ... pudo consolarla; lloró con la pobre Praskovia Petrovna y ... donarla jamás. Dejaron ambas Nenaradova, que tan tristes ... tenía para ellas, y se fueron a vivir a sus dominios de ***.

... los pretendientes a docenas la joven y rica heredera; ... ninguno dió ni una sombra de esperanza. La madre exhortá- ... a que se decidiera por alguno; pero María Gavrilovna sa- ... cabeza y permanecía pensativa.

... ya no existía: había muerto en Moscú, la víspera del día ... entraron los franceses. Ella parecía, sin embargo, guardar a ... un culto en extremo piadoso; por lo menos, recogía todo ... recordaba su memoria: los libros por él leídos, sus dibujos, ... los versos que copiara para ella.

... los vecinos se dieron cuenta de esto, admiráronse de su ... aguardando con curiosidad al héroe que debía al fin triun- ... felicidad melancólica de aquella virginal Artemisa.

... la guerra había terminado de una manera gloriosa. Nues- ... regresaban del extranjero recibiendo los homenajes de ... entera. Las músicas tocaban los aires conquistados: *¡Viva ...!*, los valses del Tirol y las arias de *Joconda*. Los oficiales ... para la guerra, jóvenes adolescentes, volvían convertidos ... robustos, con el aire marcial y el pecho cubierto de cruces. ... mezclaban en sus conversaciones palabras alemanas y ... ¡Oh tiempos inolvidables! ¡Oh épocas de entusiasmo y de ... ¡Cómo latían los corazones rusos al escuchar la palabra *patria!* ... eran las alegrías del regreso! ¡Con qué unanimidad se con- ... nosotros los sentimientos de orgullo nacional y de amor ...!

... res rusas mostráronse entonces soberbias. Su frialdad habitual ... por completo. Su éxtasis era embriagador realmente cuando, ... los vencedores, gritaban: ¡Hurra!

¡Y arrojaban sus sombreros al aire! (1)

... oficial de aquellos tiempos no confesará que debió a la ... su mejor y más preciosa recompensa!

... los días de resplandor, María Gavrilovna vivía con su madre ... gobierno de ***, de suerte que no vieron las fiestas con que ... capitales celebraron el regreso de las tropas. Pero en los dis- ... las aldeas el entusiasmo fué tal vez aun más grande. En ... la aparición de un oficial constituía para él un triunfo, ... enamorados no se sentían tranquilos con su vecindad.

... dicho que María Gavrilovna, a pesar de su frialdad, hallá- ... siempre, rodeada de pretendientes; pero todos tuvieron que ... el campo cuando llegó al castillo el coronel de húsares Bur- ... ostentando en el ojal de su casaca la cinta de San Jorge, herido, ... rostro cubierto por una interesante palidez, como decían las ba- ... de los alrededores. Contaba, sobre poco más o menos, unos ... años, y había venido con licencia a sus dominios, situados ... proximidades de la aldea de María Gavrilovna.

... dejó de distinguirle. A la vista de Burmine, su melancolía ... No se puede decir que coquetease con él; pero el poeta, al ... su conducta, hubiera escrito:

Si no es amor, ¿qué es?

(1) ... de **Griboiedov.**

Burmine era realmente un joven atrayente. Poseía ese espíritu que agrada a las mujeres: un espíritu de convivencia y de observación, sin pretensiones de ninguna clase, sin inquietarse por las burlas. Sus maneras con María Gavrilovna eran sencillas y francas: pero en todo lo que ésta hablaba o hacía seguíala con la mirada y el alma. Parecía tener un carácter reservado y bondadoso; pero corría el rumor de que había sido un poco calavera. Esto, sin embargo, no le perjudicaba en lo más mínimo a los ojos de María Gavrilovna, quien, como la mayor parte de las mujeres, perdonaba de buena gana las locuras que denotan la audacia y el ardor del temperamento.

Pero más que sus atenciones, más que el encanto de su conversación, más que su interesante palidez y que su brazo en cabestrillo, el silencio del joven húsar excitaba, sobre todo, la curiosidad y la imaginación de María Gavrilovna. Ella no podía menos de confesarse a sí misma que le agradaba en extremo; él, con su experiencia y talento, habría comprendido, sin duda, que ella le distinguía; ¿cómo, pues, hasta entonces no lo había visto María Gavrilovna de hinojos a sus pies? ¿Cómo no había recibido su declaración amorosa? ¿Qué le detenía? ¿La timidez inseparable de todo amor verdadero, el orgullo, la astucia? Era para ella un enigma.

Después de reflexionar por espacio de mucho tiempo, sacó en consecuencia María que era sólo la timidez lo que le impedía declararse, y que era necesario alentarle mostrándose más afable y, hasta en último caso, más tierna y expresiva con él. Dedicóse a preparar el más inesperado desenlace y a esperar con impaciencia el momento de la declaración amorosa. Un secreto, sea cual fuere, pesa siempre en el corazón de una mujer. La estrategia de María Gravilovna tuvo el éxito deseado; por lo menos (CONTINUA EN LA PÁG. 94)

LULES, HUERTA DE LA

En Buenos Aires son famosas las hortalizas de Lules. Este quintero realiza los preparativos preliminares del cultivo de los tomates.

San José de Lules guarda aún recuerdos de otros tiempos, como la antigua capilla, cuya torre muestra aquí las huellas de los embates del tiempo.

TUCUMÁN, que tiene bien consolidado su nombre de "Jardín de la República", es ya no sólo jardín, sino también huerta. Porque en una inmensa huerta se ha convertido el fértil valle de Lules de aquella provincia, donde se cultivan buena parte de las verduras que se consumen en Buenos Aires.

Por uno de esos azares de la inmigración, difíciles de precisar, hace cerca de medio siglo se instalaron en este lugar numerosos agricultores sicilianos, que han dedicado sus continuos afanes al cultivo de estas tierras. Quizá se detuvieron en la quebrada de Lules porque la montaña les recordaba su paisaje natal, y allí no les fué muy violento cambiar la casita de piedra de su aldea por el rancho de nuestros campos. Quizá llegó hasta ellos la voz de su compatriota Pablo Mantegazza, visitante insigne del norte argentino, que dijo: "Tucumán merece el nombre de jardín por la vegetación lujuriante que cubre sus cerros con espléndido verdor, por la alternativa pintoresca de sus colinas y valles, por la hierba de esmeralda que crece alta y robusta en su suelo húmedo y tibio, por las flores que adornan cada palmo de la nura y cada grieta de la montaña"

El trabajo de los colonos que lle hasta la quebrada de Lules desde jana y legendaria Sicilia, consistió e nar al bosque y a la maleza el t para sus cultivos. Todo lo contrario que les ocurría en su suelo natal. lucha contra la aridez de la tierra pasaron a la lucha contra la excesi cundidad de la tierra nueva. Y exuberancia que se manifestaba e portentosa vegetación natural, se t tó, gracias a su esfuerzo, en las plantaciones, de donde habían de sa mejores hortalizas del norte. Y h famosos sus tomates, sus chaucha pepinos, sus ajíes y sus habas.

❦ ❦ ❦

Entre los años 1804 y 1805, se

REPUBLICA

Por Valentín de Pedro

PARA "LEOPLÁN"

Los colonos sicilianos que vinieron a radicarse en el valle de Lules, no hallaron dificultad en trocar sus viviendas de piedra por estos ranchos de barro y paja, típicas habitaciones de los quinteros de Lules.

...rio de Agricultura, Industria ... de la ciudad de Buenos Ai... ...so informe sobre las ciuda... ...era de Buenos Aires al Pe... se ponen de manifiesto las ... de la naturaleza tucumana y ... que se encontraba por falta ... En ese informe se decía: ...butos que los antiguos han ...mera edad del mundo, ca... ...ndemente la feliz situación, ... hoy corresponde a la pobla... conocemos con el nombre ... de Tucumán. La tierra pro... ...vo, y más generosa sin com... ingratos sus moradores, se ...stentarlos pródigamente, por ... se olviden de engrandecer-

... de diversas consideraciones ... en que se encontraba aque-

Esta agraciada muchacha, descendiente de los antiguos pobladores que llegaron de Sicilia, ayuda en las tareas de la recolección de ajíes. La cosecha es abundante y de calidad.

lla provincia en los días precursores de nuestra independencia, cosa que al redactor del "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio" no le debía pasar por las mientes, exclama: "Muchos brazos, pero mancos; pocas manos expeditas; terrenos que se pierden de vista, y muy pocos dueños, pero de tan corta, que en su vida echan sobre ellos una ojeada; atenciones en el campo y en la ciudad, pero preferidas éstas a aquéllas; indiferencia y jornal mezquino del patrón para con el peón, y la poca actividad de éste, que tantea su trabajo, de modo que apenas equivalga a lo escaso de lo que pagan; la escasa noticia que tienen los vecinos propietarios de tan dilatados y fértiles terrenos; de cuáles de las especies cultivadas hacen la fuerza de un comercio activo, de continuada exportación; por último la manía, agradablemente vana, de oírse titular dueños de inmensos terrenos, y más que no posean ni un grano de trigo; por lo que sólo el derecho de propiedad es toda la suma de entradas que aparece en un pliego de papel que acredita la compra y fija los linderos; es sin duda la causa de la desidia del campesino, del lastimoso espectáculo que presentan los cercanos oteros a San Miguel de Tucumán, poblados confusamente de variedad de árboles gigantes y tupidas cambroneras; y eslo, en fin, de la indigencia del ciudadano y del labrador..."

Esta fisonomía de Tucumán, que mostró a sus lectores el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio" de Buenos Aires, en los primeros años del siglo pasado, empezó a cambiar con la aparición de la industria azucarera y el consiguiente



En este terreno, arrebatado a la maleza virgen, se cultivó por primera vez la caña de azúcar, una de las riquezas principales del suelo tucumano. Corresponde al fértil valle de Lules.



... sus frutos a la tierra pródiga del valle de ... huerta de la República. Los quinteros ven allí ... ampliamente recompensados sus afanes.

... de la caña de azúcar, iniciado por ... Colombres en 1821.

...formar el terreno boscoso y de ... vegetaciones en huerta, ha sido ...rga y difícil. Era necesario luchar ... naturaleza selvática y bravía, pa... ...derarse de las feraces tierras de las ... de las montañas. Y no es de extra... ... en la época a que se refiere el ... del cual hemos copiado algunos ..., el hombre no se aventurara a ...cha en la que se sabía fracasado ... de medios para triunfar y en la ... ballaria compensación adecuada a ...erzo.

...ás, había que contar con la actitud ... del indígena ante el bosque. Una ... supersticiosa, pues el bosque debía ...sele como un monstruo inextri... ...que lo aniquilaría con sus infinitos ... vegetales, si intentaba luchar ... Prefería verlo como asilo de sus ... divinidades, como morada del te... ... de la muerte.

...eron que venir de otras latitudes ... acostumbrados a vencer la du... ... la roca y a fertilizar los yermos, ...rir surcos en la maraña del bosque. ... suponía el trabajo diario y tenaz, ...ante y rudo, de una o más ge... ..., para derribar árboles, desbro... ... terreno, aprovechar los manantiales, ... acequias, impedir que los to... ... asolaran las cosechas, buscar la ... de preservar a éstas de los rigores ..., durante los meses de junio, ju... ... agosto, en que parece bajar a los ... el hielo de las cumbres del Acon... ... perpetuamente nevadas...

... colonos sicilianos que llegaron a ... hace cerca de medio siglo, han visto ...erzo largamente compensado por ... naturaleza pródiga. Allí nacieron ...jos, por los que se encuentran definitivamente ligados a la tierra que vinieron a cultivar, y que dan continuidad a su labor.

Sus cosechas son codiciadas por los comisionistas de Buenos Aires, que han aprendido así el camino de Lules, para ir en busca de los espléndidos frutos de aquella tierra privilegiada, destinados al consumo de la capital federal.

Pero, no son sólo los comisionistas quienes han aprendido el camino de Lules, en busca de un beneficio seguro, sino también muchos peones de la provincia y aun de Salta, de Santiago del Estero y de Catamarca, que allí acuden en busca de trabajo en la época de la cosecha, pues la que ya puede muy bien considerarse como la huerta de la República, gana en extensión y en importancia de año en año, y la recolección de sus productos da ocupación a muchos brazos.

De este modo la República se engrandece, como una magnífica réplica, a poco más de un siglo de distancia, dada a las observaciones que hacía en su tiempo el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio". Y de este modo, nuestra tierra pródiga premia a los hombres esforzados que vienen de lejos, a hacer provechosa su fecundidad. ◈



UNA PEQUEÑA

Luis Couperus nació en La Haya, en 1863. Publicó sus primeras obras, "Una primavera de poemas" y "Orchideeën", en 1886; poco después apareció su obra maestra, la novela "Eline Vere", a la que siguieron otras no menos notables. Couperus está considerado como el escritor mundano de la literatura holandesa, título que conquistó merced a sus cuentos, muchos de ellos publicados en la revista "Groot-Nederland", de la cual fué uno de sus directores.

I

Carlitos tenía siete años y se pasaba la mayor parte del tiempo solo con la criada. Sus hermanos y hermanas eran demasiado grandes como para ocuparse del niño, como no fuera de pasada, y, a pesar de todo el movimiento de una gran casa, él estaba un poco aislado, siempre con sus pequeños pensamientos y sus sueños infantiles. Sus hermanas salían de paseo y a menudo él las veía entrar por la noche, gráciles, apresuradas, nerviosas, como pequeños torbellinos, mientras Lina, la criada, su niñera, debía ayudarlas a poner una cinta por aquí, un alfiler por allá. Entonces el cuarto de los niños se llenaba por un momento con la música vibrante de sus gritos y sus risas, acompañadas por el brillo y el rumor de sus trajes de baile; uno de los hermanos, parecido con su traje a un abejorro negro de pecho blanco, venía a buscarlas y las empujaba delante de sí, y ellas desaparecían huyendo con sus pasitos de seda, como pequeñas mariposas... ¡Qué vacío quedaba entonces, qué sombrío y solitario, cuando ellas partían! Carlitos iba a acostarse en seguida y esas noches tenía toda clase de ligeros sueños, con hadas lindas como estampas y grandes escarabajos y mariposas que bailaban junto a los fuegos de Bengala, como en las mágicas pantomimas de la Feria.

Los otros hermanos iban a la Escuela Superior y al colegio, que él se imaginaba de proporciones gigantescas, como si fuera todo un mundo, con maestros muy severos, que todo lo sabían y daban muchísimos deberes para hacer en la casa. Sabía que sus hermanos tenían muchos libros y cuadernos y también grandes atlas en los que debían dibujar países enteros, con montañas que parecían pequeñas cabelleras, mares que eran líneas azules en forma de ondas y ciudades representadas por redondeles y manchitas. Le daban vértigos y temblaba al pensar en la época, ya cercana, en que debía, él también, mostrarse habilidoso para estas cosas. Entonces aprendía, tan bien como le era posible, las lecciones que el señor Suel venía a darle a casa, y concluía su página correctamente, como mejor podía. Eran a veces poesías del maestro, con motivo del cumpleaños de papá, de mamá y del abuelo, y Carlitos las copiaba sobre lindas hojas de papel con marco de oro y de encajes y ramilletes de flores en las esquinas; hacía grandes letras gibosas, inclinadas a la derecha o a la izquierda, que corrían sobre las líneas como reclutas novicios o arañas ebrias.

Los mapas de sus hermanos le impresionaban mucho, y él se imaginaba que el espacioso cuarto era el mundo. La mesa totalmente cubierta por el mantel blanco que Lina remendaba era una alta cadena de montañas nevadas: los Alpes; a menudo iba a sentarse encima de ella para mirar la calle, y al trepar ayudándose con un bastón, sobre la estufa o sobre una silla, él se imaginaba escalando las cimas. La alfombra era el continente y el *parquet* encerado, el Océano. La campana de la chimenea, repleta de potecillos, de tacitas, de pequeños retratos de la niñera, era la China y el Japón, los países de la porcelana; un gran armario adosado al muro y lleno de juguetes era París; la alcoba era la estación, y los dos lechos, el suyo y el de Lina, los vagones. Por la noche, antes de dormirse, su imaginación vagaba de país en país, pero el viaje continuaba de día sobre dos sillas. Y era muy feliz cuando Lina jugaba con él y quería hacer de conductor, y él había recogido para su juego toda una colección de boletos de tranvía.

II

De este modo, y con cien otras quimeras, sus ideas, que retozaban y se agitaban en su pequeño cerebro, llenaba la soledad de su vida infantil abandonada. Su padre le asustaba; y no se sentía muy cómodo cuando la mano paternal acariciaba su pelo oscuro de potrillo; balbuceaba y temblaba de inquietud cuando su padre le hacía una pregunta. Su madre estaba siempre ocupadísima con los vestidos suyos y los de sus hijas, con las largas mesas del gran comedor que era necesario cubrir de cristalería, de platería, de flores, con los muebles que se debían desplazar cuando se esperaba por la noche a toda esa gente que Carlitos, acostado en su cama, oía susurrar abajo. El escuchaba curioso, atento, con un "por qué" siempre a flor de labios, pero a menudo su mamá se enojaba y lo rechazaba diciéndole que él se metía entre las piernas de todo el mundo, o algún sirviente lo maltrataba. Y se iba llorando; nadie tenía tiempo de consolarlo; Lina tampoco estaba en el cuarto de los niños, y entonces buscaba su último refugio en la cocina, junto a la cocinera, quien le pelaba y lavaba una zanahoria que él roía enfurruñado, con su corazoncito oprimido aún por la injusticia que se le había hecho, su cuerpecito delicado agitado por los últimos sollozos convulsivos, su carita pálida todavía por las lágrimas.

III

Todo cambió cuando vino a vivir a la casa el tío Frank, el hermano menor de mamá, que residía en el extranjero. Al principio, Carlitos también le había temido. Era tan grande y tan fuerte, reía siempre a carcajadas, y mamá no se mostraba muy contenta al verlo correr tras sus hijas, dar vueltas alrededor de la mesa, brincar en el vestíbulo, en el jardín, para atraparlas, y luego, cuando las alcanzaba, traerlas en sus brazos mientras ellas gritaban como si fuera a lastimarlas. Reñía con los muchachos, peleando como un boxeador inglés que él había visto en una revista ilustrada, a tal punto que Carlitos temía recibir él mism[o], por descuido, algunos puñetazos.

No obstante, el tío Frank tenía en su pe[r]sona algo tan atrayente y le hablaba tan am[a]gablemente, con un tono tan jovial, que Ca[r]litos nunca había conocido.

—¿Qué edad tienes, chiquillo?

—Siete años, señor.

—¿Señor, qué?

—¡Ah, ya entiendo..., tío!

—¿Siete años? Tienes el aspecto de no p[e]sar más que una pluma. ¡Ven a que te [le]vante!

Y antes de que Carlitos tuviera concien[cia] de lo que le ocurría, voló tan alto que la[nzó] un grito de espanto; pero bien pronto, en lu[gar] del grito, fueron grandes risas: ¡eso era m[uy] agradable! El podía montar a la espalda del [tío] Frank, echarle al cuello sus dos bracitos



ALMA

Por
LUIS COUPERUS
ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



leves como pajuelas, y el tío Frank galopaba con él alrededor del cuarto, sin cuidarse de mamá, que decía:

—¡Pero, Frank! ¿No puedes hacer menos barullo?

Carlitos estaba fatigado de cabalgar cuando el tío Frank abandonó el juego, pero su rostro pálido tenía un tinte purpúreo y en sus ojos celestes centelleaba un reflejo azul; su boca, de ordinario triste, sonreía. El tío Frank se había dejado caer en un sillón, y Carlitos trepó sobre sus rodillas.

—¡Carlitos, no andes [illegible] colgado de tu tío!

—¡Eh, déjalo hacer al chico! —respondió el tío refunfuñando; y Carlitos se apelotonó mientras jugaba con la cadena de Frank. Por fin osó decirle en voz baja:

—¿Sabes? Eres muy divertido...

Entraron las chicas y se mofaron de Frank, diciéndole que tenía un muñeco en las rodillas; pero Carlitos las dejaba decir. Nunca se había encontrado tan seguro como ahora, ni sentido su corazón infantil esa tibieza que ex-

perimentaba; podría dormirse allí, junto al tío Frank. Y así fué como, por primera vez en su vida, se resistió cuando Lina quiso hacerlo acostar; ella no quería creer: por lo común, Carlos la seguía siempre dócilmente.

—¡Vamos, chico, a la cama! —dijo el tío Frank depositando a Carlitos en el suelo.

—¿Volverás conmigo dentro de un rato, tío?

—¿Eh? ¿Estás loco? ¿Crees que voy a hacer las veces de niñera?

Y dió un resoplido.

Pero fué tocado por el deseo, por el ruego que había en esos ojos de pálido "no me olvides"; una piedad inusitada llenó su corazón tan bueno, y dijo bruscamente, con la mano bajo el mentón del chico:

—Y bien, iré. si tengo tiempo, ¿sabes?

—¡Qué adoración por el tiito Frank!—se burló una de las chicas, sin respetar al hermano menor de su madre.

—Sería mejor, Frank, que no me echaras a perder a este chico —dijo la madre—. ¡Tiene un carácter tan singular, tranquilo, reservado y siempre huraño!

—Siempre está rumiando alguna cosa —dijo la otra hija riendo.

—No es de sorprenderse que sea tan apocado —respondió Frank con rudeza—. Ustedes lo tienen metido allí, sin nadie que se preocupe de él.

La madre protestó, pero Frank se encogió de hombros.

IV

—¿Así que todavía no vas a la escuela?

—¡Oh, no! (Y Carlitos se estremeció.) El señor Suel viene a darme lecciones. Por suerte —reflexionó Carlitos.

—¿No vas a jugar al jardín de vez en cuando?

—¡Oh, no!

—¿Por qué?

—No sé. ¿Qué haría allí?

—¡Eh! Construir un hombre de nieve, por ejemplo; arrojar bolas. ¿Quieres venir conmigo?

Carlitos estaba encantado; pero mamá dijo con enojo:

—Frank, le saldrán sabañones en las manos: este chico no está acostumbrado al frío.

—¡Vamos, ven, corre! —dijo Frank riendo; y Carlitos rió también, ya que el tío Frank era tan cordial.

En el jardín, la nieve era imponente, alta, brillante como el cristal. El tío Frank tomó dos montones con sus grandes manos y amasó dos enormes bolas para las piernas del hombre. ¡Y arriba de ellas un cuerpo grandote y cuadrado!

—¿Encuentras fría la nieve?

—¡No, tío! —contestó Carlitos, que quería congraciarse con él.

—Te vas a calentar en seguida, espera. Hazme una bola para la cabeza, una grande, ¿entiendes?

Carlitos no encontró muy fácil eso, pero lo hizo como mejor pudo y la sacó medianamente bien porque le tomó gusto. Bien pronto estuvo listo el hombre, pesado como un macizo blanco de piedra, bajo y gordo como un samoyedo o un lapón vestido con una piel de oso polar.

Y después de esto, el bombardeo del hombre, de su gorda cabeza redonda, dura, helada, animal.

—¡Qué lástima, tío! ¡Tiene un aire tan gracioso! —dijo Carlitos arrojando bola tras bola.

Tenía calor, la vida circulaba por su cuerpecito anémico, cuya lenta sangre ahora se agitaba mientras dejaba estallar, a todo pulmón, su alegría. Pues era ésa una fiesta de nieve, un torneo de pelota, un juego enérgico de blancuras cristalinas, una lucha contra el maligno gigante blanco, y Carlitos era un caballero, y su tío el rey, el emperador. Su precoz imaginación de niño transformaba en una novela de caballería ese juego tan simple, que no era para él una diversión trivial, sino un acontecimiento. La tensión de sus músculos daba exuberancia a sus sentimientos; y más tarde, en la casa, lleno de agradecimiento hacia su tío que le enseñaba a ser niño y se volvía niño por él, Carlitos abrazó a Frank hasta sofocarlo, mientras su excesivo entusiasmo se expresó con una de esas palabras que a veces dicen los labios infantiles, exceso que, por lo extraño y misterioso, sorprendió a los mayores:

—¡Tío, yo te adoro!

V

El tío Frank partió.

Carlitos no había llorado cuando él se fué, pero experimentó una emoción, como aquel día en que el tío Frank lo había levantado tan alto en el aire y casi lo había dejado caer. Esta de ahora, también era como si lo levantara bruscamente y lo dejara caer muy hondo. Se tornó más tranquilo, más reservado que nunca. Poco antes, gracias al tío, su perplejidad había despertado; envalentonado por el tío, que se reía de ello, varias veces había contestado bruscamente a la madre, agriamente a las hermanas que le hacían rabiar junto con sus hermanos mayores; y una vez, hasta hizo travesuras delante de su padre. Su timidez había desaparecido, aunque no era más pícaro, y la madre declaró que el tío Frank había echado a perder lamentablemente al niño. Sin embargo —era la opinión de Carlitos—, el tío simplemente había estado amable con él a ratos, de paso, como hace un señor que se ocupa de un niño; el tío había salido con las hermanas, había estado en la sala... ¡Cuánto hubiera dado Carlitos para tenerlo consigo siempre, siempre! Y el niño creaba sus quimeras, locos ensueños donde él se figuraba estar con el tío, jugar y pasear con el tío, siempre con el tío. Pero estos no eran sino leves sueños, y una vez, con ese enfermizo y precoz dolor de su sensibilidad, sollozó, solitario en su camita, porque no eran sino leves ensueños.

VI

Un día, Carlitos fué despertado temprano. Todo el mundo iba y venía, vestidos ya, mientras los criados y sirvientes bajaban penosamente las valijas; Lina lo vistió un poco apresuradamente. En sus sueños, días antes, él había comprendido vagamente que iban a dejar la ciudad, para pasar unas semanas en el campo durante el verano, en casa de algunos amigos. Entonces, de golpe, le vino una idea. ¡Qué hermoso sería el campo! El había leído algo sobre esto en sus Cuentos para Niños: castillos llenos de chicos felices, de caballos y de pájaros; era una nueva vida este viaje al campo.

Y, con los ojos brillantes, tironeó el vestido de su madre:

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué?

—¿Hay chicos allá?

La madre rió de buena gana.

—¡Pero no, querido Carlos! El señor y la señora son dos ancianos y con hijos grandes, casados ya.

Su ilusión había desaparecido.

—¿Es necesario que vaya contigo?

—Naturalmente. ¿Quieres quedarte solo, aquí?

Sin embargo, encontró muy lindo el campo cuando llegó. Un pequeño castillo con un parque y un estanque, y delante de la casa un magnífico jardín de flores con toda clase de estrellas y medias lunas, y plantas de extrañas formas, y la hierba que parecía de terciopelo verde.

Los cuartos eran sombríos, con grandes retratos de familia, retratos de señores graves, imponentes, y damas de talle muy fino, con grandes miriñaques y pequeños lunares en el rostro. Y el señor y la señora también estaban en esos retratos de familia tan tiesos, aunque no usaran esa moda antigua. Por lo menos esta fué su primera impresión; más tarde él encontró al señor bastante divertido, pues le había llevado a visitar sus duraznos, hermosas frutas aterciopeladas, como caritas rosadas de niños, y que el señor había contado una por una.

—No hurtarlas, no tomarlas a escondidas, ¿sabes, Carlitos?

—¡Oh, no, señor!

Y Carlos levantó con respeto sus ojos hacia los rostros que el señor había contado, y fué muy feliz cuando le dió uno pequeñito porque se había portado bien. La señora también lo quería mucho: a menudo le daba galletitas que ella sacaba de una hermosa caja de plata cuidadosamente pulida, que brillaba como un espejo; pero Carlitos no estaba contento, porque los ancianos tiesos le hablaban siempre con un tono de recomendación, como si él fuera un lindo niño muy pequeño y juicioso que no comprendiera lo que conversaban las otras personas. Y Carlitos suspiraba por la ruda y clara voz de su tío Frank, que sonaba tan diferente a esta letanía.

Sus hermanas se hacían todo el día las señoritas con un par de sobrinos del señor y la señora que estaban de visita, y sus hermanos andaban a caballo y se entretenían nadando, cosas que a él todavía no le estaban permitidas: a la madre le parecía que él era aún muy chico y podría resfriarse. Vagaba, pues, abandonado, un poco disgustado al principio; pero más tarde, vagando como un hombrecito melancólico bajo los árboles altos y viejos del sombrío parque, él sentía una secreta dicha por ese aislamiento suyo, una dicha lamentablemente dolorosa para un muchacho tan joven. ¿Qué podría importarles a ellos que el tío Frank no estuviera allí? No veían en él más que un chico débil, que nunca podría ser travieso como los demás niños: un "tullidito", como lo había llamado un día su hermana. ¡Oh, no, ellos nunca le harían caso! Pero no quería sentirse afectado, no quería entristecerse.

Y, sin embargo, se entristecía, y esa tristeza gravitaba en su almita de siete años tan pesadamente como una tristeza cualquiera en el alma de un hombre. Es verdad que olvida-



(CONTINUA EN LA PAGINA 95)



Gracias a su preparación, Giotto pudo aprovechar la UNICA oportunidad que se le presentó en su vida.

Hoy, las oportunidades de triunfar son mayores que en el año 1266; pero no basta esperarlas con los brazos cruzados. Es necesario estar capacitado para PODER aprovecharlas.

La UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, con su modernísimo sistema de enseñanza por correspondencia, ya llevó hacia el éxito a más de 40.000 de sus ex-alumnos, y esto es para Ud. una garantía que nuestros cursos lo capacitan en poco tiempo y sin grandes sacrificios para el triunfo.

Mándenos HOY MISMO el cupón adjunto! Recuerde que cada día que Ud. pierde en iniciar sus estudios, puede significar una oportunidad que se le escapa.

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	$ 60	Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 60
Contador General	$ 190	Aceites y Grasas	$ 80
Contador Mercantil	$ 130	Dibujo Artístico	$ 100
Jefe Oficina	$ 100	Dibujo Ind y Com.	$ 105
Empleado Bancario	$ 105	Adminis. de Hoteles	$ 100
Cajero	$ 40	Radiotelefonía	$ 170
Emp. de Comercio	$ 40	Electrotécnico	$ 100
Corresponsal	$ 40	Construcción	$ 170
Secretariado	$ 95	Arquitectura	$ 185
Mecanografía	$ 18	Mecánico Automóvil	$ 140
Taquigrafía	$ 42	Motores a Explosión	$ 140
Tec. Arg. Cinem.	$ 175	Perito Agrónomo	$ 195
Taqui-mecanógrafo	$ 50	Adm. de Estancias	$ 100
Caligrafía	$ 30	Técnico Tambero	$ 60
Aritmética Comercial	$ 28	Mecánico Agricola	$ 65
Redac. y Ortografía	$ 37	Avicultura	$ 45
Martillero Público	$ 54	Jard. y Arboricultura	$ 78
Procuración	$ 150	Motores Diesel	$ 160
Prep. p/Id. Farmacia	$ 130	Corte y Confección	$ 39
Química Industrial	$ 125	Radiotelegrafía	$ 165
Tecnico en Vinos y Licores	$ 100	Inglés (c. discos)	$ 150
Jabones y Perfumes	$ 100		
Telegrafía (c. discos)	$ 110		

★

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero
(Miraflores) 411. Casilla de Correo 1307. La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabeza
Brasil 142. Asunción.

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de "La Universidad Popular Sudamericana" RIVADAVIA 2465 (R-25) Bs. As.

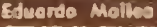
NOMBRE ....

DIRECCION

LOCALIDAD

J. 240





Eduardo Mallea



Miguel Carlos Victorica

DE LA VIDA ARTISTICA

ALBERT

UN PINTOR FIEL

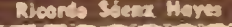


Ana Weiss de Rossi

ALBERTO Prando es un pintor argentino. Un pintor joven culto. Su obra, no obstante esa juventud, data ya de al nos años. Y en ella hay bellas manifestaciones que en oportunidad merecieron la atención del público y el estím de los jurados. Está representado en el Museo Nacional Bellas Artes con un cuadro que lleva por título "Plaza Furstenberg"; en el Museo de Rosario, con "Aldea fr cesa", que mereció el premio Adquisición de 1937; en fué distinguida en Chile su tela "Capilla de Zapallar", y fi mente, con "Académico", en 1940 obtuvo en Buenos Aires segundo premio municipal.

Tiene, como se ve, antecedentes que lo colocan en un pl destacado dentro del movimiento pictórico de nuestro p Y este plano —digámoslo en su elogio— no fué alcanzado en mérito al valor real de sus obras, nacidas de una autén sinceridad de expresión, que excluye toda clase de "postur y embanderamientos artísticos. Esta sinceridad es una de características principales que notamos en la obra de Pran Al artista que nos ocupa no es fácil incluirlo dentro de deter nada escuela pictórica. Supo siempre ser *él*, aun cuando a ve haya llegado a tentar fórmulas de moda. Sus cuadros rev que el entusiasmo "innovador" fué efímero, y que detrás él, del entusiasmo, se alzaba siempre su voz gritándole el al oportuno. Alerta que supo evitarle excesos y desequilibrios que lamentablemente han caído otros pintores. A poco estudiar las obras de Alberto Prando, se descubre en ellas rasgo distintivo que las identifica como suyas... Conquista en verdad, no resulta pequeña... Los artistas que la hicie





Ricardo Sáenz Hayes



David F. Prando

PRANDO, A SU DESTINO

Por J. González Bayón

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

saben bien cuántos afanes, intentos y desesperanzas han que vivir para llegar a ella. El estilo, que eso es en [illegible] a lo que acabamos de referirnos, no se "consigue", menos comúnmente, de una manera insólita, sino me- un proceso de depuración vitalizadora, que conduce, ocasiones, de una manera insensible, y no pocas dolorosa- a la propia verdad del artista, esto es, a su sentir íntimo ticular; a su modo de ver; a su capacidad para descubrir. el estilo no sólo comprende la mano del pintor, sino ojos, su cerebro y su corazón, es decir, lo que ya hemos [illegible]o: su manera de *ver*, de *pensar* y de *sentir* el hecho [illegible]co...

las obras de Prando hay siempre una segunda realidad que surge sin duda de la conjunción armónica de esas peculiaridades. Así nos lo demuestra el artista en esa serie trabajos frescos y luminosos, que comprende una estación [illegible]bana de ferrocarril, una playa en el Uruguay, el retrato mujer, cuya cara insinúa leve y medido gesto de picar- especialmente en el cuadro que representa una casa de a la orilla del río, donde el tono y la "densidad" del en el techo, y la inmovilidad del agua, dan la clara sen- de un mediodía sofocante. Alberto Prando logra este [illegible]do sin emplear recursos fáciles, por los cuales demues- siempre un desdén de aristocrática exigencia consigo mismo.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 96)



Alejandro Sirio

En la selva, a la hora d

REVIRO Y YOPARÁ SON LOS DOS PLATOS HABITUALES DEL MENSU. SUS PROPIEDADES ALIMENTICIAS. E

AMANECÍA. Por la picada maestra pasaban las alzaprimas tiradas por varios pares de mulas, rumbo a los extremos de los caminos. Iban a levantar los rollizos puestos en "franquía"; es decir, listos para ser llevados a la barranca del río, junto a la jangada en formación.

A la puerta de nuestro rancho, el hachero y yo tomábamos mate, sin hablar, observando el lento desvanecimiento de las estrellas.

—Voy a hacer "reviro" —dijo de pronto mi compañero. Me acercó la pava y yo continué cebando.

El reviro es el desayuno del mensú, aunque muchas veces, en casos de premura, constituya también su comida principal. Me costó acostumbrarme a ese plato que parecía caerme, en el estómago como plomo, pero al fin acabé por adoptarlo porque en el obraje no podía contar con otra cosa más práctica.

En una olla de tres patas, de hierro fundido,

El mensú del Alto Paraná sabe que debe reponer sus energías con comidas muy nutritivas y ha adaptado el "yopará", plato que reemplaza a la carne.



el hombre echó harina, sal y agua, y se puso a revolver con una especie de espátula de madera, añadiéndole de tiempo en tiempo pequeñas cantidades de agua para evitar que se espesara demasiado ese engrudo. Cuando adquirió una consistencia ni muy densa ni muy blanda, lo sacó de la olla, poniéndolo provisoriamente sobre un trozo de hoja de banano. Avivó el fuego acercando y removiendo las puntas de los troncos que lo alimentaban, echó grasa de vaca en la olla y puso ésta en el fogón, colgándola de una varilla colocada transversalmente sobre dos horquetas clavadas en el suelo. Cuando la grasa estuvo bastante caliente echó la masa en la olla y esperó, sin revolver, a que se friera la parte de abajo, luego le dió vuelta y volvió a esperar. Aquello tomó el aspecto de una bola dorada. Comenzó a partirla con la espátula de madera, y durante un buen rato estuvo *curubicándola*, como decía mi compañero, hasta que quedó deshecha en mil trocitos más o menos redondos, más o menos blandos y más o menos dorados. Retiró la olla del fuego, la colocó en el suelo, entre nosotros, y me invitó a comer:

—Acercáte, che amigo; empezá usté primero —y metió su cuchara en la olla.

Lo imité inmediatamente, y sacando de a una cucharada, por riguroso turno, dimos fin al reviro.

Sentí inmediatamente gran pesadez, como si hubiera tragado piedras, y me apoyé en un horcón del rancho, sin ánimos para moverme. El mensú, por el contrario, se levantó y comenzó a preparar la comida para mediodía. Puso nuevamente la olla al fuego, con grasa, y en ella frió trozos de charque, carne desecada parecida al tasajo; en seguida le echó agua, maíz de locro, porotos, trozos de mandioca y sal; la tapó y atizó el fuego. Después de esto fuimos a lavarnos al arroyo cercano y al regresar encontramos la comida hirviendo a borbotones. Mi compañero sacó la olla del fogón y la introdujo en un pequeño pozo con fondo de tierra removida, hecho para este uso; rellenó los huecos con tierra hasta el borde y luego tapó todo con una arpillera y yuyos encima. Esta comida se llama "yopará", palabra guaraní que significa mezcla.

El mensú se puso el machete al cinto y el hacha al hombro; yo tomé de debajo de almohada la cinta métrica y el revólver fuimos al monte: él a voltear y preparar chos, cedros e inciensos, y yo a medir y bir" los rollizos y las vigas labradas de otros hacheros.

A mediodía, de vuelta al rancho, encon nuestro yopará completamente cocido y muy caliente gracias a esa especie de preparado por mi compañero. Comimos dantemente, con el extraordinario apeti produce el trabajo en la selva, pero sobr media olla que fué guardada para la

Después de una corta pero profunda provocada tanto por el cansancio como pesada digestión, nos encaminamos de al monte, donde trabajamos hasta la pues sol. Ya de regreso, después de refresca el arroyo, tomamos mate y terminamos yopará.

—¡Lindo el "carayá"! —exclamó el satisfecho, liando un "chala".

Realmente estaba sabroso el tal carayá, le llaman en esos lugares a toda comida bre o recalentada, o guardada de un día otro.

...comer...

Por
Germán Dras
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

...CONSISTEN Y COMO SE COCINAN

... comidas son una especialidad de la región, pero no porque el ... los mensú las haya impuesto en los obrajes y yerbales, sino ... han sido la solución de un gran problema.

... principio, los "pioneers" del Alto Paraná se resentían en su ruda ... contra la selva por el gran desgaste de energías y la escasez de ...s adecuados con que contaban. El mate cocido con galleta, al ... de los mensú, es un alimento tan flojo que produce hambre en ... y las conservas enferman y debilitan cuando son ingeridas con...te. Los hacheros duraban poco tiempo en el trabajo y los jefes ...os y yerbateros vieron la necesidad de ensayar otros métodos ...tación dentro de las posibilidades del medio.

... cabo de varias tentativas infructuosas con diversos elementos, au...unos e importados otros, dieron con el yopará, en el cual las ...s de la carne, tan necesarias para el equilibrio de la nutrición, ...ntran reemplazadas por las proteínas contenidas en los porotos. Después de una buena ración de semejante plato, un hombre puede hachar lapachos y machetar monte virgen durante todo el día.



... los trabajos ... es el que ... los obra... cualquier par... mundo, y, co... su lejanía ... centros pobla... el problema ... alimentación ... carne.

... reviro es también un aliento fuerte, y el mensú lo ha adoptado gus... porque después de desayunarse con él no vuelve a sentir hambre ... varias horas; cree que esto es debido a su poder alimenticio; ... que la sensación de "estómago lleno" que le produce es efecto ... lentitud con que digiere ese amasijo apetitosamente dorado.

... es éste una invención de los "pioneers" altoparanaenses, como pu... creerse, sino una adopción; lo trajeron los españoles de la conquista, ... también se vieron abocados al mismo problema de nuestros obra... Y parece que ellos, a su vez, lo habían adquirido de los árabes.

...stros hombres del monte, que están acostumbrados a medir todo ... con gran exactitud, preparan el reviro con unos doscientos gra... de grasa para un kilo de harina de trigo y le echan el agua su... Una variante del reviro es el añadirle caldo; entonces se ... "sopa de reviro". Otra variante consiste en desmenuzarlo en ... más o menos gruesos, llamándole en este caso "reviro labra..." Cuando se carece de harina se puede recurrir a la mandioca hervi... ...ndo, por lo demás, el mismo procedimiento; este "reviro de man..." tiene, a juicio de mi paladar y de mi estómago, grandes ventajas ... el primitivo; desgraciadamente no siempre se puede disponer de ... plantación cercana de esta bendita planta cuyas raíces (la parte co...mestible), desenterradas, no se conservan más de dos días.

... también, como los mensú, me acostumbré a *soportar* el reviro y ... y fueron mi comida siempre que el trabajo o las largas incursio... cinegéticas me obligaron a permanecer en el interior de la selva. ◈

EL CUENTO DEL MAR



LA SALVACION DEL "ELISA KING

Por ***HECTOR PEDRO BLOMBERG***

ILUSTRACIONES DE VALDIVIA

ESTA es una de las historias que me contó Ericson, el noruego, en las veladas del Dock Sur.

El "Empress of Ireland" era un vapor de 4.500 toneladas, matrícula de Cardiff. Fué construído en 1876, por la John Bird Line, y durante mucho años hizo la carrera de Australia y Africa del Sur.

Ericson el noruego, enrojecido su pálido rostro de escandinavo con discretas libaciones, estaba meditando. Rompió bruscamente su silencio, e inició lenta y trabajosamente su relato.

—El viejo John Bird murió en 1899, señor...

Quedó al frente de la compañía naviera su hijo Tomás, buen muchacho, pero a quien interesaban más las orgías y las mujeres de Londres que los barcos que su padre construyó y lanzó sobre los mares.

Ericson suspiró. Le parecía imposible que hubiera hombres que no amaran a los barcos que andaban por mar. Prosiguió luego:

—Tomás Bird vendió el "Empress of Ireland" en un momento de urgencia financiera; lo vendió como se vende un traje usado, un barco que lo había visto nacer, como quien dice...

Un nuevo y tempestuoso suspiro acentuó la melancolía del piloto ante la lejana y dolorosa evocación.

—Bueno, señor. Compró el "Empress of Ireland" un europeo de dudosa fama, un hombre conocido por sus turbios negocios en todos los puertos de Inglaterra, un tal Berkheim. Lo primero que hizo fué cambiar el nombre y la matrícula del viejo barco. Lo bautizó con el nombre de "Elisa King", y lo matriculó en Southampton.

Jonás Binns, durante 16 años, fué el comandante del "Empress of Ireland". Jonás había llevado el viejo buque por todos los mares, desde el día en que el "trade bord" de Cardiff le concedió el certificado de maestro navegante. El pobre Binns, cuando el Empress pasó a poder de Berkheim se embriagó como un loco, y después lloró amargamente.

Al salir tambaleando de la taberna en Cardiff, se encontró con Tomás Bird y lo llenó de insultos.

Bird se encogió de hombros, y le volvió la espalda, un poco pálido.

Cuando los pintores borraban el antiguo nombre del navío hubo que sujetar a Binns para que no los arrojase al agua, tal era su ira y su indignación.

Después pareció aplacarse, señor. Cayó en un silencio taciturno, trágico.

Binns tenía un sobrino, un jovencito, hijo de su única hermana, a quien éste adoraba y que había quedado viuda. Ana Binns vivía en Londres y parece que el muchacho tenia el alma un poco torcida...

Una vez que el "Empress of Ireland" cambió de nombre y de matrícula, Berkheim dispuso que siguiera en la carrera del Pacífico.

Al regreso del segundo viaje, Berkheim llamó a Binns y lo invitó a cenar.

Le preguntó muchas cosas raras, durante la comida.

Preguntas como ésta, señor:

—¿Usted no ha hecho economías, Binns?

—Tengo 20 libras esterlinas por toda fortuna, señor — contestó el pobre Jonás.

Berkheim sonrió de modo ambiguo.

—Poco es para un hombre que ha trabajado toda su vida en el mar—dijo, y sus ojos escudriñaban el rostro rudo y rugoso de su capitán.

—Es mucho para un hombre que ha conservado las manos limpias y la conciencia tranquila hasta los cincuenta años — refunfuñó Jonás, maravillado por el sabor de aquella sopa de tortuga que le servían en el más lujoso restaurante que pisara en su vida.

Berkheim siguió haciendo extrañas preguntas. Hasta que Binns creyó comprender... Su rostro se contrajo horriblemente, y levantándose de la mesa salió a la calle. Le ahogaba la ira.

Al llegar a su barco, su hermana Ana lo esperaba.

Binns miró el rostro de la pobre mujer, y su honrado corazón se apretó de congoja. Comprendió que algo horrible había sucedido...

—¿Qué pasa, Ana? — balbuceó.

Ana no podía hablar en su dolor y su angustia, hasta que, poco a poco, la historia fué saliendo a luz.

Roberto, el hijo de Ana, había cometido una defraudación en Londres, en la casa donde trabajaba como tenedor de libros.

Binns, lleno de horror y de espanto, preguntó:

—¿Y cuánto ha robado?

Ana sofocó su llanto.

—Robado, no, Jonás... El pobre muchacho pensaba devolverlo, pero unos malos amigos lo obligaron a jugar...

—¿Pero cuánto dinero ha sacado de la caja? — interrogó Binns, conteni[...] impaciencia.

Ana, palideciendo, balbuceó:

—Quinientas libras esterlinas...

Jonás dió un salto.

—Es una fortuna... ¡Miserable ladr[...]

—No lo llames así, Jonás... — imploró [...] venturada Ana—; fueron sus malos am[...] El es bueno...

—Quinientas libras esterlinas — repitió [...] pálido como un muerto.

—El jefe de la casa me ha dicho [...] lo llevará a la cárcel si le devuelve el [...] dentro de tres meses— informó Ana trist[...]

Binns se apretaba la cabeza gris.



...! ¿Dónde quieres que yo en... ...s libras esterlinas, yo que no ... un sueldo de treinta libras por ...

... a llorar. Veía a su hijo en la ...do...

...tiendo volver al día siguiente, ... Jonás Binns no durmió.

❦ ❦ ❦

...ñana temprano, pálido y resuelto, ... a su armador, a Berkheim.

... lo que usted me quiso hacer ... —díjole, apretando los dientes.

... sonrió.

... es usted un hombre sensato, Binns ...freciéndole un cigarro, que Binns ...mente.

... que...

... se arregló allí mismo.

... salió de las oficinas de su arma-...dose como un ebrio. Su rostro ...to.

...aba esperando a bordo. La pobre ...a dormido tampoco.

... miró en silencio. Luego sacó un ...tes del bolsillo y se los entregó.

... Ana— dijo, con voz insegura. ... contó.

... libras esterlinas, Jonás...

... al patrón de tu hijo... Dile que ... las otras 250 cuando...

...pió bruscamente. Su rostro daba ...

... Jonás? —interrogó la pobre ma-...e de esperanza.

... el "Empress of Ireland" o el "Elisa ... ido a pique...

... con que fueron pronunciadas estas ...abras alarmó a la anciana.



—¿Qué quieres decir, Jonás?

—Nada, Ana, nada... Dios me perdone... Dentro de tres meses iré a visitarte en Londres y te llevaré el resto del dinero que ha robado tu hijo.

Despidióse llorando la pobre mujer.

En el tren se olvidó de las extrañas palabras de su hermano, y la idea de que su hijo no iría a la cárcel la consoló.

Ocho días más tarde, el "Elisa King", ex "Empress of Ireland", zarpaba rumbo a Sidney, en Australia.

Binns parecía medio loco durante el viaje. Paseábase por todos los rincones del barco, con los ojos extraviados. Una mañana lo sorprendí en la cubierta. Estaba llorando, y sus gruesas manos rugosas acariciaban las maderas del "Elisa King".

Hablaba solo.

—¡Perdóname, Empress —murmuraba—, perdóname!... Soy un miserable, pero tengo que hacerlo por ella, por Ana...

El viento del mar jugaba con sus cabellos grises. Arriba palidecían las estrellas. La costa de Africa se veía a lo lejos, obscura y misteriosa.

Me acerqué sin ruido y toqué en la espalda a Binns.

Se volvió temblando.

—¡Ah! Es usted, Ericson —dijo. En el frío del alba el sudor corría por las mejillas.

—¿Qué sucede, capitán?

Guardó silencio. Después, como adoptando una resolución suprema, puso sus manos sobre mis hombros.

—No puedo, Ericson... ¡No puedo!

La angustia del gigante me inquietó. ¿Estaría demente el pobre Jonás Binns?

—No puedo... no puedo... —gimió.

—Todo me contó, señor, como se lo cuento yo ahora, en el Dock Sur, después de tantos años... El miserable Berkheim quería que Binns hundiera el vapor antes de llegar al puerto de destino, cerca de la costa, para que la tripulación pudiese salvarse. Había asegurado al "Elisa King" por una suma enorme y quería cobrar el seguro cuanto antes. El pobre vapor no debía volver jamás a Inglaterra...

—¡No puedo! ¡No puedo! Mírelo, Ericson —dijo, acariciando las maderas del barco que había mandado durante tantos años... Está vivo... Este barco siente, comprende... como usted y yo... Y tengo que hundirlo...

Berkheim le había ofrecido quinientas libras esterlinas por el crimen. Y esa era la cantidad justa para que el hijo de Ana no fuera a la cárcel.

Ericson encendió su pipa y guardó silencio:

—¿Y después, Ericson?

—¿Después? La historia es singular, señor... Binns, aconsejado por mí y por su honrada conciencia, no hundió el "Empress of Ireland". Llegamos a puerto, y allí supimos que Berkheim había muerto de un ataque al corazón, en Southampton. Dios lo había querido así...

—¿Y qué fué del hijo de Ana?

El patrón se conformó con cuatrocientas libras esterlinas...

Binns logró juntar lo que faltaba para completar las quinientas y todo se arregló satisfactoriamente.

Binns vive ahora en Londres con su hermana. Son muy viejitos los dos. El suele ir a ver los barcos en el Támesis. El hijo de Ana, que se ha regenerado hace muchos años, mantiene a su pobre madre y a su viejo tío. En cuanto al "Empress of Ireland", todavía anda por el mar.

Ericson volvió a suspirar, mientras sacudía la ceniza de su pipa.

Las estrellas de medianoche temblaban sobre el silencio profundo del Dock Sur. ◈

INGLATERRA MOVILIZA



El cambio casi total en la téc[…] bombardeo ocurrido en los […] dieciocho meses ha presentad[…] dificultades a la Luftwaffe, bater[…] aéreas y restantes defensas de A[…] que en la actualidad afrontan e[…] problema de medir sus fuerzas […] aviones "fantasma" de la R. A. F., […] les, al atacar por encima de las n[…] difícilmente perceptibles aun con […] da de todos los procedimientos ci[…] imaginables.

En las noches claras de luna, du[…] cuales acostumbraban a oír los […] el sordo ruido de los motores de la[…] rosas fuerzas aéreas británicas d[…] a la destrucción de un nuevo obj[…] guerra, reina ahora, casi siempre […] ma. Sin embargo, cuando la noche […] la y las densas nubes cubren la […] de los objetivos, desciende el tor[…] bombas a través de la espesa cor[…] protege a los atacantes contra la […] conjunta de las baterías antiaére[…] zas nocturnos. Un sistema perfect[…] vegación, ciertos procedimientos […] cos especiales y la utilización […] "Pathfinder", o aparatos encarg[…] buscar el objetivo e iluminarlo […] galas e incendiarias, son los me[…] cias a los cuales ha sido posible […] radicalmente las antiguas tácticas […] que; hoy día suenan las sirenas […] pa en ocasiones en que la Luft[…] hubiera creído posible pudiera vo[…] rato enemigo alguno.

Volando en perfecta formación, […] sin poderse ver unos a otros, los […] sos bombarderos de cuatro motore[…] caster" y "Halifax" actúan en pe[…] laboración con los "Pathfinder", […] dose el horario de cada operaci[…] el último segundo de tiempo. E[…] la artillería antiaérea enemiga la[…] tra la espesa cortina de nubes un […] de metralla, y los cazas de la L[…] vuelan con gran cautela sin el m[…] seo de salir al paso de los poten[…]

OS AVIONES FANTASMAS



PROVISTOS DE DISPOSITIVOS ESPECIALES, EMPRENDEN VUELO EN LAS NOCHES MAS OSCURAS Y LANZAN A TRAVES DE LAS NUBES SU MORTIFERA CARGA

Por **Petter O'Neill**

... en medio de una obscuridad ... donde una colisión entre dos ... resultaría mortal.

... el día, igualmente, las nuevas ...pleadas por la R. A. F. y las ...reas americanas han anulado ... introducidas por la Luftwaffe. ...ventos puestos en práctica por ...es, hasta el momento presente, ...do por falta de perspicacia. El ... las granadas-cohete, las bom... a la extremidad de un cable ...bas provistas de aletas, era el ... durante el día, las formacio... "...ing-Fortress", sin necesidad de ... "Focke-Wulff", cuyo radio de ...olamente de 500 metros, a la ... las potentes ametralladoras de ...gada de los primeros, capaces ... una distancia de 900 metros. ...ffe, sin embargo, no tuvo en ... posibilidad de que el enemigo ...cazas de escolta, capaces de pro... bombarderos durante la tota... recorrido y cuya misión especial, ...asta ahora con pleno éxito, es ... los aparatos alemanes porta... estas "armas secretas" se acer... formaciones de bombarderos. ...guiente, en algunos de los bom... ...lizados durante el día por las ... fuerzas americanas sobre el cen... ...emania, se presentó ante la Luft... siguiente dilema: utilizar todos ... disponibles, incluyendo los cazas ... de los ocho grupos de que apro...te disponen en el oeste, o re... de sus más guardados secretos ... parte de las reservas que guar... el día de la invasión.

... de algún tiempo, sin embargo, ... que adoptar esta última solución; una estación de radio clandestina alemana dió idea de la constitución de esta reserva, en lo referente a su personal. Los pilotos de pruebas, oficiales de la administración, instructores; en suma, todos aquellos capaces de manejar cualquier clase de avión han sido enviados a la lucha, enfrentándolos con los aviadores americanos, cuyo alto grado de instrucción en los vuelos de formación les permite dirigir sobre un solo aparato el fuego de cincuenta cañones. La Luftwaffe ha perdido ya una gran parte de esta escasa y mal instruída "reserva".

Los dirigentes de la Luftwaffe, en su afán de ocultar el hecho de que sus nuevos planes obedecen más a la necesidad que a la conveniencia, han declarado que el uso de los cazas nocturnos durante el día y los cazas de un solo motor durante la noche ha mejorado grandemente la potencia destructiva de las defensas alemanas. Estos aparatos, sin embargo, son para usos completamente distintos, y el verdadero resultado ha sido mantener en constante estado de alerta a las tripulaciones de ambos tipos por espacio de más de veinticuatro horas seguidas. Este enorme número de "Horas extraordinarias" a que se somete a la Luftwaffe trae como consecuencia el cansancio, nerviosismo y menor rendimiento de las tripulaciones; Inglaterra sabe mejor que nadie lo que supone tomar parte en una contienda aérea como fué la "Batalla de Inglaterra", obligando a los pilotos a hacer un número enorme de vuelos diarios, sin el descanso debido. •

... encargados de buscar el objetivo e ilumi... ...bengalas permiten a los aviones fantasmas ... Europa en noches en que el enemigo no ... creído posible la realización de raids.

◆ ◆ ◆ ACTUALIDADE

LOS NUEVOS MINISTROS



General de brigada Orlando Peluffo.



Doctor Alberto Baldrich.



Coronel Juan D. Perón.

En una solemne ceremonia, a la que asistieron, con el Excmo. Señor Presidente de la [...] general Edelmiro J. Farrell, y los miembros del gobierno nacional, el presidente de la [...] Corte de Justicia, doctor Repetto; el procurador general de la Nación, doctor Alvarez; el [...] primado, Monseñor Copello, y otras personalidades, prestaron juramento los nuevos minis[...] Poder Ejecutivo: general de brigada Orlando Peluffo, de Relaciones Exteriores, y el doctor [...] Baldrich, de Justicia e Instrucción Pública. Fué también confirmado como ministro secretari[...] Departamento de Guerra, el coronel Juan D. Perón, quien desempeñaba el puesto en forma [...] desde el 28 de febrero próximo pasado.

◆

BODAS DE PLATA.—Con motivo de cumplir sus bodas de plata con la Casa Hirschberg, le fué ofrecido un banquete al señor Víctor Sócrates Casime. El agasajado aparece en la cabecera de la mesa, junto a los señores Andrés Sperry, Gaspar Basini y otros altos empleados de la citado firma comercial.

◆





EL 80º ANIVE[...]
LA CASA KRA[...]
diversos y [...]
actos celebro [...]
sente mes la [...]
Anónima Gui[...]
Limitada la [...]
80º aniversa[...]
fundación. C[...]
dichos actos [...]
remonia reali[...]
local de la [...]
conquista, que [...]
en un homen[...]
escritores y [...]
gentinos, quie[...]
ron una placa [...]
la Casa, por [...]
ción a la c[...]
nal. Durante [...]
hicieron uso de [...]
el presidente [...]
ciedad Argent[...]
critores, seño[...]
Martínez Est[...]
doctor Guiller[...]
El programa [...]
continuará, co[...]
conferencias [...]
prestigiosos [...]
días 19, 23 y [...]
rriente. En la [...]
aparece ha[...]
señor Martín[...]

...RAFICAS



...A.—En el acto que organizara la Escuela ... Comercio "Ramos Mejía", para glosar el ...ciado por el Excelentísimo Señor Presidente ... en ocasión de la celebración del Día de las ... uso de la palabra, entre otras personas, ... de dicho centro docente, señor Angel A. Libonati.



... — Ha ... con ... enta- ... que ... car el ... dor M. ... sobre ... políti- ... don- ... ensaya ... te- ... ción ... estuvo a cargo del Instituto de Investigacio- ...líticas de la Universidad de Santa Fe.

— El joven ... María Casti- ..., a quien ... concedido re- ... uno de los ... producción ... 1943 por su ... versos "Del ... dichoso".



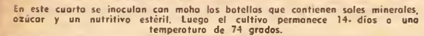
... CULTURAL.—Organizada por la Asociación de ... de la Escuela Nº 4, C. E. XI, realizóse en la ... Científica Argentina una lucida reunión cultu... la escritora señorita María Alicia Domínguez ... una interesante conferencia que tuvo por tema ... esposa del general Paz". La oradora apa... foto acompañada por el presidente de dicho ... señor Alberto Piñeiro Manlao, que hizo oper... acto; miembros de la subcomisión de cultura y descendientes del general Paz.

La aplicación obligatoria del "Método Credé" hará disminuir notoriamente el número de cegueras. — PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

LA PENICILINA SE DESCUBRI







En este cuarto se inoculan con moho las botellas que contienen sales minerales, azúcar y un nutritivo estéril. Luego el cultivo permanece 14 días a una temperatura de 74 grados.



He aquí el moho, de color verde-azul-gris, que produce la penicilina. Est diluye poco a poco en el líquido de la parte inferior. Al terminar el se separa la penicilina del líquido, mediante un proceso que consta de tres

Incendio en un cabaret...

La noche del 28 de noviembre de 1942, el fuego hizo presa de un cabaret de Boston. El humo, las llamas y las botas de una muchedumbre aterrorizada causaron la muerte de casi 500 personas. Los médicos comprendieron en seguida que se presentaba un verdadero diluvio de casos fatales, cosa que raramente acontece en los hospitales no militares.

Hubo que proceder con suma rapidez. De los laboratorios Merck, situados en la población de Rahway, en Nueva Jersey, partió un automóvil escoltado por policías de tránsito. Antes del anochecer llegó a las puertas del hospital que albergaba a las víctimas del siniestro. El chofer entregó a los médicos unos cuantos paquetes de inofensiva apariencia. Contenían unas cuantas ampolletas de cristal, que encerraban un polvillo de apariencia terrosa. Era la penicilina, la droga de cuyos efectos se esperaban resultados aun más sorprendentes que los de la sulfamida. Pronto se probarían sus efectos en los pacientes, víctimas de horribles quemaduras que albergaba el hospital. Sobre las carnes chamuscadas, y aun dentro de las venas, se colocó la solución que había sido preparada con los polvillos de color terroso.

Los resultados se guardaron a piedra y canto, pero las autoridades médicas encargadas de rendir un informe al cirujano general del ejército de los EE. UU, llegaron a conclusiones muy favorables, apenas examinados los casos sometidos a prueba. Uno de los descubrimientos médicos más portentosos del siglo quedaba consagrado: la penicilina.

Desde entonces, la droga ha obtenido buen éxito en la lucha contra las formas más horrib' s y malignas de las enfermedades bacterianas conocidas hasta hoy. Quedaban detrás del triunfo años de investigaciones y fracasos.

El descubrimiento del profesor Fleming

En 1929, Alexander Fleming, profesor inglés, tropezó por primera vez con la droga. En el transcurso de algunos experimentos había dejado algunos cultivos de bacterias en una vasija de cristal, de poca profundidad. El interior de la misma estaba embadurnado con una substancia gelatinosa que sirve de alimento a las bacterias y sobre la cual los microbios del aire se habían acomodado y reproducido, convirtiendo la substancia gelatinosa en una colonia de micro-organismos.

Mientras el profesor los examinaba, atrajo su atención una mancha de honguitos esponjosos, muy parecidos a los que se forman en el pan rancio. La mancha dominaba a las otras, y, lo que es más curioso, las colonias de bacterias prosperaban sólo a cierta distancia de los hongos en cuestión. Es bien sabido que ciertas bacterias engendran substancias venenosas, por lo que Fleming adoptó en seguida la teoría de que el moho se mantenía a distancia de las otras bacterias por medio de una barrera infranqueable de veneno líquido.

El primer problema de Fleming consistió en proporcionar a los honguitos los medios necesarios para que pudiesen conservar la vida. Y después de varios experimentos con una gran variedad de substancias alimenticias, descubrió que el moho se reproducía mejor y que los honguitos descargaban una cantidad considerable de veneno antibactérico cuando se los cultivaba en un caldo ordinario de carne.

Después de buscar un nombre apropiado para su descubrimiento, se dedicó a separar las bacterias que podían ser afectadas por la penic de aquellas sobre las que la nueva substancia no tenía poder ning

Sin embargo, lo que no consiguió fué lo que habría constitu triunfo supremo. La penicilina se adhería firmemente al caldo del cual era arrojada por el moho, y por más que Fleming hac extraerla de ese medio, no lograba su objeto.

Experimentos

Durante toda la década que siguió al descubrimiento, nadie aislar la penicilina del caldo. Finalmente, este triunfo fué lograd el profesor de patología Howard Florey, de la Universidad de O y un grupo de hombres de ciencia que trabajaba bajo su dirección graron extraer la maravillosa droga, de color y aspecto de tierra medio de un sencillo procedimiento que había escapado a la at de Fleming.

Conseguido esto, se necesitaron solamente algunos experimentos liminares para poder determinar los efectos de la droga en los mic Cuando éstos la recibían en su forma original, morían instan irremisiblemente, y cuando se diluía la droga a un porcentaje b elevado, paralizábase su desarrollo.

Era necesario ahora probar sus resultados en el cuerpo humano; el hongo rehusaba reproducirse rápidamente en los medios que entonces le proporcionaban para hacerlo. Para obtener cantidad ficientes de penicilina, los hombres de ciencia habrían tenido nec de sembrar el moho en cantidades mayores de las que les permit facilidades con que contaban. Finalmente, vino en su auxilio una parcial. La penicilina era expulsada en la orina de los pacientes a había sido administrada. Purificada nuevamente, servía para experimentos, aunque la cantidad extraída por ese medio era re

El primer paciente que sirvió para el experimento fué un agen policía que había contraído septicemia a consecuencia de una p úlcera en la boca. Los resultados obtenidos después de inyectar solución de penicilina en las venas, a intervalos de tres horas, maravillosos. Al finalizar el primer día de tratamiento, el ánim enfermo acusó una gran reacción, y los abscesos que le cubrían el dieron las primeras trazas de disminuir. Al cabo de cinco días, la peratura del enfermo se normalizó y el alivio fué definitivo y c

Pero agotada la penicilina, la enfermedad hizo nuevamente cris cabo de otros diez días de lucha, la infección comenzó de nue efectos fueron desastrosos.

Lucha dramática

Entonces los hombres de laboratorio se dedicaron a ampliar l casas reservas de penicilina. Por medio de las pequeñas cantidade consiguieron lograr, les fué posible curar, durante algunos meses rios enfermos renuentes a los efectos de las sulfamidas. Pero cabeza de cada paciente se cernía como una terrible amenaza el mento en que se agotaran las reservas de la droga. Aun con las ñísimas dosis de que se podía disponer, los pacientes experim notable alivio, aunque sólo para recaer lentamente apenas les fa las dosis de penicilina. Sus medios de defensa, ya desprovistos principal sostén, se derrumbaban a la llegada de la bacteria inv

Los médicos, convencidos de que la penicilina llevaba en s

...OR CASUALIDAD

ALEXANDER FLEMING, PROFESOR INGLES, TROPEZO POR PRIMERA VEZ CON LA DROGA MIENTRAS REALIZABA EXPERIMENTOS EN SU LABORATORIO

Por el doctor W. Y.

(DE EDITORS PRESS SERVICE)



...co, la penicilina, con la cual la medicina ha disputado ya muchos ... muerte. Para producir esta pequeña cantidad, fué necesario preparar un jarro de un galón de moho.

... revolución latente en la práctica de la medicina, luchaban ... contra la dificultad de producirla en cantidades suficientes ...rla con resultados realmente prácticos. La convicción de ..., y la evidencia de los efectos de la nueva droga, tropezaban ... con un obstáculo: la dificultad de producirla en cantidad. ...posible ampliar las facilidades de producción. Los metales ... Bretaña, en aquel verano de 1941, se convertían en aviones ... laboratorios. Las débiles voces que lograban salir de Oxford ...n en el tumulto general de la demanda de cañones. Entonces ...idió aceptar la invitación de algunos hombres de ciencia ...canos, y se trasladó a los Estados Unidos.

... los breves días que duró su visita, no le fué difícil despertar ...no de sus colegas. Cuando regresó a su país, lo hizo llevando ... prueba de que en los Estados Unidos se fabricarían sufi... ...tidades de penicilina, que permitirían, por lo menos, com... ... la droga era realmente un milagro o un espejismo. Pero ...raba la producción de penicilina abrirse paso en los Estados ... cuando este país entró también en la guerra.

...ones maravillosas

... de ese momento, las investigaciones prosiguieron envueltas ... secreto. El valor de la droga se duplicó y el gobierno ... de todas las existencias. Los químicos prosiguieron su tarea ...so. Si la penicilina tenía las condiciones mágicas que Florey ... las fuerzas armadas harían abundante uso de la misma. A ... e la droga fuese sólo a manos de especialistas calificados, se ... a un médico de Boston para que se encargase de distribuirla ... cuando se tratara de casos especiales.

... los médicos más notables del país pudieron comprobar que ... efectos de la droga la pulmonía se esfumaba como una pesa... los abscesos de los huesos en la enfermedad llamada osteomie... ...lvían y cicatrizaban, y que aun la fatal septicemia, producida ... terribles estafilococos, se veía obligada a ceder ante el avance ...r de la nueva droga.

... del sigilo con que se tratan las cosas referentes a la peni... ... detalles de algunos casos llegaron al público. El siguiente ... para ilustrar la fuerza incontenible con que la penicilina des... ... microbios de ciertas enfermedades.

...ermo era un hombre que no llegaba aún a los treinta y cinco ...ía un carbunclo en la nariz, cuya acción se extendía rápida... hasta los ojos — la llamada "zona de peligro" de la cara —. La ... comenzaba ya a invadir los párpados del enfermo, expri... por decirlo así, uno de sus ojos fuera de las órbitas, y amena... de un momento a otro, atacar el cerebro. Después de recibir ... 36 horas enormes dosis de la más poderosa de las drogas sulfas, ... también el segundo ojo.

... haber habido a mano algunas existencias de penicilina, el ... habría perdido la vida irremisiblemente; pero cuando la droga ...culado por sus venas por espacio de cuatro horas, su sangre ... del cúmulo de organismos que la había invadido. Al día ..., la temperatura llegó a 37°. Al tercer día recuperó la vista ... de los ojos, y al sexto pudo mover y abrir el otro, aunque no recuperó la visión. De ahí en adelante, la recuperación completa era cosa cierta.

La mayoría de los casos tratados con penicilina reaccionan como el descrito. Después de la aplicación de la droga, el restablecimiento prodúcese blandamente.

No es una panacea...

Pero a pesar de los alcances de la penicilina — a la que nuevos experimentos siguen dando más amplios usos —, la droga no debe ser considerada como una panacea. En el mundo de los microbios, como en el de los seres humanos, lo que sirve para unos resulta nocivo para otros. Aunque la penicilina es absolutamente fatal para muchas clases de bacterias, hay otras — como la de la tuberculosis, por ejemplo — que pueden desalojar al invasor.

Y como las existencias de la nueva droga son tan escasas, es casi imposible que, en el presente, la penicilina reemplace a las sulfamidas. A pesar de que cuatro grandes fabricantes de drogas en los Estados Unidos están produciendo en la actualidad la penicilina, quedan aún grandes dificultades de producción por vencer. Los expertos en la materia consideran muy improbable que la droga pueda ponerse a disposición de la población civil, quizá, hasta la conclusión de la guerra. Resta una remota posibilidad. Y es la de que los químicos descubran el modo de producir la droga en forma sintética. Pero, en este sentido, existe sólo una posibilidad entre un millón. Aunque es verdad que también en ese terreno todo puede suceder. ◈

CUANDO DOS SEÑORAS SE BATIERO

FUERON LA PRINCESA PAULINA DE METTERNICH Y LA CONDESA KIELMANSSEG QUE CRUZARON LOS ACEROS

Un hermoso paisaje de Liechtenstein, el principado donde fueron a batirse "a primera sangre" la princesa de Metternich y la condesa Kielmansseg.

La forma de resolver las cuestiones de nor a punta de florete, a filo de o a tiro de pistola, va cayendo en de Pero aun hace relativamente pocos años ninguna cuestión entre personas de cierta sición social dejaba de resolverse en el llamado del honor.

¡Cuántas veces una persona de bien, un so ejemplar, un excelente padre de fa un ciudadano sin tacha, provocados por espadachín de oficio o un duelista de sión, tuvieron que dejarse ensartar mente!

Duelos hubo que se hicieron famosos, aquel en que el duque de Montpensier a su primo, el infante Enrique de Bor que le cerró el paso al trono de España. ninguno tan interesante como el desarr en una dulce mañana del mes de agos 1892, en las inmedaciones de Vaduz, pado de Liechtenstein.

¿Que qué tuvo de particular ese d Pues que en el sólo intervinieron mujeres. de la más elevada aristocracia. Como que ron, las contendientes, nada menos que princesa Paulina de Metternich, bello de la corte de Austria-Hungría, y la c Kielmanssseg, otra de las beldades, más o pasadas, de la Viena imperial.

La princesa era presidenta honoraria Exposición Musical, que aquel verano lebraba en Viena, y la condesa, pre efectiva del comité de señoras del men certamen. Por cuestiones de organizaci vez porque la presidenta honoraria pre arrogarse atribuciones que competían a la sidenta efectiva, surgió entre ellas una que, al principio, fué débil arroyo y que minó en impetuosa catarata.

Comenzaron, ambas presidentas, por la labras duras y los términos secos; pa



He aquí, según una caricatura de la época, cómo veían el duelo entre mujeres quienes tuvieron ocasión de presenciar uno de esos lances, por fortuna más pintorescos que reales.



La mayoría de las veces, el papel de la mujer en el duelo se concretaba, como lo representa este cuadro de Owidzkiego, titulado "Intervención intempestiva", a separar a los contendientes.

...N DUELO...

...ESAFIO A PRIMERA SANGRE

Por
Avelino Rodríguez Elías

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

... las insinuaciones insultantes, y con... por las injurias intolerables. Es decir, ... pusieron como hoja de perejil.

... empujaba a la una contra la otra, ... agarrado del respectivo y aristo... moño si no las hubiera contenido la ...ción de su elevada alcurnia, que si ... podía decirse cuatro frescas, vedábalas ... liarse a plebeyos mamporros.

... aquello no podía quedar así, y se des... lo mismo que los caballeros. El duelo ... a cabo, según queda dicho, en los al...res de Vaduz, principado de Liechtens... ...nde se trasladaron las contendientes ... ...drinas, que lo fueron la princesa de ...enberg y la condesa de Kinsky.

... fueron ellas solas. Otras hermosas y ... damas vienesas presenciaron el sin... ...bate bajo los árboles que rodeaban ...a elegida para campo del honor de ...adas duelistas.

... médico, pero sí médica: la doctora ..., expresamente llamada de Varsovia, ... residía, para concurrir a este duelo fe...

... tomaron todas las medidas para evitar ... indiscretos, es decir, masculinos, pu... presenciar el desafío, que fué a sable.

... contendientes se aligeraron de ropa, de... parte del hermoso busto al descubierto; ...ron las armas; colocáronse frente a ... acometiéronse con la mirada antes que ... acero, y a la tercera palmada de la ... campo dieron comienzo a la lucha.

...aban después las testigos presenciales del desafío, que tanto la princesa de Metternich como la condesa de Kielmansseg dieron muestras de una gran presencia de ánimo. Mucho más emocionadas que ellas lo estaban las elegantes damas que, al resguardo de la arboleda, seguían con ojos ansiosos la encarnizada lucha.

... los tiempos el hombre se ha batido a causa de ... Esta composición es una bella alegoría a tal ... los duelistas se juegan la vida en cada quite de la espada.



La condesa recibió una ligera herida en el antebrazo derecho, y con esto se dió por terminado el desafío, que era a primera sangre. ¡El honor de las dos aristócratas estaba salvado! ¡Las ofensas ya no existían! Bastaron unas gotas de sangre del más puro color azul, para lavarlas.

Intervinieron las madrinas, y a su invitación las contendientes se reconciliaron, cayendo la una en brazos de la otra y derramando lágrimas de ternura, que apagaron el rescoldo de la pasajera enemistad.

Y por si aquellas lágrimas y aquel abrazo no eran suficientes, un suculento almuerzo (igual que en algunos lances entre caballeros, encargado de antemano) selló la restaurada amistad de las duelistas.

Toda la prensa europea, gracias a la indiscreción de alguna de las damas que presenciaron el lance, se encargó de divulgar la noticia de este insólito desafío. ◈

UNA VISITA AL CAMPAMENTO

"Un hombre muere..."

—BUENO, Xenxio — me dijo en un tono casi indiferente el sargento Ben Aomar de la 3ª Mía de Policía—, bueno; está escrito que "tú no poder "murrer".

Estábamos en el campamento general del Zoco el Hach de Benisicar y el enemigo nos acababa de hacer dos disparos de cañón, cuyos proyectiles no explotaron, pero uno de ellos destrozó a un soldado de intendencia y el otro vino a dar sobre



El teniente Moreno, protagonista del episodio que se narra en esta nota, con un sargento de la Policía Indígena de Marruecos.

la puerta de la cantina, bajo cuyo arco me hallaba yo en ese momento.

Convenía demostrar a los askaris reunidos allí que los militares españoles no teníamos miedo, y supe disimular el que yo sentí. Los moros se quedaron mirándome, esperando la reacción que ese hecho produciría en mí.

—Sí — les dije bromeando —; parece que debe estar escrito, como vosotros decís.

—"Un hombre muere — sentenció Hamet —, el día y la hora que Munana escribió, Xenxio".

Hubo una pausa y luego Aomar me preguntó:

—¿Conoces al teniente Moreno?

—No. ¿Quién es?

—Un valiente.

—¿Y cómo lo conocéis?

—Porque es de la Policía Indígena.

—Ah, vamos. De la Policía... Entonces habrá hecho cosas grandes.

Aomar habló con esa seriedad tan característica de los rifeños cuando se refieren a hombres que admiran por su valor:

—Todos los oficiales de la Policía son valientes. Aquí no pueden estar los que piensan volver a sus casas.

El cabo Forko insinuó a Aomar:

—¿Por qué no le cuentas a Xenxio lo que hizo Moreno en Benibugafar?

Y Mohamet Ben Aomar Ut Mumen, el sargento moro que miraba los combates como un juego divertido, me relató la anécdota que transcribo aquí.

"Iré yo, mi capitán"

En el año 1915 se estaba operando frente a la cábila de Benibugafar que extiende sus poblados en las barrancadas y elevaciones de unas altas y escarpadísimas montañas, y la 2ª Mía de Policía acampaba en sus alrededores.

Por esos días fué nombrado jefe de la Mía el capitán Villegas, un hombre enérgico y muy amigo de "hacer las cosas bien". El teniente Moreno mandaba una sección desde hacía tiempo y era muy querido y respetado por los moros, a quienes sabía tratar como correspondía.

Era Moreno un oficial del que con justicia se podía decir que "se había pasado toda su vida en Africa". Desde que ingresó en la Policía dió muestras de valor sereno y una aptitud para el mando y para hacerse querer de sus subordinados,



"Cuando estuvieron a pocos metros del lugar, se distribuyeron estratégicamente para asegurar la retirada..."

que pocas veces se logra en las fuerzas indígenas.

No se sentía satisfecho con efectuar únicamente los peligrosos servicios que se le encomiendan a las Mías de Policía, sino que aprovechaba cualquier coyuntura para llevar a cabo comisiones que unas veces le ordenaban sus superiores y otras emprendía por su propia cuenta. De esta manera se vió en muchas ocasiones en grandes aprietos, de los que supo salir, gracias a su magnífico valor y al profundo conocimiento que tenía del terreno y la psicología del rifeño.

Una noche se vieron desde el campamento algunas hogueras en la cima de las montañas próximas, signo evidente de que allí se estaba reuniendo una harca que lo mismo podía ser enemiga, como una concentración de "idalas" al servicio de España.

Observando aquello, al capitán Villegas se le ocurrió preguntar:

—¿Serán amigos o enemigos?

—Eso es fácil saberlo, mi capitán — respondió Moreno.

—¿Cómo?

—Yendo allí...

—¿Y quién irá?

—Yo mismo — expresó con sencillez el teniente.

Villegas meditó un poco y luego, mirando fijamente a Moreno, le dijo:

—No. Yo no puedo ordenar semejante cosa. Sería un disparate.

—No hace falta que lo ordene, mi capitán.



ENEMIGO

Vicente Asensio de Aledo
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

...é quiere usted decir?
...ré bajo mi responsabilidad.

...enemigos..."

... acordado así. El teniente Mo... puso el jaique y tomando cuatro ... de confianza, se encaminó hacia ... de la concentración de los moros. ...brados como estaban aquellos ... a las "cosas de Moreno", éste ... necesidad de hacerles ninguna in... y, cuando estuvieron a pocos me... lugar, se distribuyeron estratégi... para asegurar mejor la retirada ...te, que preveían, pues estaban ca... de que eran enemigos.

..., satisfecho con esa actitud de ...bres, y viéndolos bien parapeta... dispuestos a intervenir cuando el ... requiriese, avanzó resueltamente. ...nda, un centinela de los presuntos ...os le gritó:

—¿Quién es?

—El teniente Moreno — respondió él —. ...igos?

... recibieron con muchas muestras de ... invitándolo a aproximarse al gru... se hallaba junto a la hoguera.

... bien hubo dado unos pasos, se dió ... de que eran enemigos, pero cuan... a iniciar la fuga, se avalanzaron ... tomándolo, felizmente, por el jai... Como éste es un capote moro de man...rtas y anchas, le fué fácil despren... de él. Se agachó y, sacando los ... de aquéllas, tomó la pistola con la ... defendió su retirada apoyado por los ... que lo esperaban.

... a poco se fué alejando de allí, ...endo a duras penas y con mil di...des las arremetidas del enemigo ... quería dejar escapar una "presa" ...osa; pero él, con su gran presencia ...o, su soberbia puntería y la cele... con que huyó, logró al fin lo que ...ponía.

... en el campamento, se presentó al ... Villegas y como si nada hubiera ... le comunicó:

—... enemigos, mi capitán... ◈


...moros que formaban la horca cuyo reconocimiento ... el teniente Moreno, se habían reunido en las ...ntañas vecinas al campamento español.



La dueño del perrito observo con otención, mientros el médico proctico o éste un vendaje en el ojo, luego de haberle efectuodo uno difícil curoción.

Esperondo turno en uno de los omplios corredores del Instituto, codo cuol con su pequeño amigo: gotos, perros, pójoros...

HISTORIAS

POR EL INSTITUTO DE CLINICA MEDICA Y QUIRURGICA DE ANIM



Exominondo uno rodiogrofío, que reveloró o los fooultotivos lo grovedod del mol. El doctor Ernesto Cónepo, director del Instituto, señolo o lo doctoro el punto donde se ho producido lo frocturo del hueso.

Con los doctores Cónepo y Do Groño

ALGUIEN nos había dicho que al Instituto de Clínica Médica y Quirúrgica de Animales Pequeños, de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, concurrían "pacientes" que tenían curiosas historias. Ese alguien nos habló de un perro que había andado por las trincheras europeas, en la guerra de 1914; de un gato montés que saltó al cuello de su dueña; de una orangután enamorada, y de otras cosas más, que, naturalmente, excitaron nuestra curiosidad y por eso esta mañana nos presentamos a la puerta de la clínica.

Nos reciben los doctores Cánepa y Da Graña.

—Mucho habría que contar —nos dicen—. Esta clínica tiene algo de sentimental. Nuestros pacientes nos son traídos por el cariño de sus dueños.

—¡Y hay que ver con cuánto afecto, con cuánta atención se cumplen nuestras indicaciones!

—¿Cuáles son los animales que traen con más frecuencia?

—Perros, gatos, pájaros...

—Y animales exóticos, ¿vienen alguna vez?

—Sí; hemos atendido pumas, gatos monteses, monos, avestruces, loros, tucanes.

—¿Recuerda, doctor Cánepa, el caso del to montés? —pregunta el doctor Da Gr

—Ya lo creo. No es fácil olvidarlo.

—Cierta señora, estanciera de Santa Fe, un gato montés al que crió desde chiqui al que profesaba gran afecto. Solía tra para que le recortáramos las uñas y se lo diéramos cuando estaba enfermo. El gato cía profesar gran cariño a su dueña, pe buen día...

—¡Mal día! —acota el doctor Cánepa.

—Sí; un mal día el gato montés sintió pertar la fiera en su interior y saltó al de su ama, hiriéndola de consideración.

"Es inútil, el instinto no muere y segur palpitó la fierecilla en las venas del gato tés. Las ansias de crueldad tiñeron de ro horizonte del animalito, las garras asom la fiera venció a la costumbre.

—Y ¿cómo terminó el suceso?

—El gato fué mandado a una quint Morón. La dueña no quiso verlo más.

—Quizá el gato no tuvo la culpa —d doctor Cánepa—. Jugar con la ferocida ciertos animales, es como jugar con fueg

—Esto me recuerda a la mona que se moró de su dueño.

—¿Es cierto eso?

—Sí —dice el doctor Da Graña.

—Yo atendía a esa orangután. Su dueñ vía en un departamento del barrio de la coleta. En uno de sus viajes había enc a la orangután cuando era muy pequeña recogió y la conservó siempre a su lad mona, privada de la selva y de sus cong sólo conoció el afecto de su amo. A él

... capacidad afectiva, y todo lo que ... podía privarle o disminuirle el ca- ... dueño se le hacía odioso. Así mal- ... esposa de su amo. Cierto día, una ... que por casualidad se acercó a la ... cruelmente mordida por la orangután.

... que sufrió de amnesia

...te fué el caso de "Cachito", el ...ista del circo de Fascio.

... le ocurrió a ese perro?

...ense que un buen día "Cachito" em- ...idarse de hacer las pruebas. Inútil ... dueño lo estimulara y castigara.

... un perro viejo?

... solamente atravesaba un período agudo ... Fascio lo trajo. Lo sometimos a ... clínico muy minucioso y encon- ... raíz del mal: "Cachito" era diabé-...

... perro diabético?

... muchos animales se presentan las ...ermedades que aquejan a los huma-...

...?

...metido a un severo régimen y se ... Una vez curado, Fascio nos in- ... las pruebas de "Cachito", y por ... ni una sola vez se equivocó.

... curiosos

... señora que tenía un teatro de perros ... también solía traernos sus perritos ... se los atendiéramos. Tenía unas va- ...les de madera en las que los con- ... vez que venía. Hace tiempo que ...

...cuerda, doctor, a "Toto" —dice el doctor Da Graña—, aquel perrito de Fascio que ladraba a la clínica cada vez que la veía?

—¡Ah, sí! —responde el doctor Cánepa—. Seguramente recordaba algún tratamiento doloroso. Era cómico verlo. Mientras estaba aquí se portaba excelentemente, pero apenas salía y lo conducían al camión, ya estaba ladrando furiosamente en dirección a la clínica.

—Entre los animales pasan cosas curiosas —nos refiere el doctor Da Graña—; por ejemplo, las perritas a quienes no se les deja tener cría, pasan por una gestación imaginaria y luego de hacerse un nido, cuidan celosamente en él una piedra o un pedazo de madera; ¡triste reemplazante de un cachorro!

—Es que el instinto de la maternidad es sumamente fuerte— dice el doctor Cánepa—; tanto que quiere sobreponerse aún a las condiciones físicas.

En verdad, allá en los años infantiles recordamos el caso patéticamente cómico de la pava que a falta de huevos se empeñaba en empollar cebollas. Y aquel otro de la gatita que no pudiendo tener cría, por vieja, robó los gatitos de otra gata para cuidarlos.

El perro del ex combatiente

Hablamos luego de la inteligencia de los perros y de su gran fidelidad. El doctor Cánepa recuerda:

—Hace algún tiempo, un joven bien vestido vino a traerme un perro. Este era muy viejo, achacoso, y se hacía necesario sacrificarlo. Su dueño era un estudiante de abogacía al que sólo le faltaba una materia para recibirse. Al conocer el dictamen, me pidió que

(CONTINÚA EN LA PÁG. 96)

...E ANIMALES

... HAN DESFILADO "PACIENTES" DE LAS MAS CURIOSAS CARACTERISTICAS

Por **María de Alvarado**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS DE BORELLI



Don Juan en el Instituto. El zorro, domesticado, necesita también atención veterinaria. Aquí está, en el jardín del establecimiento, con su eterna expresión de desconfianza.



AL MARGEN DEL CANCIONERO CRIOLLO

Los imposible

La incongruencia entre el sujeto y el atributo origina la más numerosa variedad de disparates. Todos los cancioneros criollos nos proveen de abundantes ejemplos de esta consciente manera de desvariar:

Me gusta peinar un calvo
y hacer la barba a un lampiño,
hablar en secreto a un sordo,
poner un ciego en camino.

A las orillas de un hombre
estaba sentado un río,
afilando su caballo
y dando agua a su cuchillo.

Cuando me parió mi madre,
mi padre no había nacido;
Cristiandron a mi abuela,
y a mí me hicieron padrino.

Amalaya yo tuviera
un caballo y una mula,
para pegarme un galope
por el sol y por la luna.

En esta clase de disparates tienen cabida todos los imposibles:

Dame un racimo de uvas
de tus higueras.
Cuando yo plante viñas
te daré brevas.

Todas las descripciones del mundo al revés:

Voy a cantar y decir
todito el mundo al revés,
los zapatos en las manos
y los guantes en los pies.

Y todos los que hemos llamado "disparates de animales", con la descripción de un mundo absurdo, liberado de toda lógic[a] el que los animales asum[en] papel principalísimo:

Yo vide segar a un zorro
a un gallo juntar espigas,
a una gallina trillar.
Creamé que no es ment[ira]

A veces la versada se ex[tiende] en descripciones fantásticas[,] ejemplo, en la de la higuer[a mi]lagrosa que provee de tod[o a su] feliz poseedor:

Tengo plantada una hig[uera]
que da al toque de ora[ción]
calzoncillos, pantalón,
medias, botines, galeras.
Da unos trajes de prime[ra,]
camisas, cuellos, corbat[as,]
da botines, da alpargat[as,]
cintos, ligas, tiradores,
y para los días mejores
da una cartera con plat[a.]

Otra larga descripción es [el] extraordinario rendimien[to de] una pulga recién muerta, [que] en versión muy corrompid[a] incluye en el *Romancero* [de Is]mael Moya:

Silencio pido señores
silencio a los caballeros,
de una pulga que maté
voy a principiar el cuen[to.]

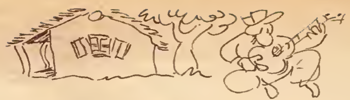
El tema debió resultar d[e mu]cho gusto, pues en el *Canc[ionero] de Jujuy*, de Carrizo, nos [en]tramos con una copla que [re]cuerda:

De la riñonada un piojo
saqué una paila i jabón,
cincuenta arrobas de gra[sa]
y una carga i chicharró[n.]

Un banquete burlesco da [moti]vo a una larga versada —de [...] octavas— en el cancionero [...]no:

Hay cuises en escabeche,
hay dos víboras guisad[as,]
una zorrina estofada,
siete cangrejos en leche.
Si hay algo que le inter[ese]
si con esto no se llena







Por
Luis Lanuza

PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE VILLAFAÑE

...bién en salsa verde
...za 'e ballena.
...ones de pantera
... un puercoespín;
... en perejil
...os de ballena.
... esto no se llena,
... platos excelentes,
... tortugas fritas
... lenguas de serpientes.

... pena recordar que ya ... Manrique, el senten- ... Manrique de las co- ... muerte de su padre, se ... inspirado en un tema se- ... *para un combite que hi- ... madrastra,* doña Elvira de ...

... roz hecho con grasa
... collar viejo, sudado,
... por orden y tasa,
... uno un bocado;
... y canela,
... por ensomo
... el mayordomo
... cabo de candela.
... ya la cena,
... una pasta real
... de cal y arena,
... en un hospital;
... y ceniza ensomo
... de cardenillo,
... emplasto todo
... en el colodrillo...

... categoría de coplas dis- ... suele conseguirse la in- ... variando de pronto ... de una palabra:

... que las golondrinas
... mar de un volido.
... la sé pasar...
... noche dormido.

...carse en el número sue- ... eficaz manera de dis- ...

... son las tres Marías,
... los cuatro elementos,
ocho las siete cabrillas,
once los diez mandamientos.

Así canta una copla recogida por Jorge M. Furt en la provincia de Buenos Aires, pero que también figura en el cancionero popular español.

Disparate menor, aunque siempre gracioso, es el de equivocar los acentos:

Estaba la Virgen Mária
y los Santos Apostóles
comiéndose unos pajáros
debajo de unos arbóles.

La copla, tan popular en toda la República, que sería difícil encontrar alguna persona que no la haya oído alguna vez, es también, indudablemente, de origen español.

Los graciosos del teatro castellano del Siglo de Oro eran fecundos en estos ingenios, recursos de comicidad popular.

En *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, Mengo, el aldeano gracioso, desfigura la pronunciación de las palabras para conseguir un seguro efecto de risa:

¡Vivan los reyes cristiánigos
y mueran los tiránigos!

Los disparates se perpetúan en los idiomas. Condimentan con cierto regustillo picante el sabor de la lengua.

A principios de este siglo todos los muchachos de Buenos Aires canturreaban, con música de *Rigoletto*, una copla contrahecha:

Doña Maríbiga
se cortó un débigo,
con la cuchíbiga
del zapatébigo...

Era el mismo estilo del gracioso Lope, conservado a través de los siglos y vuelto a gustar con esa alegría pura que produce todo disparate voluntario. ◈



DOMINGO VILLAFAÑE

Una existencia larga y miserable

No hace muchos días se conmemoró el centenario del nacimiento de Paul Verlaine, el maravilloso y desdichado poeta francés. Como es sabido, la suya fué una existencia tan larga como miserable. Ni siquiera la posteridad —que pule y estiliza—, ni el fervoroso empeño de sus biógrafos, pudo reivindicar por completo la memoria del poeta en cuanto a ente moral, a individuo social. Su debilidad, su incapacidad para sobreponerse a las constantes incitaciones de la pasión, lo hicieron fluctuar entre la suma mansedumbre y la violencia desencadenada. Fué, alternativamente, tierno y depravado, sensible y tosco, delicado y brutal. De tan confusa amalgama habría de surgir, purísima, una de las más altas voces líricas de Francia, como si ese hombre de toscas facciones de Sileno, ebrio y licencioso, sórdido y miserable, hubiera poseído la virtud de conjurar y de hacer suyos, tras el desenfreno y la locura, los inefables poderes de la gracia.

Pero, y por un momento, tratemos de ver a Verlaine desposeído de la aureola con que lo ha embellecido la posteridad. Propongámonos verlo, tal como lo hacían sus contemporáneos, que no estaban por cierto en la obligación de adivinar lo que reservaba al poeta el futuro. Resucitémoslo, pues, humano, demasiado humano, en uno de los momentos más graves y tristes que le tocó vivir.

CONDITION DU DETENU

à sa sortie de prison.

Date de la sortie	16 janvier 1875 Expiration de peine
Motifs de la sortie	peine expirée
Instruction scolaire (2)	supérieure
Masse de sortie	f 153.09
Pratique religieuse (3)	religieuse dans les derniers mois
Caractère et moralité	faible, assez bonne
Conduite	régulière
Amendement	probable

Un curioso documento: la ficha que se llenó en la prisión de Mons cuando fué liberado Verlaine. Comprueba la creciente religiosidad del detenido; alude a la debilidad de su carácter y juzga probable su futuro enmienda.

La señal del destino

Corre el año 1870. París vive días de anhelo e incertidumbre. Los ejércitos franceses, bloqueados en Metz, están en trance de ser aniquilados por los prusianos. Se vitorea ya a los caudillos de la oposición; fermenta la revuelta. Se presiente que el imperio de Napoleón III agoniza. La púrpura desgarrada tórnase en bandera de sedición. Pero los rumores de la calle, los gritos y los improperios, no ascienden hasta el cuarto piso donde vive, en estado de constante y fervorosa adoración, un poeta recién casado.

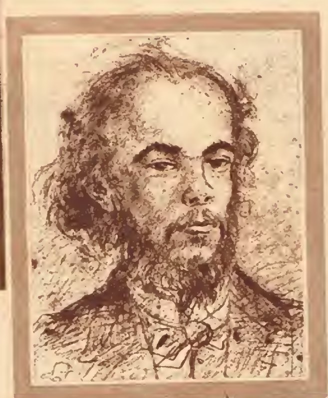
Albérgase allí, junto con su joven esposa, un escritor de veintiséis años que gusta ya, aunque en el ambiente cerrado y humoso de cenáculos literarios, las primeras satisfacciones de la fama. Se llama Verlaine, desempeña con asiduidad tareas burocráticas y se halla camino de transformarse en un respetable funcionario. Claro está de tanto en tanto, revela excesiva inclinación por las bebidas alcohólicas. Hasta se habla de cierta manifiesta indeterminación en vida amorosa. Pero la esposa —joven e inexperimentada— y la del poeta —afectuosa y tolerante— creen que la regularidad de la matrimonial corregirá las malas tendencias de Paul que, no tiempo después, se halla en trance de convertirse en padre. S hasta el mismo Verlaine está persuadido de las virtudes tera del matrimonio. El amor compartido, el encanto todavía infa la esposa, la promesa del hijo, influirán sobre su ánimo, apar tentación que de tanto en tanto surge y amenaza destruir su monótona y sencilla.

Pero, cierto día, alguien golpea en la casa editorial Lemerre una carta para Verlaine. Era la señal del destino.

El niño genial

La carta ha sido escrita al joven maestro por un admirador de provincias, poeta también. Adjunta a ella algunos poemas prodigiosos Verlaine lee y relee con la admiración y el entusiasmo de que es

VERLAINE, Y E DRAMA D



Paul Verlaine, el gran poeta francés, cuyo centenario acaba de conmemorarse, de acuerdo a un dibujo realizado poco tiempo antes de conocer a Arthur Rimbaud, su compañero en el drama de Bruselos.

su alma impetuosa. El poeta de pro es un adolescente, casi un niño, y Arthur Rimbaud.

Pronto Verlaine responde, lo llama rís. Quiere hacer conocer a sus a muchacho genial y gozar también primicias de su talento extraordina

Cuando llega Verlaine a su casa, de haber aguardado en vano a Rim la estación, lo encuentra ya insta un chicuelo alto, de expresión tor ñada. Viste con descuido, desdeña l maneras. Ignora la cortesía y la es un "salvaje", un "negro", como mismo Rimbaud.

Cabe presumir el desconcierto y pefacción de la joven esposa, que en trance de ofrecer hospitalidad, pitalidad muy burguesa, modosa rada, a ese rústico que se limpia las las cortinas, que contesta con monosílabos y que, sobre todo, ejer ña y poderosa fascinación sobre Ambos poetas frecuentan de nue culos y cafetines, lo que ofrece pretexto para reiniciar su vida de antaño.

Cuando, tras ruegos y reyertas amigos instalan a Rimbaud en un ción alquilada con ese fin, el lescente turba la apacible existenc moradores de su nueva viviend los floreros como recipiente, para mas de tipo escatológico, se ensaña botellas de leche que encuentra, al regresar de sus andanzas, umbral de sus vecinos. Repite el viejo truco de limpiarse en las cortinas.

Y ese niño genial —a la sazón tiene Rimbaud diecisiete años— a maravilla su función de corrosivo, de disolvente. Conjura descubre el triste y fascinante reverso de las cosas. Ve lo que dice lo que nadie se atreve a decir. A su lado, la vida frenética y caudalosa. ¡Adiós los mansos placeres de Verla futura y próxima contemplación de una mamá joven inclinada samente sobre su niño pequeñito!...



... "Rincón de mesa", famosa tela de Fantin Latour, vemos a Paul ... y a Rimbaud, los dos poetas cuya extraña amistad habría ... terminar en lamentable drama y con la prisión del primero de ellos.

BRUSELAS

... MOMENTO DE LA VIDA DEL POETA FRANCES, ... CENTENARIO ACABA DE CONMEMORARSE

por Pierre Beaufort

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

... sobre sí mismo, más torvo que nunca su rostro de Sileno, ... apresta a seguir al adolescente vagabundo... Cierto domin- ... a buscar un médico para su mujer que se siente indispuesta. ... a Rimbaud en su camino. Esa misma noche ambos parten ...

... un hotel

... en el hotel de Courtrai, se hospedan tres extraños via- ... demás huéspedes contemplan con temor y con curiosidad, ...do y con admiración. Ocupan dos habitaciones contiguas. ...alberganse dos hombres: muy joven y desarrapado uno, con ... infantil de ángel furioso; barbado el otro, de amplia ...da, nariz chata y dos ojillos inquisidores espiando bajo ...espesas. En la pieza de al lado descansa una anciana señora, ... último de los hombres como una sombra cordial.

... escúchase un disparo. Cuando el hotelero acude, el más ... huéspedes, que apréstase a salir con la señora y oprime ...asegura un pañuelo ensangrentado sobre su muñeca, mués- ...o y nervioso. El hombre de las barbas, convulso, llora en ... Explícanle entonces al hotelero que acaba de ocurrir un ... accidente, por fortuna sin graves consecuencias. "¡Un ras- ... más..." Los tres inquietantes huéspedes abandonan de ... el hotel en busca del hospital cercano. Habíase cumplido ... acto del drama de Bruselas.

... hospital, los tres al unísono repiten lo del accidente. Ya de ... discusión recomienza, quizá más acerba todavía. Rimbaud ...dido a alejarse para siempre. Verlaine llora, suplica, amena- ...te de la tarde, cuando Arthur parte rumbo a la estación, ... y, un poco más atrás, breve el paso premioso, la respira- ... la anciana madre de Verlaine corre también.

... la mano crispada de Verlaine hurga en las profundidades

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 95)





TODOS DICHOSO

Don Eduardo era cincuentón, viudo y comerciante. En su juventud se divirtió cuanto pudo; pero los años hicieron en él poca mella. De la viudez se consoló pronto; su dolor fué agudo y breve, como el que sentimos al darnos un trastazo en un codo. Para los negocios era la quintaesencia de lo cuco; nadie trató con él sin dejarle algo entre las uñas.

Y no sólo al comercio aplicaba la cuquería, sino a todas las cosas de la vida, siendo con los hombres enredador y astuto, y con las mujeres tan mañero y hasta largo de manos que siempre se salía con la suya, y algunas veces también con la del prójimo. Tenía mucho de comerciante y otro tanto de mujeriego. Era mitad judío, mitad tenorio: mercader de día, conquistador de noche, taimado y socarrón a todas horas.

Aparte estas circunstancias y cualidades, tenía don Eduardo una hija muy fea que se llamaba Castora, un almacén muy lujoso de *efectos y servicios fúnebres* titulado *El Pésame*, y un dependiente joven y guapísimo que atendía por Serafín.

La fealdad de Castora inspiraba risa o daba miedo, siendo, según los casos, cómica hasta lo grotesco, y trágica hasta lo espantable: estando alegre parecía momia retozona, y en poniéndose triste, muerte sin guadaña. La infeliz era espigada, flaca, pálida y huesosa; de rostro anguloso, poco pelo, ojos hundidos y chicos, orejas enormes, dientes amarillos y pies grandes. Sus veinticinco primaveras parecían cincuenta otoños. Tenía el carácter enérgico, el entendimiento despierto, el pudor dormido y el apetito amoroso continuamente desvelado. Las feas le daban gozo, las guapas envidia, las acompañadas, fuesen como fueran, rabia. En cambio, todos los hombres poseían algún atractivo para ella: como el jugador ama la baraja, diciéndose que en alguna carta está la suerte, así Castora se ilusionaba con los hombres esperanzándose en que alguno había de apechugar con ella. A ponerse melosa, fingir rubor y dejar entrever pasión oculta, no había quien la ganase; pero todo era inútil: jamás recibió mirada tierna, ni oyó galantería, ni saboreó requiebro. Sin embargo, tenía fe porque su padre era rico; tenía esperanza porque, como dice el refrán, la suerte de la fea la bonita la desea; y estaba dispuesta a tener caridad con quien primero le pidiese limosna de cariño o de algo menos puro.

No había en Madrid ningún almacén de cosas fúnebres tan lujoso como *El Pésame*. La tienda estaba llena de lápidas, coronas, cruces y féretros de lo mejor que se fabrica en París, Londres y Viena. Las paredes estaban adornadas de cuadros con modelos de carrozas para entierros y figurines con trajes para los lacayos que en tales casos llevan los caballos del diestro.

Naturalmente, a pesar de la riqueza y buen gusto desplegados en escoger tanta flor de trapo bien imitada y tantos adornos recargados de oro y plata, el lugar era insoportable. Todo allí respiraba muerte o, por decir mejor, infundía miedo a perder la vida; todo significaba tierra y sepultura; las cosas parecían dar citas para el otro mundo. Había lechuzas, buhos, murciélagos y otros pájaros simbólicos; relojes de arena, siemprevivas, angelitos llorosos, lámparas con lágrimas pintadas en las bombas... Aquello infundía pavor. Lo más terrorífico era una gran vitrina, dentro de la cual, coquetonamente puesto, forrado de raso blanco y destacando sobre un fondo de terciopelo azul pálido, se veía un magnífico ataúd que estaba d "Ocupadme".

¿Cómo había de vivir contento el mísero dependiente rod tan terribles objetos, mal retribuido y peor alimentado? Y mal cuando le dejaban solo, porque don Eduardo se iba pardos, y Castora permanecía encerrada en su cuarto: lo que la chica, cansada de monologuear en su eterna espera de lanes soñados, solía bajar a la tienda, y con pretexto de poner tas a las coronas o quitar el polvo a las flores, se pasaba muertas devorando con los ojos al desgraciado Serafín, que mil veces su soledad poblada de ataúdes a las miradas de la porque los féretros y demás utensilios fúnebres estaban qui dos y resignados a no apoderarse de su presa sino en día lejano; mas la impaciente Castora no admitía espera, mostrán cuaz, insinuante y apasionada, cual si estuviese poseída de he amoroso. Y cuanto más tierna y expresiva estaba, más horr ponía.

Serafín la esquivaba haciéndose el distraído, simulando qu trabajos y ocupaciones, pero inútilmente, porque Castora, v él la cifra y compendio de lo apetecible, no le dejaba ni a sombra.

Era joven, guapo, vigoroso, apocado, sumiso y manso de ¿Qué más podía desear una mujer?

Y así pasaban meses y meses: Castora maquinando los i para atraer a Serafín, y Serafín colocado en la alternativa d bir, o de que ella, desengañada y cansada, hiciese que su despidiera.

Don Eduardo andaba también disgustadísimo. De una pa el peligroso estado de creciente exaltación amorosa a que C llegando, y de otra, entre cuidar del negocio y vigilar a casi no le quedaban tiempo ni libertad para sus aventuras.

Lo primero era indecoroso; lo segundo, insufrible. Urg remedio, un remedio rápido y decisivo, procurando que no el honor de la niña y contando con el apocamiento del de

Pero, ¿qué procedimiento seguir? ¿Hablar ante Serafín de pensaba dar a Castora el día que se casara? No: Serafín era licado como tímido, y cuanto más hubiese de por medio, a atrevería. ¿Aconsejar a Castora que gastara en componerse y jilarse para trastornarle el seso con la idea de tener mujer elegante? ¡Imposible! El chico no era vanidoso, y respecto tora, cuanto más se adornase, más fea estaría. ¿Asociar al negocio dándole participación en las ganancias y dejándol ver la posibilidad de quedarse, a la larga, de amo? Tampo que viendo risueño lo por venir, no se resignaría a co con Castora. Todo cálculo resultaba inútil, toda cavilació

Llegaron en últimos días de que Castora ha plido los vein fué preciso hac ventario de la cias almacen ración de qu encargados e diente y la s

* * *

Era doming checer, hacía mo frío y co nevar. La gu tienda estaba dada a uno rredores qué normal iban casa, de botic ca, olfateando

Castora y S bían pasado el entresueló, do cintas, co res, y él tom tes, sin cesar miradas inc frases de dob

Decía Cas



Por
JACINTO OCTAVIO PICÓN

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

...docenas de rosas encarnadas... (Y por lo bajo añadía): ...simboliza las pasiones ardientes.
...taba en silencio.
...docenas de rosas blancas... inocencia... Lo que peor ...pobres mujeres.
...un rato:
...Jesús y cuántos... digo, cuántas hay!
...ponía como la grana, y seguía escribiendo.
...desde las ocho de la mañana, en una habitación de ...en cuadro, muy baja de techo y rodeada de armarios ...al través de cuyos cristales no se veían más que ataúdes ...siemprevivas amarillas.
...enzó a faltar la luz, dijo ella:
...puede encender el gas porque no han venido a componer ...habiendo aquí tanta flor de trapo, sería peligroso traer ...dejémoslo todo así hasta mañana.
...quedado casi a oscuras y estaban rendidos. Castora, que ...el día de mueble en mueble y de cajón en cajón, se ...la baja junto al balcón. Serafín, harto de estar sentado, ...bién al balcón para ver si continuaba nevando.
...tan grandes! —dijo ella—. No puede usted salir ahora. ...rato. ¿Tiene usted miedo?
...era lo que él experimentaba, porque el rostro de Cas... ...oximidad de los ataúdes despertaban ideas horribles.
...un rato la señorita se levantó, quedándose junto a la ...pegada al dependiente. Tan cerca de él se puso, con ...er caer la nieve, que Serafín sintió, no el contacto rápido ...al incorporarse, sino cierta impresión de roce y de calor ...pensar: "¡Si no fuera tan fea!... Verdad es que si no ...no haría esto... Lo haría yo".
..., no se apartó porque, como estaban casi a oscuras, a ...se le veía la cara, y de noche todos los gatos son pardos. ...arreciaba por instantes. Todo el calor del mundo parecía ...aquel cuerpo de mujer. La nevada seguía cayendo y ...acercándose más y más a Serafín, que unos ratos mi...ente hacia la calle, viendo cómo revoloteaban los copos ...los faroles, y otras veces se entretenía en echar al vidrio ...vaho, haciendo luego dibujos con el dedo. Se le fueron ...manos frías, el rostro helado, y entonces, naturalmente, ...o, el calor que le comunicaba el cuerpo de la señorita ...momento solemne. Castora soñó despierta con la realiza... ...ventura. Serafín, sin poderlo evitar, pensó: "¡Las hay que ...s de cara y, sin embargo, están muy bien formadas!" ...instante, solos, cercados de lobreguez y silencio como esta... ...biese temido verla luego con luz y cara a cara... Dios ...habría pasado. Poco faltó para que Serafín cometiese una ...zas que ni siquieran disculpan la oscuridad y la juventud. ...bargo, al pobre muchacho le salió la misma cuenta, porque ...sucedió fué trágico.
...el menor ruido; las flores de trapo exhalaban su olor ...rudo y goma; las calaveras, las tibias y las lechuzas sim...adas y esculpidas sobre las tapas de los ataúdes lanzaban ...; no había más claridad que la que entraba por la vi... ...cuyo plano luminoso se recortaban los bultos negros de ...
...se abrió la puerta, sonó una risa y se escuchó la voz de ...que entre severo y cariñoso decía:
...ola!... ¡Tortolitos! ¿Conque os queréis y me lo ocul... ...de mi corazón y el hombre de toda mi confianza tenían ...a mí! ¡Tontos! ¿Qué deseo yo sino vuestra felicidad? ...el cielo abierto. Sólo un padre era capaz de aquello. A ...le quitó el calorcillo que sentía. Don Eduardo continuó: ...que me parece mal es que me lo hayáis ocultado... y que ...doos por los rincones. En fin, Dios os haga dichosos. ...iso protestar:
...e aseguro a usted... no tenía la menor...
...Eduardo le atajó la intención y la palabra, oprimiéndole ...el brazo, como quien dice: "Usted se casa, o le rompo el ...ismo tiempo que añadía:
...ada, comprendo tu impaciencia, pero respeta su decoro... ...queda. Mañana mismo se comenzarán a arreglar las cosas. Abrázale, Castora... Serafín... *¡hijo mío!*

❦ ❦ ❦

...Don Eduardo es libre. Castora es dichosa, muy dichosa. ...en cierto teatruco por horas hay una segunda tiple, Venus ..., gata en la voz, que casi todas las noches ve caer a sus ...agnífica corona. ❖

LOS NEGROS SE

Sé vivir entre las gentes
sin que me tengan en menos;
quien manda en pagos ajenos
debe ser manso y prudente.

ASÍ cantaba aquel *moreno* que sostenía el contrapunto con Martín Fierro. El espíritu de la letra en los labios del oponente del criollo cantor, dice claro de su anhelo de no ser despreciado, de vivir de igual a igual, del recóndito deseo de que su color no lo obligue a emigrar hacia otros pagos. Y de inmediato la estrofa canta su condición nunca desmentida diciendo: "debe ser manso y prudente". Porque mansos y prudentes fueron los negros que integraban la población de la *gran aldea*, allá en la época del virreinato. Después integraron los batallones de *morenos* que se batieron en duelo a muerte en todas las batallas de la Independencia, cruzaron los Andes con San Martín y muchos fueron los que encontraron su sepultura en los campos de Maipú. Aquel negro que logró los galones de coronel, también se batió junto al gran capitán, intervino en las batallas de Tablada y Oncativo, cayó prisionero de Quiroga, fué luego su segundo y luchando contra los Aldao lo hirieron y despertó en un calabozo enemigo. Condenado a muerte, pudo salvarse renegando de su jefe, pero prefirió enfrentar al pelotón que le quitó la vida. Murió como un valiente. Era el coronel Lorenzo Barcala.

Y de aquellos *morenos* que abrazaron la causa argentina, pagando en precio de vida su amor a la libertad de la tierra donde vivían, surgió entonces una aristocracia de color. Criados en el cariño de las casas patricias, llevaron de ellas apellidos ilustres, apellidos del más rancio abolengo porteño. No era raro, pues, que en el Buenos Aires colonial hubiera negros que lucieran con orgullo sus apellidos de legendaria estirpe.

Eran los Monteagudo, los Mendizábal, Thompson, Suárez, Sar, Grigeras o Maciel. Vivieron épocas prósperas, y cuando vislumbraron que podían llegar momentos difíciles,
cleo de hombres de color, ver
aristócratas, con Eugenio Sar a la
za, fundaron una entidad que
subsiste: "La Protectora". Su orig
vo un solo propósito: el mut
Eran los *pudientes* de color que se
paban con el leal propósito de pr
a los desvalidos, de ayudar al en
de socorrer al pobre, de llevar el
lo de su ayuda al más necesitad

Hoy, a los sesenta y siete años
fundación, la casa social se en
en el mismo lugar donde come
una casa humilde en la calle G
Urquiza al 800, donde al cruzar
bral se ve una loza blanca con
cripción recordatoria. Allí tam
conserva el documento de funda
cumento que dice de la fuerza y
ranza de sus fundadores y dice ta
de la energía con que cumplier
propósitos iniciales.

En Buenos Aires, a 5 de setiem
1876, de acuerdo los abajo firmad
comprometemos, empeñando nue
labra de honor, de entregar al se
Eugenio Sar, mensualmente y por
mino de un año, a contar desde
octubre, la cantidad de veinte pe
el objeto de formar una asoci
socorros mutuos, bastante sen
nuestra sociedad, siendo el señor
nio Sar responsable de dichos fon



Eugenio Sar, el iniciador de la vieja entidad de socorros mutuos "La Protectora". Sar, que era hombre vinculado a empresas marítimas y rico propietario, logró que la aristocracia negra de Buenos Aires diera vida a una asociación que hoy corre peligro de desaparecer.

LA PROTECTORA
SOCIEDAD
DE SOCORROS MUTUOS
FUNDADA
EL 15 DE JULIO
1877

Una placa de mármol, que fué colocada en el *hall* de "La Protectora", recuerda al visitante la fecha de su iniciación: 15 de julio de 1877.

VAN...

LENTAMENTE VA DESAPARECIENDO LA ARISTOCRACIA NEGRA DE BUENOS AIRES

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" **Por Gerardo Mendizábal** FOTOS M. BORELLI

...reses *y persona. En prueba de* ...*dad firmamos la presente. —* ...*bol, Harvey, Bentzo, Suárez, Gar-* ...*driguez, de los Santos, Herrero,* ...*, Millán y Saavedra.*

... renglón seguido se aclara que un ... fué tachado *porque no cumplió.*

...ces gloriosas

... entidad que nació con el entusias... aquel grupo, que bien mereció el ... de los aristócratas de color, ... pudo afianzarse. Más de mil qui... socios argentinos — pues hasta ... se admiten extranjeros— con...eron a cimentar la posición eco... de la primera entidad mutua... que surgía en el país. El 28 de oc... de 1883, "La Protectora" inaugu... su panteón social en la Recoleta. ...remonia fué todo un acontecimien... la apadrinaron el entonces mi... del Interior, don Bernardo de Iri... y la señora Elvira Pacheco de Al... esposa del intendente de la época, ... Torcuato de Alvear. Aquel panteón ... perteneciendo a la sociedad, y es ...ante destacar que lo que costó, ... menos treinta mil pesos en aquel ..., hoy seguramente vale cinco ... más.

Se extingue la raza de color

Paulatinamente, a través de medio siglo, la aristocracia negra de Buenos Aires ha ido extinguiéndose. La pregunta siempre ha quedado sin respuesta. ¿Adónde han ido los *morenos* de Buenos Aires? ¿Han sido absorbidos por otras razas? ¿Han emigrado? ¿Fueron desplazados hacia la campiña?

Nadie podrá contestar con exactitud. Muchos estudiaron el problema, pero no encontraron la solución. Lo cierto es que los negros porteños, las apiñadas filas de *morenos*, que Buenos Aires trataba sin hacer distingos por el color de su piel, se han raleado y casi casi han desaparecido.

La aseveración encuentra su justificativo en la misma entidad que hoy corre peligro de desaparecer. Mejor dicho, que hoy muere lentamente. Ya no quedan más que ochenta socios. Hace pocos años eran seiscientos. Quizás, cuando avance el año que se inicia, sólo quede medio centenar. No es por falta de recursos, no. La entidad, dueña de la propiedad social y el panteón de la Recoleta, no carece de recursos. Pero el problema no reside en la situación económica. El problema estriba en que los últimos descendientes de la aristocracia negra de Buenos Aires, los nietos y bisnietos de los *morenos* de la colonia, han ido paulatinamente desapareciendo, y que llegará un día en que será difícil encontrar en nuestra capital un representante de la raza del valiente negrito que se cubrió de gloria en la sublevación de El Callao: Falucho. ◈



Estanislao Grigeras, otro negro de alcurnia. Colaboró eficazmente con Eugenio Sar en la constitución de "La Protectora", y al final de sus días, pobre y olvidado por los que habían recibido sus favores, debió recurrir a ella. Sus restos descansan en el panteón social de la Recoleta.

El actual presidente de la sociedad "La Protectora", señor C. Perera, junto a uno de los más antiguos socios de la entidad, observando los viejos recuerdos que se conservan como reliquias.

D. ANTONI

por Niceto Alcalá Zamora

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Rasgos de la figura política y causas explicativas de aquéllos.

Al llegar aquí, el relieve, la notoriedad y la cercanía de la figura evocada hacen innecesario el esbozo biográfico de datos, que en algunos otros casos pudieron ser desconocidos, o haber sido olvidados, por los lectores americanos. Los rasgos de Maura son tan intensos, destacados e inequívocos, que impiden la confusión y aun el parecido con nadie; y hasta permiten, convertidos negativamente de luz en sombra, proyectar la de su contra-figura. Tales rasgos son el resultado de cuatro causas explicativas, por las cuales conviene comenzar: el cuadro territorial y marítimo de su infancia isleña, el fervor practicante de la creencia religiosa, la profesión de jurista por él ejercida, y el ambiente de llaneza democrática, en que se formó su espíritu.

Aquella niñez mallorquina, con sus hondas e imborrables impresiones, preparó el alma de Maura para la comprensión de todas las autonomías, desde la municipal a la colonial, que fueron impulso de su obra y estela de su pensamiento. Quizá la que menos sintiera, aun respetándola y favoreciéndola, fué la regional, cuyos desbordamientos le inquietaban: y por eso, sincera y profundamente español, protestaba cuando, según su expresión famosa, se intentaba amojonar la soberanía nacional, y comparaba la majestad de ésta con el águila, que no nació para ser enjaulada como distracción de ociosos, y a cuyas alas no puede tocarse en la plena libertad de su vida. Sus propósitos coloniales, de trascendental reforma, son inseparables de la singular circunstancia de haber sido Maura el isleño que llegó a más alta preponderancia en la vida española. Esa misma condición insular explica la obsesión de este hombre, tan civil en todo, por la marina de guerra, y el empeño paralelo de sostener flota mercante.

El fervor religioso de Maura le contraponía a las imitaciones trasnochadas ya aun al norte de los Pirineos, de la furia anticlerical, que culminara en Combes; pero comprendiendo y practicando la democrática libertad del evangelio, amparaba dentro del Derecho a los heterodoxos, por antipáticos que personalmente le fuesen, y proclamando la neutralidad de la ley, rehuyó el carácter de confesional para su partido, con la convicción fundada de ser ello dañoso, sobre todo en nombre de la religión predominante, cuya mayoría se empequeñece y cuyos enemigos se irritan.

La práctica constante, apasionada y brillantísima dentro del foro, formó con su dialéctica su estilo, y determinó su enfoque de la vida. Estaba convencido del realismo en su visión, y solía decir sobre ello que él no había pasado la vida componiendo madrigales. Quizá no se diese cuenta cabal de que un enfoque sistemáticamente procesal de las realidades también modela y sella, rígidamente y a su manera, la visión del mundo. Era tan jurista, que por serlo espiritual y sinceramente corrió el temporal más grave y decisivo en su vida, dentro y fuera de España: el fusilamiento de Ferrer. No se le ocultó que podía evitarlo, apareciendo aquél como una víctima más en la lucha callejera de la Semana Trágica de 1909; pero repugnaba a su conciencia honrada esa farsa de asesinato, y prefirió, a sabiendas, dejar a los tribunales la responsabilidad de la sentencia, y asumir para sí la equivocada negativa del indulto. Su preparación, principalmente jurídica y por accesión literaria, le capacitaba para dirigir todos los ministerios, sin excluir el de Hacienda, ante el cual se inhibió, con una abstención técnica inexplicable, en cuyo origen psicológico entró el respeto, con que reservara esa especialidad para su cuñado y maestro Gamazo. Muerto éste, Maura prefirió una



Don Antonio Maura.

Hacienda estática, cuyo tranquilizador quietismo confiara al bueno pero excéntrico Osma y Scull, mitad peruano, mitad inglés, después a un anciano, ya olvidado en España, aunque competente, a Sánchez Bustillo, y por último al conservador más alejado de Maura por su procedencia, pero lealísimo, a González Besada. Cuando llegó la hora inaplazable de una Hacienda dinámica, Maura, para quien el verbo someter era de voz activa, lo conjugó al fin en pasiva ante sus ministros de Hacienda, el muy preparado D. Francisco de A. Cambó y el falto de preparación, pero pletórico de energía, D. Juan de la Cierva.

Maura llevó siempre en el alma la verdadera democracia, la política, la social, la fraterna, aprendida en la modestia honrada de un hogar, y sus explosiones o su aire de altivez confirmaban aquel sentimiento, en vez de contradecirlo, porque eran la satisfacción íntima del hombre que se eleva por su esfuerzo. Nació para dirigir una democracia —y hacia ella fué— que, respetuosa de todas las libertades de la conciencia, comenzara por respetar la suya. Cuando la miseria de las luchas personales le empujó hacia las derechas, dijo sinceramente que la libertad se había hecho conservadora, porque él era inseparable de aquélla. Siguió siendo [...] mador, no queriendo dejarse en su proc[...] cia de izquierda la herramienta, allí más [...] pia, de la iniciativa resuelta, que ta[...] avenía a su carácter. Entre los con[...] res encontró admiración, que era ine[...] pero no identificación, que era im[...] Respiró a sus anchas en la oposición, q[...] loraba muy alto en vez de menospre[...] dió el raro ejemplo de un partido pop[...] la derecha, o sea el maurismo callejero, [...] se le llamó por las izquierdas con inju[...] proche. Prefería los gobiernos naci[...] heterogéneos, para presidir los cuales [...] con talla de espíritu y amplitud de [...] de ellos formó varios, y tuvo formad[...] evocador para mí de un recuerdo, qu[...] su memoria me obliga. Entré yo en [...] lamento en 1906, en unas Cortes de iz[...] con poca y ya gastada vida, y a los [...] días me envió íntimo y auténtico [...] asegurándome que, si se me hacía [...] ble, como a él se le hizo, la vida den[...] partido liberal, tendría a su lado, al de [...] un puesto de predilección. Cuando e[...] hubo nuevas Cortes de izquierda, y [...] lejas exteriorizó su propósito de lle[...] gobierno, opuso el veto el sanedrín [...] nistros y ex ministros liberales, m[...] dolo con sañudo y mezquino tesó[...] 1917, en que Maura, encargado de [...] uno de esos gobiernos heterogéneos, [...] mó para entrar en éste, y tal acto, qu[...] denaba la preterición impuesta por [...] garquía liberal, aunque sin eficacia [...] porque Maura declinó, impuso a Garc[...] to, mi jefe inmediato, la necesidad de [...] tener lo que D. Antonio había decid[...]

La verdad y la fantasía sobre el apasi[...] de Maura.

La intensidad pasional de Maura, [...] de su temperamento y arma de sus [...] ciones, superó al nivel general de sus [...] sin exceptuar los de partidos extre[...] habló mucho de su pretendida sobe[...] creían los adversarios ver transpare[...] la energía tan temible de sus réplicas [...] y afortunadas. Sin embargo es ju[...] que aquel juego pleno de sus facul[...] vigorosas y formidables, se desarroll[...] contra los fuertes, los que eran o [...] creerse colosos, y aun eso cuando [...] creía la actitud de aquéllos dañosa [...] todo insincera. Frente a los débiles [...] cortés, y aun generoso, desplegar el [...] superioridad, que en todos los ór[...] lucha, aunque ésta sea meramente [...] tanto se parece y acerca a la alevos[...]

La altivez de Maura, si no surgi[...] leada por la saña y la intriga, fuen[...] tuales de su adversidad, pudo par[...] sus explosiones a la ira, a esa enro[...] sión de cólera hacia la cual most[...] benevolencia comprensiva Santo T[...] la "Summa"; pero nunca se aproxi[...] rándose de ella con abismos, a la ot[...] negra y execrable de la envidia, [...] sintiendo la tristeza de la superiori[...] por mucho que indigne hace imposi[...] torsión e innecesario el castigo.

El fondo de llaneza que había [...] se reveló frente a los oradores jóven[...] tiempo, a quienes abrió paso, apa[...]

[illegible]MAURA

[illegible] ministros, para ser él mismo [illegible]testara desde la cabecera del [illegible] esa actitud, tan suya como po-[illegible] destacábase una nobleza para [illegible] insubstituibles las palabras que [illegible]scribiera acerca de Mirabeau en [illegible] Barnave: Maura era lo bastante [illegible] no temer y lo bastante justo pa-[illegible]ciar. Aquellas alternativas, en [illegible]econocía la beligerancia de los [illegible] eran de tímido y piadoso aliento [illegible] de vigorosa esgrima, en que se [illegible] golpe de sus fuerzas y de sus [illegible]sonando a honor de espaldarazo. [illegible]citaba y excitaba a atacarle con [illegible]tro del respeto. Un día, en mis [illegible] parlamentarios, me interrumpió, [illegible] decirme que no me reservara [illegible] de la modestia; yo le repliqué [illegible] único posible, desde que él se [illegible]ficado el estanco de la arrogancia; [illegible] me arrepentí del atrevimiento, in-[illegible]rrar mis palabras en la traduc-[illegible]risotada de Maura, y un gesto de [illegible]a, me alentaron como y más que [illegible].

[illegible] en los frases, los discursos y la prosa [illegible]

[illegible]oria de Maura se caracterizó por la [illegible] polémica, lo apretado de su dia-[illegible] lo brioso de su pasión, todo ello [illegible] por la brillantez del adorno, que [illegible] el artista, y por la maestría para [illegible] con gestos, en los que hablaban to-[illegible]facciones del rostro, y ademanes, en [illegible] acompañaban, y casi subrayaban, la [illegible] busto, los brazos y las manos.

[illegible] que Maura era muy claro en sus [illegible] frases, no tanto en sus discursos, y [illegible]cuencia oscuro en la prosa escrita. La [illegible] oscuridad de Maura se avenía mal [illegible] condición de orador, pues no era el [illegible] que cree escuchar una voz interior, [illegible] gráfico que ve en caracteres lo que va [illegible] con palabras. Pertenecía a una fami-[illegible] artistas que brillaron en lo gráfico y [illegible] lo plástico, y su propia afición era la pintura: en suma, almas de artistas, acostumbradas a la precisión de la línea y a la luz del color.

Lo que sucedió en Maura fué un caso curiosísimo, extraordinario y casi único. La casi totalidad de los que han hablado y hablamos castellano, lo aprendió antes de estudiarlo, y la inmensa mayoría sin llegar a su estudio; mientras que Maura lo estudió para aprenderlo, y se propuso tal perfección, que quien llegó a la escuela, al instituto y aun a la universidad, teniendo por lengua materna el balear, en su esencia catalán, fué director indiscutido de la Academia Española. El caso es prodigioso como éxito, pero no podía sustraerse a la huella del esfuerzo. Este no tomó el tren de la lengua castellana en la estación de su época, y sí mucho más atrás, en la de los grandes clásicos; y hasta dentro de éstos, por una predilección muy explicable por méritos de forma e interés de fondo, el preferido fué D. Francisco Manuel de Melo, el célebre historiador de la rebelión y guerra de Cataluña bajo Felipe IV, con lo cual el autodidacto balear fué a buscar las perfecciones de la prosa castellana en un gran autor, que a su vez había pensado y sentido en su otra lengua materna, la de Portugal. De todos esos influjos clásicos quedó un rastro perceptible en los empeños literarios de Maura, sobre todo en su prosa escrita. Director asiduo de la Academia y colaborador infatigable del Diccionario, graduaba muy bien los tres peldaños, que en el vocabulario separan lo arcaico de lo corriente, y por ello rehuía lo anticuado, no desdeñaba lo desusado, y aun solía preferir lo poco usado; pero era sobre todo en la sintaxis donde de modo más deliberado o subconsciente asomaba el influjo de los lejanos modelos tan meritísimamente seguidos. En los discursos más trascendentales, sobre todo si no eran de vehemente improvisación, podían percibirse parecidas huellas, subsistentes sobre todo al leerlos después; pero el oyente, no ciego ni separado del orador por una puerta, lo percibía todo sin la menor duda, merced a aquel accionado, insuperable en brío y por ello en claridad, a que antes se ha hecho referencia. Por todo eso, los discursos eran o parecían mucho más claros. Desde luego lo eran las frases cortas, esencialmente gráficas, en las cuales irrumpían explosiones de entusiasmo, de indignación o de burla: en ellas faltaba la meditación, incluso reducida al vislumbre de un relámpago, y Maura hablaba por sí mismo, sin tiempo entonces, y sin necesidad siempre, de calcular cómo hubieran escrito sobre el caso Solís, o Mariana, Hurtado de Mendoza o Saavedra Fajardo, Quevedo o Cervantes.



[illegible] estadista español pintando en el campo, acompañado de su hermano don Francisco.



AMOR PARA EL RECUERDO

A Juan Saliana el amor le cambió la risa en melancolía. Se la cambió de manera diferente a la común: como ganancia y no como pérdida. Juan, antes, era un muchacho alegre, despreocupado. Ahora, en cambio, está triste, metido en sí mismo y sin ánimo para otra cosa que andar con sus soledades. La miel del amor, al consumirse, ha dejado en su vida un dulce sedimento de tristeza. Claro que el muchacho puede buscar distracción, uniéndose a sus amigos, que los tiene, y muchos. Pero, ¿para qué? Si hemos de decir verdad, Juan está enamorado de sus pesares; siente por ellos una atracción casi enfermiza. Está, aunque parezca un contrasentido, contento con su tristeza.

En otros tiempos, cuando se le hablaba de penas, no podía menos que sonreírse. Creía que los males del espíritu podían ser alejados mediante la aplicación de una fórmula algebraica muy sencilla. Y lo que le parecía desde todo punto de vista inadmisible era que ciertos hombres, aparentemente normales, llegaran a prendarse de sus dolores. Había leído él algo al respecto, pero no asignó a esa lectura mayor importancia, juzgándola si
literatura.

Mas hete que ahora los acontecimiento
hacen modificar aquella apreciación. Ah
cree que el individuo puede llegar, no
a enamorarse de la tristeza, sino a consid
la algo corpóreo y consubstancial con la
misma.

Hay ciertas cosas que, vistas a la ligera
parecen tener relación con un hecho d
minado; pero, ahondando e
asunto, se ve que la tienen.
veces, principalísima. De
pues, que de aquel amor de
riencia inocente y sin raíces
giera en Juan ese gran apego
la tristeza. Antes, el muchach
comprendía la dulzura que
haber en el recuerdo; ahora
Muchas son las tardes que,
tado en un banco de la plaza
barrio, los ojos perdidos en
distancia, evoca la figura de
mujer cuyo amor ya no le
tenece. Dialoga con ella, com
estuviese presente; la mira,
sonríen.

—¿Me quieres? —le pregunta
—¡Oh! Sí, te quiero. Y más
lo que te imaginas. Tanto me
acostumbrado a tu compañía,
sufro mucho cuando estoy
nas horas sin verte. Pero,
digo? Cuando pasan unos m
tos sin verte. Necesito que
a mi lado constantemente. Y
ra, un favor: salgamos a la
que tiene, desde que te co
el atractivo de la primavera
me tomaré de tu brazo y tú
hablarás del mañana, de n
mañana. ¿Quieres?

—¡El porvenir! ¡El por
—exclama él, alborozado—.
de darse cosa más agradable
pensar en el porvenir? T
mos una casita blanca, muy
ca, como la que sueñan todo
enamorados y describían los
tas románticos de antes, a
que hablaban del amor, con
y sin vergüenza. ¡He dicho
casita blanca! ¿Verdad q
pueril pensar en tal cosa?
¿qué menos puede hacerse
do se tiene veinticinco años
está, como en mi caso, ena
de una mujer exquisitamente
sible como tú? Créeme. El
es esto: un poco de inge
Y no hay ingenuidad de am
casa blanca y sin romanti

Y el muchacho sigue s
E imaginariamente conversa
la mujer acerca del porven
cuenta los trabajos que se
drá para poder adquirir
vienda propia. Le dice cóm
talarán el nido. Tendrán
es claro. Los cuidarán a
mente. Los niños irán a s
en las rodillas del padre, q
él, y él les hará fiestas. Les
lará golosinas, los llevará al
dín Zoológico, al balneario,
películas de dibujos anim

Por
Salvador Merlino
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

... estarán contentos y le dirán ¡papá! ... hijos y a su esposa que lo aguardan ... puerta de calle, al volver del trabajo, ... rostros sonrientes y los labios prontos ... beso de bienvenida.

... se sientan a la mesa. El le da de ... al hijo más pequeño, que ocupa una ... y tiene una servilleta de colores chi... colgada del cuello. Ella regaña al pa... porque el padre da al niño parte de su ... que es pesada y puede hacerle mal. ... Insiste en su terquedad. Vuelve a ... de su comida al pequeño, y la madre ... a regañar. El niño llora. Y después, ... es natural, la paz, esa paz del hogar ... de pequeñas disputas, que no son, a ... cuentas, sino protestas de cariño.

También, a veces, se mezcla entre sus sue... algún pensamiento triste. Ve a uno de ... atacado de grave mal. La esposa se ..., llora. El la consuela con frases de ...stancias.

—¿Sanará? —pregunta ella, llena de ansie...

—¡Claro que sí! ¿Qué duda cabe? Mira al ... Fíjate bien: su rostro está ahora más ... que nunca. Ya la fiebre ha desapare... casi totalmente. Le he puesto el termó... hace unos instantes, mientras tú estabas ... cocina. Su temperatura era de treinta ... grados y tres décimas. Poca cosa: tres ... sobre lo normal.

Después, naturalmente, todo pasa. A la rá... ...encia del hijo suceden largas horas ... felicidad. Entonces, él, sentado frente a ... esposa, habla sobre la educación de sus ...

—¿... haremos médicos, abogados? —pre... el hombre. Y se contesta:— No; mejor ... escojan su propio camino, que estu... profesión o el oficio que más les guste, ... quien va por su propio rumbo va más ... tiene más probabilidades de destacarse ... quien sigue por un sendero impuesto, aje... a la propia inclinación.

Y mientras están en esto, ella, la esposa, le ... amorosamente la mano por la ca... El sonríe y piensa: decididamente, la ... ha entrado en esta casa; vino de la ... afectuosa de esta mujer.

❦ ❦ ❦

... el sueño pasa. Todas las bellas uto... que el mozo teje en sus largas y volun... horas de retraimiento se disipan. Ahora ... los ojos y el pensamiento hacia la rea... Piensa que si aquella mujer, coqueta y ..., que se alejó de él sin causa atendible, ... en estos instantes, nada diría a su ... Ella sería físicamente la misma, es ... pero en lo moral distaría mucho de ...erse a la que actualmente vive en su ...ción. La presencia de aquella mujer ... podría menos que desencantarlo. Y Juan ... notado que hay tanta dulzura en la tris... de pensar en el hogar que pudo haber ... y en los hijos que pudo haber te..., que no quiere que ella, ni nadie, lo de...cante, poniéndolo en presencia de una rea... que no corresponde al sueño.

Pero ella no volverá. Y mejor. Porque si ...iera, moriría en él el recuerdo, que hi...ceron dulce sus buenos propósitos y su me...ncolía. ◈

LILLIAN HELLMAN, LA



Un triunfo consagratorio

Hace algunos años, el teatro norteamericano hizo una gran adquisición: la escritora Lillian Hellman. El éxito de Lillian Hellman fué rotundo; el producto de su primera obra. No había tenido hasta entonces ninguna experiencia con el teatro; pero, sin embargo, no se la consideró simplemente como una promesa, sino que su triunfo fué consagratorio. Los críticos la recibieron como a un segundo Ibsen, como a un nuevo Chejov.

Estudiando las obras de Lillian Hellman se descubre el secreto de tal éxito. Son trabajos profundos, largamente meditados. Los temas no son fáciles, y a veces ni siquiera amenos, pero son temas humanos, tratados con amplio sentido crítico y, sobre todo, con notable comprensión del sentir y del pensar del alma del pueblo.

Alguien hubiera podido objetar que la escritora había triunfado muy fácilmente, sin tener ocasión de demostrar su verdadero talento, cuando he aquí que su segunda obra fué recibida en el teatro con cierta frialdad. Ella ha dicho al respecto: "Mi obra es buena y es mala. Mala en el concepto del público, que no comprendió lo que yo quise decirle". Lillian Hellman, sin descorazonarse, volvió a la lucha y produjo, en sucesión, tres obras teatrales que fueron otros tantos triunfos, y dos de las cuales sirvieron de base, como la primera, a producciones cinematográficas de resonancia mundial. En cierta ocasión, ella misma expresó lo que constituye tal vez el carácter más extraordinario de su personalidad. Dijo: "Quizá el secreto de mis éxitos reside en que he alcanzado a comprender el secreto de mis fracasos".

Tres obras famosas

No hemos mencionado, hasta ahora, los nombres de las obras de Lillian Hellman. Lo hicimos de intento para que el juicio del lector sobre la personalidad de la autora, no se viera perturbado por la influencia que pudieran tener aquéllas sobre ésta. Porque, en efecto, tan conocidas son y tal ha sido su éxito, que esa situación se produciría, aún inconscientemente, ante los nombres de "Infamia", "La loba" y "Alerta en el Rhin". El público argentino conoce esas producciones no a través del teatro, sino del cinematógrafo, aun cuando la primera de ellas, "Infamia", se dió también en el teatro, en diciembre de 1936. La adaptación cinematográfica de cada







"Alerta en el Rhin", que interpretaron Bette Davies y Paul Lukas, está basada en una obra teatral de Lillian Hellman.

Bette Davies y Herbert Marshall en ... escena de "La Loba", otro de los ... tro éxitos de la escritora norteam...

ESCRITORA DE LOS 4 EXITOS

CUATRO OBRAS CONSAGRARON EL PRESTIGIO MUNDIAL DE LA FAMOSA ESCRITORA. EN UNA DE ELLAS SE BASA "INFAMIA", LA PELICULA QUE VUELVE A LAS CARTELERAS PORTEÑAS

Por Rolando W. Varela

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



Una escena culminante de "Infamia", versión cinematográfica de la obra que consagró a Lilliam Hellman. La película, que reune a cuatro astros hoy en plenitud —Bonita Granville, Miriam Hopkins, Merle Oberon y Joel MacCrea—, vuelve ahora a las carteleras, reprisada por la Guaranteed Pictures.

... de las obras de Lillian Hellman cons... ró un suceso; pero el público olvida con ...idad, tratándose de películas cinemato... ficas, el nombre del autor de la obra. ... en los Estados Unidos, donde, por el con... rio, la adaptación al cinematógrafo de las ... de Hellman fué la continuación obli... del triunfo de cada una de ellas en el ...tro. Cuando se estrenó "Infamia", el Círcu... de Críticos Dramáticos de Nueva York, ... de las autoridades más altas en la ma..., concedió a la obra seis votos, es decir ... más que a "Abe Lincoln en Illinois", de ...bert Sherwood, favorito del público nor...nericano, y cuatro más que al libro pre...tado por Willian Saroyan, otro autor ...grado. Eso sólo constituía ya el espal...azo del triunfo literario para Lillian Hell...n. Sus obras posteriores no hicieron sino ...firmar su valía. Por otra parte, y en el ...no de la cinematografía, Lillian Hellman ... un *record* difícil de superar: tres de ... obras han constituído sendos triunfos ci...atográficos. Pocos autores pueden decir ... mismo, ni aun entre los que se dedican ...usivamente a escribir para el cinemató...grafo.

... mujer de talento

¿Quién es en definitiva Lilliam Hellman? ... estudiosa de Nueva Orleáns, que ya ... las aulas de las universidades de Nueva York y de Columbia, donde se graduó, comenzó a demostrar su claro talento literario. Sin embargo, las exigencias del momento la apartaron del camino que le trazaba su vocación, y comenzó a ganarse la vida como empleada de una empresa editorial, y luego haciendo críticas bibliográficas para "The New York Times", una publicación neoyorquina. Un día, sin embargo, sintió que tenía algo que decir. Y lo dijo. "Un escritor no solamente debe tener algo que decir, sino que debe saber decirlo" —afirma la misma Hellman. Y ciertamente, sus obras confirman esa frase suya. Pero ella agrega: "Quien escribe por afán de lucro o impulsado por cualquier otro motivo secundario, no llegará nunca a descollar". Esto explica, si se quiere, el porqué de la meteórica ascensión de Lillian Hellman. Y es necesario dejar constancia de que es dable esperar de ella nuevas pruebas de su notable talento, ya que, por haber nacido a principios del siglo actual, se halla ahora en plena madurez física e intelectual.

Obras privilegiadas

"La loba", en cuyo fondo se reconoce a las raposillas, del "Cantar de los cantares", interesa al público debido a la forma magistral en que ha sido tratado el tema. "Alerta en el Rhin", cuya versión cinematográfica está aún fresca en el recuerdo del público porteño, mereció el primer premio del Círculo de Críticos Dramáticos, que antes había favorecido a "Infamia" con seis votos, sin otorgarle empero el primer premio, a causa de que dicha obra no reunió las tres cuartas partes del total de votos, según lo disponen los estatutos del Círculo. En cuanto a "Infamia", aparte de ser la obra que consagró a su autora, nos exime de mayores comentarios el éxito rotundo que alcanzó en la Argentina su versión cinematográfica, que en estos días precisamente acaba de ser repuesta por la Guaranteed Pictures. Su tema es un tema universal, profundamente humano y de todos los tiempos.

Las obras de Lilliam Hellman pertenecen a esa clase privilegiada de las que se vuelven a leer con interés por segunda vez y aun por tercera vez, ya que en cada ocasión encuentra el lector un motivo diferente e interesante a través del cual se va compenetrando con la obra y con su autor. Son como esos manjares que no se saborean plenamente sino después de haberlos gustado en repetidas oportunidades. Ello se debe a que la escritora de Nueva Orleáns no eligió, ciertamente, el camino fácil para desarrollar sus temas. Podría afirmarse, al respecto, que era el único camino que ella podía elegir: el que le marcaba su vocación literaria.

En suma, Lillian Hellman, alto exponente del teatro moderno, conocida del público argentino a través de las versiones cinematográficas de sus obras, debe figurar, por lo que representa en el siglo actual, en el aporte cultural de cualquiera que se precie de "estar al día" en el ambiente literario. ❖

Bonita Granville, que se consagró en "Infamia" interpretando el papel de una chicuela malvada, está actualmente en lo más granado de su arte y de su belleza.

Vida y milagros de Plácido Bélico

Dinamiteros contra

Capítulos de una autobiografía novelada
que reunió y ordenó

Carlos V. Warnes

ESPECIALMENTE PARA "LEOPLÁN"

No sé si me equivoco poco o mucho, pero creo que la guerra más enconada y de más larga duración es la que hasta la fecha mantiénese entre caseros e inquilinos. Supongo que cuando al primer bípedo implume con alma de especulador se le ocurrió dividir con tabiques su cueva, formando "departamentos cómodos y sin estrenar...", pronto apareció el primer individuo que no habiendo podido realizar el sueño de la casa propia veíase obligado a meter su prole en cavernas arrendadas, previo pago adelantado y garantía del más solvente cavernícola, dueño tal vez de algún rebaño de gliptodontes "pur sang" o de numerosas dinosauras lecheras importadas. No voy a negar que estas son fantasías que se me ocurren, pero la verdad es que las siempre renovadas pendencias entre inquilinos y propietarios no han perdido su agresividad a través de los siglos, y el caso me recuerda un episodio ocurrido en Lío Traslío, lo cual es, en resumidas cuentas, el asunto que me interesa, y para relatar el mismo he usado el pretexto de las líneas preliminares. De las cuales, obvio es decirlo, puede hacer caso omiso quien no tenga interés en leerlas, y comenzar la lectura en el próximo párrafo.

Pocos años antes de abandonar la dulce ciudad que en vano ha negado ser mi cuna, yo explotaba —y sin recurrir a las armas de fuego, a las cuales siempre han sido afectos los varones y las mujeres de mi sangre— un negocio muy lucrativo. Consistía el mismo en alquilar una casa que heredé de mi tío Josué, hombre de nobles sentimientos e ideas revolucionarias, pero incomprendido al comienzo y fusilado al fin, lo cual no le produjo sino disgustos y dolores de cabeza.

La casa estaba bien situada, era cómoda y yo la alquilaba en una cantidad equivalente a unos cincuenta pesos argentinos. A la mano tengo uno de los avisos que aparecieron en "El grito de la aurora", importante diario de Lío Traslío:

Alquilo casa, seis habitaciones y dependencias. Muy barata. Unicamente exígense ocho meses adelantados. Sin fianzas, informes u otras molestias. Calle Rollwell 235.

La lectura de tal aviso llevaba millares de aspirantes y eran famosas en el barrio las peleas que organizaban entre ellos para resolver quién era el guapo con méritos para quedarse con la maravilla. Luego le recibía yo, embolsaba el dinero y al día siguiente el hombre trasladaba sus muebles a la nueva morada... ¡De la cual huía invariablemente antes de la semana y jamás volvía a poner los pies dentro de los mil metros donde estaba construída!

Una vez abandonada, volvía yo a buscar inquilino y a guardarme otros ocho meses de garantía... Por si hay algui que no se explique bien el asunto, daré más detalles, pero recomiend no adoptar aquí el sistema, pues no deseo verme envuelto en líos mucho menos repatriado.

Apenas el inquilino estaba instalado, recibía la visita de mi herma Agripino, y entre uno y otro desarrollábase este diálogo, palabra m o menos:

—¿Usted es el nuevo inquilino, verdad?

—Servidor, señor...

—Yo soy de la Sociedad de Dinamiteros Unidos y deseo...

—¿Dinamiteros Unidos?... ¡Cómo no, señor! ¡Diga usted de qué trata!

—Muy sencillo: uno de nuestros consocios, que hasta hace pocos d vivió en esta casa, ha sido detenido e incomunicado... Lo único qu sabemos es que en algún lugar de la mansión ha escondido gran ca tidad de dinamita, bombas de tiempo, granadas varias, unas pizcas d nitroglicerina, pólvora...

—¿Escondió explosivos aquí, dice?... ¿Bombas de tiempo?

—Eso es lo más grave: las bombas de tiempo...; además, es distraído nuestro consocio que no sabemos si alguna de esas bom ha sido puesta en hora para estallar hoy, mañana o pasado... En yo sólo quería avisarle...

—Hombre... ¡Gracias, muchas gracias! No sabe usted cuánto se agradezco.

—De todas maneras no quiero atemorizarle a usted; quédese tr quilo y no piense... ¡¡Adiós, señor, y ojalá tenga toda la suerte necesita!

Lo dicho: el inquilino no aguantaba un día más y en la pró edición de "El grito de la aurora" aparecía el aviso conocido. Y pre así, siempre así hasta...

Confieso que por aquel hombre yo hubiera puesto las manos en fuego. Tendría unos cincuenta años e irradiaba simpatía sufic como para hacer de él un actor de éxito. Pagó sin chistar los meses adelantados, no tardó muchas horas en ocupar el flamante



...hilistas

ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

...era clásico, recibió la visita del inquietante socio de los Dina-
...Unidos.
...según usted, joven, en esta casa han escondido explosivos...
...sivos es poco! ¡Le repito que si llega a funcionar alguna de
... de tiempo, saltará por los aires media ciudad!
...bien, joven; le agradezco mucho la advertencia y créame que
...í siempre un amigo... Buenas tardes y muchas gracias.
...se mudó. Era la primera vez que se nos presentaba caso tan
...rante las primeras cuarenta y ocho horas no se nos ocurrió
... que correr a la administración del diario y retirar el aviso
...íticamente, ya estaba preparado para publicarse en fecha
...ada. Mi tío Malaquías —quienes lo conocieron recordarán cuán
... era su rostro— se ofreció para hacer otra visita al inquilino.
... lo recibió con suma cortesía y hasta le invitó con un habano.
... aquí? —exclamó mi tío—. ¿No comprende usted, desdichado,
...íamos volar hasta la estratosfera?
..., no sea usted niño! El día entero me paso arrojando al
... colillas encendidas y no me preocupo...
... ¿Quiere usted suicidarse? ¿Es que la vida le resulta tan
...ble?
...poco ni mucho, amigo mío...; hoy vivimos, mañana quién
... Además, la índole de mi trabajo...
... trabajo hace usted, señor?
... nosotros no caben secretos, porque somos casi colegas: yo
...embro de la Unión de Nihilistas de San Petersburgo. He venido
... Traslío a fabricar explosivos que luego envío allá... ¿Quiere
... mi laboratorio?
...bre tío Malaquías vió como en una pesadilla docenas de fras-
...os rótulos habrían enfriado la sangre del más valiente: barriles
..., cajones repletos de cartuchos de dinamita, damajuanas de
...erina, máquinas infernales de todas las formas y volúmenes...
...e usted, querido dinamitero, que no puede intranquilizarme el
... alguien haya dejado explosivos en esta casa. Tan acostumbra-
... a manejarlos, que muchas veces me entretengo haciendo juegos
... con los tubos de ensayo...
... muchas horas se discutió en la familia la conducta que con-
...ptar con semejante inquilino. Nos faltaba el consejo de nuestro
... quien a su vez le faltaba cumplir el último tercio de su condena
... cosa de esperarle durante diez años. No debe extrañar entonces
...o de una fórmula conciliadora, propuesta por mi prima Jacoba,
...te en ofrecer al nihilista una gruesa suma de dinero para que
... de casa y nos dejase el magnífico negocio.
... yo mismo, en mi carácter de propietario, quien hizo la gestión.
... estimado inquilino —dije al fabricante de explosivos para la no-
...osa—: deseo que usted abandone mi casa cuanto antes
... un contrato firmado, caballero, y no pienso moverme de aquí
... dentro de dos años...
...sé, lo sé, señor! Sé también que podría denunciarlo a la policía...
...yo no ignoro que usted y la policía no pueden entrar en contacto
...mediante un tiroteo.
...so es hablar claro! ¿Cuánto quiere por ir a fabricar explosivos
...tremo oriente?
—Queda un poco lejos y los gastos de movilidad... En fin: ¿qué
...parece a usted veinte mil escudos?
...s usted el más canalla de los inquilinos!
...Y usted el más informal de los propietarios! ¿Para qué extiende
...ntrato si no lo ha de cumplir?
...media palabra más, caballero: aquí tiene usted veinte mil escu-
... ojalá alguna de sus bombas lo mande al mismísimo infierno...
...mudó al día siguiente. Y si amargo fué pagarle tanto dinero, más
... nos resultó la carta que nos envió mi padre dos meses más
... Aquí la tengo, y, al transcribirla después de tantos años, siento
... sangran las viejas heridas. Dice así:
...ado hijo Plácido:
...ota!, te has dejado robar miserablemente veinte mil escudos. Ha
... a esta cárcel y es mi compañero de calabozo un tal Exuperio Fa-
... (a) Nihilista, o fullero, o Ganzúa de oro, o Terrones, o Anguila,
... etc., quien nos ha contado cómo devolvió a ustedes el cuento de
...plosivos y les sacó un montón de dinero. Afortunadamente he
...rado esa suma jugando al póker con él, pero como sepa que
...e mi ausencia cometen otra burrada..."
...bre padre mío! ¡Qué lejos estaba él de suponer que aquellos
...ectos y crujientes veinte mil escudos habían sido hechos en casa
... el laborioso y nunca bien ponderado tío Malaquías! ❖

DE ARGENTINA ADENTRO

SAN LORENZO DE

Por
M. Cattáneo Díaz

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

LUGAR de intensa actividad es Calilegua. Húmeda, caliente, fecunda; la tierra brinda, a cambio de cuidados y cariño, exquisitos frutos, de incomparable y bien ganado renombre fuera del país.

Contemplando este paraje desde el imponente Calilegua, situado al oeste del pueblo y con más de 4.000 metros de altura, se tiene a sus pies un paisaje amplio y llano, de ambiente tropical; todo es verdor natural o artificial, salpicado ese inmenso manto verde de los más variados colores. Son las plantaciones de caña, las quintas de durazneros, de citrus y frutas exóticas, y como si tanta belleza fuera poco para ofrecer, está también el característico brillo que emana el cerro Calilegua, "mirador de piedra" en la lengua del nativo, lo que hace suponer que en sus entrañas guarda una fabulosa riqueza mineral.



La ganadería constituye otra de las riquezas de Calilegua. Puede apreciarse en la fotografía no solamente la calidad del ganado, sino también la festividad del campo.

Contorneando esa majestuosa vegetación de plantaciones y montes que albergan en su interior animales feroces, como: tigres, osos, pumas, antas, se ven al norte, como plateadas cintas, los mansos arroyos de Piedra, Pantanoso y Yuto; los ríos de San Francisco al este y rozando al pueblo por el sur, el San Lorenzo, cargados ambos con sus preciosos caudales, que han de dar vida y esplendor a los ubérrimos campos, ansiosos de producir.

Primero fué la caña de azúcar, que hoy perdura; después vino lo que puede llamarse ciclo del café, que debió abandonarse por falta de mercados, y por último la fruticultura y explotación de los bosques. Es casi a fines del pasado siglo cuando comienza a adelantar Calilegua, al adquirir los hermanos Leach esas vastas extensiones de tierra. Como en otros lugares, lucharon con denuedo y el espíritu amplio y generoso del verdadero "pionner", cuyo único afán es el progreso y el bienestar colectivo. Y ese tesón en la tarea, llegó a convertir en un vergel los inexplotables lugares del tiempo de la colonia. Hoy hay allí miles de brazos, dedicados de lleno al trabajo que rinde y beneficia.

Aplicado el criterio de las altas cumbres y la separación de aguas, se tuvieron enormes inconvenientes para vencer a la naturaleza. La falta de medios para comunicar y centralizar las actividades, los accidentes del terreno y tantas otras dificultades, dieron lugar a los más grandes sacrificios, pensándose que todo hubiera llegado a quedar en la nada si el espíritu colonizador y de organización de los hermanos Leach no hubiera estado presente.

Hoy Calilegua casi ha olvidado aquellos lejanos momentos, en que el resplandor de la luz civilizadora tuvo la respuesta trágica del indomable nativo; pero no obstante perduran, como flotando en el
la leyenda y la narración, que, transmitidas de padres a hijos
pierden del vigor de los momentos iniciales. Tampoco ha per
todo ese aspecto indohispano, que tan sugestivos y místicos
lugares en donde el culto al pasado se conserva.

Están los viejos molinos, los rústicos trapiches de quebr
que, según el decir de hombres centenarios, fueron movidos
fuerza humana. Las viejas casas de anchas paredes de adobe
brindando, como en lejanos tiempos, fresco albergue en el veran
modo bienestar en el invierno. Pero lo que la hace verdad
atrayente, por ser única en su género, es la famosa avenida de
que embellece a la población.

Quinientos metros de largo y quince de altura tiene esta
muralla vegetal. Forma una especie de bóveda al juntarse en
superior las gruesas y fuertes cañas de ambas paredes. A don
Mc Smith, notable colonizador de los campos jujeños, se
existencia, pues él hizo plantar las cañas traídas de Concep
cumán) y de Durban (Africa), en el año 1904.

Al ver esa maravillosa obra de la naturaleza, puede pensarse
es y lo que significa Calilegua. Remontándonos a la leyenda,
cuánta razón de defender su tierra tenía el viejo cacique que



En las quintas de Calilegua se cosechan duraznos, citrus, pomelos y otras frutas que se dan con profusión en la rica tierra. Aquí aparecen algunos nativos de la región embalando los frutos, para remitirlos luego a Buenos Aires.

CALILEGUA

... su bella hija, su esposa y algunos indios fieles, ganó las cum-... Calilegua, cuando el hombre blanco, después de reiteradas ... y luchas, consiguió vencerlo.

... deseos de retornar al querido lar, parecían irrealizables. Resig-... a la vida de hambre, sed y de permanentes luchas contra los ... físicos. Un día, después de escuchar la narración de uno de ...tos, el viejo cacique dejó escapar gruesas lágrimas. El con-..., en su afán de dominar, habia escalado también el Calilegua. ... camino les quedaba: retornar a la madre tierra.

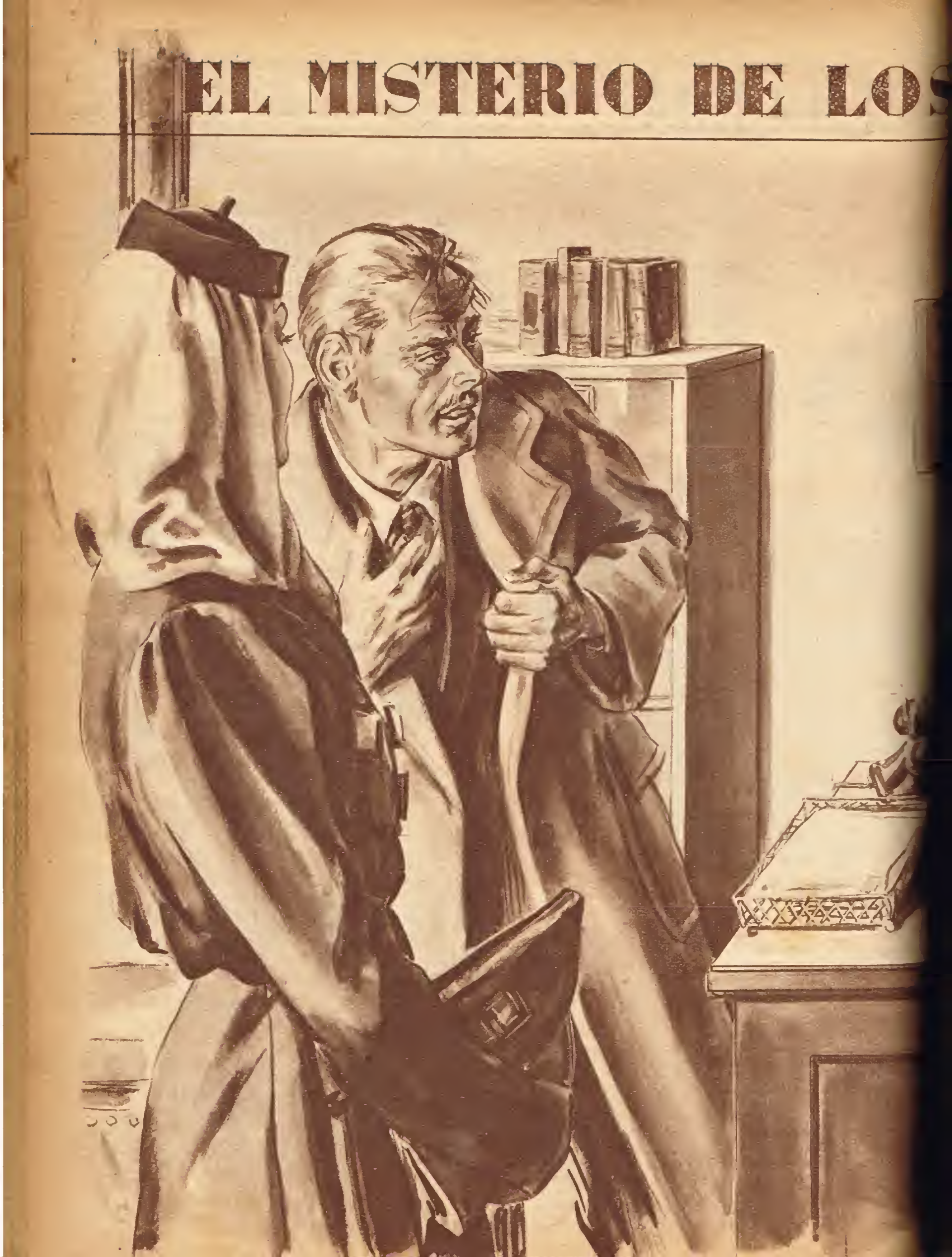
El imponente Calilegua, "mirador de piedra" donde se refugió el cacique cuando el hombre blanco consiguió vencerlo, aparece, majestuosa, en el fondo. Los palmeras, motivo ornamental de la villa, dicen de la exuberancia del suelo.

... negro precipicio con sus siniestras fauces y su extraordinaria ... magnética se lanzaron todos unidos en un postrer abrazo. El ... de la raza se habia salvado.

... días estivales encuentran los habitantes, al igual que infinidad ... y pájaros, tordos, zorzales, chalchaleros, que huyen despavoridos ...erte calor, la sombra pródiga y la tierra fresca, que el viejo ... en las cumbres del coloso no podía conseguir. La reverberación ... rocas y las bandadas de cuervos, halcones, gavilanes y cóndores ... permitian vivir en paz. Fué por ello por lo que tardó tanto en cons-... esa campana de oro de que habla la leyenda, la que, según el ... comarcano, deja sentir sus tañidos en los tibios atardeceres; ... de infinita tristeza, que traducen los tiempos de dicha y feli-... que nunca volverán para esa raza.

... todos los ámbitos, en los espesos montes, en los espacios sin ..., se repite el eco misterioso de esos sones que llaman al nativo a ...plica y la plegaria por la liberación de una raza vencida y decadente. ... es Calilegua, tierra fecunda y prodigiosa, pero romántica y pri-..., que no ha olvidado su origen heroico y altivo y que en lo ...ndito de sus entrañas parece conservar el espíritu indomable del ...to.

EL MISTERIO DE LOS



TRES HOMBRES RENGOS

TEXTO INTEGRO
de la famosa novela policial de
ELLERY QUEEN



seguida de
EL MISTERIO DEL ESPEJO
y
EL MISTERIO DE LA MUJER BARBUDA
(del mismo autor).

TAPA E ILUSTRACION DE ARTECHE

CUANDO el famoso detective Ellery Queen penetró en aquel dormitorio de regia cama baja en tono gris-ceniza, paredes elegantemente pintadas, muebles angulares y sillas cromadas, encontró a su padre, el inspector, platicando con una muchacha de color, cuyos ojos brillosos parecían bailarle en su rostro de mármol negro.

El sargento Velie apoyó sus amplios hombros en una delicada puerta gris y le advirtió, al verle:

—Tenga usted cuidado con esa alfombrilla, señor Queen.

Era una alfombrilla de un gris-pastel, sin bordes terminados; a todo su alrededor veíase un piso de madera dura, de un brillo refulgente. La alfombrilla aparecía marcada con huellas de barro, y en aquel piso tan esmeradamente lustrado, en el espacio que mediaba entre la alfombrilla y una ventana abierta, a través del cuarto, había una enorme raspadura en línea recta que iba de una ancha raya hasta una tenue línea delgada.

Ellery Queen observó todo aquello y murmuró, meneando la cabeza:

—Es imperdonable, Velie; realmente imperdonable. Embadurnar de barro y manchar con nieve este paraíso femenino.

—¿Quién? ¿Yo? Sepa usted, señor Queen, que esas huellas las encontramos ya al llegar nosotros.

—¿Ah, sí? —exclamó Ellery—. Pero, ¿y la raspadura del piso?

—También estaba.

Ellery experimentó un estremecimiento. El aire frío que penetraba por la ventana abierta, había convertido a aquel hermoso cuarto en una heladera. Sobre una silla cromada, que había junto a la cama, aparecían confundidas una camisa de mujer y un corpiño.

El inspector manifestó, de mal humor:

—¡Caramba, hijo! Esto es algo dentro de tu especialidad. En cuanto a usted, Thomas, llévesela y manténgala bajo custodia.

El sargento Velie sacó a la negra de junto a la alfombrilla donde aparecían las curiosas huellas, la empujó junto a la puerta gris y la hizo introducirse en el *living-room*, lleno de humo y risas de hombres. Y a continuación, cerró la puerta de comunicación.

Ellery sentóse sobre el elegante cubrecamas de piel y sacó un cigarrillo, en tanto el inspector, luego de tomar su porción de rapé, estornudaba por tres veces.

—Realmente es este un caso curioso —murmuró, sonándose la nariz—. Los reporteros que aguardan afuera, comentarán el asunto con grandes titulares. Hablarán del nido de amor de Park Avenue; de la hermosa ex corista; del prominente hombre de club que la mantenía; del rapto...

—Usted dijo antes que hubo crimen. Bien; ¿quién fué asesinado? ¿A quién se raptó? ¿De quién era este nido de amor? Todo cuanto yo sé, es que me telefonearon desde el Departamento Central de Policía, hace pocos minutos, encomendándome viniera aquí de inmediato.

—Yo dejé un mensaje para ti en la mesa de entrada.

El inspector dió vuelta junto a la alfombrilla y avanzó por el piso resplandeciente. Pero estaba éste tan encerado que el hombre resbaló, se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Malditos sean estos pisos resbaladizos! —exclamó—. Ten cuidado, tú.

Esto diciendo, abrió la puerta de un armario gris, incrustado.

En el interior de ese armario vióse una figura inmóvil, sentada, oculta su cabeza por las ropas que colgaban, y recogidas sus largas piernas que aparecieron atadas en los tobillos con un par de medias de seda.

Ellery contempló aquello con mirada fría y penetrante. La figura que aparecía tan apaciblemente sentada sobre el piso del guardarropa era la de una mujer, envuelta en un vistoso kimono que cubría su cuerpo enteramente desnudo. La cabeza estaba reclinada sobre el pecho y su cabellera de un rubio-ceniza le caía sobre el rostro. El detective le descubrió, por debajo del cabello, una mordaza que le cubría estrechamente boca, nariz y ojos. Las manos estaban fuera de la vista, detrás de la espalda.

Ellery se irguió y levantó sus cejas.

—Murió asfixiada por la mordaza —recalcó el inspector, con displicencia—. Parece que quien realizó el rapto, amordazó para que no le estorba

—Olvidándose, por lo visto — Ellery —, de que en este pica para seguir viviendo, uno debe Este, ¿cómo se llamaba ella?

—La Divina Lily —respondi pector, con sequedad.

—¡No me digas! ¡La Divina L sus ojos adquirieron singular Yo la hacía ya fuera de circul rada de las tablas.

—Lo estaba. Hace pocos meses actuar. Nunca pude saber si lo propia voluntad o si la despidi vida común con un hombre, unión sólo duró tres meses, pues bre se separó de ella. A partir ces, la ex corista se convirtió lleza más popular de Park Ave duvo de uno a otro lado de esa avenida hasta que no quedó ascensorista que no la conociera

—De modo que se convirtió e *mi-mondaine*, ¿eh?

—Así se las suele designar.

Los ojos de Ellery Queen se a la ventana abierta, una de las que contaba aquel elegante las otras dos estaban cerradas. ca ventana del cuarto que daba escalera para casos de incendi

—¿Y quién era el acaudalado

—¿A quién te refieres?

—Al que pagaba todo esto.

—¡Oh!, eso sí que es inter calcó el inspector, a tiempo qu te un puntapié, cerraba la puer garse hasta la abierta ventana si aciertas.

—Vamos, vamos, papá; ya soy un mal adivino.

—¡Joseph E. Sherman!

—¡Cómo! ¿El banquero?

—El mismo —aseguró el quien, luego de exhalar un siguió, con cierta amargura: uno de los males de tener diner dancia. Uno comienza por en con juguetes caros y... ¡Quién ra imaginado de ese hombre! era todo un caballero; tenía una posa y una hija ya crecida; lo demás, con todo aquello que obtener con el dinero; iba a la gularmente..., y sin embargo templó a través de la ventana nieve que cubría la escalera d y a la cual arrancaba la luz d destellos de plata, y agregó: — en qué lío se metió!

El sargento Velie alzó sus giró su cuerpo con cierta sorp la otra habitación llegaron al varias suplicantes voces masc una voz de mujer les replic favor, déjenme tranquila, que da!" Velie se adelantó, abrió hizo entrar rápidamente a la había llegado, y volvió a cerrar no sin antes decir con brusqu reporteros:

—¡Váyanse de una vez, m

La mujer observó a su alre jo, con voz sorprendida:

—¡Hola!

Era muy joven, no repre

SAN JUAN Y MENDOZA versus ASUNCION

En 1602 se cultivaban en Asunción cerca de dos millones de pies de viñas y se elaboraba vino para Buenos Aires. Pero a fines del siglo XVIII no quedaban más que algunas parras. Mendoza proporcionaba a Buenos Aires y Montevideo 3.313 barriles de vino y San Juan 7.942 barriles de aguardiente de vino.



ULTIMAS PALABRAS

El rey de España, Felipe III, no murió muy satisfecho, pero demostró más resignación que miedo.

—¡Vaya una cuenta que vamos a dar a Dios de nuestro reinado! —dijo a uno de sus ministros, momentos antes de expirar.

POSIBLE METEMPSICOSIS

Ocurrió en África. La señorita Wanda Wirner, exploradora inglesa que recorrió de punta a punta aquel continente, sólo acompañada por su servidumbre de negros de Ciudad del Cabo, se dió cuenta una vez de que un grande y hermoso león rondaba todas las noches por los alrededores de su carpa, sin tratar, al parecer, de hacerle ningún daño. Tanto anduvo el león, que ella se acostumbró a su compañía constante y silenciosa, compañía que más parecía una guardia. Prohibió que se le hiciera daño. El animal aparecía en todos los campamentos que ella levantaba en sus interminables viajes. Hasta que un día la exploradora se casó con Charles Dupuy, del Camerún francés, y quisieron proseguir las exploraciones juntos y en la misma carpa. Pero no pudieron. Al segundo día, el león se comió al marido. Ella, en lugar de matar al animal, ahora lo adora. Dice que algo de la vida de su marido ha pasado a la del león que lo digirió.



ner más de 18 años; pero en su juvenil figura había, empero, algo de madurez y algo de cansancio y disgusto en su hermoso rostro. Llevaba saco y gorrito de visón.

—¿Se puede saber quién es usted? — preguntó el inspector, con voz suave, adelantándose a ella.

Las largas pestañas de la muchacha moviéronse hacia arriba y hacia abajo. Su rostro púsose triste, y sus ojos parecieron buscar a alguien. Luego respondió, precipitadamente:

—Soy Rosana Sherman. ¿Dónde está mi padre, por favor?

—Este no es un lugar apropiado para usted, señorita Sherman. En el guardarropa hay una mujer muerta...

—¡Ah! ¿De modo que es ahí donde...?

La joven contuvo por un instante su respiración, y sus ojos claros se posaron en la puerta del guardárropa.

—Pero... ¿dónde está mi padre? —insistió en seguida.

—Haga usted el favor de tomar asiento — le rogó Ellery. Y la muchacha se apresuró a sentarse.

—Se ha ido, señorita —le respondió el inspector con suavidad—. Lamento anticiparle que las noticias que tenemos habrán de resultar muy desagradables, tanto para usted como para su señora madre. Aquí se ha producido un secuestro.

—¡Un secuestro! —exclamó ella, atónita—. Pero... este departamento..., esa mujer...

—Usted tendrá, de todos modos, que saberlo — manifestó el inspector—, si es que no lo sabe ya.

—Ha estado viviendo con ella — dijo la joven con voz penosa.

—¿Lo sabía su señora madre? —preguntó el inspector.

—Lo... lo ignoro.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Estas cosas... se suelen saber —respondió ella con embarazo.

Por un instante se hizo el silencio.

El inspector la observó con disimulo y volvió junto a la ventana.

—¿Viene su señora madre?

—Sí. Pero yo no pude esperar. Ella viene con Bill..., quiero decir, con el señor Kittering, uno... uno de los vicepresidentes del banco de papá.

Hubo otro silencio. Ellery aplastó sobre un cenicero la colilla de su cigarillo y luego, volviendo junto a la alfombrilla, tornó a observarla. Y sin levantar la vista, murmuró:

—¿Conoces tú, en todos sus detalles, el caso, papá? Es posible que la señorita Sherman sepa también otros detalles. Quizá pueda prestarnos alguna ayuda.

—Sí, sí —dijo ella, afanosamente—; quizá pueda.

El inspector se balanceó sobre sus talones y se puso a observar el techo opaco, a tiempo que explicaba:

—Hace unas dos horas, a eso de las 7.30, Sherman llegó al vestíbulo de abajo. El portero lo vió, pero no observó en él nada anormal. El ascensorista lo trajo hasta el sexto piso, lo vió sacar con dificultad la llave y abrir la puerta del frente del departamento. Es lo último que sabemos de él. Nadie más vino..., por lo menos, a través de la puerta del frente.

DE LOS CELOS

En amor, los celos parecen tan pr... pios de la naturaleza, que difícilme... se cree que no provengan de ella. ... que puede afirmarse de una manera ... contestable es que la aversión a t... lo que turba y combate nuestros pl... res es un impulso innato en el hom... y que hasta cierto punto el deseo ... poseer exclusivamente lo que nos c... place es también un impulso natural.

J. J. ROUSSEA...



CABALLOS BIEN CALZAD...

Las herraduras que se pone... Islandia a los caballos están ... chas de cuerno de carnero. E... Sudán, en vez de herraduras ... pone una especie de sandali... piel de camello.



SOBRE EL AMOR PRO...

Queremos que siempre se nos est... por lo que en realidad somos, sino p... que nos favorezca y nuestro amor ... sufre al ver que el engaño en que ... mantener a los demás ha sido ... to. — PASCAL.

LO LLEVARIAN...

Dos agentes recogen en la plaza de ... cordia, de París, a un norteamericano ... mente borracho.

—Bueno, bueno; nada de escándalo ... cen—. Vamos a llevarlo tranquilamente ... casa. ¿Dónde vive?

—En Chi... ca... go...



REFRAN ESPAÑOL

Quien quiere tomar, conviénele ...

...e el edificio otra entrada?

... de una. La entrada para los proveedores, que está ... parte de atrás. Además, está la escalera de emergen... escalera para casos de incendio. —Tamborileó so... ventana, que tenía detrás, y añadió: —De todos ... hace una media hora, esta muchacha de color con ... estaba hablando y que era mucama de la Divina ...lvia y...

... caso omiso de la joven, la cual se quedó inmóvil, ...o. De vez en cuando, sus ojos se dirigían a la puerta ...arropa. Ellery frunció el ceño y preguntó:

...via de dónde?

... le había concedido dos horas de libertad. Siempre ... hacerlo, según confesó la negra, cuando esperaba... ...an. Lo cierto es que cuando la mucama volvió, halló ... con llave la puerta del frente. Recurrió entonces a ... pero no pudo entrar. No sólo estaba la puerta con ... sino también con uno de esos cerrojos interiores con ... De modo que optó por llamar al superintendente...

—... ya sé; ya sé —recordó Ellery, con impaciencia—. Y ...te derribaron la puerta. Lo vi cuando entré. ¿Halla... la Divina donde ahora está?

—...os, no atropelles. No hallaron tal cosa. Forzaron la ... del dormitorio y...

—... —exclamó Ellery con voz extraña—. ¿Estaba, en... la puerta cerrada con llave?

—... Ellos revisaron el interior. El cuarto parecía un tan...elto. Descubrieron esas huellas sobre la alfombrilla. ... Sherman observó la alfombrilla. Luego entornó los ... reclinó hacia atrás, y sus labios descoloridos tem... —El superintendente es un sueco bueno, que llamó ... agente de policía, sin atreverse a tocar nada. El agente ... cadáver y... esta nota adherida a la cama con un ...

—...na nota?

—...na nota? —repitió la joven, abriendo los ojos.

...ery tomó de manos del inspector una hoja de papel y ... voz alta lo siguiente: "J. E. Sherman está en nues...manos y recuperará la libertad mediante el pago de ...ta mil dólares, de acuerdo a las instrucciones que ...irán. Que no se mezcle para nada la policía. A la ... la encontrarán indemne en el guardarropa".

... mensaje había sido escrito con letra de imprenta y la ... carecía de firma.

—...lizaron papel y lápiz de ella — masculló el inspector—. ... un refinamiento cruel!

...ery devolvió la hoja, y de nuevo sus ojos se posaron en ...ntana que daba sobre la escalera para casos de incendio.

—Conque indemne, eh?

La muchacha anunció entonces, quedamente:

—...tes de ésta, hubo otra nota. Eso fué hace una sema... ...a noche sorprendí a mi padre leyéndola. Al verme, ... esconderla, pero yo logré hacer que me la mostrara. ... una nota de amenaza. Pedían veinticinco mil dólares ...guida, a cambio de "protección". Decían que si él no ... efectiva esa suma, lo... lo...

—Lo matarían?

—Lo secuestrarían. Y entonces pedirían cincuenta mil dóla... —bruscamente se desvaneció toda su reserva, y abandonó ... la silla, con ojos encendidos—. ¿Por qué no hacen ... algo? —exclamó—. ¡Tal vez lo estén torturando... o ...ndo!...

Se dejó caer de nuevo en la silla y comenzó a sollozar.

—Vaya, vaya —trató de tranquilizarla el inspector—. Tenga ... calma, señorita Sherman. Usted tiene que pensar en su ... madre.

—Esto la matará —gimoteó ella—. Si ustedes hubieran visto ... cara que puso cuando...

—Señorita Sherman —murmuró Ellery—, ¿dónde está la ...mera nota?

Ella alzó la cabeza y respondió:

—Papá la quemó. Y me pidió no dijera nada a mamá. Dijo ... sería de algún loco, y no le dió importancia, tomando a ... el asunto.

Ellery meneó la cabeza tristemente, y volvió a mirar la ven... abierta.

—Si la muerta del dormitorio... —comenzó a decir. Calló y

Todo pensamiento es un principio de acción. — DISRAELI.

LO QUE HACE DORMIR ES MALO

Un autor teatral, furioso contra el viejo Sansón, porque éste había manifestado su intención de votar negativamente una obra de su numen, en el comité del Teatro Francés, le dijo al crítico:

—Si ni siquiera la conoce... Dormía usted. ¡No lo niegue! Lo he visto.

A lo que el otro contestó:

—Pero, señor, el sueño es una opinión...



Los años con su fuga se nos llevan alguna cosa. — HORACIO.

fué a la puerta. El sargento Velie, en silencio, se apartó. La puerta no tenía cerradura. Del lado del dormitorio había una manija que, al ser vuelta, hacía funcionar un cerrojo oculto que cerraba la puerta. Asintió, distraído.

—Cerrada con cerrojo desde el lado del dormitorio. Hum... ¿De modo que salieron por la ventana?

—Así es.

La ventana era pequeña y el vidrio inferior estaba levantado lo más posible. Sobre el antepecho de la ventana había una jardinera llena de tierra removida, en la que se veían algunos tallos secos de geranios. La jardinera cubría todo el antepecho y tenía unos treinta centímetros de altura, dejando poco más de sesenta centímetros de espacio libre encima. Por lo demás, era inamovible, habiendo sido construida en el propio antepecho. Ellery sacó su busto por la ventana y examinó el piso de hierro de la escalera para casos de incendio. Su superficie aparecía cubierta por una nieve hollada por ligeras huellas de pies; en los demás sitios, la nieve presentaba una uniformidad virginal. Ellery descubrió huellas de pies mezcladas, que iban hacia arriba y hacia abajo sobre los peldaños de hierro. Miró hacia abajo, hasta donde se lo permitió su vista, y observó que los peldaños presentaban las mismas huellas frágiles. Debajo del borde exterior, llegando al extremo del antepecho, la nieve se había acumulado en un montón que aparecía inalterable.

—Ahora —indicó el inspector, imperturbable— echa otro vistazo a la alfombrilla.

Ellery interpretó perfectamente el significado de aquellas huellas de la alfombrilla. Tres diferentes pares de zapatos masculinos habían profanado el rico color gris de la alfombrilla con las huellas de barro mojado. Eran tres huellas de zapatos grandes, pero el primer par tenía puntas sumamente afiladas, en tanto que las huellas del segundo par eran borrosas, y el tercero tenía puntas cuadradas de bulldog. Las huellas apuntaban en todas direcciones, y la alfombrilla estaba, en parte, aplastada y arrugada, como si sobre ella se hubiera librado una lucha.

—Quieres decir —murmuró Ellery lentamente— que hay algo peculiar en estas huellas.

—Ya te he advertido que este es un caso singular —recordó el inspector—. Los peritos han estado observando estas huellas y las otras de fuera. ¿Cuál es tu opinión?

—Los zapatos de la derecha muestran impresiones más tenues y uniformes —murmuró Ellery—; especialmente los talones del pie derecho. En la mayoría de los casos esas huellas de los tacos del pie derecho no son visibles en modo alguno...

—Exacto. Los tres pájaros que hicieron este trabajito... eran rengos.

Ellery encendió otro cigarrillo y dijo:

—Esas son tonterías.

—¿Te parece?

—Yo no creo tal cosa. Me parece imposible.

—Me extraña que digas eso —recalcó el inspector—. Has de saber que no sólo los tres eran rengos, sino que lo eran del pie derecho.

—Te repito que es imposible —insistió Ellery.

La joven escuchaba atónita. Las hirsutas cejas del inspector se alzaron, en tanto explicaba:

—Los mejores expertos en huellas, del departamento de policía, no sólo expresan que ello es posible, sino que aseguran que así fué.

—Nada me importa lo que ellos digan. No creo en esa renguera...

El sargento Velie abrió rápidamente la puerta, al oir, afuera, un alboroto. [...] hasta ellos, con el murmullo de vo[...] gran humareda. Una mujer de ta[...] queña y un hombre atlético se d[...] en medio de un grupo de insisten[...] porteros, que les acosaban como [...] a un pote de miel. El sargento ah[...] a los reporteros con gritos destem[...]

—¡Adelante! ¡Pasen ustedes! — [...] por su parte, el inspector, cerrand[...] prontitud la puerta.

La mujer miró a la joven, que se [...] incorporado, y ambas cayeron una e[...] zos de la otra, llorando a lágrima [...]

—¡Hola, Kittering! —saludó Eller[...] cierto embarazo.

El hombre alto, en cuyo semblant[...] se honda preocupación, contestó:

—¡Hola, Queen! Mal asunto éste. ¡Pobre J. E.! Y está maldita mujer [...]

—¿Se conocen ustedes? —preg[...] inspector, con ojos encendidos.

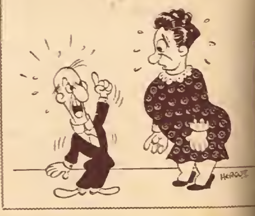
—Nos hemos encontrado en uno [...] clubs —le respondió Ellery.

Kittering era todavía un hombre [...] de buena apariencia. Soltero, de fo[...] hombre de mundo, su nombre y [...] eran populares en Nueva York. S[...] grafía solía aparecer con frecuen[...] la sección rotograbado de los diari[...] yorquinos. Jugaba al polo; criaba [...]

AUTORIDAD DEL MARIDO

Así como la gallina
Ante el gallo ha de callar,
La mujer será divina
Si al hombre deja mandar.

MOLIÈRE.



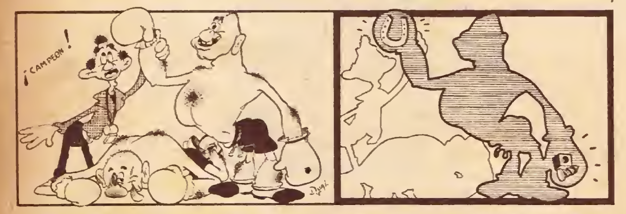
PARA MASTILES

La mejor madera para hacer [...]tiles es el abeto de Noruega. Luego [...] siguen en orden: el abeto negro, [...] pino albar de América y el pino [...] Escocia.



RAYOS X

Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO



...cree y poseía un yate de regatas. En esta ocasión, paseó... lado a otro, con la intranquilidad de un animal enjau... evitando a las mujeres que lloraban.

...seguida, el cuarto se llenó de voces: la del inspector, la ...sana y la de la señora de Sherman. Ellery, que se había ... frente a la ventana, los oyó como a través de un sueño. ...spector, en tono bondadoso, explicaba a los otros la situa... Kittering continuó paseándose por el piso encerado, con ... que tenían la seguridad de los de un felino.

...señora de Sherman dejóse caer en la silla cromada, de ...elo. Las lágrimas resbalaban aún por sus mejillas, pero ... sollozaba. Tendría la mujer, posiblemente, unos cuarenta ... aun cuando parecía más joven. Había en sus modales ...oda su persona mucho de gracia y algo de la majestad ... reina; era una dignidad y belleza aposentadas, que ni ... dolor pudo destruir.

—... estaba al tanto de las relaciones de Joe con esa mujer ... en voz baja. Y añadió, atrayendo hacia sí a su hija: — ...a, lo sabía. Nunca dije nada. Bill — agregó, mirando ...re de porte atlético — lo sabia también, ¿verdad, Bill?

... espasmo de angustia pasó por su rostro.

...ering pareció sentirse incómodo.

—... es — respondió, un tanto evasivo —. Pero Joe no se ... este asunto en serio, Enid. Ya sabes que...

—... — dijo con gravedad la señora de Sherman —, no se ...aba; jamás lo hacía. El fué en todo momento bueno ... Rosana; bueno con todos nosotros. Lo malo es que ... fué también débil de carácter.

—De modo que hubo otros enredos similares, señora de ...? — le preguntó el inspector.

—... y en todos los casos me enteré. Una mujer lo ad... en seguida. Una vez — añadió, apretando sus manos en... — supo que yo estaba enterada. Se sintió avergon... de sí mismo, humillado. Me prometió que no volvería a ... jamás. Pero no lo pudo remediar. Sin embargo, en to... casos volvía a mí. Nunca dejó de quererme.

...aba como si tales explicaciones las hiciera más para sí ... que para los demás.

...joven sacudió su cabeza con enojo y tomó una de las ma... la madre. Kittering dijo, en voz baja:

—¡Vamos, Enid! ¿De qué vale ahora...? Además, todo ello ... fuera de la cuestión. — Levantó sus ojos frios hacia el ...or y preguntó: —¿Qué hay del secuestro, inspector? ... lo que más interesa, por el momento. ¿Cree usted que ...ptores encaran en serio el asunto?

—¿Y qué cree usted? —exclamó el inspector.

... señora de Sherman se incorporó bruscamente.

—¡Oh, Bill! —exclamó—. Tenemos que recuperar a Joe! ¡Hay ... pagar el rescate que pidan! Cualquier cosa antes que...

... inspector se encogió de hombros.

—Tendrá usted que hablar con el comisario, señora de Sher... — dije —. Yo, personalmente, no puedo...

—Pero eso es absurdo! ¡Usted no puede poner trabas en ... camino! — protestó Kittering —. ¡Esos secuestradores ...mos asesinos inescrupulosos que no se detendrán en na... La vida de Joe significa más que...!

—Vaya, vaya — intercedió Ellery suavemente, adelantándo... — Esta discusión no conduce a nada, Kittering. ¿Cuál es el ... de las finanzas del señor Sherman?

—¿Sus finanzas? Tan sólidas como el propio dólar.

—¿No había dificultades de ninguna especie?

—No. Pero, dígame, Ellery, ¿adónde quiere usted ir a parar? ... los ojos del hombre despedian fuego.

—Bah, bah, bah — murmuró Ellery —. No se altere usted, ...go mío. ¿Dice que estaba al tanto de las relaciones del ... Sherman con la Divina Lily? ¿Sabia él que usted no lo ...aba?

—Si — murmuró Kittering, bajando los ojos —. Yo le advertí ... estaba jugando con fuego. Yo sabia que a nada bueno le ...ducirían esas relaciones. Le anticipé que por causa de esa ...er se vería el día menos pensado en una posición embara... pues la mujer tuvo en un tiempo relaciones con alguien ... bajo fondo... — Aquí se detuvo de pronto y añadió, como ...do súbitamente por sus propias palabras: — ¡Caramba! ... es! ¡Queen! ¡Inspector! ¡Ya está!

—¿Qué es lo que está? — preguntó el inspector, al parecer ...tido.

PLAN A DESARROLLAR DURANTE LA SEMANA PRO CONOCIMIENTO Y PROTECCION DE LA PALOMA MENSAJERA

- 18 al 25 de MAYO 1944 -

I. - RADIOTELEFONIA

El día 18 de mayo, a las 20 horas, será irradiado un mensaje por cadena de broadcastings formada por todas las emisoras del país, a cargo del señor Comandante General de Comunicaciones del Interior, con la que se declara inaugurada oficialmente la Semana Pro conocimiento y protección de la paloma mensajera.

Durante los días subsiguientes, y hasta el 25 inclusive, serán irradiadas por todas las emisoras del pais, y a toda hora, frases de divulgación colombófila y de protección a la paloma mensajera.

También a la vez se solicitará la colaboración del público en el sentido de que denuncie las aves extraviadas.

II. - PERIODISMO

Se gestionará del periodismo en general para que se adhiera a la campaña de propaganda durante la semana oficial publicando algunos afiches especialmente preparados, con textos que den al público la importancia de la paloma mensajera como medio de comunicaciones y la necesidad de proteger su vida.

También se espera obtener, como en años anteriores, que los días domingos próximos a la semana, "La Prensa" y "La Nación" publiquen una página en rotograbado dedicada a la colombofilia en general, con datos estadisticos, etc.

Se ha previsto, asimismo, la inclusión de noticias en algunas revistas, completadas con notas gráficas.

En lo que respecta a las agencias noticiosas, se espera la valiosa cooperación que prestarán con las informaciones que darán a la prensa del interior.

III. - EXPOSICION DE MENSAJERAS

Es propósito realizar una gran exposición y muestra de mensajeras e implementos colombófilos en la Capital Federal, en la que podrán participar todos los colombófilos del país, con un número limitado de aves, que se premiarán con trofeos a solicitar de las autoridades nacionales, comercio, industria y adquiridos por la Federación.

IV. - AFICHES

Se colocarán afiches en todas las estaciones ferroviarias, subterráneos, oficinas de correos, oficinas públicas (especialmente en el interior).

V. - CINEMATOGRAFIA

Se solicitará de los noticiosos cinematográficos "Sucesos Argentinos" y "Noticioso Panamericano", la filmación de una película de corto metraje de algunas notas relacionadas con la colombofilia, a fin de ser exhibidos en todas las salas cinematoficas de país.

VI. - ESTAMPILLA ALUSIVA

Se gestionará de la Dirección General de Correos y Telégrafos la impresión de timbres con valor postal alusivos a la semana colombófila, como así también la inscripción en la correspondencia con máquina obliteradora.

VII. - REVISTA "COLUMBAS"

La publicación oficial de la Federación, que aparecerá este mes recién el dia 18, será dedicada especialmente a la semana colombófila, aumentándose su tiraje con el fin de ser distribuída durante la exposición y hacerla llegar al interior del país, como medio de propaganda a fin de difundir el valor de la paloma mensajera desde el punto de vista de las comunicaciones militares y hacerle conocer la utilidad de estas aves.

VIII. - COMIDA DE CAMARADERIA. ENTREGA DE MEDALLAS

Con la finalidad de estrechar vínculos, se realizará una comida de camaradería a la que serán invitados todos los colombófilos.

Durante la misma se hará entrega de las medallas a los miembros del Consejo Asesor Federal que terminaron su mandato, y algunas distinciones a los colaboradores de la Federación.

IX. - SUELTA DE MENSAJERAS

Como acto final el dia 25, después del tedéum, se realizará una suelta de palomas mensajeras desde la Plaza de Mayo de la Capital Federal y localidades del interior donde existen filiales.

Se destaca la significación de este acto en Buenos Aires, ya que las autoridades máximas presenciarán la suelta, en la que, por medio de altoparlantes, se darán notas de divulgación.

Buenos Aires, abril de 1944.

LOS SOLTEROS SE LIBERAN




En vista de los desaguisados hechos por nuestros conocidos aprendices de tejedores con las agujas y la lana, las mujeres se vieron obligadas a intervenir enérgicamente para salvar de la ruina a tales elementos de trabajo. Ellos no se querían convencer de que no basta comprender una cosa para saber hacerla; creían que con la inteligencia masculina que ellos mismos se atribuyen habrían de resolver cualquier problema que dependiera de las manos, más aun si el tal problema había sido ya resuelto por las mujeres. Pero ahora las cosas han cambiado; ellos ya están pensando que en el terreno de las mujeres no es tan fácil navegar como la "desconsideración" del hombre está acostumbrada a considerar. Y, mansamente, se han dedicado a aprender... lo que ellas les enseñan.

—¡Bill! ¿Qué es lo que se te ha ocurrido? —preguntó Rosana por su parte, corriendo a su lado.

—Se me ocurrió de pronto —explicó Kittering rápidamente, paseándose de un lado a otro—; sí, tiene que ser eso. Esto es, por supuesto, cosa de gente del bajo fondo. Inspector, ¿sabe usted quién fué en un tiempo amante de esa mujer?

—Por cierto — respondió el inspector —; Mac McKee.

—¡El pistolero! — susurró la señora de Sherman, horrorizada.

—¿De modo que usted sabía? — exclamó Kittering, enrojeciéndose —. Entonces, ¿por qué no hace ya algo? McKee debe haber sido la cabeza directriz en todo este asunto.

—Papá — dijo Ellery, con frialdad —, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¿De modo que McKee anda metido en este lío?

—Has de saber que yo no he perdido el tiempo y que ya he encargado a mis hombres que traten de darle caza. Pero nada le prometo, señora de Sherman, pues bien puede resultar que él sea completamente inocente. O de ser culpable, puede que presente una buena excusa. El hombre es astuto. Tendremos que obrar con cautela. Bueno, ¿por qué no vuelven todos ustedes a sus domicilios y dejan por entero el asunto en nuestras manos? Kittering, haga usted el favor de acompañarlas hasta la casa. Mantendremos a ustedes al tanto de todo. No conviene precipitarse. Todavía tenemos que aguardar las instrucciones de ellos respecto a la forma de enviar el dinero de rescate. No hay por qué desesperar. Yo...

—Yo creo que es mejor que me quede — dijo la señora de Sherman con serenidad.

—Enid... — murmuró Kittering.

La puerta se abrió bruscamente contra la espalda de Velie, y por ella penetraron dos hombres uniformados llevando una gran canasta con tapa. Las mujeres palidecieron y se guarecieron en un rincón. Kittering las siguió, incitándolas a mantenerse serenas. Todos ellos apartaron sus ojos del armario.

—¿Qué piensas tú de McKee? — preguntó Ellery a su padre en voz baja, mientras los hombres de la morgue retiraban algo del guardarropa incrustado en el muro —. ¿Qué posibilidades ves por ese lado?

—Desde tiempos atrás conocía ya el detalle de que la Divina Lily había hecho vida en común hace un par de años con Mac. Pero esta noche, cuando interrogué a la telefonista de abajo, antes que tú vinieras, descubrí algo.

—¿Pasó él a verla esta noche? —preguntó Ellery, con prontitud.

—Ella le llamó poco antes de las ocho. Pidió a la telefonista que le diera cierto número, un número que nosotros sabemos conduce a la madriguera de McKee. La telefonista es curiosa y se puso a escuchar. Oyó que Lily hablaba con un hombre al cual llamaba "Mac", y le pedía que fuera a verla a su departamento. Parecía muy agitada por algo.

—¿Y vino McKee?

—El portero asegura que no. Pero no olvidemos que hay otras entradas.

—Sí, sí — se apresuró a decir Ellery —; pero si la Divina Lily le llamó a las ocho, ¿cómo quieres que él haya podido tener...?

—Yo tengo mis propias teorías a ese respecto —interrumpió el inspector.

Los empleados de la morgue arrojaron con brusquedad algo, que cayó ru[...]mente en el interior de la canasta. L[...]ñora de Sherman se estremeció, y K[...]ing se apresuró a sostenerla, mien[...] prodigaba palabras de aliento. Elle[...]minó su indignación y preguntó:

—Esas huellas que se ven en la [...] de la escalera para casos de incen[...] en los peldaños de hierro, ¿son [...] mismos zapatos de las que aparecen [...] alfombrilla?

—¿Qué se te está ocurriendo? —[...]lló el inspector—. Claro que lo s[...]

—¿Guardaba el señor Sherman [...]pas suyas?

—Mi querido hijo —murmuró [...]pector, un tanto sarcástico—, ¿debo [...] a explicarte otra vez todos esos [...] de la vida íntima? ¡Claro está qu[...]daba ropas suyas!

—¿Zapatos también?

—Ya nos hemos ocupado de co[...] Todos sus zapatos están aquí, y so[...] del mismo tamaño, pero ningun[...] cuerda con las huellas que apa[...] la alfombrilla y en la nieve. De [...]ducimos nosotros que fueron tres [...] los que hicieron el trabajo. Nin[...] esas huellas pertenecía a Sherm[...] sus zapatos comunes aparecen c[...]mente secos.

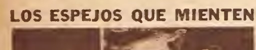
—¿Cómo lo sabes tú?

—Hemos hallado sus zapatos d[...] mojados en el vestíbulo.

—¿Sabes si Sherman renguea[...]

—¿Y cómo quieres que sepa t[...] —protestó el inspector, con repr[...]

Los empleados de la morgue [...] la enorme canasta por sus dos [...]



LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



La gentil muchacha con quien estuvimos en el número pasado en su visita a la casa de los espejos, se detuvo hoy en uno de ellos que es digno de publicidad. Ante él desapareció todo vestigio de elegancia y hasta de formas humanas. Puede suplantar el lector, si tiene buena imaginación, la figura de la muchacha por la de sí mismo y verse convertido en un ser extraordinario.

EL PRIMERO DE HIERRO

El primer puente de hierro de [...] des dimensiones que se hizo en el [...] do fué construído en 1773 sobre [...] Severa, en Inglaterra.



NO MERECEN PANTALO[...]

En Corea usan faldas cortas tod[...] solteros, no permitiéndose el us[...] pantalones sino a los casados.



y salieron resueltamente de la n.

ra de Sherman, ¿renguea su ma-

mujer, toda temblorosa, respondió

—Pero rengueaba alguna vez?

—Alguna persona de sus relaciones era

—De ningún modo! —masculló Kitter- En qué clase de laberinto se está por meter ahora? ¿Por qué no ocu- de una vez del tal McKee?

creo que es mejor que ustedes se ya —manifestó el inspector—. Es- prolongado demasiado.

momento —dijo Ellery—; debo en claro estos detalles. ¿Muestran las huellas de la escalera para de incendio esas características de ra?

—Claro! Pero, ¿adónde piensas ir?

fe que aun no lo sé —respondió ligeramente irritado—. Trato de rme. Esos tres hombres rengos... de Sherman, su marido es más de complexión fuerte, ¿verdad?

Y pesa bastante.

asintió, con una miradá de satis- Y preguntó, por lo bajo, a su

—Hay en la nieve alguna huella de an?

Debe haber sido transportado. blemente lo desvanecieron mediante lpe aplicado en la cabeza.

—De ahí la raspadura en el piso —dijo voz aguda, por sobre el hombro del ctor.

—Ah, ¿es usted, Thomas? ¿Qué dice de esa raspadura?

—Eso indica —explicó el sargento Ve- n ojos que estaban sumamente bri- — que el hombre fué llevado a la ¿no? El rayado del piso va desde alfombra hasta la ventana. De modo lo arrastraron hasta la ventana y lo alzaron para descenderlo. Los in- sorprendieron a estos dos tórtolos, taron a la débil mujer, descarga- un golpe en la cabeza de Sherman y arrastraron...

—Ya me explicó usted antes —gruñó el spector—. Los peritos dicen que la raspa- fué hecha por el taco de un zapato. , ¿se puede saber por qué estamos endo tiempo? Ah, sí; hay otra cosa.

ttering le interrumpió, para decirle:

—Inspector, nos vamos. Confiamos en des para que...

—Sí, si —murmuró Ellery—. Tenga us- paciencia por el momento, Kittering. estabas diciendo tú, papá?

vozarrón lanzó un grito ronco en el cuarto. Velie abrió la puerta, y en otra habitación vióse a dos detectives forcejeaban con un hombre con abri- de piel de camello. Varias máquinas ráficas tomaron instantáneas, en tan- los fotógrafos comentaban encantados buena suerte. Otro dos hombres, que estaban por lo bajo, hallábanse inmo- dos contra una pared, vigilados por detectives.

—¿Qué es esto? —exclamó el inspector, desde la puerta. El murmullo se apagó y el hombrachón dejó de forcejear—. ¡McKee! —musitó el inspector, reconociéndole—. Bien, bien. Siempre oponiendo resistencia, ¿eh, Mac? ¿No le da vergüenza? Déjenlo, muchachos, pues ahora se comportará como la gente.

El delincuente hizo un hábil movimiento de hombros y arrojó hacia atrás a los detectives que le sujetaban.

—Vámonos ya —propuso Rosana, con voz débil.

—Todavía no —murmuró el inspector, sin volverse—. Adelante, Mac. Thomas, cierre la puerta. Y ustedes —dijo a los otros detectives— quédense ahí afuera haciendo compañía a los secuaces de McKee.

Todos regresaron al dormitorio. El delincuente se mantuvo vigilante. Tenia los párpados de batracio y labios gruesos y prominentes. A sus ojos asomaba la astucia. Las dos mujeres se echaron instintivamente hacia atrás, con repulsión y temor, en tanto que Kittering se puso alerta. Por un momento, hubo en la mirada del pistolero una crueldad de fiera salvaje.

—¿Sabe por qué le atraparon, Mac? —preguntó el inspector, adelantándose al corpulento individuo y mirándole en los ojos.

—¡Usted está loco, inspector! —le respondió McKee. Y sus ojos fueron de Sherman a Kittering, Ellery, la alfombrilla la ventana abierta y la puerta también abierta del guardarropa—. A mí no me atraparon. Vine aquí solo, y sus hombres se me echaron traidoramente encima.

—¡Ah! ¿De modo que vino usted a hacer una visita amistosa? ¿Vino a ver a la Divina Lily?

Velie se plantó vigilante detrás del individuo. Ambos tenían la misma altura y corpulencia. Pero McKee se mantuvo tranquilo.

—¿Y qué, si así fuera? ¿Dónde está ella? ¿Qué ocurrió aquí?

—¿No lo sabe, eh?

—¿Para qué demonios le preguntaría si lo supiera?

—Siempre el mismo insolente —recalcó el inspector—. ¿Ha visto usted alguna vez a cualquiera de estas personas, Mac?

Los ojos de McKee observaron a las dos mujeres y a Kittering.

—No —respondió, con sequedad.

—¿Sabe quiénes son?

—No tengo el placer —añadió, sarcástico.

—Esa es la señora de Sherman y ésa su hija. En cuanto al señor, es Kittering, asociado comercial de Joseph E. Sherman.

—¿Y qué me dice con todo esto?

—¿Qué le digo? —masculló el inspector, indignado. Y añadió:— Oígame: a la Divina Lily le dieron el pasaporte y a Sherman lo secuestraron. ¿No significa esto nada para usted?

Una ligera palidez recorrió el rostro curtido del delincuente, que se pasó una punta de la lengua por los labios y exclamó:

—¿De modo que a Lily la liquidaron, eh? ¿Y aquí?

Sus ojos recorrieron el cuarto, como buscando el cadáver.

—Sí, aquí. La mataron por asfixia. Admito que ésta no es su técnica habitual, Mac; que significa en usted un refinamiento, pero...

El hombre se recogió como una gigantesca tortuga, se empequeñecieron sus ojos y todos sus músculos se pusieron en tensión.

—Si usted cree que yo tengo algo que ver en este asunto —recalcó—, es que ha perdido el juicio, inspector. Pero si mi explicación...

—¡Asesino! —exclamó Kittering, con indignación. McKee se dió vuelta, echó mano a algo que tenía dentro del saco, bajo las axilas, pero se contuvo y permaneció tranquilo—. ¿Dónde está Joe Sherman? —preguntó Kittering, y en un movimiento tan veloz e inesperado que ni el sargento Velie ni Ellery pudieron intervenir, descargó un puñetazo en el mentón de McKee. Fué un golpe recio, que hizo trastabillar y dejó asombrado a McKee. Pero el hombre no mostró la menor intención de contestarlo. Sus ojos parecían despedir fuego al mirar a Kittering. Rosana y Enid Sherman tomaron por el brazo a Kittering, llorando. Ellery lanzó entre dientes una maldición, y el sargento Velie se interpuso entre los dos hombres.

—Esto sobrepasa ya la medida —expresó, secamente, el inspector—. Váyase usted, Kittering. Usted también, señora; y usted señorita. —Y por lo bajo, advirtió a Kittering:— Usted cometió un grave error al dar ese golpe. ¡Retírese ya!

Kittering dejó caer sus brazos, suspirando. Las dos muje sin hablar, lo sacaron de aquel dormitorio, y los tres desapa cieron entre el grupo de personas que aguardaba en la o habitación.

Un estremecimiento recorrió los brazos de McKee y ojos se clavaron en la puerta gris. Dijo, para sí, algo por bajo, moviéndose apenas sus abultados labios.

—Lily le telefoneó esta noche, ¿verdad? —preguntó el pector.

El pistolero se humedeció los labios y respondió, con ci prevención:

—Sí, ¿y qué?

—¿Por qué le telefoneó? ¿Qué quería de usted?

—No lo sé.

—¿Le pidió que viniera?

—Sí.

—Usted vivió en un tiempo con ella, ¿verdad?

—Ya sabe usted que sí.

—¿Ella le telefoneó a las ocho esta noche?

—Sí.

—Y ahora son las diez —observó con astucia el inspector ¿Le llevó a usted dos horas venir desde el Bronx hasta a

—Algo me retuvo.

—¿Conocía usted a Sherman?

—Oí hablar de él.

—¿Sabia usted que Lily convivía con él?

McKee se encogió de hombros y respondió, impaciente

—¡Demonios, inspector, usted no tiene nada contra mí! C que lo sabía, pero, ¿qué hay con eso? Cuando ella me te neó, pensé que se encontraría en algún aprieto, y record otros tiempos decidí venir para ver de qué se trataba. es todo.

—Creo —dijo Ellery, con voz suave— que haría usted en sacarse los zapatos, McKee.

—¿Qué? —exclamó el pistolero, estupefacto.

—Sáquese los zapatos —insistió Ellery, paciente—. En época, habría sido una parte diferente de su anatomía. V haga el favor de hacer sacar los zapatos a los que aco ñaban al señor McKee.

Velie salió. McKee, como un toro enceguecido, obser alfombrilla, las huellas barrosas, lanzó luego una maldi y observó sus descomunales pies. Sin decir una palabra, asiento en una silla cromada de terciopelo y se quitó sus patones manchados de barro.

—La tuya ha sido una buena idea, Ellery —aprobó el pector.

Velie regresó trayendo dos pares de zapatos mojados medio de las risotadas de los hombres que estaban e cuarto contiguo. Ellery se puso entonces a trabajar en sil Al cabo de un tiempo, alzó la cabeza, devolvió a McKee enormes zapatos y dió los otros a Velie, que tornó a salir

—¿Un fracaso, eh? —dijo McKee, sarcástico, atándose zapatos—. Ya les dije que eran ustedes cortos de vista.

—¿Renguea alguno de esos hombres que están en el cuarto, Velie? —preguntó Ellery, cuando el sargento re

—No, señor.

Ellery dió unos pasos hacia atrás, golpeó un cigarrillo tra la uña de su dedo pulgar, y McKee, lanzando una riso se aprestó a retirarse.

—Un momento, Mac —le dijo el inspector—; usted q detenido.

—¿Que usted me arresta?

—Le detengo por sospecha —explicó el inspector—. Us la Divina Lily le estaban haciendo el juego a Sherman. U hizo intervenir a la mujer porque conocía cuál era el flaco de Sherman. —El rostro de McKee púsose lívido—. noche vino usted con la trampa preparada; le jugó su Lily, la sacó del medio para que no hablara nada; de nota y desapareció llevándose a Sherman. ¿Qué me dice de esto?

—¡Digo que se vaya al cuerno! ¿Olvida usted las h que hay sobre esa alfombra? ¡Usted mismo comprobó no coincidían!

—Pasa —dijo el inspector— que usted llevaba zapatos ferentes.

—¿Olvida también que Lily me llamó a las ocho? Y decir a alguien que estaba allí afuera que ella murió al

HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA



A TRAVES DE SUS PAGINAS DE LECTURA AMENA, INCITANTE Y POPULAR, PODRA USTED CONOCER A FONDO LA HISTORIA DE SU PATRIA EN ESTA OBRA CUMBRE DEL GRAN LITERATO ARGENTINO

VICENTE FIDEL LOPEZ

Conocer en sus más mínimos detalles la historia patria y contribuir a su difusión es de vital y máximo interés para todos los pueblos que sienten el noble anhelo de ser libres y de crearse una personalidad inconfundible en el concierto de las naciones.

En este pensamiento se inspira Vicente Fidel López para escribir nuestra historia. Su "Historia de la República Argentina" es algo palpitante, lleno de vida y de colorido. En todas las páginas de su obra vibra la emoción, y la pasión que agita su espíritu, y se refleja fielmente en su pluma, es la pasión del que persigue incesantemente la verdad, y no puede, por lo tanto, perturbar jamás la labor serena, justiciera e imparcial del insigne historiador.

Es indudable que la obra histórica de Vicente F. López ha de resonar en muchas generaciones sucesivas como del patriarca que oyó la tribu crédula y que la posteridad recoge, porque hay en ella la palpitación y el color de las cosas vistas y vividas.

6 TOMOS

En una edición continuada por E. Vera y González, y puesta al día con la cronología de los hechos más recientes. La presente edición va ilustrada con gran cantidad de grabados y numerosas láminas a todo color y una lujosa encuadernación en tela con estampaciones de oro.

Puede adquirirse con grandes facilidades de pago a sola firma. Solicite informes, enviando el cupón.

VICENTE FIDEL LOPEZ — HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA — TOMO I — EDITORIAL SOPENA BUENOS AIRES

VICENTE FIDEL LOPEZ — HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA — TOMO II — EDITORIAL SOPENA BUENOS AIRES

VICENTE FIDEL LOPEZ — HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA — TOMO III — EDITORIAL SOPENA BUENOS AIRES

VICENTE FIDEL LOPEZ — HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA — TOMO IV — EDITORIAL SOPENA BUENOS AIRES

VICENTE FIDEL LOPEZ — HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA — TOMO V — EDITORIAL SOPENA BUENOS AIRES

EMILIO VERA Y GONZALEZ — HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA — TOMO VI — EDITORIAL SOPENA BUENOS AIRES

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA
Esmeralda 116, Buenos Aires

Sírvanse remitirme, sin compromiso, las condiciones de adquisición de la HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA (en 6 grandes tomos).

Nombre..
Calle..
Población.. L. 240

dor de esta hora. Si ella me telefoneó entonces...

—El juego es ingenioso. Usted estaba entonces aquí y la obligó a hacer ese llamado para poder presentar luego una buena explicación.

—A ver si puede probar lo que dice —le desafió McKee. Y dándole la espalda, dejó la habitación, seguido por Velie.

—¿Y qué hay de esas huellas de rengos? —murmuró Ellery, una vez que la puerta se hubo cerrado—. ¿Crees que él y sus hombres simularon renguear?

—¿Y por qué no? —exclamó el inspector, irritado, tirándose los bigotes.

—Mira, papá. Tú ibas a decirme antes que había algo más. ¿Qué era?

—Ah, sí. Algo que falta de esta habitación.

—¿Qué falta? ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Pero...

—Supongo que me dirás que se trata de una valija o de un baúl.

El inspector denotó intenso asombro.

—¡Caracoles! ¿Cómo has adivinado? La mucama negra dice que falta una maleta de caimán, vacía, que pertenecía a la Divina Lily. Ella la vió en el armario embutido, una hora antes de que Lily la hiciera salir. No falta nada más.

—Bien, bien. Esto parece ya ser una pista. A propósito de esa muchacha de color, ¿quiere usted hacerla venir, Velie?

Velie trajo a la muchacha, que parecía hallarse indispuesta. Ellery se precipitó hacia ella y le preguntó, súbitamente:

—¿Cuándo fué encerado por última vez este piso?

—Este... este... hoy —tartamudeó la mujer.

—Hoy..., ¿cuándo?

—Por la tarde. Yo misma lo hice.

—Bien, bien; lo supongo —murmuró él, impaciente—. Eso es todo. Llévesela, sargento.

—¡Pero, Ellery!... —protestó el inspector.

—Muy bien —prosiguió Ellery—; muy bien; todo está muy bien. Pero lo malo es que falta una pieza. Sin ella... —y se mordió los labios.

—Oye —le dijo el inspector, lentamente—, ¿qué es lo que has logrado?

—Todo... y nada.

—¡Bah! ¿Y qué hay de Sherman?

—Sigue los deseos de la señora de Sherman. La seguridad del marido es lo que importa por ahora. Después..., ya veremos.

—Está bien —dijo el inspector, con resignación—. Pero no comprendo...

—Tres hombres rengos —murmuró Ellery—. ¡Muy interesante! ¡Muy interesante!

* * *

Joseph E. Sherman, sentado en un sillón en la oficina del inspector Richard Queen, en la calle Central, relató su historia con voz desfalleciente. Un automóvil de la policía patrullera lo había recogido una hora antes, sucio, desgreñado y atolondrado. Durante un tiempo, se mostró incoherente y sólo atinó a preguntar, torpemente, por su esposa e hija. Parecía desfalleciente de hambre, y tenía los ojos enrojecidos y de mirar un tanto extra... do, como si hubiera pasado varios días ... dormir. Habían transcurrido entonces ... días desde aquel en que se halló el ...



SOBRAN INSTRUMENTOS

Por primera vez en la historia universal se registra el caso de que sobre... instrumentos y no de que sobren hombres con pretensiones de tocar instrumentos. Linda Darnell, la bella actriz cinematográfica que aquí vemos, está desolada ante el triste hecho consignad... No hay hombres en el mundo; se los ha... tragado la guerra.

"¡Ah!, ¿están en la guerra?, se dij... Linda; ¡allá con los instrumentos!", ... puso este cartelito que dice: *Depósito oficial. Deje aquí los instrumentos musicales, para los hombres en servicio.* Y se llenaron canastas y canastas, que fueron enviadas al frente.



LA MUJER HERMOSA

Uno mujer puede fócilmente ser hermoso du... rante cierto tiempo; tiempo corta, casi siem... que ella trata por todos los medios de prolo... lo mós posible. En toles momentos, la bel... constituye uno de las hondos y constontes ... ocupociones que ocupan el tiempo de lo m... Es el caso de Rita Hoyworth, quien poro c... servar su magnífica linea, se pasa el dio y ... dias y dios inventando diferentes medios ... contrarrestar su afición o la buena mesa y ... los engordantes chocolatines. Su último pro... dimiento es este de boilar sobre un gigant... piono, emitiendo una música monstruosa; de... brió su eficacia hociendo lo mismo en uno pe... licula; cuondo en otra pelicula encuentre ... coso, informoremos o nuestros lectores.

... la Divina Lily y la nota del ... policía no había intervenido. ...gado una tercera misiva dirigida ...ra de Sherman, un día después ...en; estaba escrita también con ...yúsculas de imprenta, y en ella ...ba el pedido de 50.000 dólares y ... un lugar para la entrega del res- ...ttering había reunido el dinero y ... intermediario. El dinero había ...do el día anterior. Y ahora apa- ...herman, con su corpachón mal- ...fatigado y los nervios resentidos. ... ha ocurrido, señor Sherman? ... eran ellos? Cuéntenos toda la ... —pidió el inspector, afanoso pe- ...mabilidad.

...sar de que habían tratado de con- ... Sherman dándole una buena ali- ... y una generosa dosis de whis- ...hombre continuaba temblando co- ...friera intenso frío.

... esposa... —tartamudeó.

... perfectamente, señor Sherman. ...ícese usted. Hemos mandado a ...

...gento Velie abrió la puerta. Sher- ... incorporó vacilante, pronunció al- ...gas palabras y cayó en los brazos ...esposa. Rosana se echó a llorar y se ... a su brazo. Kittering estaba con ...ero se retiró hasta quedar un tanto ..., y se mantuvo allí como petrifi- ...bservando. Nadie dijo una palabra.

... mujer... —murmuró, por fin, ...

... Sherman le puso sus dedos en los ...

... digas una palabra, Joe. Lo com- ... todo. Gracias a Dios que estás de ... —Volvióse hacia el inspector y ... con los ojos llorosos:— ¿Pode- ...var ahora a casa a mi esposo, ins- ... Está tan...

...emos que saber qué es lo que ha ..., señora Sherman.

...anquero miró nervioso a Kittering. ... amigo mío... —murmuró. Y se ...er en el sillón, aferrándose a la ... su esposa. Su enorme cuerpo lle- ...odo el sillón—. Yo le diré todo ...sé, inspector. —Un taquígrafo de ...cía se aprestó a tomar nota de lo ...n a declarar. Ellery se situó junto ...tana, frunciendo el ceño y mor- ... los labios—. Yo fuí a su... de- ...to esa noche, como de costumbre. ... portó en forma curiosa...

... —dijo el inspector, alentándole—. ...sito, ¿sabía usted que ella mantuvo ... tiempo relaciones con Mac McKee, ...ero?

... principio, lo ignoraba —declaró ...—. Cuando le descubrí, ya estaba ...rollado con ella. Nunca me hubie- ...turado, de haber sabido... —La se- ...e Sherman le oprimió una mano, ... miró con una mirada de agrade- ...to—. Mientras estábamos... juntos ...guió Sherman con voz muy baja— ... el timbre de la puerta de calle. Ella ... respondiendo al llamado. Yo me ... esperando. Tenía un tanto de te- ...e que... me sorprendieran. Luego... ... lo que ocurrió. Una mano se apretó ... mis ojos y...

—¿De hombre o de mujer? —preguntó ...



—Lo... ignoro. Luego apretaron un
ño contra mi nariz, que tenía un
fuerte muy particular. Yo estuve f
jeando, pero fué en vano. Es todo c
recuerdo. Luego, me sentí desvane
Creo que me cloroformaron.

—¡Cloroformado! —Todos volvie
asombrados su mirada hacia Ellery
cual contempló a Sherman con unos
de brillo muy particular.

—Señor Sherman —dijo lentam
adelantándose—, ¿quiere usted decir
estuvo "fuera de combate" durante el
to del tiempo? ¿Estuvo desvanecido?

—Sí —respondió Sherman parpade
Ellery se irguió, y dijo con voz ext

—La pieza que faltaba, por fin.

Y yendo hacia la ventana se p
mirar hacia afuera.

—¿La pieza que faltaba? —pregun
banquero.

—Terminemos con esto —propuso
tering, con aspereza—. Joe no está en
diciones de...

Sherman se pasó por la boca una
temblorosa.

—Cuando volví en mí, me sentí
Tenía los ojos vendados, y no sabía
me encontraba. Nadie se me acerc
una ocasión, sin embargo, alguien m
de comer. Después —sólo Dios sabe
to tiempo después— me sacaron a
parte y luego comprendí que esta
un automóvil. Me sacaron posterior
en un camino. Cuando recuperé el
tido, descubrí que ya me habían des
Me quité la venda de los ojos y..., e
to, ya lo saben ustedes.

Hubo un silencio. El inspector
los dientes y preguntó:

—¿Quiere usted decir que no p
identificar a ninguno de sus raptore
ñor Sherman? Pero, ¿y sus voces?
podría orientarnos de algún modo,
litándonos algún dato.

El banquero, cuyos hombros parec
hundirse, respondió:

—Nada puedo adelantarles. ¿Pued
me ahora?

—¡Un momento! —intervino El
¿No tiene usted ninguna otra inform
que darnos?

—¿Yo? No.

—¿Está usted seguro de que no nos
ta nada, señor Sherman? ¿Le gustaría
ted dar este molesto asunto por term

EN EL RESTAURANTE

—¡Oiga, mozo! Mire este pollo; ¡no tiene
que los huesos y el pellejo!
—¿Pero qué más quiere usted, señor?
plumas.



DEL AMOR

El amor es un deseo de hacerse amar
quien se ama. — RABUTIN.

...elo por terminado —murmuró ...

... que eso no pueda ser —advirtió ... por cuanto yo sé, señor Sher... le raptó a usted y quién ase... Divina Lily.

... usted lo sabe? —susurró Rosa... quero quedó como petrificado, ... se adelantó unos pasos, pero se ...

... ocimiento es una cosa curiosa ... Ellery—, pero que está dentro ... tes humanos. —Se puso en la ... cigarrillo y enarcó las cejas. El ... Velie, que estaba junto a la ... sacó las manos del bolsillo y ... ejo a su alrededor—. Este es ... muy extraño. Pero no habrá de ... tiempo el ponerlo en claro. ... á de resultar sumamente in...

... Ellery!... —objetó el inspec... ndo el seño.

... or, papá. Considera esa raspa... en el piso encerado. Tus pe... nen que lo que la causó fué ... un zapato. El sargento, por su ... que dado que fué hecha por el ... zapato, ello significa que se ... señor Sherman a la rastra. ... e? —declaró el inspector, de... Los Sherman, por su parte, pa... udecidos y fascinados. Ni si... ring se movía.

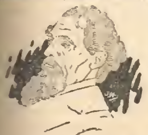
... ya se me ha ocurrido antes — ... Ellery— que el sargento está en ... —El rostro de Velie pareció ... Si se arrastra a un cuerpo ... suficiente fuerza como para ... apatos raspen un piso recién ... entonces tendría que haber dos ... cualquier niño sabe que el ... n animal bípedo. Por ello fué ... : sea lo que sea esta raspa... muestra el piso, ella no fué ... un cuerpo humano al ser ...

... pasó, entonces? —exclamó el ...

... endo que esa marca fué hecha ... de zapato, pero no de un hom... arrastrado, la única explicación

... DICKENS

"...na causa justifica una guerra"



...COMODA COSTUMBRE

... islas Sandwich, las viudas tienen la ... costumbre de tatuarse en la lengua ... nombres de sus difuntos maridos.

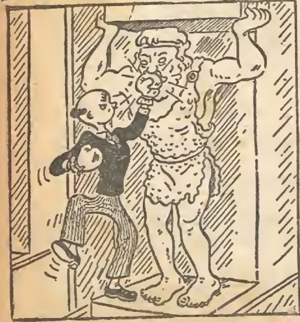


AVENTURAS DE DON LINO

SE DESQUITO *Por BARTA*







es que alguien resbaló en el piso. Tú mismo, papá, has resbalado esta noche y estuviste a punto de perder el equilibrio.

—Pero, ¿qué es esto, una lección de lógica? —masculló Kittering—. Está usted desperdiciando lamentablemente el tiempo, Queen, con su oratoria.

—Pero, ¿y qué confirmaciones tienes? —preguntó el inspector.

—La renguera de esos tres hombres —respondió Ellery, impasible.

—¡La renguera de esos tres hombres!

—Precisamente. Las huellas de la alfombra muestran pruebas evidentes de renguera. Y esto refuerza la teoría del resbalón sobre el piso. La persona que resbaló se dislocó el tobillo o se lastimó la pierna, no seriamente, pero sí lo necesario como para provocar una renguera temporaria.

—Yo me voy a casa —dijo Rosana bruscamente, enrojeciendo.

—Siéntese, señorita Sherman —dijo Ellery, con presteza. Tenemos tres pares de huellas diferentes, al parecer, de hombres rengos. Yo he tratado de hacer comprender antes lo absurdo de esto. ¿Acaso resbalaron tres hombres, o por lo menos dos, en el piso del dormitorio y quedaron momentáneamente rengos? Pensar tal cosa sería ridículo. Sobre todo, teniendo en cuenta que sólo hay una raspadura de resbalón en el piso.

—¿Quiere usted decir entonces —preguntó la señora de Sherman, frunciendo el ceño— que no fueron tres hombres los que secuestraron a mi esposo, señor Queen?

—Exactamente —asintió Ellery—. Mi argumento demuestra que sólo un hombre resbaló en el piso y que sólo un hombre es responsable por los tres pares de zapatos cuyas huellas aparecen sobre la alfombrilla. ¿Cómo se explica esto? Usando el mismo individuo, alternativamente, tres pares distintos de zapatos.

—Pero, ¿qué fué de esos zapatos, Ellery?

—Nadie los halló. Eso quiere decir que el tal rengo se los llevó consigo. ¿Quieren una corroboración? La facilita el hecho de haber desaparecido una de las valijas de la Divina Lily —Aquí la mirada de Ellery pareció endurecerse—. Ahora bien, ¿por qué se tomó el tal rengo la molestia de fraguar esa pista falsa, de estampar sobre la alfombra esos tres pares diferentes de zapatos? La respuesta es obvia: para hacer creer que intervino más de una persona en el asunto, para hacer creer que fueron tres. Tal número sugiere una gavilla. Por ello, cabe pensar que sólo fué un hombre el que intervino. Pero aparte de eso, ¡tenemos que el tal rengo resulta ser el asesino de la Divina Lily y el raptor del señor Sherman!

Nadie dijo una palabra. Las manos del sargento Velie se abr cerraron, automáticamente, como los.

—El resto de la explicación buscarlo en la ventana y en la para casos de incendio. Como la del dormitorio estaba cerrada con por dentro, el secuestrador tuvo a través de la única ventana del que daba sobre la escalera para incendio. La ventana es pequeña, antepecho hay una jardinera in La jardinera reduce el espacio la ventana en poco más de un jando un espacio vertical de no sesenta centímetros.

"Ya vemos el enorme corpachón ne el señor Sherman, aquí prese

Amenaza



—¡Si no comes la espinaca, seas grande te parecerás a tu

mo pudo entonces el tal reng través de ese reducido espacio de tana el cuerpo inconsciente Sherman? ¿Cargándolo sobre los y trepando? Eso es absurdo, en tancias tales; ese sería por cier todo más difícil, y probablem quiera se le habría ocurrido. así, no habría tenido éxito. Sólo dos procedimientos para sacar el uno sería trepar primero por la dejando el cuerpo colgando sob dinera para poder alcanzarlo de ra, llevándolo luego hacia la incendio. Pero no se empleó ese en ninguna parte mostraba la escalera para casos de incendio, estaba directamente debajo de ra, señales de haber descansado un cuerpo. El procedimiento ría el de sacar el cuerpo primer

Fin de "EL MISTERIO DE L

...s él. Pero aquí surje la misma ... no hay en la nieve impresión ... haberse apoyado sobre ella un ...mano, viéndose sólo huellas de ...

...es que yo no veo... —murmuró ...r parpadeando.

...o lo vi yo durante un tiempo ... Ellery, cuyo rostro parecía ha...ificado—. La conclusión inme... ...contrarrestable es que no se ... la ventana a ningún cuerpo in...

...E. Sherman se puso súbitamente ... lanzó un grito ronco. Su rostro ...congestionarse.

... ya! ¡Basta ya! —exclamó—. ... yo! Yo hice todo ese plan. Yo ... primera nota a mí dirigida..., ... las otras. Yo traje, en distintas ... al departamento los tres pares

Antojo



...me agradaría que usted me ...a bailar la rumba, joven!

... y los escondí allí. La noche ... que cometí eso... utilicé la ... jardinera para manchar de ...la de esos zapatos. ¡Yo la ma...é un rapto de mí mismo; la ...e esa canalla me estaba san... me dejaba vivir! ¡Ultimamen... que me divorciara de Enid ...me con ella! ¡Casarme con ella! ...a ya la medida! ¡Y no pude ...más! Estaba acorralado. Mi po...

...ra de Sherman contemplaba a ... con la mirada apagada de un ...nizante.

...si yo lo sabía... —susurró.

...ó calmarse un tanto. Y dijo, ...mente: .

—Yo sabía que tú no lo ignorabas, mi buena Enid. Pero perdí la razón.

El inspector murmuró, apiadado:

—Llévéselo, Thomas.

* * *

—Tú debiste saberlo todo desde el principio —arguyó el inspector, con aspereza, una hora después, ya terminado el sórdido caso de Sherman.

—No —dijo Ellery, meneando con gravedad la cabeza—. Yo no supe en realidad a qué atenerme hasta conocer si Sherman había o no estado realmente inconsciente. Por eso aconsejé se pagara el rescate, a fin de que el hombre estuviera de vuelta. Deseaba oír su relato. Cuando dijo que había sido cloroformado en el departamento, mi caso quedó completado, porque sabía que no se habia pasado a través de la ventana, ni había sido arrastrado ningún cuerpo inconsciente. Sherman mentía entonces al decir que había sido cloroformado. En otras palabras: no hubo rapto. Si no hubo rapto, entonces fué Sherman el que resbaló en el piso, el que quedó rengo, y el que simuló un secuestro de sí mismo para despistar en el asesinato de la Divina Lily, así como también fué él quien combinó el plan para hacer creer que fué una gavilla quien lo raptó y mató incidentalmente a la Divina Lily. Su resbalón en el piso, fué un mero accidente; probablemente no sospechó tampoco que las huellas que dejaba marcadas en la alfombra mostrarían también esa característica de renguera.

Por un rato guardaron silencio, durante el cual Ellery prosiguió fumando y el inspector miró a través de la ventana con barrotes de hierro. Finalmente, el padre exhaló un suspiro y murmuró:

—Yo lo lamento sinceramente por ella.

—¿Por quién? —preguntó Ellery distraído.

—Por la señora de Sherman.

—Tú fuiste siempre un sentimental. Pero posiblemente lo más extraordinario de este caso es su moral.

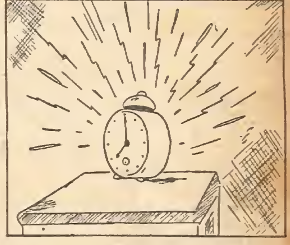
—¿Su moral?

—La moral de que aun el más endurecido de los criminales dice a veces la verdad. Lily llamó a McKee probablemente con ánimo de que éste presionara en la forma que ya nos es conocida sobre Sherman, luego que éste se negó a casarse con ella. McKee se demoró, y fué precisamente a caer en manos de la policía. Pero todo cuanto dijo fué la pura verdad. De modo —prosiguió Ellery—, que ya es hora de que tratemos de reparar esa injusticia y hagamos aquello de que nos olvidamos con la excitación del momento: impartir instrucciones para que dejen en libertad a ese pájaro de Mac.

PANCHO SOMBRERO

POR IMPORTUNO — *Por TOONDER*







...TRES HOMBRES RENGOS"

EL MISTERIO DEL

Aquel joven de elevada estatura, que llevaba su cuerpo protegido por un impermeable, pensó que nunca había visto llover tan torrencialmente. El agua caía en forma ruidosa de aquel cielo negro, y la amarillenta luz de los faroles de la estación se reflejaba en los charcos que el agua formaba. A lo lejos, hacia el oeste, acababa de perderse de vista el furgón cola del tren de Jamaica. Más allá del lugar que abarcaban las luces de la estación, reinaba la oscuridad más completa. El joven aquel se estremeció allá en el andén, y se preguntó cómo era posible que hubiese cometido la imprudencia de llegarse hasta Long Island con un tiempo tan aciago. Se preguntó también dónde demonios estaría Owen. Había resuelto ya llegarse hasta una cabina telefónica, a fin de dar por el aparato sus excusas y emprender luego el camino de regreso a la ciudad, cuando divisó un automóvil bajo, que se deslizaba por el resbaladizo asfalto, se detenía luego rechinando ligeramente y descendía del mismo un hombre ataviado con una vistosa librea de chofer, que buscó el reparo de una galería.

—¿El señor Ellery Queen? —preguntó, tocando ligeramente su gorra.

Era un hombre joven, rubio, con cara roja y ojos pequeños.

—El mismo —respondió Ellery Queen, con un gesto de resignación.

—Soy Millan, el chofer del Señor Owen, el cual lamenta no haber podido venir a recibirle personalmente. Pero es que tiene algunos huéspedes... Por aquí, señor Queen.

Tomó la valija del detective, y ambos hombres se dirigieron al vehículo. Ellery Queen se dejó caer con un gesto de fatalista sobre el mullido asiento. Maldijo con el pensamiento a Owen y a sus invitaciones. ¡Ah, si hubiera sabido! Después de todo, lo que Owen sin duda quería era exhibirlo ante sus amistades como a un ejemplar raro, como quien exhibe una foca amaestrada. Y los otros aguardarían seguramente que él les relarara alguna pesquisa sabrosa. Sin embargo, Owen —para atraerle— le había anticipado que Emmy Willowes estaría allí. Y como el detective tuvo siempre el deseo de verse frente a ella... Verdad que era ésta una mujer por demás curiosa. Hija de un diplomático de sangre azul, venido a menos, buscó ella como último refugio el recurso de las tablas.

El automóvil se deslizó a través de la oscuridad, y sus focos delanteros horadaron las tinieblas para revelar de tanto en tanto algún refulgente charco de agua y, ocasionalmente, un árbol, una casa, un seto.

—¡Vaya un tiempo desagradable! —exclamó el chofer.

A Ellery le fastidió la locuacidad del chofer, y masculló algo por lo bajo.

—Usted vino retrasado, ¿verdad? —tornó a decir el hombre—. El tren que lo trajo fué el de las 23.50, mientras que el señor Owen me dijo esta mañana que lo esperaban en el tren de las 21.20.

—Sí; algo me retuvo —murmuró Ellery Queen, de mala gana.

—¿Algún caso interesante, señor Queen? —preguntó Millan, con gran interés.

—¡Oh, no! Mi padre no se encontraba bien. Eso es todo —acertó a responder Ellery Queen, cada vez más fastidiado.

Como si hubiera advertido el desgano del detective, el chofer volvió su atención al camino. Ellery entornó entonces los ojos, con un suspiro de alivio.

Pero Millan era un espíritu perseverante, pues al cabo de un rato, murmuró:

—Esta noche, en casa del señor Owen, habrá fiesta. Sucede que el niño Jonathan...

—¡Ah! —exclamó Ellery, con un ligero sobresalto—. El niño Jonathan, ¿eh?

Ellery se acordaba bien de aquel chiquillo mal criado, caprichoso y perverso, que tenía un ingenio insospechado para hacer travesuras. Volvió a estremecerse, pero esta vez de aprensión. Hasta entonces se había olvidado por completo del niño Jonarhan.

—Sí, señor; mañana ofrecen una fiesta en honor del niño Jonathan, en su 9º cumpleaños, y los esposos Owen han preparado algo especial. La sorpresa habrá de ser todo un secreto. El niño no sabe nada aun. ¡Quedará asombrado!

—Dudo que haya algo que le asombre —murmuró Ellery, por lo bajo. Y se envolvió en un silencio tan completo que fracasaron cuantos esfuerzos hizo el locuaz chofer para arrancarlo de su mutismo.

❦ ❦ ❦

La residencia de Ricardo Owen era un amplio caserón, abundante en galerías vistosamente pintadas y de claras ventanas. Se alzaba al término de un ondulante sendero flanqueado por elevados árboles. Se hallaba en ese momento la mansión desbordante de luces y con las puertas de calle abiertas de par en par.

—Ya hemos llegado, señor Queen —anunció alegremente Millan, a tiempo que saltaba con agilidad del vehículo y abría al momento la portezuela—. El pórtico está ahí cerca, y no tiene usted necesidad de mojarse mayormente.

Ellery descendió y se encaminó al pórtico. Millan sacó la valija del automóvil y ascendió con ella las escaleras.

—No se ve por aquí ningún sirviente. Sin duda están presenciando la función.

—¿Función? —exclamó el detective, con cierta aprensión.

—Pase, señor —le dijo Millan—. Yo iré en busca del señor Owen. Están ensayando, seguramente. No podían hacerlo mientras el niño se hallaba despierto, de modo que debieron esperar a que se fuera a acostar. La función es para mañana, y parece que el niño sospechaba algo. Menudo trabajo les costó...

—Lo creo; lo creo —murmuró Ellery, maldiciendo mentalmente al chiquillo. Y contemplando, desde un pequeño *hall*, un *living-room* amplio, cálido y atrayente, añadió: —¿De modo que ensayan una pieza? Hum... No se moleste, Millan; andaré un rato por ahí y aguardaré hasta que terminen. ¿Quién soy yo para cortar un ensayo general?

—Sí, señor —murmuró Millan con un vago desaliento; dicho lo cual depositó en el suelo la valija, tocó respetuosamente su gorra, y desapareció por un corredor exterior. La puerta se cerró con un ligero ruido, aislándolos de la lluvia y de todo aquel mundo exterior.

Ellery se despojó de mala gana de su sombrero e impermeable empapados, y avanzó por el *living-room* para calentarse sus manos heladas al calor del hogar. Permaneció un buen rato ante las llamas, percibiendo sólo a medias el murmullo de voces que penetraba por una de las dos puertas abiertas, que se encontraban más allá de la chimenea.

Una voz de mujer estaba recitando con voz infantil:

—No, váyase; se lo ruego. No volveré a interrumpirle. Me atrevo a decirle que [illegible] haber uno.

—Es Emmy —pensó Ellery, volviend[illegible] mente a la realidad—. ¿Qué pasa aquí[illegible]

Fué hasta la primer puerta y se reco[illegible] tra el marco de la misma.

Entonces se halló frente a un [illegible] pectáculo. Por lo visto, allí estaba[illegible] Aquella amplia habitación era, al pa[illegible] biblioteca hecha a la moderna. Se h[illegible] do libre la parte más alejada, y un [illegible] fabricación casera, hecho con sába[illegible] donadas y una polea, se extendía a [illegible] la habitación. El telón se hallaba le[illegible] en el improvisado escenario había [illegible] larga cubierta con un mantel blanco, [illegible] ella platos y pequeñas salseras. En [illegible] a la cabecera de la mesa, se hallaba [illegible] Emmy Willowes, vestida en forma [illegible] delantal de niña, con el cabello de [illegible] caía por detrás de la espalda, metidas [illegible] gadas piernas en medias blancas y [illegible] negros con tacos bajos. A su lado [illegible] sentada una curiosa figura: era na[illegible] que un conejo del tamaño de un h[illegible] dos enormes orejas enhiestas y un [illegible] en su velludo cuello. Su boca se abr[illegible] ba exageradamente cada vez que e[illegible] sonido humano. Junto a esa figura [illegible] no menos graciosa: tenía cara de, [illegible] sus movimientos eran lentos y pe[illegible] más allá del más pequeño de aq[illegible] que se asemejaba mucho a un lirón [illegible] contraba sentado el más notable de [illegible] tro: un ser curioso, con cejas pel[illegible] ciones que hacían recordar a Geor[illegible] en el cuello ostentaba un moño; [illegible] chaleco muy singular y tenía en la [illegible] sombrero extraordinariamente alto, en [illegible] ta estaba metido un letrero que d[illegible] este estilo 10/6".

Componían el auditorio dos mu[illegible] señora de edad, de cabellera blanca [illegible] sión que a menudo dejaba adivinar [illegible] pereza, y una mujer joven, muy be[illegible] bello claro y ojos verdes. Luego a[illegible] rv que dos sirvientes asomaban [illegible] por otra puerta, curiosos, pero con [illegible]

—Debí haberme imaginado lo que [illegible] sentaría, estando Emmy en la casa [illegible] detective—. Pero esta es una hora [illegible] buena para ese endemoniado chiqu[illegible]

—Estaban aprendiendo a dibujar [illegible] el lirón, con voz chillona, bostezando [illegible] dose los ojos—; y dibujaban toda su[illegible] sas cuyo nombre empieza con M.

—¿Por qué con M? — preguntó [illegible] chiquilla.

—¿Por qué no? —preguntó la lieb[illegible] do indignada sus orejas.

El lirón empezó a cabecear y se [illegible] táneamente acosado por el caballero [illegible] me sombrero, que le pellizcó con [illegible] que le hizo lanzar un chillido y [illegible]

—Que empiezan con "m", como [illegible] Pero... ¿has visto tú alguna vez [illegible] memoria?

—A decir verdad —confesó la niña, [illegible] yo nunca vi...

—En ese caso, no deberías habl[illegible] el sombrerero, con aspereza.

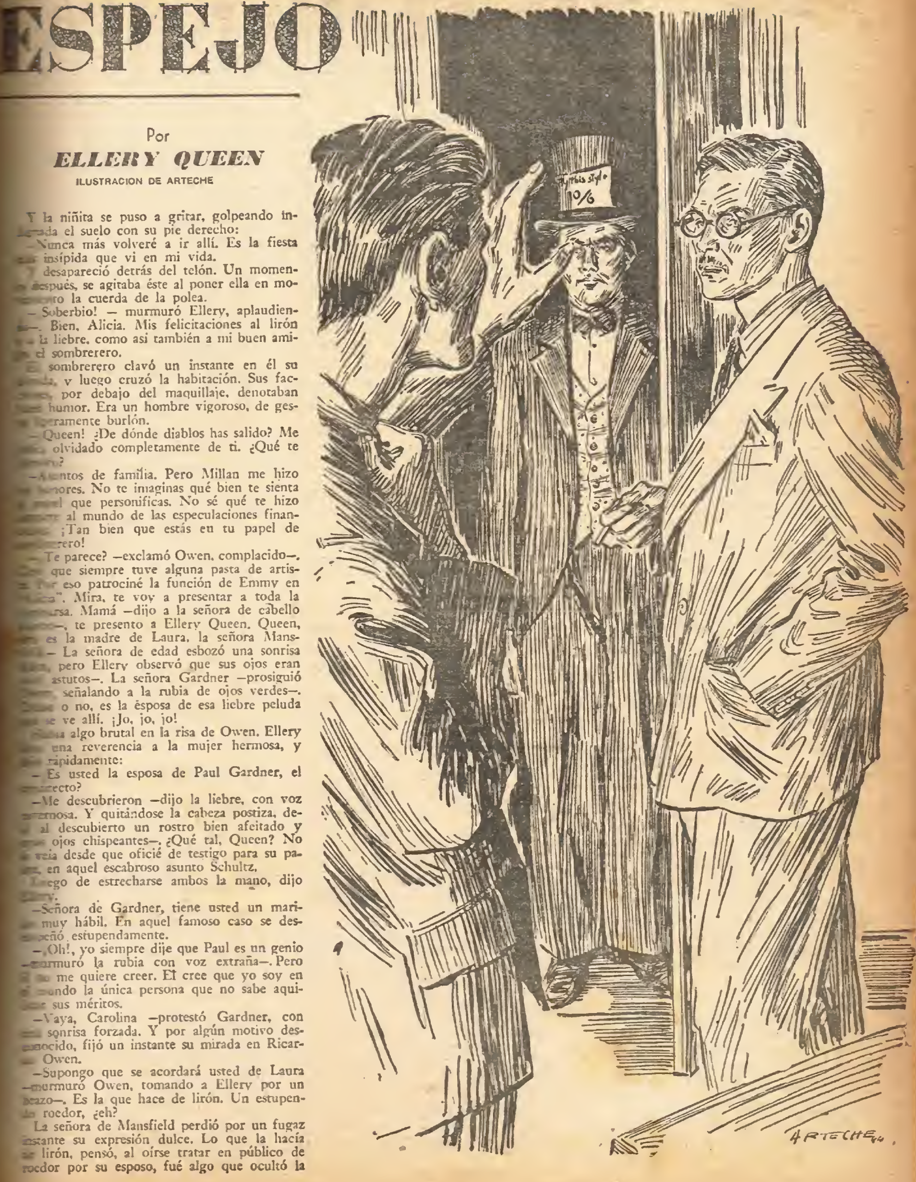
La muchacha se incorporó, d[illegible] comenzó a alejarse. El lirón se q[illegible] do; la liebre y el sombrerero se [illegible] pie, y tomando la cabeza del pe[illegible] trataron afanosamente de meterla [illegible] de una enorme tetera que había so[illegible]

ESPEJO

Por

ELLERY QUEEN

ILUSTRACION DE ARTECHE



Y la niñita se puso a gritar, golpeando in- ...da el suelo con su pie derecho:

–Nunca más volveré a ir allí. Es la fiesta ... insípida que vi en mi vida.

... desapareció detrás del telón. Un momen... después, se agitaba éste al poner ella en mo...to la cuerda de la polea.

–Soberbio! — murmuró Ellery, aplaudien...–. Bien, Alicia. Mis felicitaciones al lirón ... la liebre, como asi también a mi buen ami... el sombrerero.

... sombrerero clavó un instante en él su ..., y luego cruzó la habitación. Sus fac..., por debajo del maquillaje, denotaban ... humor. Era un hombre vigoroso, de ges... ...ramente burlón.

–Queen! ¿De dónde diablos has salido? Me ... olvidado completamente de ti. ¿Qué te ...?

–A...ntos de familia. Pero Millan me hizo ...nores. No te imaginas qué bien te sienta ...l que personificas. No sé qué te hizo ... al mundo de las especulaciones finan... ¡Tan bien que estás en tu papel de ...rero!

... Te parece? –exclamó Owen, complacido–. ... que siempre tuve alguna pasta de artis... ... eso patrociné la función de Emmy en ...". Mira, te voy a presentar a toda la ...rsa. Mamá –dijo a la señora de cabello ...–, te presento a Ellery Queen. Queen, ... es la madre de Laura, la señora Mans... – La señora de edad esbozó una sonrisa ..., pero Ellery observó que sus ojos eran ... astutos–. La señora Gardner –prosiguió ..., señalando a la rubia de ojos verdes–. ... o no, es la èsposa de esa liebre peluda ... se ve allí. ¡Jo, jo, jo!

...a algo brutal en la risa de Owen. Ellery ... una reverencia a la mujer hermosa, y ... rápidamente:

– Es usted la esposa de Paul Gardner, el ...ecto?

–Me descubrieron –dijo la liebre, con voz ...rnosa. Y quitándose la cabeza postiza, de... al descubierto un rostro bien afeitado y ... ojos chispeantes–. ¿Qué tal, Queen? No ... veia desde que oficié de testigo para su pa..., en aquel escabroso asunto Schultz.

...ego de estrecharse ambos la mano, dijo ...:

–Señora de Gardner, tiene usted un mari... muy hábil. En aquel famoso caso se des...ñó estupendamente.

–¡Oh!, yo siempre dije que Paul es un genio –...murmuró la rubia con voz extraña–. Pero ... me quiere creer. Él cree que yo soy en ... ...ndo la única persona que no sabe aqui... sus méritos.

–Vaya, Carolina –protestó Gardner, con ... sonrisa forzada. Y por algún motivo des...ocido, fijó un instante su mirada en Ricar... Owen.

–Supongo que se acordará usted de Laura –murmuró Owen, tomando a Ellery por un ...azo–. Es la que hace de lirón. Un estupen... roedor, ¿eh?

La señora de Mansfield perdió por un fugaz ...stante su expresión dulce. Lo que la hacía ... lirón, pensó, al oírse tratar en público de roedor por su esposo, fué algo que ocultó la

pequeña cabeza postiza; cuando se la quitó, apareció sonriendo. Era una mujercita descolorida, de ojos cansados y mejillas que ya habían comenzado a marchitarse.

—Y ésta —continuó Owen, con el orgullo de un cabañero que exhibe un soberbio ejemplar de vaca lechera— es nada menos que Emmy. Emmy, te presento al señor Queen, el famoso detective de que tanto te hablé.

—Nos ha sorprendido usted caracterizados, señor Queen —murmuró la actriz—. Supongo que no habrá de ser la suya una visita profesional, pues en tal caso yo me largo de aquí de inmediato y le dejo el campo libre.

—Esta vestimenta le sienta a maravilla —opinó Ellery—. Y creo que me gusta más en su papel de Alicia. Pero, ¿de quién fué la idea de todo esto?

—Tú pensarás que hemos perdido el sentido —aventuró Owen—. Pero siéntate, Queen. ¡Maud! —exclamó luego—. ¡Un *cocktail* para el señor Queen!

La atemorizada cabeza de una sirvienta, desapareció al instante.

—Estamos haciendo un ensayo general para la fiesta que daremos mañana, en el cumpleaños de Jonathan; hemos invitado a toda la gente menuda del vecindario. Esta idea brillante pertenece a Emmy; ella trajo también del teatro los respectivos ropajes. Ya sabrás que hemos dado término a la temporada la noche del sábado.

—Lo ignoraba. Creí que estaban aún dando "Alicia".

—La estábamos dando, pero terminamos nuestro contrato con el Odeón. El próximo miércoles nos iniciaremos en Boston.

La que hacía de Maud presentó a Ellery una bebida, que el detective comenzó a sorber despaciosamente, con un gesto de resignación franciscana.

—Lamento tener que interrumpir el ensayo— dijo Paul Gardner, comenzando a quitarse su ropa—, pero Carolina y yo tenemos aún que hacer un largo viaje; y luego, mañana...

—Mala suerte —dijo Ellery, atento, dejando su copa casi llena.

—No hay por qué pensar en irse —murmuró Laura Owen, a quien el abultado estómago de lirón daba una curiosa apariencia—. ¿A quién se le ocurre regresar a su casa con semejante temporal? Carolina, usted y Paul tendrán que quedarse.

—¡Pero si sólo son cuatro kilómetros, Laura! —murmuró la aludida.

—¡Tonterías, Carolina! En una noche como ésta, es como si fueran cuarenta —terció Owen, cuyas mejillas estaban curiosamente pálidas y húmedas, bajo el maquillaje—. ¡Arreglado! Tenemos habitaciones de sobra. Paul se encargó de prever eso cuando trazó los planos de la casa.

—Esa es una de las desventajas que se tienen al recurrir a un profesional amigo— opinó Emmy Willowes, gesticulando. Y dejándose caer en una silla, recogió las piernas bajo de sí—. No se puede mentir al arquitecto, en este caso, respecto a las habitaciones disponibles para los huéspedes.

—No hagan ustedes caso de Emmy —advirtió Owen—. Es la niña terrible de la casa: carece de todo tacto. Bueno, bueno. ¿Tomamos algo, Paul?

—No, gracias.

—Usted sí que beberá algo, ¿verdad, Carolina?

Ellery reparó con disgusto que el dueño de casa estaba completamente embriagado.

Ella elevó hacia él sus ojos verdes, y murmuró:

—Encantada, Dick.

Acto seguido, ambos comenzaron a arrullarse con la mirada. La señora Owen optó por sonreír, y les volvió bruscamente la espalda, mientras luchaba con sus molestos ropajes.

Con idéntica brusquedad, la señora Mansfiel se puso de pie, esbozó su sonrisa tan poco convincente y dijo con voz melosa, sin dirigirse en particular a ninguno de los presentes:

—Con el perdón de ustedes, voy a retirarme. El día de hoy ha sido para mí harto agotador, y yo ya voy siendo vieja. Querida Laura...

Fué hasta su hija, se inclinó sobre ella y la besó en la frente.

Todos dijeron algo, incluso Ellery, que tenía un gran dolor de cabeza y un deseo vehemente de poder encontrarse a muchos kilómetros de distancia de allí.

❦ ❦ ❦

Ellery Queen, cansado de dar en la cama vueltas y más vueltas, lanzó un bufido, sintiéndose muy molesto. Se había metido en la cama a la una de la mañana, sin poder adormecerse siquiera con el ruido monótono de la lluvia al dar contra las ventanas de la casa. Tenía insomnio y se sentía sumamente disgustado. Sin ánimo para seguir luchando contra ese insomnio, se sentó en el lecho y extendió un brazo para alcanzar su reloj pulsera, que estaba sobre la mesita de noche y cuyo tictac se oía en forma notable en el silencio de la noche. Como sus agujas eran luminosas, vió que eran las 2.05.

Quedó boca arriba, con las palmas detrás de la cabeza y los ojos clavados en la semiobscuridad del cuarto. El colchón era muy alto y blando, como cabía esperar que fuera el colchón de un plutócrata, pero su cuerpo rendido no hallaba en el mismo el descanso que procuraba. La casa era cómoda, pero él no podía sin embargo conciliar el sueño. El dueño de casa era atento, pero distraído.

Ellery Queen pensó que los demás habrían de gozar tranquilamente del sueño reparador, incluso el inquieto Jonathan, que allá en su lecho debía dormir resoplando, pues Ellery no podía imaginarlo con un sueño apacible.

A las dos y cuarto renunció a seguir luchando contra el insomnio, se levantó, encendió la luz y se puso su *robe de chambre* y sus zapatillas. Antes de acostarse, se había cerciorado de que no había en la habitación libros ni revistas. ¡Curiosa hospitalidad la de aquella gente!

Exhalando un suspiro, fué hasta la puerta, la abrió y miró hacia afuera. En el descansillo, debajo del *hall*, se veía una débil luz de noche. Todo estaba en calma en la casa, a esa hora. De pronto, se vió asaltado por un deseo casi irresistible de no moverse de donde estaba. Ellery se preguntó a qué obedecería ese deseo, y al nó dar con una respuesta satisfactoria, salió resueltamente al *hall*. No era él, por lo común, persona nerviosa; y en un prin-
cipio atribuyó finalmente aquella inc
resistencia física, al cansancio y a la fal
ma de un sueño reparador.

Recriminándose a sí mismo, descend
las alfombradas escaleras al *living-ro*
oscuridad era completa y ni siquiera sab
de estaba la llave de la luz. Tropezó co
banqueta, se golpeó el dedo grueso de
y lanzó por lo bajo una maldición. La
teca debía estar al otro lado de las e
próxima a la chimenea. Dirigió sus ojos
la chimenea, pero ya se habían apa
últimos rescoldos. Avanzando cautel
logró llegar a la pared de la chimenea.
vo a tientas en medio de aquel silenc
rrumpido sólo por los latigazos de la
en busca de la puerta de la biblioteca. S
halló una manija fría, la hizo girar y
puerta. Sus ojos se orientaban ahora
en la penumbra y ya comenzaban a
muy vagamente el contorno de los ob
animados.

Sin embargo, la oscuridad que rei
allá de la puerta, le sacudió el rostro c
bofetada. Se disponía ya a cruzar el
cuando, de pronto, se detuvo. Se había
cado de habitación, pues aquélla no e
blioteca. No hubiera podido decir có
bía, pero estaba seguro de que había
puerta de otra habitación.

Sin duda se había desviado hacia
cha. Era como un caminante perdi
lóbrego bosque. Trató de penetrar co
ta aquellas tinieblas, exhaló un suspiro
cedió. La puerta volvió a cerrarse rui

Avanzó a tientas junto a la pared,
izquierda. A los pocos pasos, se de
reka! Era allí. Abrió la puerta y
sueltamente, palpando la pared en
botón de la luz, el cual oprimió cua
lo halló. La luz surgió profusa y
velando la biblioteca. El telón estab
y la habitación en desorden, tal cual
visto él por última vez, antes de s
escaleras arriba por el dueño de cas

Fué hacia los anaqueles embutidos
red, hurgó unos segundos y tomó
un ejemplar de Huckleberry Finn,
sideró adecuado para el momento;
luz y cruzó a tientas el *living-room*,
escalera, que luego comenzó a as
el libro bajo el brazo.

Al alzar después la vista, hacia el
llo, distinguió la figura de un hon
la débil luz que allí había.

—¿Owen? —susurró una insegura v
lina.

—No, soy yo, Queen, Gardner —
el detective riendo—. Tampoco pue
usted, ¿eh?

El hombre lanzó un suspiro como d
contestó:

—Por cierto que no. Precisamente
día las escaleras en busca de algo
Carolina, mi esposa, duerme prof
en el cuarto contiguo al mío. ¡No
puede dormir así! Hay esta noche e
algo raro que me impide dormir a

—¿No será que ha bebido usted d
—manifestó Ellery, alegremente, sub
escaleras.

Gardner estaba en pijama y *robe de*

—A decir verdad, no bebí una gota.
esta maldita lluvia, que ha alterado m
nervioso.

—Puede que sea eso. De todos m
que no dormimos, podemos echar u
to en mi cuarto y fumar unos cig

—Pero, ¿está usted seguro que yo

—¿Que me impide acostarme? T
bajé en busca de un libro, fué pa
mi mente en algo. El conversar es
leer a Finn, aunque a veces suele
prestar alguna ayuda. Vamos.

Una vez en el cuarto de Ellery, éste
cigarrillos y ambos se sentaron, f
charlaron hasta que los primeros ful
alba comenzaron a asomarse en el fi

Dijo OVIDIO:

Cada uno es un dios para sí mismo.

QUERIA MORIR

En el diario francés "Le Matin" del 27 de noviembre de 1909, se lee:

"De pronto, la señora Steinheil cae en una nueva crisis de desesperación, y exclama:

"—Llamen a un médico! ¡Quiero morir, quiero morir!"



BUEN PARTIDO

La señorita X, solterona, tenía pretensiones de literata, que trataba de justificar por sus relaciones.

Una noche se encontró con Saint-Beuve en un salón, y le preguntó a quemarropa:

—¿Qué opina usted de Homero?

Saint-Beuve, fastidiado por la pregunta, le contestó gravemente:

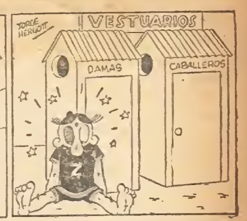
—¿Es para un casamiento?...

ZENON EL DISTRAIDO

Por JORGE HERGOTT





despejado. Entonces Gardner, bos-
rió a su dormitorio, en tanto que
en un sueño pesado e intranquilo.

❦ ❦ ❦

Queen tuvo la sensación de que se en-
los tiempos de la Inquisición y le
n cruel tormento. Sintió que le
fuerza del brazo y experimentó,
un dolorcito casi agradable. Pe-
abrió los ojos, vió por encima de
rojo de Millan, cuyo cabello ru-
completamente enmarañado.
Queen! ¡Señor Queen! —exclama-
re, por Dios!
en se sentó rápidamente, alarmado.
rre, Millan? — preguntó.
Owen ha desaparecido.
re saltó prestamente de la cama.
que ha desaparecido?
podemos dar con él, por nada del

d y tome un trago para reanimar-
el detective, sin perder la calma,
despojaba del pijama—. Diga por
ñora Owen, que no haga nada has-
je. Y que no salga nadie ni hable
¿comprende?
—dijo Millan, en voz baja. Y salió.
vistió y refrescó el rostro con
un bombero. Y corrió luego es-
Halló a Laura Owen en un arru-
e, echada en un sofá, sollozando.
nsfield palmeaba en el hombro a
niño Jonathan Owen miraba con
a su abuela. Emmy Willowes fu-
cio un cigarrillo. Y los Gardner
y quietos, junto a las ventanas.
Queen —murmuró la actriz, rápida-
producido un hecho dramático
incluído en el libreto. Por lo
drama lo ha tomado Laura Owen.
convencerla de que esto no se-
te nada alarmante?
hacer tal cosa —advirtió Ellery,
hasta que me haya impuesto de los
el señor Owen ha desaparecido?
qué circunstancias?
r Queen! —murmuró la señora
o su rostro bañado en lágrimas—,
ocurrido algo terrible. Y tuve el
... ¿Recuerda anoche, después
le acompañó hasta su habitación?

a bajar luego las escaleras y dijo
su cuarto de trabajo a tomar unos
ra el lunes. Y me indicó que me
Todos los demás habían subido, in-
rvientes. Le aconsejé que no se es-
ta muy tarde, y subí a acostarme.
dida, y en seguida me dormí por

an ustedes un mismo dormitorio, se-
Owen?
tenemos camas gemelas. Yo me quedé
y recién me desperté hace media hora. Entonces vi... — Se estremeció y volvió a sollozar. Su madre la miró disgustada—. Su cama estaba intacta. Y todavía se encontraban, donde él las había dejado, las ropas que se quitó para ponerse las de la obra. Sorprendida, corrí escaleras abajo, pero no le hallé...

—¿De modo —dijo Ellery— que, al parecer, todavía anda con las ropas que usó para el papel del sombrerero loco? ¿Se fijó usted en su guardarropa, por si falta alguno de sus trajes?

—Todos están allí. ¡Oh, estoy segura de que está muerto!

—¡Laura, por favor! —advirtió la señora Mansfield, un tanto severa.

—¡Pero es que esto es horrible, mamá!

—Vaya, vaya. A no desesperarse — aconsejó Ellery —. ¿Estaba él preocupado por algo, como por sus negocios, por ejemplo?

—Estoy segura de que no. En realidad, ayer mismo me decía que nunca le habían ido las cosas tan bien. Por lo demás, no es de los que se dejan abatir por las preocupaciones.

—Entonces será probablemente un caso de amnesia. ¿No sufrió últimamente alguna emoción fuerte?

—No, no.

—¿Y no hay posibilidad, a pesar de su "disfraz", de que haya ido a su oficina?

—Nunca concurre a ella los sábados.

El niño Jonathan introdujo los puños en los bolsillos del pantalón y recalcó, con gesto despectivo:

—¡Apuesto a que ha vuelto a emborracharse! ¡Siempre está haciendo llorar a mamá! ¡Ojalá no vuelva nunca!

—¡Jonathan! — chilló la señora Mansfield —. ¡Sube a tu cuarto ahora mismo! ¿Me oyes, perverso? ¡Ahora mismo!

Nadie dijo nada; la señora Owen prosiguió llorando; el niño Jonathan, con ceño adusto, miró a su abuela con franca ojeriza, y luego ascendió de mala gana las escaleras.

—¿Dónde estaba su esposo cuando usted le vió por última vez, señora Owen? — preguntó Ellery Queen—. ¿Acaso en este cuarto?

—En su cuarto de trabajo — dijo ella, con dificultad —. Le vi entrar en él, cuando yo subía las escaleras. Es esa la puerta.

E indicó una puerta que quedaba a la derecha de la de la biblioteca. Ellery se sobresaltó; era la puerta a la que había ido a dar, durante su peregrinación de la noche anterior en pos de la biblioteca.

—¿Cree usted?... — comenzó a decir Carolina Gardner, con voz ronca, y se detuvo. Tenía los labios resecos, y a la luz gris de la mañana su cabello no parecía tan rojo ni sus ojos tan verdes. Daba, más bien, la sensación de una flor marchita; se diría que lo que acababa de producirse había tenido la virtud de apagar instantáneamente, en parte, el esplendor de su belleza.

—No te mezcles en esto, Carolina — le aconsejó Gardner, con aspereza.

Gardner tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Vaya —murmuró Ellery Queen—, es posible, como lo dijo la señorita Willowes, que nos estemos alarmando por nada. Si ustedes me perdonan, voy a echar un vistazo al cuarto de trabajo de Gardner.

Penetró en el mismo, cerró tras de sí la puerta y se paró de espaldas contra la misma. Era un cuarto pequeño, tan estrecho que por contraste parecía largo; estaba discretamente amueblado y tenía aspecto de oficina. Nada se veía allí capaz de hacer sospechar que se hubiera producido en ese lugar un crimen. Ellery lo examinó, muy pensativo.

Todo estaba, al parecer, en su lugar y no se advertía objeto alguno que pareciera estar de más. La mirada del detective se desvió y se clavó en algo que estaba frente a él. Aquello era curioso... Frente al lugar donde se recostaba contra la puerta, había un alto espejo fijo en la pared opuesta, espejo que iba desde el piso hasta el cielo raso y que constituía, por cierto, un adorno harto extraño. La esbelta figura del detective y la puerta que quedaba detrás de él, se reflejaban nítidamente en aquella relumbrante superficie. En la parte alta de la luna del espejo, por sobre la puerta, Ellery divisó la esfera de un moderno reloj eléctrico. Y ante la tenue luz del día, observó en esa esfera cierta luminosidad que le llamó la atención. Alejóse de la puerta, se dió vuelta y miró hacia arriba. Era un reloj de cromo y ónix, de aproximadamente un pie de diámetro, redondo, sencillo y notable a la vez.

Abrió la puerta e hizo señas a Millan, que se había plegado al silencioso grupo del *living-room*.

—¿Tiene una escalera? — le preguntó.

Millan trajo una. Ellery se sonrió, cerró con firmeza la puerta, subió por la escalera y examinó el reloj. Tenía éste el enchufe en la parte trasera y, según se cercioró Ellery, estaba conectado. El mecanismo funcionaba, pues Ellery consultó su reloj pulsera y comprobó la exactitud de la hora. Pero cuando ahuecó sus manos para apagar la claridad y miró con fijeza, vió que los números y las agujas, tal cual él lo sospechó, tenían una capa de radio, que los hacía relucir débilmente.

Descendió, abrió la puerta, dejó la escalera al cuidado de Millan, y pasó al *living-room*. Todos clavaron en él sus ojos esperanzados.

—Y bien — murmuró Emmy Willowes, con cierta ironía —, ¿ha descubierto esa mente privilegiada alguna clave importante? ¡No vaya ahora a salir con que ha visto en un *link* a Owen, jugando al golf con el traje de Sombrerero Loco con que le vimos la última vez!

—¿Y bien, señor Queen? — preguntó la señora Owen, afanosamente.

Ellery se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

—Aquí hay algo curioso. Dígame, señora Owen, ¿tomó usted amueblada esta casa?

—¿Amueblada? — repitió ella, perpleja —.

¡Oh, no! Como usted ha de saber, la compramos, y al ocuparla trajimos todas nuestras cosas.

—¿De modo que el reloj eléctrico de sobre la puerta del cuarto de trabajo es también de ustedes?

—¿El reloj? —todos le miraron intrigados—. ¡Por supuesto! Pero, ¿qué tiene que ver eso con...?

—Hum — murmuró Ellery —. Ese reloj tiene la virtud de desaparecer misteriosamente.

—Pero, ¿qué tiene que ver el reloj con la desaparición de Ricardo? — preguntó la señora de Mansfield con acritud.

—Hasta ahora, no podría determinarlo — respondió Ellery —. El caso es que esta mañana, poco después de las dos, al no poder dormir, bajé en busca de un libro. En la oscuridad, fuí a dar a la puerta del cuarto de trabajo tomándola por la puerta de la biblioteca. La abrí y miré. Pero no vi nada.

—¿Y cómo iba usted a ver, señor Queen? — exclamó, en voz baja, la señora de Gardner —. Si era tan oscuro...

—Esa es, precisamente, la parte curiosa — recalcó Ellery —. Yo *debí* haber visto algo, *puesto que* era tan oscuro, señora Gardner.

—Pero...

—Debí haber visto el reloj sobre la puerta.

—¿Entró usted? — preguntó Emmy Willowes, frunciendo el ceño —. No lo comprendo. El reloj está sobre la puerta, ¿verdad?

—Hay un espejo frente a la puerta — explicó Ellery, distraído —, y es extraño que habiendo sido la oscuridad tan completa no haya visto algo. Ese reloj tiene las agujas y los números luminosos. En consecuencia, debí haber visto con claridad su reflejo en aquella oscuridad. Pero no fué así. No vi, literalmente, nada.

Todos guardaron silencio, estupefactos. Luego dijo Gardner:

—Con todo, no comprendo... ¿Quiere usted insinuar que algo, o alguien, estaba de pie frente al espejo, oscureciendo la reflejada imagen del reloj?

—¡Oh, no! El reloj está sobre la puerta y llega hasta el cielo raso. En ese cuarto no hay mueble que llegue a tal altura, ni podría tampoco haber un intruso tan alto. No, no, Gardner. Yo creo que el reloj no estaba donde ahora, cuando miré hacia adentro en aquel momento.

—¿Está seguro, joven — preguntó la señora Mansfield—, de que sabe lo que está diciendo, de que no disparata? Por lo demás, creí que lo que nos debía preocupar, por el momento, era la desaparición de mi yerno. Pero..., ¿cómo es posible que el reloj no estuviera allí?

Ellery Queen entornó los ojos y murmuró:

—Pudo haber sido movido de donde estaba, sobre la puerta, cuando yo miré. Después que yo me fuí, pudieron volverlo a su lugar.

—Pero, ¿para qué habría de mover alguien el reloj de la pared? Eso es casi tan insensato, señor Queen, como las cosas que ocurren en "Alicia".

—Todo eso es lo que yo me he estado diciendo — murmuró el detective. Luego abrió sus ojos, y preguntó: — A propósito, ¿ha visto alguno de ustedes el sombrero del Sombrerero Loco?

La señora de Owen experimentó un escalofrío.

—No, eso..., también desapareció — susurró.

—¿Lo buscaron ustedes?

—Sí. ¿Quiere usted buscarlo, por su parte?

—No, no; me basta su palabra, señora Owen. Dígame, ¿tiene su marido algún enemigo? Perdóneme que le formule semejante pregunta, pero lamento no poder ofrecerle nada nuevo, en lo que atañe a técnica en el interrogatorio.

—¿Enemigos? Oh, estoy segura de que no — respondió la señora Owen —. Ricardo, quizá más que nada debido a su misma fortaleza, es en ocasiones un tanto brusco, y hasta despótico, pero estoy segura de que nadie podría odiarle al extremo de... matarle.

Volvió a estremecerse, y cerró sobre los hombros torneados la seda de su *negligée*.

—No digas eso, Laura — terció la señora de Mansfield, bruscamente —. Por mi parte, opino que ustedes son a veces como chiquillos. Probablemente, esto tiene la más simple de las explicaciones.

—Es muy posible — convino Ellery con buen humor —. Supongo que debe ser cosa de este tiempo deprimente... Bueno; pero ahora el tiempo ya ha cambiado. Cerciórense ustedes.

Todos se asomaron a las ventanas, para ver. La lluvia había cesado y el cielo aparecía ahora completamente despejado.

—Claro está — prosiguió Ellery Queen —, que hay también ciertas posibilidades. Es posible, señora Owen, que su marido haya sido secuestrado. Pero no se asusten ustedes tanto; esta es sólo una teoría. El hecho de que haya desaparecido con ese traje de representación, parece señalar una retirada brusca y, por ende, muy posiblemente, obligada. ¿No han hallado ustedes alguna nota? ¿Encontraron algo en el buzón? ¿Trajo algo el correo de la mañana?

—¿Sugiere usted, entonces, un rapto? —susurró, débilmente, la señora Owen, espantada ante la idea.

—¿Un secuestro? — dijo, por su parte, la señora Gardner. Y se mordió el labio inferior.

OJO POR OJO...., Por González Fossat

Pero había en sus ojos un brillo tal como el que ahora mostraba el firmamento.

—No hubo nota ni carta — respondió la señora Mansfield —. Personalmente, yo creo que todo esto es ridículo. Laura, esta es tu casa, pero yo creo que tengo un deber... Tú deberías hacer una de dos cosas. Bien tomar esto seriamente y llamar por teléfono a la policía verdadera, o echar todo al olvido. Yo me siento inclinada a creer que Ricardo bebió anoche más de la cuenta y se puso a caminar sin rumbo fijo. Probablemente esté ahora en cualquier campo, durmiendo la mona, y pronto le tendremos de nuevo entre nosotros, sin otra consecuencia mala que algún fuerte resfriado.

—Excelente idea — aprobó Ellery Queen —, exceptuando eso de dar aviso a la policía verdadera. Yo le aseguro, señora Mansfield, que poseo ciertas virtudes profesionales muy propias. No recurramos, pues, a la policía y hagamos de cuenta que le avisamos. Si hay alguna explicación que hacer, después..., yo la haré. Mientras tanto, sugiero que nos olvidemos momentáneamente del asunto y aguardemos. Si el señor Owen no ha regresado al caer la noche, podemos entrar en conferencia y decidi[...] habremos de hacer. ¿Convenido?

—Me parece razonable — opinó [...] desalentado —. Este.... ¿puedo hablar po[...] fono a mi oficina, Ellery?

—Claro que sí.

La señora de Owen lanzó, de pron[...] exclamación y partió escaleras arriba.

—¡Me había olvidado por completo [...] fiesta de cumpleaños de Jonathan! ¡Y [...] esos chicos invitados! ¿Qué excusa [...] ahora?

—Yo sugiero —intervino Ellery Que[...] se les diga que el niño Jonathan se ha [...] to, señora Owen. Es cruel, pero ne[...] Podría telefonear a todos los invita[...] comunicarles eso.

Y Ellery se incorporó, para avanza[...] en dirección a la biblioteca.

❦ ❦ ❦

El día aquel se hizo larguísimo. La [...] transcurrió sin que nada de extra[...] aconteciera.

La señora de Mansfield llevó a viv[...] a su hija a la cama, le hizo beber un [...] y no se apartó de su lado hasta que [...] completamente dormida. Luego se en[...] de avisar por teléfono a los invitad[...] suspensión de la fiesta. Cuando el niñ[...] than se enteró del asunto, rompió a [...] mo un endemoniado, Y debieron [...] la señora Mansfield, Millan, la muc[...] cocinera, para aplacar los ánimos del [...] de los Owen. Un billete de cinco d[...] tauró, finalmente, la tranquilidad de [...] Emmy Willowes pasó serenamente el [...] yendo. Los Gardner, silenciosos, se [...] a jugar una partida de bridge.

Durante el almuerzo, nadie habló [...] monosílabos, y la tensión que se ob[...] en la atmósfera, se hizo gradualmente [...] sible.

Por la tarde, todos deambularon [...] los por la casa, como fantasmas. Hast[...] comenzó a mostrar signos de tensi[...] mió numerosos cigarrillos y *cocktails* [...] volvió en el silencio más absoluto. S[...] cibió un llamado telefónico, el cual [...] del pastelero, que formuló sus protes[...] anulación del pedido.

Ellery pasó la mayor parte de la [...] una misteriosa actividad, que desar[...] biblioteca y en el cuarto de trabajo [...] buscaba, lo mantuvo en secreto. A las [...] punto, salió del cuarto de trabajo co[...] presión de gravedad en su rostro. Ll[...] ta el pórtico y reclinándose contra [...] se puso a meditar profundamente. C[...] vió a entrar en la casa, estaba o[...] rápidamente.

No se veía a nadie; la casa estaba [...] habiéndose retirado sus ocupantes a s[...] tivos cuartos. Ellery buscó una silla [...] el rostro en las manos, y durante un[...] tes estuvo reflexionando, completame[...] vil. Luego, bruscamente, cambió su [...] expresión; se paró al pie de la escaler[...] el oído. No se percibía el menor ru[...] cedió en puntas de pie, alcanzó el [...] pasó quince minutos conversando a[...] en voz baja con alguien que estaba [...] York. Cuando hubo terminado, [...] cuarto.

Una hora más tarde, mientras los [...] taban reunidos abajo, para la cena, [...] por la escalera de la parte posterio[...] de la casa sin que le viera siquiera l[...] que estaba en la cocina. Y Ellery [...] tiempo entre las sombras que rodeab[...] dos lados a la casa.

❦ ❦ ❦

Cómo sucedió aquello, Ellery no [...] saber nunca. Sintió sus efectos poco [...] cenar, y echando cuentas, se aco[...]

demás. aproximadamente en el mis- o, parecieron presas de un irresisti- Habian servido el café muy tarde, és de las ocho. Y en menos de les embargó aquel extraño sopor, ados en el *living-room*, conversan- trivialidades. La señorá Owen, pálida sorbió con avidez su café. Y luego segunda taza. La única que no se nada, sino. antes más bien, belico- ñora Mansfield. Por lo visto, había xionando seriamente respecto a la de llamar a la policia regular. recer, mucha confianza en el comi- de Long Island v. particularmente, e Naughton, prefecto local. Gard- ró inquieto v un poco rebelde; pa- habia estado tratando de ejecu- el piano de la alcoba. Emmy Wi- bia encerrado en un mutismo com- ostró muv quieta. La señora Gard- en cambio, sumamente nerviosa. refugio en la cama.

ve. al perder sus sentidos. lo hizo suavemente. En el cuarto hacia rv sintió que algunas gotas de rian por la frente. Cuando va es- pesadamente en las redes del sue- en su mente un llamado de adver- es trató, alarmado, de incorpo- ni su mente ni sus musculos le Tuvo la impresión de que el ante sus ojos cansados. v por ia se pintó en el rostro de sus dedujo que habían sido narcoti- al que él.

volvieron a él tan apaciblemente ian abandonado. Las cosas pare- r ante su vista. Sintió que le mar- enes. Luego pudo mantener abier- v vió el sol reflejado en el piso. a

!... ¿De modo que toda la no-

sto v se palpó la cabeza. Los otros dos en distintas posiciones, res- samente. Alguien. que resultó ser wes. se desperezó v exhaló un se puso de pie, avanzó a los tumbos en miniatura v se sirvió un whiskv. la garganta ardiendo. se sintió mu-

a actriz v la sacudió con suavidad. abrió los ojos v le miró con una confusión y sorpresa.

¿Qué?... ¿Cómo? — tartamudeó. narcotizado a todos — le explicó Trate de reavivar a esta gente. mien- a explorar por ahí.

con pasos vacilantes, hacia la de la casa. Una vez que llegó a a la mucama. a la cocinera y a ntes en sus sillas. frente a la a. en tazas, restos de café frío. -*room*, hizo señas a la señorita estaba tratando de reanimar se encontraba frente al pia- s escaleras. Descubrió, al cabo de rmitorio de Jonathan, el cual dor- un sueño natural haciendo al res- con la nariz. Ellerv visitó otras de la casa; bajó al cabo de un al cuarto de trabajo. Salió del mis- seguida, tomó su sombrero y salió que rodeaba la casa. Se paseó al sol nce minutos; la casa de los Owen aislada como un rancho del oeste. regresó a la casa, grave y desalentado, tros volvían en sí, se desperezaban y en sus rostros expresiones de niños

en, por Dios! — comenzó a decir roncamente.

quiera que fué, utilizó ese narcótico arriba, en el *toilette* — dijo Ellery, col- sombrero y sintiendo un brusco do- beza —. Es la droga que ayer suminis- ñora Monsfield a la señora Owen, para hacerla dormir. Excepto, que en este caso, usaron una dosis más fuerte. Traten de ponerse ustedes cómodos, mientras yo practico una ligera investigación en la cocina.

—¡Pues yo voy a llamar a la policía! — exclamó la señora Mansfield, excitada, tratando de incorporarse —. Si dejamos asi las cosas, nos van a asesinar a todos. Laura, insistió en que...

—Señora Mansfield — intervino Ellery, cansado —, prestará usted mayor utilidad si se va a la cocina y trata de apagar la rebelión que allí va germinando. Yo creo que las dos mujeres están a punto de abandonar la casa.

La señora Mansfield se mordió los labios y partió con rapidez. Un momento después llegaba su voz desde la cocina, tratando de disuadir a las dos encolerizadas domésticas.

—Pero. Queen — protestó Gardner —, no podemos seguir así, sin protección.

—Yo quisiera saber quien fué v por qué hizo esto — murmuró Emmy Willowes —. Tiene que haber sido, necesariamente, una persona de la casa.

La señora Gardner lanzó un pequeño chillido, en tanto que la señora Owen se dejaba caer, desalentada, en una silla.

—¿Uno de nosotros? — susurró la mujer de cabellos rojos.

Ellery sonrió forzadamente. Luego. su sonrisa se desvaneció. v dirigió una mirada hacia el *hall* de entrada de la casa.

—¿Qué fué eso? — preguntó bruscamente.

DEL AMOR

El amor es una conquista para un alma vulgar; un sacrificio para un alma noble. — Custine.

EL BORRACHO GALILEO

En un café se hablaba de Galileo

—¿Galileo? — dijo un bebedor —. ¿Quién es ese sujeto?

—Según he oído decir —le contestó un compañero —, es el primer hombre que dijo que la tierra da vueltas.

—¡Vamos, sería algún borracho!



Todos se volvieron, alarmados, y miraron. Pero no se veía nada. Ellery se dirigió a la puerta del frente.

—¿Qué pasa ahora, señor? — murmuró la señora Owen.

—Creí haber oído un ruido.

Abrió la puerta y penetró entonces el sol de la mañana. Los otros le vieron detenerse, recoger algo del pórtico, incorporarse y mirar rápidamente a su alrededor. Pero entró luego y cerró tras sí la puerta.

—Un paquete — dijo, perplejo —. Pensé que alguien...

Todos miraron curiosos el paquete envuelto en papel madera que él tenía.

—¿Un paquete? — preguntó la señora Owen, cuyo rostro se animó —. ¡Oh, podría ser de Ricardo! — Y luego su esperanza se trocó en temor—. ¿Cree usted que?... — murmuró insegura.

—Viene dirigido a usted, señora Owen —dijo Ellery Queen, lentamente —. No tiene estampillas, ni sello de correo; y está escrito a lápiz con letras tipo imprenta. Creo que me voy a tomar la libertad de abrirlo. señora.

Rompió el delgado piolín y quitó el papel que envolvía el paquete. Luego frunció aún más el ceño, pues el paquete sólo contenía un par de zapatos de hombre, de tacos y suela gastados. Eran zapatos Oxford, tipo sport, en negro y blanco.

A la señora Owen le invadió como un desvanecimiento.

—¡Son de Ricardo! — exclamó.

—¿Ah, sí? — murmuró Ellery.

—Luego..., lo han secuestrado — dijo por su parte la señora Mansfield, desdé la puerta trasera —. ¿No hay una nota..., o manchas de sangre?

—Nada más que los zapatos. Ahora ya no creo en la teoría del secuestro, señora Mansfield. Estos no son los zapatos que Owen llevaba en la noche del viernes. ¿Cuándo vió usted estos zapatos por última vez, señora Owen?

—Ayer por la tarde en su guardarropa de arriba.

—¿Lo ve usted? — exclamó Ellery, jovial —. Probablemente los robaron de allí anoche, mientras todos estábamos inconscientes. Y ahora los han devuelto espectacularmente. Hasta aquí no hay ningún daño hecho, pero me temo — añadió con severidad — que entre nosotros se encuentre toda una víbora...

Todos se echaron a reír, y la señorita Willowes dijo con voz extraña:

—Es muy raro, casi diría que es una locura. Yo no veo qué objeto tendría.

—Ni yo tampoco, por el momento. Pero alguien está jugando una broma de pésimo gusto, o hay detrás de todo esto una mentalidad perversa.

Volvió a tomar el sombrero y se encaminó hacia la puerta.

—¿A dónde va usted? — preguntó la señora Gardner.

A reflexionar, bajo la capa del cielo. Pero recuerden — añadió serenamentē — que, esto de salir, es un privilegio reservado únicamente a los detectives. Nadie tiene que abandonar la casa.

Regresó una hora después, sin dar explicaciones.

A mediodía hallaron un segundo paquete. Era un paquete cuadrado, también envuelto en papel madera. Dentro había una caja de cartón y dentro de ella dos botecitos de juguete. El paquete estaba dirigido a la señorita Willowes.

—Esto va adquiriendo un cariz que no me agrada — murmuró la señora Gardner, cuyos labios temblaron.

—No me sorprendería tanto — murmuró la señorita Willowes — si fuera un puñal ensangrentado o algo por el estilo. ¡Pero botes de juguete!...

Esto diciendo, dió unos pasos atrás y frunció el ceño.

—Oíganme, ustedes — añadió —, yo soy de las que saben aceptar una broma, pero esto ya es demasiado..., y me voy cansando. ¿Quién es el que anda en estos enredos?

—Esto no es una broma — recalcó Gardner, completamente pálido —. Esto es, más bien, obra de un loco.

—Vaya, vaya — murmuró Ellery, observando los botecitos —; por aquí no vamos a ninguna parte. Señora Owen, ¿ha visto usted antes estos juguetes?

La señora Owen, muy emocionada, balbuceó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Pero si son... de Jonathan!

Ellery llegó al pie de la escalera y llamó a gritos:

—¡Jonathan! ¡Baja al minuto!

El chico lo hizo, de mala gana.

—¿Qué quiere? — preguntó con malos modales.

—Dime, ¿cuándo viste por última vez estos botecitos tuyos?

—¿Botecitos? — chilló el niño, muy agitado. Y abalanzándose sobre ellos los arrebató de manos del detective —. ¡Son los míos! ¿Quién me los ha robado?

—Vamos, vamos; no hables así —le dijo Ellery, conciliador —; sé un hombrecito. ¿Cuándo los viste por última vez?

—Ayer, en mi caja de juguetes.

Dicho esto, partió furioso escaleras arriba, apretando los juguetes contra su pecho y mirando a todos con recelo.

—Robados al mismo tiempo — murmuró Ellery —. ¡Caramba, señorita Willowes! Yo me siento casi inclinado a convenir con usted. A propósito, ¿quién compró esos botecitos para su hijo, señora Owen?

—Su..., su padre.

—¡Caramba! — exclamó Ellery por segunda vez de domingo.

E hizo que todos se pusieran a buscar por la casa, para asegurarse de que nada más faltaba en ella. Peró nadie pudo comprobar que se hubiera tomado otra cosa.

❦ ❦ ❦

Cuando los otros descendieron la escalera, hallaron a Ellery examinando perplejo un pequeño sobre blanco.

—Y ahora, ¿qué pasa? — preguntó la señora Gardner, estupefacta.

—Estaba en la puerta — explicó Ellery, pensativo —. No lo vi antes. ¡Esto sí que es extraño!

Era un sobre fino, lacrado en la parte trasera, y que tenía escrito con los mismos caracteres anteriores el nombre de la señora Mansfield.

La anciana señora se desplomó en la silla más próxima, llevándose una mano al corazón. El terror la había enmudecido.

—Bueno, ábralo usted — dijo la señora Gardner con torpeza.

Ellery desgarró una esquina del sobre. Y luego frunció el ceño.

—¡Pero si no hay nada dentro! — exclamó.

Gardner se mordió sus dedos y se alejó, farfullando algo. La señora Gardner sacudió su cabeza, como un pugilista atontado, y se dirigió hacia el bar por quinta vez ese día. Emmy mostraba una expresión de honda preocupación.

—Sepa usted — dijo la señora Owen, en voz muy baja — que ese sobre es de los que utiliza mi madre.

Y hubo otro silencio.

—Cada vez hallo esto más extraño — anunció Ellery —. Primero fueron los zapatos; luego los botecitos, y ahora... ¡Vaya, que no lo entiendo! ¡Este sobre sin una carta dentro!...

—También el lacre del sobre parece nuestro, señor Queen.

Ellery se alejó, seguido por los otros, que se mostraban preocupados. La señora Owen fué al escritorio de la biblioteca y abrió un cajón interior.

—¿Estaba allí? — preguntó Ellery.

—Sí — dijo ella, y luego añadió con voz temblorosa: — Precisamente lo usé ayer cuando escribí una carta. ¡Oh, Dios mío!...

En el cajón no había ninguna barrita de lacre.

Y mientras contemplaban atónitos el cajón, sonó con fuerza el timbre de la puerta de calle.

❦ ❦ ❦

Esta vez era una canasta de mercado lo que apareció en el pórtico. Dentro de ella había dos enormes repollos verdes. Ellery llamó a gritos a Gardner y a Millan, corriendo por su parte escaleras abajo. Todos se separaron, buscando afanosamente por entre los arbustos y plantas que rodeaban la casa. Pero nada hallaron. No vieron el menor rastro del que tocó el timbre ni del misterioso ser que dejó aquellos dos repollos dentro de la canasta, frente a la puerta.

Encontraron a las mujeres acurrucadas en un rincón del *living-room*, temblando, pálidas. La señora Mansfield, temblando como una hoja, llamaba por teléfono a la policía local. Ellery se inclinó sobre la canasta.

En la manija de la misma había una tira de papel y escrito en ella, con lápiz, el nombre de Paul Gardner.

—Esta vez parece que la han elegido a usted — dijo Ellery.

—¡Repollos! — exclamó Gardner, con extrañeza, no sabiendo si soñaba o estaba despierto.

—Perdonen — dijo Ellery, súbitamente. Y se alejó.

Cuando regresó, traía una expresión de disgusto.

—Los tomaron de la despensa, según la cocinera — anunció —. Ella me dijo, sarcástica, que no se le había ocurrido ponerse a buscar esos repollos desaparecidos.

La señora Mansfield hablaba excitadísima por teléfono con un oficial de policía. Cuando colgó el tubo, estaba roja como un tomate.

—¡Ya tenemos bastante con tantos desatinos, señor Queen! — advirtió. Y luego, mientras se dejaba caer en una silla, exclamó, histéricamente: — ¡Ya sabía yo que cometías el mayor disparate de tu vida al casarte con esa bestia, Laura!

Y se echó a reír como una loca.

La *ley* llegó a los quince minutos, acompañada por un estridente alarido de sirena y personificada por un robusto individuo con insignias de jefe y por otro hombre joven, agente de policía, que le secundaba.

—Yo soy Naughton — anunció el primero —. ¿Qué diablos pasa aquí?

—Soy el hijo del inspector Ricardo Queen — anunció, por su parte, Ellery.

—¡Oh! — exclamó entonces Naughton. Y volviéndose hacia la señora Mansfield, expresó, gravemente: — ¿Por qué no me dijo usted que estaba aquí el señor Queen? Usted debería saber que...

—¡Ya estoy harta de todos ustedes! — exclamó la aludida —. Desde que comenzó la semana no he visto aquí más que desatinos.

Naughton se rascó la barbilla y murmuró:

—Venga usted conmigo, señor Queen. ¿Dónde podemos charlar como seres humanos? ¿Qué demonios pasa aquí?

Ellery exhaló un suspiro y comenzó a explicarle. Conforme lo hacía, el rostro del jefe iba enrojeciendo gradualmente.

—¿De modo que usted se toma en serio este asunto? — exclamó —. A mí me parece que lo que pasa es que el señor Owen ha perdido la chaveta, y está haciendo a toda esta gente una broma de pésimo gusto. ¿Cómo puede, pues, usted tomarse con seriedad este asunto?

—Mucho me temo que tengamos que... — murmuró Ellery —. Pero... ¿qué es eso? Creo que es otro mensaje de nuestro fantasmagórico amigo.

Corrió hacia la puerta, en tanto que Naughton la abría, recibiendo instantáneamente una ráfaga de tierra. En el pórtico, apareció un quinto paquete, esta vez de tamaño menor.

Los dos policías salieron rápidamente y buscaron con afán por los alrededores de la casa, alumbrándose con sus linternas de mano.

Ellery alzó el paquete. Esta vez iba dirigido a la señora de Paul Gardner. Dentro había dos piezas de ajedrez. Eran dos reyes. El uno era negro y el otro blanco.

—¿Quién juega aquí al ajedrez? — preguntó Ellery Queen.

—Ricardo — respondió, en un alarido, la señora Owen —. ¡Oh, Dios mío! ¡Yo voy a enloquecer!

Mediante un registro, se descubrió
juego de ajedrez de Ricardo Owen
dos reyes.

Los policías locales regresaron, un
pálidos y jadeantes. No habían dado
alrededores con ningún ser viviente.
se puso a examinar despaciosamente
piezas de ajedrez.

—¿Y bien? — preguntó Neughton,
hombros caídos.

—Amigo Naughton — dijo Ellery,
mente —. Venga aquí un momento.

Llevó a Naughton aparte y comen
blarle rápidamente, en voz baja. Lo
quedaron callados, demostrando ner

El jefe se volvió luego hacia los
les dijo:

—Ruego a todos ustedes que vayan
a la biblioteca. — Como ellos mostrar
indecisión, agregó, un tanto impa
Vean que les estoy hablando en ser
todos. Esta comedia tiene que termin

—Pero, Naughton — murmuró la
Mansfield —, ¿cómo quiere que haya
de nosotros quien ha enviado esas
señor Ellery podrá informar a usted
todo el día no nos hemos apartado
vista.

—Haga usted lo que le digo, señora
field — recalcó el policía.

Todos los presentes entraron, per
la bliblioteca. El policía empujó s
a Millan, a la cocinera y a la muc
trando luego tras ellos. Nadie dijo
guno de los presentes atreviase a mira
Desfilaron los minutos, pasó media
go una hora. Reinaba entre el grupo
cio más absoluto. Todos aguzaron

A las siete y media abrióse de pa
la puerta, entrando el jefe de poli
pañado por Ellery Queen.

—Que salgan todos — indicó Naug
sequedad.

—¡Ahora nos dice que salgamos! —
ró, extrañada, la señora Owen —,
quiere que vayamos? ¿Dónde está
¿Qué?...

El policía los empujó hacia afuera
llegó hasta la puerta del cuarto de
abrió, oprimió el botón de la luz y
un lado.

—¿Quieren ustedes entrar y tomar
— dijo, secamente.

Ellos le obedecieron lenta y sil
te. El policía trajo otras sillas de
room. Todos los circunstantes tomar
to. Naughton bajó las cortinillas. E
de policía cerró la puerta y apoyó su
contra la misma.

Ellery dijo entonces, con voz
grave:

—En cierto sentido, este es uno de
más notables en que me ha tocado
ningún otro crimen...

—¿Cómo? — exclamó la señora
cuyos labios temblaran marcadamente—
re usted decir, entonces, que hubo
un crimen?

—Exacto — afirmó Naughton, con

—Así es — dijo, por su parte, Eller
to apenado —; hubo crimen. Lamen
tener que comunicárselo, señora O

—¿De modo que Ricardo fué...?

Ellery asintió. Hubo un breve sil
lagrimales de la señora Owen par
pero, haber agotado su caudal, pues

—¡Es fantástico! — murmuró Ell
mente —. Presten ustedes atención.
del problema estaba en el reloj, ese
no se hallaba donde debía encontr
des recordarán que yo dije que,
no vi reflejadas sus agujas luminosas
pejo aquel, el reloj debió haber sid

Fin de "EL MISTER

... Esa era una explicación plausible. ...ra la única posibilidad.
...do ha muerto! —murmuró la se... ...n, con voz velada.
...r —prosiguió Ellery Queen, rápi... — puntualizó otra posibilidad: que podía haber estado sobre la puerta, ...go o alguien pudo estar tapando ... Ya les dije por qué me parecía im... cosa. Pero —añadió, acercándose ... en cuestión— quedaba todavía otra ... explicaba por qué no vi yo refle... ...jas luminosas. Y esa es que cuan... puerta en la oscuridad, miré hacia ... no vi nada; el reloj estaba allí, ... el espejo.
...¿cómo puede ser eso? —exclamó ... Willowes, incrédula—. Tal expli... parece, sencillamente, disparatada. ... pregunté cómo era posible que no ... el espejo, puesto que parece for... ...e la misma pared. Los ojos de la ...Willowes brillaron de un modo sin... ...señora Mansfield tenía la vista fija ... cualquiera, frente a sí, sin pare... ...te, ver nada. Sus manos estaban ...bre su regazo. La señora Owen ...os y oídos para ver y oír a Ellery. ...parte —murmuró el detective, con ...—, estaba la naturaleza misma de ...es que llovieron como maná del ...duda, se les habrá ocurrido a uste... ...que alguien trataba desesperada... ...nar nuestra atención sobre el se... ...men.
... nuestra atención... —repitió Gard...
...mente. Oiga usted, señora Owen ... el detective—. ¿Qué contenía el ...uete, que fué dirigido a usted?
... miró, sorprendida. Hubo entre el ... dramático silencio. La señora Mans... ...dió, de pronto, como si se tratara ...quillo. Ella sonrió entonces vaga... Ellery repitió su pregunta.
...a Owen respondió entonces, como ...
... de zapatos de Ricardo.
... ¿Y qué contenía el segundo paque...
...ecitos de juguete de Jonathan — ...ella.
... tercer envío?
... —intervino la señora Mansfield. Y ...gustada: —¿No ve usted que con ... preguntas sólo conseguirá hacer ...cio a mi hija? Naughton, ¿permi... ...ue continúe toda esta farsa? Si sa... ... que le ocurrió realmente a Ricar... ...lo de una vez!
...mprendiera que los ánimos se iban ... Ellery Queen inclinóse hacia ade... ..., bruscamente:
...me volver a mi cadena original ...ento. Dije antes que una explica... ...le era que el espejo no reflejó las ...ue no estaba allí, en su sitio. Pero ...idez de la pared, tenía el espejo, ... que ser movible. ¿Cómo era ...? Ayer me pasé dos horas bus... ...creto de ese espejo. ¿Y qué creen ... hallé?
...spondió.
...gó con rapidez hasta el espejo, ... puntas de pie, tocó cierto disposi... ... le sucedió al espejo entero, el ...vió hacia adelante, como si lo hi... ... unos goznes, revelando una ló... ...dad.
...res lanzaron un alarido, y se cu... ... ojos.
... interior de aquella cavidad, les ... mirada terrible, escalofriante, la figura rígida del Sombrerero Loco, que tenía las facciones inconfundibles de Ricardo Owen.

Paul Gardner se puso instantáneamente de pie, y se tiró del cuello, como si se sintiera asfixiado. Los ojos parecían querer saltársele de las órbitas.

—¡Owen! —balbuceó—. ¡Pe... pero él no puede estar allí! ¡Yo... yo mismo le di sepultura debajo de la roca grande, detrás de la casa, allá en el bosque! ¡Oh, Dios mío!

En su rostro se pintó el más intenso terror, flaqueáronle las piernas y se desplomó en el suelo, víctima de un súbito desvanecimiento.

—Bueno, puede usted salir ya, De Vere —indicó entonces Ellery Queen, exhalando un suspiro. Y como por arte de magia, las facciones de aquel hombre dejaron de asemejarse a las de Ricardo Owen—. Ha sido el suyo un trabajo admirable de personificación. Y dió, justamente, el resultado apetecido. Ahí tiene a su hombre, señor Naughton. Y si usted interroga a la señora Gardner, sabrá que fué en un tiempo amante de Owen. Gardner, sin duda, lo averiguó y le mató de despecho. ¡Cuidado, que también ella está por desvanecerse!

* * *

—No le extrañe a usted si le digo —murmuró Emmy Willowes poco después, esa noche, al cabo de un largo silencio, en momentos en que se hallaba sentada junto a Ellery Queen, en el tren que se dirigía a la Estación Pensilvania— que hay muchas cosas que no comprendo, señor Queen. Por ejemplo, ¿quién es el señor De Vere?

—Es un excelente actor, que yo conocía desde hacía mucho tiempo. Cuando mis sospechas recayeron sobre el espejo aquel, resolví examinarlo, y descubrí su secreto. Al abrirlo, hallé dentro el cadáver de Owen, con el ropaje del Sombrerero Loco.

Ella se estremeció y dijo:

—Fué ese un drama demasiado real para mi gusto. ¿Por qué no anunció en seguida su descubrimiento?

—¿Y qué hubiera ganado con ello? No había la menor prueba contra el asesino. Yo necesitaba tiempo para idear un plan que obligara al asesino a delatarse a sí mismo. Dejé el cadáver allí...

—Es decir, ¿que durante todo ese tiempo supo usted que Gardner era el asesino, y se mantuvo, empero, tan tranquilo? —preguntó ella, incrédula.

—¡Pues es claro! Los Owen vivían en la casa desde hacía apenas un mes. El resorte de ese comportamiento, está perfectamente disimulado; nadie hubiera podido descubrirlo, a menos que sospechara de su existencia y lo buscara. Pero yo recordé que el propio Owen reveló en la noche del viernes que Gardner había hecho la distribución de la casa. Entonces se me ocurrió pensar que nadie mejor que Gardner podía conocer el secreto de ese escondite. Ignoro con qué propósito concibió y construyó ese panel secreto. Supuse que sería por un simple capricho. De modo, pues, que tenía que ser Gardner el hombre que yo buscaba. Reconstruí el crimen fácilmente. Luego que nos retiramos, en la noche del viernes, Gardner descendió para aclarar con Owen el asunto de las relaciones de éste con la que ahora era su esposa, toda una buena pieza, dicho sea de paso. Cambiaron algunas palabras... y Gardner lo mató. Su primer impulso, fué ocultar el cadáver. No le era posible sacarlo de la casa en esa noche tormentosa, sin dejar rastros. Entonces recordó la cavidad secreta de detrás del espejo. El cadáver estaría allí seguro, hasta que cesara la lluvia y pudiera sacarlo de aquel escondite para darle sepultura. Estaba, precisamente, en tren de hacer esto último, cuando abrí la puerta del cuarto de trabajo; por eso no vi reflejado el reloj. Luego, mientras yo estaba en la biblioteca, cerró la puerta-espejo y se escurrió hacia arriba. Como yo salí rápidamente, no le quedó más remedio que enfrentarme; y hasta pretendió haberme tomado por Owen cuando yo subía.

El sábado por la noche aprovechó la primera circunstancia favorable que se le presentó para narcotizarnos a todos, sacar el cadáver, darle sepultura, volver e ingerir a su vez un poco de la droga para hacer su papel lo más natural posible. El ignoraba que el sábado por la tarde yo había hallado el cadáver detrás del espejo. Cuando el domingo por la mañana, descubrí que había desaparecido, deduje al instante por qué se nos había narcotizado. Gardner, al dar sepultura al cadáver en un lugar para todos nosotros desconocido, se libraba de la prueba más comprometedora en esta suerte de crimen: el cuerpo del delito. Yo aproveché la ocasión para telefonear a De Vere e instruirle sobre lo que debía hacer. El logró obtener en alguna forma el traje del Sombrerero Loco, consiguió una foto de Owen... y puso manos a la obra con esa su admirable habilidad. Mientras el ayudante de Naughton retenía a ustedes dentro de la biblioteca, lo pusimos en el hueco del espejo. Yo tuve que recurrir al procedimiento de idear ciertas combinaciones truculentas para mantener primero en suspenso a Gardner y obligarlo finalmente a delatarse. Era preciso hacerle confesar en alguna forma dónde había enterrado el cadáver, pues él era el único que lo sabía. Y mi plan dió óptimos resultados.

—Pero..., ¿y cómo se explica la llegada de esos misteriosos paquetes? ¿Quién los envió? ¿Con qué objeto lo hizo? —dijo ella, mirándolo de soslayo.

Ellery tardó un buen rato en responderle.

—Yo mismo combiné todo eso —explicó—. Tenía que preparar psicológicamente el espíritu de Gardner, llenarlo de perplejidad, hacer que se preguntara adónde conducían esos envíos tan extraños. Tenía que torturarle. Resultó tarea fácil telefonear a mi padre, el inspector; él envió al sargento Velie, el cual se posesionó de todas las cosas esas que yo fuí sacando subrepticiamente de la casa. El resto lo hizo todo él. —Y agregó sentencioso:— Para que un criminal pierda el dominio de sí mismo, no hay como confundirlo. Admito que se trata de un plan un tanto diabólico. Pero este es, al final de cuentas, otro de esos casos en que el fin justifica los medios.

EL MISTERIO DE LA

El doctor Phineas Mason, abogado, de la acaudalada y respetable firma Dowling, Mason & Coolidge, con oficinas en 40 Park Row, era un hombre de nariz abultada y ojos pitarrosos que habían visto treinta años de litigios y que parecían haber visto cien. Sentado muy tieso, en el asiento de una *limousine* dirigida por un chofer particular, dejaba escapar de su boca, de tanto en tanto, a modo de curiosos gruñidos.

—Y ahora—murmuró, con voz áspera, como prosiguiendo una conversación—se ha producido aquí un crimen. No sé adónde iremos a parar, de seguir así.

Ellery Queen, que contemplaba el mundo como quien presencia un panorama interesante desde una pintoresca playa veraniega, pensó que la vida era como una cajita de sorpresas. Sólo unas pocas resultaban agradables, pero todas eran estimulantes. Dado que era hombre sujeto a llevar una vida harto azarosa, se había adaptado a esa modalidad de la misma y terminó por gustarle. Sin embargo, el famoso detective se guardó muy bien de exteriorizar su parecer: el señor Phineas Mason no parecía ser un hombre capaz de justipreciar una sabrosa metáfora.

—El mundo, amigo Phineas—se concretó a decir—, no anda tan mal; quienes sí están mal son los que lo habitan. Pero vayamos al grano: ¿qué le parece si comienza usted por relatarme cuanto sabe respecto a esa curiosa familia de los Shaw? Después de todo, como usted sin duda sospechará, los policías locales de Long Island no habrán de recibirme por cierto con bombos y platillos; sospecho que habrán de facilitarme pocos datos y me ofrecerán no pocas dificultades, por cuya razón debo ir ya bien informado sobre el caso.

Mason frunció el ceño y objetó:

—Pero es que el señor McC. me aseguró que...

—¡Bah, bah, bah! No haga usted caso de lo que le pueda haber anticipado ese señor. Eso sí: por mi parte vuelvo a repetirle que no confíe usted mucho en mi capacidad como detective. Después de todo, no soy un prestidigitador, capaz de sacar al asesino de mi galera de sorpresas. Por lo demás, temo que aquellos gendarmes hayan pisoteado con sus burdas botas esas huellas tan curiosas.

—Sin embargo, yo me anticipé y les advertí que no lo hicieran—recalcó Mason—. Hablé personalmente con el capitán Murch, de la policía local de Long Island, esta mañana. El fué quien me llamó por teléfono para enterarme del crimen. A raíz de lo que les dije, ni siquiera quisieron mover el cadáver, señor Queen.

—Muy bien, Mason—aprobó el detective, ajustándose los lentes—; prosiga usted ahora con los detalles particulares del caso.

—Era mi socio Coolidge—comenzó a explicar el abogado, con voz algo quejumbrosa—quien estaba al principio a cargo de los asuntos de los Shaw. Sin duda, habrá usted oído hablar del viejo millonario John A. Shaw. La primera esposa de este señor, falleció de un mal parto en el año 1895. La niña, de nombre Agatha, ahora divorciada y con un hijo de ocho años, sobrevivió, claro está, a la madre; anteriormente, el matrimonio tuvo otro hijo al que pusieron el nombre de su padre. John, el hermano de Agatha, cuenta actualmente 45 años. Poco tiempo después del fallecimiento de su esposa, John A. Shaw volvió a casarse, pero falleció él algún tiempo después. Esta segunda esposa, María Paine Shaw, vivió durante treinta años después de haber fallecido su marido. Y murió hace solamente un mes.

—Una historia pletórica de muertes, por lo que veo—murmuró Ellery, encendiendo un cigarrillo—. Pero hasta aquí, señor Mason, su relato resulta de lo más prosaico. ¿Qué tiene que ver la historia de los Shaw con...?

—Escúcheme usted con paciencia—advirtió Mason, exhalando un suspiro—. El viejo John A. Shaw legó toda su fortuna a su segunda esposa María. En cuanto a sus dos hijos del matrimonio anterior, nada les dejó, aunque, según parece, dispuso las cosas de modo que María se hiciera cargo de ellos.

—Presiento que su relato seguirá el curso de esas historias a que ya estamos acostumbrados: la viuda no supo cuidar en debida forma a sus hijastros, y entre ella y ambos existió en todo momento una gran animosidad.

En lugar de responderle directamente, el abogado se enjugó el sudor de su frente, y prosiguió:

—La vida de esos tres seres fué algo terrible. Durante treinta años pelearon como salvajes. Sin embargo, le adelanto como atenuante de la conducta inflexible de la viuda, que ella fué la más provocada. John fué en todo tiempo un mendigante incorregible; un irrespetuoso, informal, despilfarrador y vicioso. Con todo, ella le trató con largueza en cuanto al suministro de dinero. Como le declaré antes, John tiene ahora 45 años de edad, no habiendo hecho en su vida el menor trabajo. Por lo demás, es un borracho.

—¡Lindo tipo de varón! ¿Y qué tal es su hermana Agatha, la divorciada?

—Una copia femenina de John. Contrajo enlace con un cazador de fortunas, que era tan inútil como ella; cuando descubrió que ella no poseía un cobre, la abandonó, habiendo intercedido la viuda de Shaw para que Agatha lograra un divorcio pacífico. La señora de Shaw llevóse a la divorciada y a Peter, el hijo de ésta, a la casa donde siguieron todos ellos su vida de desacuerdo. Perdóneme que le suministre tantos detalles, pero quiero que usted conozca a esta gente en todos sus pormenores.

—Puede decirse que ya somos casi íntimos—bromeó Ellery.

—John y Agatha—continuó el abogado—vivieron con una sola esperanza: la muerte de su madrastra, a la que deseaban heredar. Hasta hace poco, en que ocurrió un incidente de que ya le informaré, la viuda tenía un testamento generoso para sus hijastros. Pero cuando sobrevino ese suceso...

Ellery Queen frunció el ceño, interesado, y preguntó:

—¿De qué clase de suceso se trata?

—De un suceso significativo. Hace tres meses, alguien de la casa intentó envenenar a la viuda de Shaw.

—¡Caramba!

—Pero la tentativa fracasó, gracias al doctor Arlen, Terencio Arlen, quien desde mucho tiempo atrás venía temiendo se hiciera esa tentativa, y se mantuvo en todo momento alerta. El cianuro vertido en la taza de té, no llegó a la señora Shaw, matando en cambio a un gato de la casa. Ninguno de nosotros sabe, claro está, quién realizó esa tentativa de envenenamiento. De todos modos, a raíz de ella, la viuda hizo otro testamento muy distinto.

—Ahora —confesó Ellery— me va re
interesante el relato. Conque también
doctor Arlen, ¿eh? ¡Vaya una serie de
najes! Pero cuénteme usted algo de ese
Arlen, por favor.

—Era un viejo un tanto misterioso y
grandes pasiones: su devoción hacia la
Shaw y su afición por la pintura.
casa de los Shaw durante unos vein
Un médico que la señora de Shaw se
sé de dónde; creo que sólo ella
oscura historia, manteniendo él una
reserva en cuanto a su pasado. Ella le
un sueldo generoso para que viviera en
y actuara como médico de la familia;
que la viuda hizo esto porque sospec
sus hijastros intentarían algún día en
Por lo demás, considero que Arlen
un tanto misántropo, pues aceptó de
grado semejante proposición.

Ambos hombres guardaron silencio
algún tiempo. El chofer desvió el
de la arteria principal a un estrecho
de macadam. Mason respiraba ruid

—Supongo —aventuró Ellery, exhal
bocanada de humo— que usted está
que la señora Shaw falleció de muerte

—Sin duda —afirmó Mason—. El
tor Arlen no quiso confiar exclusiv
su juicio y mandó llamar varios
que la atendieron antes y certificaron s
Se estableció, sin lugar a dudas, que
falleció como consecuencia del últi
serie de ataques al corazón; era una
de cierta edad, y creo que la afectó
tentativa de envenenamiento de que
ma "Si ellos —me dijo un día— son
pravados que hasta han llegado a aten
mi vida, no merecen de mi ninguna
ción". Y me hizo extender un nuevo
en el que desheredaba por completo
jastros.

—Vaya, vaya —murmuró Ellery.

Mason golpeó con los nudillos en
vidrios del coche e indicó:

—Más rápido, Burroughs.—El autom
suró su marcha y Mason continuó
así:— Buscando mentalmente un
quien podía dejar su fortuna, la
Shaw recordó a alguien, y ello le
pensar que no tendría que arrojar su
a los cuatro vientos. El viejo John
había tenido un hermano mayor llan
ton, viudo con dos hijos. A raíz de
altercado entre John A. Shaw y M
último había emigrado a Inglaterra.
casi todo su dinero y cuando, fina
suicidó, sus hijos Edith y Percy qu
tualmente desamparados.

—Esos Shaw parecen, por lo visto,
nados a la violencia.

—Supongo que lo llevan en la sang
tunadamente, según pude averiguar
Percy tenían talento, y se lanzaron a
en Londres, actuando juntos con
en números de variedades. La viuda
resolvió, pues, legar su dinero a Ed
brina por parte del esposo. Tras algu
tigaciones, supe que la tal Edith era
señora Edythe Royce, una señora
viuda desde hacía muchos años. A
de la señora de Shaw, le envié un
y ella cruzó el mar hacia aquí en
barco. Según la señora Royce, Percy
mano, falleció en un accidente auto
pocos meses antes; de modo que ella
lazo alguno...

MUJER BARBUDA

Por *ELLERY QUEEN*

ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

...testamento en sí?

...se quiere, extraño. La fortuna de los ...en un tiempo cuantiosa, pero la de- ...redujó a unos trescientos mil dólares. ...de Shaw legó a su sobrina doscien- ...res redondos. El resto, asómbrese ...ó depositado a nombre del doctor ...

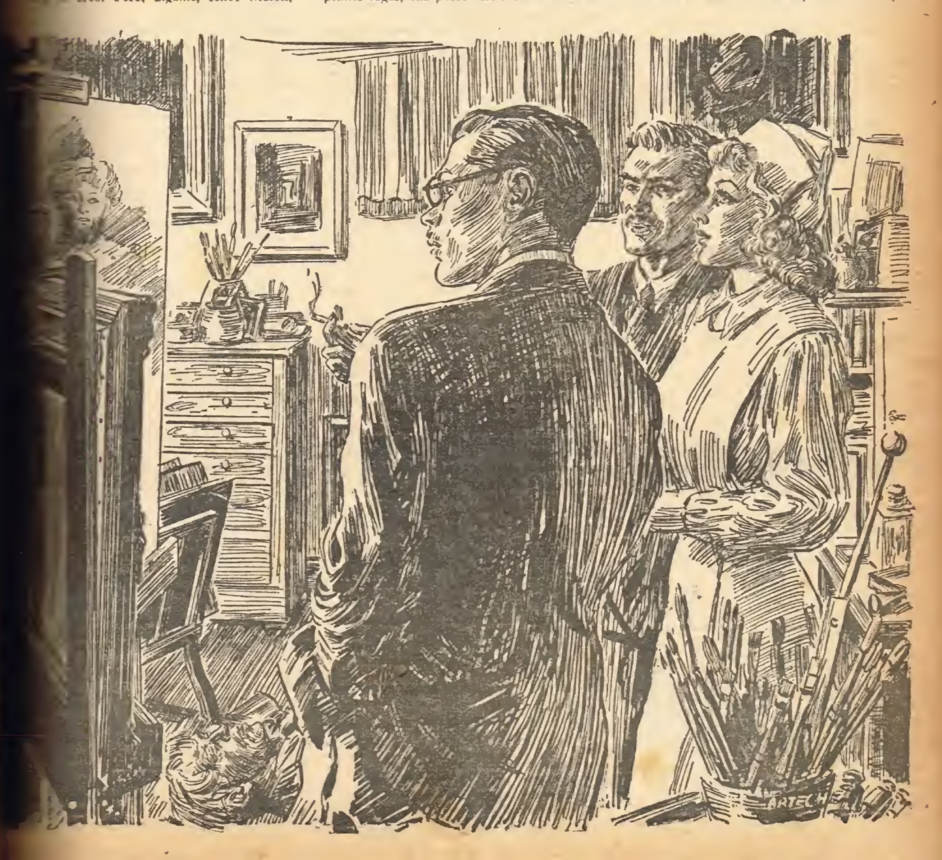
...doctor Arlen!

...estipulado, sin embargo, que el ...en no podría tocar ese capital, pero ... de su renta por el resto de su vida. ...que se le está tornando interesante ...

...creo. Pero, dígame, señor Mason, pues yo soy un tanto desconfiado: ¿se aseguraron ustedes de que la señora Royce era precisamente la que buscaban, que pertenecía a la familia de los Shaw?

El abogado se sobresaltó, pero luego dijo, meneando la cabeza:

—No, no, señor Queen; por ese camino va usted mal encauzado. Le aseguro que no puede caber la menor duda a ese respecto. En primer lugar, ella posee esas marcadas características faciales de los Shaw, que ya verificará usted por sí mismo cuando la vea. Por lo demás, esa mujer vino provista de algunos objetos de propiedad de su padre, Morton Shaw, y yo mismo, secundado por Coolidge, la sometí a su llegada a un severo interrogatorio. Pero ella nos convenció por completo por su amplio conocimiento de todas esas minucias de la vida de su padre y de la niñez de Edith Shaw en América, conocimiento imposible de adquirir





PINCELITO PURAPOSE — **Realidad e ilusión** — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**







para un extraño. Le aseguro a usted que nos mostramos sumamente prudentes, particularmente desde que ni John ni Agatha habían visto, desde su infancia, a la viuda de Shaw.

—Permítame una pregunta —manifestó Ellery, inclinándose hacia adelante—, ¿qué destino debía darse a esos cien mil dólares, a la muerte del doctor Arlen?

El abogado clavó su mirada en las dos largas filas de álamos que flanqueban el sendero sobre el que se deslizaba silenciosamente el automóvil.

—Debían ser divididos por partes iguales entre John y Agatha —respondió, con voz pausada, en tanto el vehículo se detenía frente a una inmaculada puerta cochera.

❦ ❦ ❦

—Comprendo —murmuró Ellery, pues el asesinado había sido precisamente el doctor Arlen.

Un gendarme con más aspecto de soldado que de policía, los escoltó a lo largo de amplios corredores, en dirección a una de las alas de una espaciosa y vieja mansión de tipo colonial. Luego, los recién llegados ascendieron una escalera hasta un frío corredor, acompañados esta vez por un hombre nervioso, con cuello de toro.

—¡Oh, señor Mason! —exclamó, adelantándose solícito—. Le estuvimos esperando. Ah... pero, ¿es este el señor Ellery Queen?

—Sí, sí; él es —ratificó Mason, haciendo seguidamente las debidas presentaciones—. ¿Dejó usted todo tal cual estaba, Murch?

El interrogado dijo algo entre dientes y se hizo a un lado. Ellery se encontró a continuación en un estudio compuesto por dos habitaciones; más allá de una puerta abierta divisó una blanquísima casilla de palomas en el extremo superior de un poste. En el techo del estudio, en tiempo muy lejano, se había practicado una abertura y cubierto la misma por un vidrio a través del cual filtrábase al interior abundante luz. En el estudio, esparcidos y en confusión, veíanse los elementos de trabajo de un pintor, los cuales se destacaban por sobre unos pocos utensilios médicos. Había caballetes, cajas de pinturas, un pequeño estrado, guardapolvos arrollados al descuido y, en las paredes, una profusión de bocetos al óleo y a la acuarela.

Un hombre de pequeña talla, hallábase arrodillado junto al cuerpo extendido e inerme del doctor Arlen, cuyo cadáver parecía petrificado, destacándose su cabellera, plateada, de curiosa ondulación. La herida era muy profunda; del lado del corazón emergía la mitad de la hoja de un estilete. Por lo demás, veíase muy poca sangre.

—¿Descubrió usted alguna otra cosa interesante, doctor? —preguntó Murch.

El hombrecito se incorporó y, mientras guardaba sus instrumentos, dijo:

—Murió instantáneamente a consecuencia de la herida recibida. Como usted ve, se le atacó de frente. A último momento, trató de eludir el golpe, pero no fué lo suficientemente rápido.

Dicho esto, tomó su sombrero y salió rápidamente.

Ellery sufrió un ligero estremecimiento. El estudio estaba silencioso, al igual que el corredor y aquella ala del edificio; en realidad, la casa toda parecía abismada bajo el peso de un silencio terrible, que pesaba como una misteriosa amenaza. Había en el aire algo que imponía. Ellery rechazó enérgico aquella impresión, y preguntó:

—¿Identificó usted el estilete, capitán Murch?

—Pertenecía a Arlen y estaba siempre sobre esta mesa.

—¿No hay posibilidad de suicidio?

—Ninguna, según lo afirmó el médico que acaba de salir.

—Si usted me hiciera caso a mí... —refunfuñó, entre dientes, Phineas Mason, abandonando seguidamente la habitación.

El cadáver estaba cubierto por un guardapolvo manchado con pintura; debajo, adivinábase un pijama; en una de las rígidas manos había un pincel cuyas cerdas estaban mojadas en una pintura oscura. Cerca del cuerpo inanimado del doctor Arlen, se divisaba una paleta con colores, vuelta hacia abajo. Pero, por el momento, el estilete atrajo la mirada de Ellery Queen.

—Es florentino, si no me equivoco —recalcó. Y añadió como distraído:— Hágame usted el favor de relatar cuanto ha sabido hasta ahora, capitán Murch. Me refiero al crimen en sí.

—Según declaraciones del médico —explicó Murch—, fué muerto aproximadamente a las dos de la mañana, o sea hace unas ocho horas. Halló su cuerpo, a eso de las 7 de la mañana, una mujer llamada Krutch, mucama de esta casa desde hace un par de años. ¡A fe que parece una buena chica! Nadie puede ofrecer una explicación plausible de su ocupación en el momento del crimen, pues según parece todos estaban durmiendo... y todos duermen separadamente.

—A propósito, capitán —preguntó Ellery—, ¿tenía el doctor Arlen la costumbre de pintar en horas de la noche?

—Así parece. A mí también me dió que pensar ese detalle. Pero el hombre era especial y cuando estaba entusiasmado con alguna obra, era capaz de trabajar veinticuatro horas seguidas.

—¿Dormían los demás en esta ala del edificio?

—No; ni siquiera los servidores de la casa. Parece que al doctor Arlen le gustaba la soledad —agregó Murch, quien, llegándose hasta la puerta, llamó con voz estentórea:

—¡Señorita Krutch!

> **De MARTIN FIERRO**
>
> Bien lo paso, hasta entre pampas,
> El que respeta a la gente;
> El hombre ha de ser prudente
> Para librarse de enojos:
> Cauteloso entre los flojos,
> Moderado entre valientes.



La aludida salió lentamente del dor[...] del doctor Arlen. Era una mujer joven [...] y alta, y se veía que había estado lloran[...] vaba un uniforme de enfermera. A E[...] pareció sumamente atractiva. La [...] Krutch, no obstante las lágrimas que [...] ñaban sus ojos, era el primer rayo de [...] descubría en aquel viejo caserón.

—Cuente usted al señor Queen lo [...] dijo a mí —indicó Murch, lacónicamen[...]

—Poco es lo que puedo decir —adela[...] Como de costumbre, estaba yo levan[...] de las 7. Mi cuarto se encuentra en el [...] cipal, pero aquí hay un cuarto para [...] ropa blanca y otras cosas. Al pasar [...] cuarto, vi al doctor Arlen tendido en [...] con el cuchillo clavado. La puerta est[...] ta y la luz encendida. Lancé un gr[...] nadie me oyó. ¡Está esto tan alejado! [...] a gritar reiteradamente, y sólo ento[...] dieron a la carrera el señor y la señora [...] Eso es todo.

—¿Tocó alguno de ustedes el cadáve[...] rita Krutch?

—¡Oh, no señor! —exclamó ella, co[...] tremecimiento.

—Ajá —murmuró Ellery, desviando [...] del cadáver al caballete y de éste a otr[...] Pero, de pronto, volvió su mirada con [...] vios en tensión. Murch le observaba [...] disimulada ironía.

—¿Qué opina usted de todo est[...] Queen? —preguntó, burlón.

Ellery dió unos pasos hacia adelante [...] ballete más pequeño, próximo al m[...] tenía un cuadro. Era una pintura al [...] copia tipo comercial del famoso [...] Rembrandt "El Artista y Su Esposa". [...] ta mismo aparecía en primer término, [...] se veía a su esposa detrás. La tela q[...] sobre el caballete grande, era una [...] medio terminar de ese cuadro. Amb[...] habían sido completamente esbozadas [...] doctor Arlen y comenzado el traba[...] pincel. El artista, de bigotes y con [...] sonrisa, ataviado con su pintoresco [...] de pluma, tenía el brazo izquierdo alre[...] la cintura de su esposa, vestida a l[...] típicamente holandesa.

Pero en el mentón de la mujer hab[...] una barba.

Ellery contempló estupefacto la [...] tratara de reproducir Arlen: en ell[...] la mujer con el mentón liso, natural, [...] que en la tela de Arlen se destacaba [...] ba negra. Sin embargo, era fácil ver [...] barba había sido trazada precipitada[...] mo si el pintor hubiera estado tratando [...] tiempo.

—¡Cielos! —exclamó Ellery—. ¡Es[...] consrituye una blasfemia!

—¿Le parece? —recalcó Murch, si[...] nico. Luego miró a la señorita Kr[...] dijo, no muy galante:— Puede usted [...]

Ella abandonó el estudio con paso [...]

Ellery meneó la cabeza, se dejó cae[...] butaca y sacó sus cigarrillos, par[...] mente.

—Es la primera vez —murmuró— qu[...] un cuadro una mujer con barba. [...] instante y luego preguntó, súbitamente[...] tá en casa Peter, el hijo de la señora [...] Shaw?

sonriendo secretamente como quien ...na broma cuyos alcances sólo él co... hasta la puerta del *hall* y dijo algo, ... Ellery abandonó la silla, cruzó la ha... y volvió con uno de los delantales, ...dió sobre el cadáver. Casi en seguida, ...mente en la habitación un niño con ... pero inquisitivos. Le seguía la ...agante figura de mujer que Ellery ... en toda su existencia. Tratábase de ...r corpulenta, como de unos sesenta ... edad, con facciones grotescas y su... arrugadas. Tenía el rostro exagerada...durnado con pinturas y cosméticos; ... gruesos, habían sido perfilados en ...o perfecta; sus cejas aparecían muy ... y todo su cutis estaba empolvado ...co muy pronunciado.

...grotesco era su arreglo facial, no lo ... su vestimenta. Llevaba un vestido ...o en la cintura, de pollera amplia ...aba a los tobillos. Su pecho era ...do y tenía un cuello muy sobrecar...dornos. Ellery pensó al instante que ...era Edith Shaw Royce, lo cual expli...arte su excéntrica apariencia: era una ... cierta edad, venía de Inglaterra y ...ía del reflejo de su desvanecida glo... días de su mocedad, cuando actuaba ...rios londinenses.

...ra Royce —presentó Murch, siem... y su hijo Peter.

...gusto, señora —dijo Ellery—. Ah, ...r, ¿verdad?

...iño una criatura frágil, delgaducha, ... muy marcadas, que clavaba sus ... demás y se chupaba siempre los ...

... —exclamó la señora Royce, con ...

...aba en consonancia perfecta con ... apariencia: era penetrante, desagra... tanto cascada. El cabello, según ...ery, era de un castaño oscuro evi... teñido. Daba la sensación de que ... todos los medios por disimular ...

... —murmuró Ellery, con voz dulce—, ... cuadro—. El niño obedeció, de mala ...taste tú esa barba en el rostro de ... cuadro, Peter?

...chito se apretó contra la voluminosa ... la señora Royce y respondió, rápi...

...!...

...oso, ¿verdad? —manifestó la señora ... voz que quiso ser alegre—. Esta ...ecisamente, le hacía yo notar ese ... capitán Murch. Pero estoy segura de ... Peter quien pintó esa barba en el ... mujer. El chico ya ha aprendido la ...verdad, Peter?

...otó, perplejo, que la extraordinaria ...taba y bajaba con insistencia su ceja ...omo si tuviera en ese ojo algo que ...

... aprendió la lección, ¿eh? —recalcó ...

... usted —prosiguió la señora de Royce, ...do con gran vigor su gimnasia ocu... precisamente ayer, la madre de Peter ...dió haciendo con tiza una barba en ... pinturas del doctor Arlen, la cual estaba en el dormitorio de Peter. El doctor Arlen le dió una buena reprimenda, y él mismo quitó esas marcas de tiza. Agatha se enojó mucho con el pobre doctor Arlen. ¿Verdad que no fuiste tú, Peter?

—No —insistió el niño, atraída su curiosidad por aquel bulto extraño que había en el suelo y que Ellery cubriera con un delantal.

—El doctor Arlen, ¿eh? —murmuró Ellery, reflexivo—. Gracias.

Y comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación, en tanto la señora de Royce tomaba a Peter por el brazo y lo sacaba con firmeza de allí. El paso enérgico de aquella mujer dejó atónito a Ellery Queen. Observó el detective sus zapatos y descubrió que los pies tenían grandes callos. Murch cortó sus reflexiones, diciéndole bruscamente:

—Vámonos ya.

—¿Adónde?

—Abajo.

Murch indicó por señas a un policía uniformado que vigilara el estudio.

—Quiero enseñar a usted —dijo, mientras se dirigían a la parte principal de la casa— por qué está esa curiosa barba en el mentón de la mujer del cuadro.

—¿De veras? —preguntó Ellery. Y no dijo nada más.

Murch se detuvo en la puerta de un oscuro *living-room* colonial. Ellery miró hacia adentro y descubrió a un hombre cadavérico, de pecho hundido, con un *pull-over* raído. Hallábase el curioso personaje sentado en una poltrona, y observaba un vaso vacío que sostenía en su temblorosa diestra. Tenía los ojos amarillentos e inyectados en sangre, destacándose en su rostro las hinchadas venas rojas.

—Eso que ve usted ahí —recalcó Murch, con un desdén en el que se adivinaba cierta jactancia— es el señor John Shaw, hermano de Agatha.

Ellery observó que John Shaw poseía los mismos rasgos fuertes, los mismos labios gruesos y nariz cortada a pico que la extraña señora de Royce y que el personaje con aspecto de pirata, cuya efigie aparecía en un cuadro que colgaba sobre la chimenea y que fuera sin duda su padre.

También observó el detective que en el mentón de John Shaw se veía una hirsuta barba rematada en punta.

❦ ❦ ❦

El señor Mason les esperaba en un sombrío salón de recepción.

—¿Y bien? —preguntó, en un tono de voz apenas perceptible.

—El capitán Murch —murmuró Ellery— tiene su teoría explicativa.

—Clara como un día de pleno sol —manifestó el aludido—. Mi teoría afecta a John Shaw. Se me ocurre que el doctor Arlen pintó esa barba como una pista respecto a la identidad de su matador. Y aquí el único hombre de barba es John Shaw. Admito que ese detalle no constituye una prueba rotunda. Pero es un punto de partida. Y a fe que voy a trabajar sobre esa base.

—John —recalcó Mason, pausadamente— tenía por cierto motivos para hacer eso. Sin embargo, hallo difícil que... —dejó trunca la frase y preguntó, bruscamente:— ¿Barba? ¿Qué barba es esa?

—Una barba pintada en el mentón de un rostro de mujer que hay arriba —murmuró Ellery—; es un cuadro de Rembrandt que Arlen estaba copiando en momentos de ser asesinado. El doctor Arlen debe haber pintado esa barba para que sirva de punto de partida a la pesquisa. Está trazada con mano experta, al óleo, y en la mano derecha del muerto se halla todavía el pincel mojado en el óleo oscuro con que la hizo. ¿Hay en la casa alguna otra persona que pinta?

—No —dijo Mason, intranquilo.

—*Voilà.*

—Pero aun cuando Arlen hubiera hecho ese disparate —objetó el abogado—, ¿cómo sabe usted que fué antes de ser atacado?

—¿Y cuándo diablo pudo haber sido, entonces? —masculló Murch.

—Seamos científicos, capitán —murmuró Ellery—. Para su pregunta hay una respuesta perfecta, señor Mason. En primer término, todos convenimos que el doctor Arlen no pudo haber pintado la barba después de ser atacado, puesto que falleció instantáneamente. En consecuencia, debe haberla pintado antes de ser atacado. La cosa está en saber cuánto tiempo antes. Pero, ¿por qué pintó en realidad Arlen la barba?

—Murch opina que lo hizo para adelantar un indicio respecto a su asesino —murmuró Mason—. Usted también parece estar de acuerdo en ese sentido. Pero por mí puedo decir que eso me parece absurdo.

—Pues, ¿qué ve usted de absurdo en ello?

—¡Demonios! —exclamó Mason—. Si quería dejar alguna pista sobre su asesino, ¿por qué no escribió en la tela el nombre del mismo? Tenía en la mano su pincel y...

—Precisamente —murmuró Ellery—. Su pregunta, señor Mason, es, después de todo, sensata. ¿Por qué no hizo eso Arlen? De haber estado él solo, esto es, sin la presencia del asesino,

EPITAFIO

Yace aquí Juana Concio
Esposa de Enrique Concio,
Marmolero.
Este monumento fué erigido por su esposo
en homenaje a su memoria,
y como muestra de su trabajo.
Tumbas en igual estilo: 1.000 pesos.

NO ERA UNA BEATRIZ

Sabido es que las relaciones que mantuvieron durante diez años la condesa de Agoult y Franz Liszt, fueron un tanto borrascosas. Y, dicho sea de paso, la condesa era unos siete años mayor que el gran músico.

Un día de buen humor y de aguda vanidad, ella comparaba a su amigo con Dante, para compararse ella misma con Beatriz. Entonces Liszt le dijo:

—Las verdaderas Beatrices, señora, mueren a los dieciocho años...

Dijo BARRETT:

Desprenderse de la realidad no es nada: lo heroico es desprenderse de un sueño.

...INTO PIESFELICES ¡"BARRA DE HIELO" AL PISO 14! Por CAO



sin duda nos habría podido trasmitir por escrito, en concreto, su pensamiento. El hecho de que no nos haya dejado tales informaciones demuestra que no presentía a su asesino antes de la aparición del mismo. Por consiguiente, pintó la barba mientras estaba presente su asesino. Y ahora hemos hallado una explicación de por qué dejó el doctor Arlen esa barba para que sirviera de pista. Estando su asesino presente, no *pudo* Arlen dejar escrito su nombre; el asesino lo hubiera visto y lo habría destruído. Arlen se vió, entonces, obligado a recurrir a un método más sutil: dejar una clave que escapara a la atención del asesino. Como en ese momento estaba pintando, utilizó un método de pintor. Y aun cuando el asesino observó esa barba, posiblemente la atribuyó a la nerviosidad de Arlen; aunque lo más probable es que ni siquiera reparó en ella.

—¡Pero una barba en rostro de mujer! —alegó el abogado—. Le digo a usted que...

—El doctor Arlen tenía un precedente —recalcó Ellery.

—¿Un precedente?

—Sí, el capitán Murch y yo hemos descubierto que el pequeño Peter, en su divina inocencia, había hecho con tiza una barba y unos bigotes en uno de los bocetos del doctor Arlen, que cuelga en la pared del dormitorio de Peter. Y eso fué recién ayer. El doctor Arlen le dió por ello una buena reprimenda. Pero la barba borroneada por Peter, debe haberse aferrado a la mente del doctor Arlen y mientras su asesino le hablaba o le amenazaba, el recuerdo de la barba acudió a él. Por lo visto, consideró interesante el asunto, por cuanto se valió del mismo. Y ahí está la cosa.

—Pues a mí me parece que todo eso es una necedad —objetó Mason.

—Necedad, no —recalcó Ellery—. El caso es interesante. ¿Por qué pintó el doctor Arlen la barba en el mentón de una mujer muerta hace más de dos siglos? Estos Shaw no son por cierto descendientes de aquel célebre pintor. No creo tampoco que se trate de una burla, pues ya sabemos el respeto que merecía a Arlen la pintura. Y dado que no se trató de una broma, ¿qué se propuso el doctor Arlen al pintar esa barba?

—Si no fuera tan ridículo —aventuró el abogado— diría que se trataba de señalar a... ¡Peter!

—Malo, malo y malo, con perdón de usted, señor Mason —dijo Murch—. El niño es el único que pudo ofrecer una explicación admisible del empleo de su tiempo. Según parece, la madre está en todo momento preocupada por él y siempre lo tiene cerrado bajo llave. Así lo hallé esta mañana. Y no pudo haber salido a través de los barrotes de la ventana.

—Bien, bien —murmuró Mason—; yo no sé ya qué pensar. ¿Qué opina usted, señor Queen?

—Aun cuando no me gusta llevar la contra —manifestó Ellery—, no puedo estar de acuerdo con el amigo Murch.

—Si, ¿eh? —burlóse Murch—. Supongo que usted tendrá sus razones.

—Las tengo —afirmó el detective—: entre otras, las distintas formas de la barba de John Shaw y la que pintó Arlen en la tela.

—Pero si el pintor no se quiso referir con su alusión a John Shaw —dijo el otro—, ¿qué diablos quiso insinuar?

—Si supiéramos eso— observó Ellery—, lo sabríamos todo, capitán.

—Bueno —bramó Murch—, yo tengo esa convicción y he de llevarme al Departamento Central de Policía a John Shaw para obligarle, una vez allí, a que confiese toda la verdad.

—Pues yo no haría tal cosa —manifestó Ellery, rápidamente—. Si no fuera más que por...

—Conozco cuál es mi deber —recalcó Murch, muy serio.

Y salió muy resueltamente del salón de recepción.

John Shaw, que estaba completamente ebrio, ni siquiera protestó cuando Murch lo condujo al automóvil policial. Y seguido por el camión de la morgue, que llevaba el cuerpo del doctor Arlen, Murch se fué con su presa.

* * *

Ellery miró afanosamente a su alrededor. El abogado, arrellanado en un sillón, mordíase las uñas. Y de nuevo observó el detective que el cuarto, la casa y el aire estaba todo cargado de un silencio aplastante, insoportable.

—Tengo para mí —recalcó Ellery, bruscamente— que hay en este asunto algo que usted todavía no me ha dicho, señor Mason.

El abogado se incorporó de un salto y luego volvió a sentarse, mordiéndose los labios, preocupadísimo.

—Es una criatura sumamente traviesa —dijo una voz chillona, desde la puerta. Ambos se volvieron sorprendidos, y descubrieron a la señora Royce, que los saludaba. La mujerona avanzó con paso de granadero, balanceando su enorme pecho. Se sentó junto a Mason y se recogió con soltura, valiéndose de ambas manos, su amplia pollera.

—Yo sé lo que le trae a usted preocupado —murmuró.

El abogado aclaró precipitadamente
ganta y dijo:

—Le aseguro que...

—¡Tonterías! Yo tengo buen ojo. M
me ha presentado usted a este simpático
Mason farfulló algo, entre dientes—.
Queen, eh? Encantada de conocerle
Queen. Es el primer joven americano
que descubro, desde mi llegada a este
puedo juzgar con autoridad cuándo
es buen mozo, puesto que actué en
en las tablas, durante muchos años.
verdad —añadió con voz de barítono—
era entonces tan mal parecida, que di

—No lo dudo —murmuró Ellery—
¿qué?...

—Mason teme por mí —dijo la señora
con simpleza de niña—. Cree que el a
doctor Arlen habrá de elegirme a mí
próxima víctima. Y yo le digo ahora
se lo dije hace un instante, cuando us
arriba con ese terrible capitán Murch
una razón por la cual no se me h
víctima de un ataque. Por otra parte
que Agatha o John hayan podido ser
bles de la muerte del doctor Arlen
esto es sin duda lo que usted pie
Mason; no me lo niegue.

—Pero le aseguro que yo jamás...
zó a balbucear el abogado.

—Hum —murmuró Ellery—. ¿Cuál
ría, señora Royce?

—Alguien del pasado de Arlen
ella—. Tengo entendido que Arlen
esta casa hace unos 25 años, bajo
cias por cierto harto misteriosas. No
traño que en aquellos tiempos hub
nado a alguien y que el hermano u
liar de ese "alguien", haya logrado
rrer de los años poner en práctica
ganza...

—La explicación es ingeniosa —
lery.

—Pronto pondrán en libertad al
—prosiguió la señora Royce, con
cia—. John es un idiota en su estado
pero cuando está borracho... ¿Verdad
hay prueba de que haya sido él?
usted el favor de darme un cigarr
Queen?

Ellery se apresuró a ofrecerle su
La señora Royce escogió un cigarrillo
forzadamente, en tanto que Ellery
fósforo encendido. A continuación,
Royce cruzó las piernas y comenzó
Fumó casi a la moda rusa, ahuecando
alrededor del cigarrillo, en lugar de
entre dos dedos. ¡Admirable mujer!

—¿Por qué teme usted tanto por
Royce, Mason?

—Este... —tartamudeó Mason, vac
tre ser discreto o locuaz—. Puede hab
un motivo doble en el asesinato del
len. Esto es —añadió, atropelladamente
tiendo que John o Agatha hayan t
que ver en el asunto.

—¿Un doble motivo?

—Uno, por supuesto, sería el paso d
mil dólares a los hijastros de la viuda
como ya le dije. El otro...; bueno, e
un motivo bien distinto, por cierto. A
de disfrutar de alojamiento y renta
resto de su existencia, el doctor A
seguir oficiando de médico de la
atender a todos los de la casa, partic
a la señora de Royce.

—¡Pobre tía María! —exclamó la
Royce, con un gran suspiro—. Debe
muy buena la pobre.

—Lamento decirle que no comprend
todo esto, señor Mason.

—En un bolsillo tengo copia del
—dijo el abogado, buscando el docu
nosamente—. Aquí está. Reflexione
párrafo: "Y en particular, hacer tod
ses un examen médico a mi sobrina F
o aun con mayor frecuencia, si el do

Remedio



—Con mucho gusto aceptamos su invitación para ir a la Opera. Hace unas noches que Juan padece de insomnio...

Historia antigua



ELLA. — *¡Oh!, no sabía que en aquella época efectuaran cursos prácticos de primeros auxilios.*

conveniente, a fin de velar mejor ... Es esta una cláusula que, estoy ... hijastros sabrán apreciar".
... agregado cínico —recalcó Ellery—. ... Shaw hizo a Arlen, prácticamente ... del estado de salud de la señora ... sospechando sin duda que sus ... hijastros podían atentar contra su ... digo yo: ¿por qué habrían ellos de ...?

... vez se insinuó el terror en el ... de la señora de Royce, la cual ... tes y dijo, con algo de temblor:
... No puedo creer que... ¿Cree ... que ya hayan tratado de?... ... ente usted bien, señora Royce? ... Mason, alarmado.
... compacta capa de polvo, su cutis ... palidecer.
... El doctor Arlen debía examinar... por primera vez. Oh, si... es...

... meses, se trató de envenenar a ... Shaw —explicó el abogado—, cosa ... le informé a usted antes, señor ... tiene que andarse con cuidado, ... ce...
...; no sea usted alarmista, Mason. ... habrían de intentar los hijastros de ... Shaw envenenar a la señora de ...
... —explicó Mason, con voz temblo... de fallecimiento de la señora ... que a ella corresponde iría a ... automáticamente, a John y ...

... el abogado enjugóse el sudor de ...

... donó lentamente la silla e hizo ... por la sombría habitación. El ... de la señora de Royce comenzó ... nerviosamente hacia arriba y hacia ...

... requiere meditación —recalcó, ...
... sus ojos algo extraño, que los ... con intranquilidad.
... quedaré esta noche, señor Mason, ... Royce no se opone.
... modo —aseguró ella, con un ...
... rostro denotó franco temor. Y de ... parció por el ambiente como un ... cillo de amenaza, anunciador de ... de algún suceso trascendental ... se tratarán realmente de...?
... mente dentro de las posibilida... ró a decir Ellery Queen.

❦ ❦ ❦

... currió con una lentitud insopor... llegó a la casa; el teléfono perma... Y nada se supo de Murch, de ... destino de John Shaw permaneció ... sentado hecho un ovillo en el ... frente, con un cigarrillo apagado ... hamacaba inconscientemente. La ... Royce se había retirado a su ha... por su parte, correteaba por ... tentando a un perro. De tiem... oíase la voz triste de la señorita ... reprendía desde lejos, aunque ... te.
... Queen el tiempo transcurría con ... abrumadora. Deambuló sin cesar ... y fríos corredores de la es... fumando de continuo y me... nervios le convencieron de que ... se tendía como una nube ame... que hacer un gran esfuerzo ... para no dar un salto cada vez ... el menor ruido; por lo demás, ... ba distraída y no le permitía re... serenidad y claridad. En aque... ya se había cometido un cri... como una atmósfera de violencia. ... ció ligeramente, echó un vistazo ... de sus hombros, y trató de concentrarse en el problema que realmente le preocupaba. Al cabo de algunas horas, sus pensamientos se serenaron y comenzaron a alinearse ordenadamente, hasta que en aquel mare mágnum de ideas percibió claramente un principio y un fin. El hombre se había tranquilizado y dominado.

Sonrió ligeramente al detener a una mucama que avanzaba en puntas de pie, y le preguntó dónde estaba situado el cuarto de la señora Agatha Shaw. La aludida había permanecido invisible. El hecho era sumamente curioso. Una sensación de proximidad de drama le excitó un tanto...

Una débil voz femenina respondió a su llamado; Ellery abrió la puerta y se halló a una Shaw tan fea, delgada y consumida, como el ejemplar masculino que Murch se llevara detenido; hallábase la mujer sentada en un *chaise longe*, mirando distraidamente a través de la ventana. Tenía una *negligée* con adornos de pieles, y en sus hinchadas piernas desnudas se destacaban unas venas varicosas.

—Y bien —dijo con acrimonia, sin volverse—, ¿qué se le ofrece?

—Me llamo —se presentó el detective— Ellery Queen, y el señor Mason recurrió a mí para que le ayudara a solventar sus dificultades.

Ella volvió entonces, lentamente, su esquelético cuello.

—Ya he oído hablar de usted —declaró—. ¿Pretende acaso que le reciba con bombos y platillos? Me imagino que fué usted quien dispuso la detención de John, mi hermano. En ese caso, permítame que le diga que son todos ustedes, sin distingos, un hato de imbéciles.

—La idea de llevar a su hermano bajo custodia fué exclusiva del capitán Murch. Sin embargo, no le han arrestado oficialmente. De todos modos, es bueno que sepa que yo me he opuesto enérgicamente a ese arresto.

Ella respiró con fuerza y cubrió la desnudez de sus piernas, en un tardío arranque de feminidad.

—Tome asiento, señor Queen —dijo lacónicamente—. Le ayudaré en todo lo que pueda.

—Por lo demás —recalcó Ellery sentándose—, no conviene recriminar por entero a Murch, pues pesa sobre su hermano una terrible sospecha.

—Sí, ya sé; y también sobre mí.

—Así es —corroboró Ellery penosamente—; y contra usted.

Ella levantó sus escuálidos brazos y exclamó:

—¡Oh, cuánto odio a esta maldita casa y a esa maldita mujer! Ella tiene la culpa de todas nuestras vicisitudes. A buen seguro que llegará un día en que...

—Supongo que se refiere usted a la señora de Royce. ¿No será usted un tanto injusta con ella? Por lo que me explicó Mason, es evidente que no ha mediado la menor coerción para que su madrastra legara la fortuna de su padre a la señora Royce. Nunca se conocieron ambas mujeres; jamás mantuvieron correspondencia, y su primo se encontraba a tres mil millas de distancia. Es embarazoso para usted, pero la señora de Royce no tiene la culpa.

—Ella nos despojó de nuestro dinero. Y ahora tenemos que quedarnos aquí y... ser mantenidos por ella. ¡Esto es intolerable! Ella estará aquí, por lo menos, un par de años.

—Temo no comprender. ¿Por qué un par de años?

—En el testamento de esa mujer se especificaba que esta "preciosa" prima nuestra debía venir a vivir aquí y oficiaría de dueña de casa por un mínimo de dos años. ¡Esa fué la venganza de aquella endiablada mujer! ¿Qué habrá visto en ella mi padre? "Hay que proveer un hogar a John y Agatha —decía ella en su testamento—, hasta que hallen una solución permanente a sus problemas". ¿Qué le parece eso? Yo jamás habré de olvidar esas palabras. ¡Nuestros "problemas"! ¡Oh, cada vez que pienso en ello!

Se mordió los labios y le miró de soslayo, como temerosa de haberse excedido en la confidencia.

Ellery exhaló un suspiro, y fué en dirección a la puerta.

—¿De veras? ¿Y si algo... obligara a salir de la casa a la señora Royce antes de la expiración del período especificado?

—El dinero vendría a nosotros, claro está —manifestó ella, con gesto de amargo triunfo. Su delgada piel oscura aparecía ahora violácea—. Si algo ocurriera...

—Confío —dijo Ellery, secamente— que nada habrá de ocurrir.

Cerró la puerta y quedó un instante mordiéndose las uñas. Luego sonrió significativamente y descendió las escaleras hacia un teléfono.

John Shaw volvió con su escolta a las diez de la noche. Tenía el pecho más hundido; los dedos le temblaban más; sus ojos se hallaban

Ellas son así



—Por mí no se apure, señora. Piense con tranquilidad cuál rincón le agrada más para poner el piano.

Interesada



—Mi primer impulso fué darle calabazas; pero recordé a tiempo que faltan muy pocos días para mi cumpleaños.

EL PERRO ASDRUBAL

por



más invectados de sangre y aparecía más sombrío. Murch parecía un nubarrón cargado. El hombre cadavérico penetró en el *living-room* y se dirigió a una garrafa. Bebió solo, con una determinación mecánica. Y nadie le molestó.

—Nada —dijo Murch a Mason y Ellery, con gran desaliento.

A las doce de la noche, todos en la casa dormían profundamente.

❦ ❦ ❦

La primera persona en dar la voz de alarma fué la señorita Krutch. Era ya casi la una de la mañana cuando descendió por el corredor superior, gritando a pleno pulmón:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Un humo espeso caracoleaba alrededor de sus piernas, y a la débil luz de la luna que se filtraba por una ventana del corredor, se destacaba su temblorosa silueta con fina ropa de dormir.

En el corredor comenzó entonces a bullir la vida. Abriéronse estrepitosamente las puertas; asomaron algunas cabezas impacientes; se lanzaron en profusión gritos y preguntas anhelantes, y algunas gargantas carraspearon por la humareda.

El doctor Phineas Mason, que despojado de su dentadura parecía un centenario, corrió en dirección a la escalera con un ridículo camisón de dormir. Murch, por su parte, subía aprisa las escaleras seguido por un John Shaw atónito y más legañoso que de ordinario. La escuálida Agatha, en pijama de seda, descendió por el corredor con Peter en sus brazos, gritando con todas sus fuerzas. Dos sirvientes descendieron también las escaleras, como ratas espantadas.

Pero Ellery Queen se mantuvo impasible, fuera de la puerta de su cuarto. Y miró serenamente a su alrededor, como buscando a alguien.

—¡Murch! —llamó, con voz clara y penetrante.

Y el aludido subió a la carrera.

—¿Dónde demonios es el fuego? —preguntó irritado.

—¿Ha visto usted a la señora de Royce?

—¿A la señora de Royce? ¡Oh, no!

Y se lanzó corriendo por el *hall*, seguido de Ellery Queen.

Murch empuñó la manija de una puerta, pero la halló cerrada.

—¡Caramba! Debe haber quedado dormida, o la habrá vencido el...

—En ese caso —dijo Ellery, entre dientes, echándose hacia atrás— déjese de gritar y ayúdeme a derribar la puerta. No vamos a dejar que se queme viva.

En medio de la oscuridad y envueltos por el molesto humo, ambos hombres se arrojaron impetuosamente contra la puerta. A la cuarta acometida, lograron arrancarla de sus goznes, y Ellery se lanzó hacia el interior del cuarto. Los potentes rayos de su linterna, hurgaron en las tinieblas. Repentinamente, algo golpeó en la mano de Ellery Queen, cayéndosele al suelo la linterna. Un momento después, Ellery Queen se trababa en recia pelea, como si del resultado de la misma dependiera su propia vida. Su adversario era un musculoso y jadeante demonio, con dedos como garras, que buscaron afanosamente su garganta. Murch, que quedara rezagado, comenzó a gritar:

—¡Señora Royce! ¡Si somos nosotros!

Algo agudo y frío rozó una de las mejillas de Ellery Queen, dejando en ella una molesta quemazón. Ellery halló un brazo desnudo, que torció con fuerza, y entonces se oyó que algo metálico caía al suelo. Murch pareció al fin reaccionar y se adelantó.

También se adelantó un uniformado policía local, que comenzó a buscar con su linterna de mano. El puño de Ellery partió con gran fuerza hacia adelante, dió vigorosamente en un estómago abultado..., y al instante se aflojaron los dedos aferrados a la garganta del detective. En ese mismo momento halló el policía local el botón de la luz eléctrica.

La señora de Royce, temblando violentamente, apareció en el suelo, ante los dos hombres. Su cabeza daba la sensación de que le habían arrancado en parte el cuero cabelludo. Ellery lanzó una maldición entre dientes y dió un tirón a esa cabellera, la cual se desprendió por completo, dejando al descubierto una cabeza rosácea, rodeada de cabellos grises.

—¡Es un hombre! —exclamó Murch, estupefacto.

—Esto —masculló Ellery Queen, sujetando con una mano firme el cuello de la falsa señora de Royce, en tanto se acariciaba con la otra mano su mejilla herida— lo habrá también de pagar.

—Todavía no comprendo —confesó Mason, por la mañana siguiente, mientras el chofer los llevaba, a él y a Ellery, de regreso a la ciudad— cómo adivinó usted toda la solución, señor Queen.

El detective frunció el ceño y advirtió:

—Sepa usted, amigo Mason, que eso de decir que yo he adivinado toda la solución, constituye casi un insulto para la familia de los Queen. Aquí no ha habido adivinanzas, sino razonamientos puros. Y no pocos malos ratos —agregó reflexivo, acariciándose una vez más su mejilla herida.

—Vaya, vaya, señor Queen —dijo el abogado sonriendo—. Yo jamás he creído en esa tan mentada habilidad suya de deducción.

—Conque es usted escéptico, ¿eh? —exclamó Ellery Queen—. Bueno; pues pasaré a explicarle a usted el caso, desde esa barba que el doctor Arlen pintó sobre el rostro [...] posa de Rembrandt, poco antes [...] cado. Hemos convenido en que es[...] pintó deliberadamente, para dejar [...] respecto a la identidad del asesino [...] haber querido significar? El doct[...] trataba de señalar a una mujer dete[...] biendo usado el recurso de la barba [...] llamar la atención, pues ya sa[...] mujer del cuadro era la esposa de [...] una figura histórica, y en cuanto [...] nosotros respecta, una completa [...] Tampoco pudo Arlen haber quer[...] atención sobre una mujer con una [...] Tampoco sobre un hombre con [...] cuanto en el cuadro había un ros[...] bre que no retocó para nada; si [...] su intención señalar a un hombre [...] como su asesino, esto es, a John S[...] pintado esa barba sobre el ros[...] brandt, que no la tenía. Además, [...] Shaw es una barba en punta, tipo [...] en tanto que la que pintó Arlen [...] cuadrada.

—Adelante —incitó el abogado, [...] terés, aunque no convencido.

—La única conclusión posible, [...] haber quedado eliminadas todas [...] que Arlen pintó esa barba simp[...] indicar masculinidad, dado que el [...] es una de las pocas característica[...] dejadas a nuestro sexo por la [...] En otras palabras, al pintar esa ba[...] rostro de mujer —un rostro cualq[...] jer—, el doctor Arlen decía, vir[...] asesino es una persona que parece [...] que en realidad es un hombre".

—¡Estupendo! —declaró Mason[...]

—Ahora bien —prosiguió Ellery— [...] sona que parece mujer y es real[...] sugiere sin duda mixtificación. La [...] sona extraña en la casa era la señ[...] Ni John ni Agatha podían ser in[...] do que ambos eran bien conocid[...] Arlen, así como también de ust[...] realidad, los había examinado [...] durante años, como médico per[...] milia. En cuanto a la señorita K[...] de su incuestionable femineidad — [...] encantadora mujer— no podía [...] para ser una impostora.

"Ahora bien; desde que la seño[...] parecía ser la más admisible [...] di a reflexionar sobre ciertas c[...] rísticas que había observado en [...] esto es, en su apariencia y mo[...] sorprendí al descubrir un amplio [...] notables confirmaciones.

—¿Confirmaciones? —preguntó [...] ciendo el entrecejo.

Fin de

...O SOMBRERO SE EQUIVOCO *Por TOONDER*







...! He ahí lo que suele pasar a ... escépticos: se confunden fácilmen-... r usted que los labios consti-... sexos una gran diferencia. Los ... Royce estaban minuciosamente ... un trazo perfecto. Este es un ... en una mujer de edad. Bien ... r otra parte, que las damas de ... distinguidas, no caen fácilmen-... de excederse con los cosmé-... al punto de asemejarse a más-... parte, el cutis del hombre, por ... sea su afeitada, aparece siem-... o y no es fácil confundírsele ... femenina.

...ación la teníamos en la ropa. ...ba esa ridícula vestimenta? ... le que una mujer de mundo, ... do, según se presumía, en las ... como una dama del novecien-... un cuello que fué a escoger! ... siendo más prominente en el ... de Adán, la supuesta señora ... un cuello alto para que ocul-... latora. Por otra parte, estaba ... os significativo de esa curiosa ..., los movimientos bruscos; la ... de caminar; los pies planos... ...s zapatos era por cierto elo-... eran planos, sino que acu-... llos. Un hombre no puede ... cteristicas de sus pies al cal-... de mujer.

...o todo lo que usted dice — ... pudo haber habido coinciden-... o? —agregó, al parecer algo

... modo —se apresuró a aclarar ..., simplemente, generalidades. ... señora de Royce no pudo o no ... de tres características que son ... asculinas. Cuando se sentó, en ... que la vi, se levantó la pollera ... con ambas manos, esto es, apo-... cada rodilla. Eso es precisamente ... hacer un hombre cuando se sienta: ... ntalones para evitar, como sa-... dilleras.

¿Observó usted la forma en que ... emente hacia arriba y hacia aba-... cha? ¿No podía ser debido esto ... tumbre de usar monóculo? Y ya ... el monóculo es masculino. Fi-... emos esa costumbre de ahuecar ... dedor del cigarrillo al sacarlo de la boca, en lugar de sostenerlo entre dos dedos, como lo hacen la mayoría de los fumadores. El ademán del ahuecamiento de la mano obedece justamente a una larga costumbre de fumar en pipa, pues el hombre ahueca sus manos sobre la boca de la pipa al retirarla de sus labios. Se trata, pues, de otra característica masculina. Cuando uno considera todos estos detalles, no puede menos de convencerse sobre la masculinidad de la señora de Royce.

"Pero sigamos con las deducciones. Usted me dijo que cuando usted y su socio Coolidge la interrogaron, facilitó un detalle minucioso de la historia de los Shaw y, en particular, de la historia de Edith Shaw. Sin embargo, además de ese conocimiento amplio de los pormenores familiares, se requería una gran habilidad para personificar a esa mujer. El uso del monóculo nos habla de Inglaterra. Esto, unido al acentuado parecido físico familiar, me hizo deducir que siendo la señora de Royce indudablemente de la familia de los Shaw e inglesa por añadidura, tenía que ser forzosamente el otro Shaw de la familia de Morton, esto es, Percy; el hermano de Edith Shaw.

—Pero ella..., quiero decir él —recordó Mason—, me había dicho que Percy Shaw falleció en Europa hace pocos meses, a raíz de cierto accidente automovilístico.

—¡Bah, bah, bah! —expresó Ellery, con tristeza—. "Ella" mintió; eso es todo. Su comunicación fué dirigida a Edith Shaw, habiéndola recibido Percy, dado que compartían la misma casa. Si la carta la recibió Percy, tenemos entonces que quien falleció a consecuencias de un accidente automovilístico, fué Edith Shaw, aprovechando entonces Percy la oportunidad para obtener para sí una buena fortuna con sólo personificarla.

—Pero ¿por qué —preguntó Mason, perplejo— dió muerte al doctor Arlen? Nada tenía que ganar, puesto que el dinero de Arlen estaba destinado a los primos de los Shaw y no a Percy Shaw. ¿Quiere usted decir que hubo en el pasado alguna relación...?

—De ningún modo —murmuró Ellery—. ¿A qué rebuscar en el pasado cuando el motivo lo tenemos a mano?

"Si la señora de Royce era un hombre, el motivo era bien evidente. De acuerdo a los términos del testamento de la viuda de Shaw, Arlen debía examinar periódicamente a la familia y con particular atención a la señora de Royce. Y Agatha Shaw me dijo anoche que la señora de Royce estaba obligada, por el testamento, a permanecer en la casa durante dos años. Era obvio entonces que la única forma en que la señora de Royce podía evitar que se produjera el cataclismo de que el doctor Arlen la examinara, y que se descubriera su impostura, pues claro está que ello tenía que ocurrir al efectuarse el examen, era matando a Arlen. Qué simple es ahora todo, ¿verdad?

—Pero la barba pintada por Arlen, ¿significaba acaso que descubrió antes de tiempo la impostura?

—No creo que lo descubrió por sí. Lo que probablemente aconteció, fué que el impostor, sabiendo que estaba por realizarse el primer examen, fué la otra noche a ver al doctor Arlen para hacerle una proposición, revelándose como un hombre. Arlen, a fuer de hombre honrado, debió haberse rehusado al soborno. En ese momento debió encontrarse pintando y, pensando rápidamente, al darse cuenta de la imposibilidad de dar en la casa la voz de alarma, ya que se encontraba muy lejos de los demás, incapaz de escribir con el pincel el nombre de su atacante porque "la señora de Royce" lo habría visto y borrado, pensó en la barba de Peter y la pintó tranquilamente mientras "la señora de Royce" le hablaba. Luego fué apuñaleado.

—¿Y la anterior tentativa de envenenamiento contra la viuda de Shaw?

—Eso —dijo Ellery— está, indudablemente, entre John y Agatha.

Mason quedó callado y, por algún tiempo, el automóvil siguió su marcha, sin que ninguno de los hombres hablara. Finalmente, dijo el abogado:

—Bueno, pensando bien las cosas, creo que usted debía estar agradecido a la Providencia. Sin una prueba concreta, usted no hubiera podido acusar a la señora de Royce de ser un hombre, ¿verdad? De haberse usted equivocado, ¡bonito pleito pudo haberle entablado ella! Ese fuego de anoche fué, sin duda, obra de Dios.

—Soy, sobre todas las cosas —declaró Ellery Queen, con toda calma—, un hombre de libre voluntad. Aprecio los actos de Dios cuando ellos ocurren, pero no soy de los que se quedan sentados, aguardándolos. En consecuencia...

—¿Quiere usted decir —exclamó Mason, con la boca abierta—, que...?

—Una llamada telefónica, un viaje precipitado del sargento Velie, y algunas bombas de humo, fueron los elementos que se emplearon para forzar la entrada al cuarto de la supuesta señora de Royce, en horas de plena noche. Y, a propósito —preguntó Ellery Queen, con brusco interés—, ¿no conoce usted por casualidad la dirección permanente de... de la señorita Krutch?

...UJER BARBUDA"



Salomé. (Reproducción de un cuadro del pintor francés Henri Renault.)

Sobre un pico de basalto en forma de cono alzábase al Oriente del Mar Muerto la ciudad de Machærus. La rodeaban cuatro valles profundos: dos por los costados, uno por el frente y el otro por la espalda. Las casas agrupábanse entorno a su base, dentro del círculo de una muralla que ondulaba, siguiendo las anfractuosidades del suelo; y por un zigzagueante camino, tallado en la roca, la ciudad uníase a la fortaleza, cuyos elevados muros presentaban numerosos ángulos y almenas en las esquinas, y de trecho en trecho, torres que eran como florones de esta pétrea corona, suspendida sobre el abismo.

En el interior de esta fortaleza encontrábase el palacio, ornado de pórticos y cubierto por una terraza rodeada de un balaustre de madera de sicomoro, en la que sobresalían los mástiles dispuestos para tender un velario.

Al amanecer de cierto día, el tetrarca Herodes Antipas vino a reclinarse en la balaustrada y a mirar el paisaje que lo circundaba.

Dominadas desde aquella altura, las montañas empezaban a mostrar sus cimas, mientras que sus laderas, hasta lo profundo de los abismos, permanecían aún envueltas en sombra. Flotaba una niebla, que poco a poco se iba evaporando, y aparecían, definidos, los contornos del Mar Muerto. El alba, emergiendo de detrás de Machærus, esbozaba un rojizo resplandor. Pronto iluminó la arena de la playa, el desierto, las colinas, y a lo lejos todos los montes de Judea, que inclinaban sus grises y peladas faldas. En medio, Engaddi trazaba una barra negra; en el fondo, Hebrón, terminando en cúpula; Esquél, con sus granados; Sorek, el de los viñedos, carmen de prados de azucena, y la torre Antonio, desde su monstruoso cubo, dominando Jerusalén. El tetrarca se dió vuelta para contemplar a la derecha las palmeras de Jericó, y por asociación con el panorama pensó en las restantes ciudades de su Galilea: Cafarnaum, Nazareth, Endor, Tiberiades, adonde quizá no volvería ya nunca. Mientras tanto, el Jordán corría por la árida llanura, todo blanco y resplandeciente como una cinta plateada. El largo, ahora, parecía de lapislázuli, y en el extremo meridional del lado del Yemen, Antipas vislumbró lo que no hubiera deseado ver. Tiendas sombrías, esparcidas, hombres con lanzas circulando entre los caballos y muchas hogueras extinguiéndose, ...llando aún, como estrellas posadas ...

Eran las huestes del rey de los ... ya hija él había repudiado por ... sada con uno de sus hermanos ... Italia, libre de la ambición de g...

Antipas esperaba socorro de los ... como Vitelio, gobernador de Siria, ... aparecer, la inquietud lo consumía.

¿Le habría minado Agripa el ... Roma? Filipo, su tercer hermano, ... naba en Betania, preparaba sus ... destinamente. Como ya los jud... sus costumbres idólatras, muy di... primeros tiempos de su dominac... entre dos planes: amansar a los á... zar una alianza con los partid... pretexto de festejar su cumpleañ... vitado a un gran festín para aque... a los jefes de sus ejércitos, a los ... res de sus tierras y a los principa...

Oteó con mirada perspicaz to... nos. Estaban desiertos. Las águila... bre su cabeza, los soldados dormi... a las paredes, a lo largo de la ... castillo no se movía nadie.

De súbito, una voz lejana, com... las entrañas de la tierra, hizo ... tetrarca. Inclinóse hacia abajo para ... pero ya se había apagado. Entonces ... fuerte palmada, gritó:

—¡Mannaei! ¡Mannaei!

Un hombre desnudo hasta la ... los masajistas de los baños, apa... Era de elevada estatura, viejo, ... sobre los muslos llevaba un ... vaina de bronce. La cabellera, ... medio de una peineta, exageraba ... de su frente. Cierta somnolencia ... la mirada, pero sus dientes relucía... dos de sus pies posábanse qued... las losas; todo su cuerpo tenía ... un simio, y su rostro reflejaba ... dad de una momia.

—¿Dónde se encuentra aquél? — ... el tetrarca.

Mannaei respondió señalando co... un objeto que se hallaba detrás de ...

—¡Allí! ¡Siempre allí!

—Me pareció oírle.

Y cuando hubo respirado hon... tipas se informó sobre Iaokanann... quien los latinos llaman San Juan ... bían vuelto a ver a aquellos dos ... mitidos el mes pasado por cari... labozo, y habían averiguado d... a qué vinieron?

Mannaei respondió:

—Han cruzado palabras mister...



TEXTO INTEGRO de la famosa novela de

GUSTAVO FLAUBERT

La pintura italiana del siglo XV concibió en esta forma la decapitación de San Juan el Bautista

como hacen por la noche, en las encrucijadas de los caminos, los ladrones. En seguida salieron para la alta Galilea, anunciando que eran portadores de una buena nueva.

Antipas bajó la cabeza; después, con expresión de espanto, exclamó:

—¡Guárdalo, guárdalo, y no dejes entrar a nadie! ¡Cuida bien la puerta! ¡Cubre el foso! ¡No deben sospechar siquiera que vive!

Mannaei, sin haber recibido esas órdenes, ya las cumplía, porque Iaokanann era judío, y él, como todos los samaritanos, execraba a los judíos.

Su templo de Garizin, elegido por Moisés como centro de Israel, ya no existía desde el rey Hyrcan; y el de Jerusalén los enardecía de furor, como una injusticia y un ultraje permanentes. Mannaei se había introducido allí con el propósito de profanar el altar con huesos de muertos. Sus compañeros, más torpes que él, habían sido decapitados.

Mannaei lo divisaba en medio de dos colinas. El sol hacía refulgir sus murallas de mármol blanco y las tejas de oro de su techumbre. Era como una luminosa montaña: algo sobrehumano que lo dominaba todo por su opulencia y su esplendor.

Entonces extendió el brazo hacia el lado de Sión, y con el cuerpo erguido, la cara vuelta hacia atrás y los puños crispados, le lanzó su anatema, convencido de que las palabras tienen un poder real.

Antipas le escuchaba, sin escandalizarse por ello.

El samaritano expresó después:

—Por momentos está agitado; desea huir y aguarda su liberación. Otras veces, en cambio, tiene el aspecto tranquilo de un animal enfermo, o bien se le ve caminar en las tinieblas, repitiendo: "¿Qué me importa? ¡Para que crezca él es necesario que yo disminuya!"

Antipas y Mannaei se miraron a la cara. Pero el tetrarca ya estaba cansado de pensar.

Todas aquellas montañas que se alzaban a su alrededor como expresión de gigantescas olas petrificadas; las negras cimas que coronaban los acantilados; la inmensidad del celeste cielo; el esplendor radiante del día; la hondura de los abismos, le inquietaban; y el espectáculo del desierto, que imita, en su conformación geológica, anfiteatros y palacios en ruinas, le causaba dolorosa impresión. El viento cálido traía en sus ráfagas el olor de azufre, como la emanación de las ciudades malditas, soterradas bajo las olas de plomo. Estos signos de una cólera inmortal amedrentaban su pensamiento y permanecía acodado sobre la balaustrada, mirando fijamente o con las mejillas en las manos. Alguien le había tocado. Se dió vuelta con presteza. Herodías estaba delante de él.

Una fina túnica de púrpura la envolvía hasta las sandalias. Había salido presurosamente de su aposento, y no llevaba ni pendientes ni collares. Sobre el brazo le caía una trenza de sus cabellos negros, que iba a hundirse entre los dos senos. Dilatábanse las aletas de su nariz; la alegría del triunfo iluminaba su rostro, y con voz potente, sacudiendo al tetrarca, expresó:

—César nos ama. Ya está preso Agripa.

—¿Quién te lo dijo?

—Yo lo sé.

Y añadió:

—Es por ambicionar el imperio para Cayo.

Antipas, a pesar de vivir de sus limosnas, había usurpado el título de rey, que ellos, como él, ambicionaban. Pero en lo futuro ya no habría temor. "Las mazmorras de Tiberio se abren difícilmente, y alguna vez la vida no está segura allí".

Antipas la comprendió, y, aunque Herodías fuese hermana de Agripa, su perversa intención le pareció justificada. Esos asesinatos, resultante lógica de las cosas, eran una inmutable fatalidad de las casas reales. En la de Herodes no podían ni contarse ya.

Después ella reveló todo su plan: los deudos comprados, los partes interceptados, los espías en todas las puertas; la forma en que había llegado a seducir a Eutiques, el denunciador: "¡No me costaba gran cosa! ¿No hice ya por ti mucho más? ¿No abandoné a mi hija?"

La había dejado en Roma, desde su divorcio, esperando tener otros hijos del tetrarca. Jamás hablaba de ello, y Antipas se preguntaba a qué obedecería ese acceso de ternura.

El velario había sido desplegado y rápidamente colocaron anchos cojines cerca de ellos. Herodías se dejó caer, y vuelta de espaldas lloró. Luego, pasándose las manos por las mejillas, dijo que no quería atormentarse más, que se consideraba feliz; y recordó sus charlas, allá abajo, en el atrio, sus encuentros en las estaciones termales, sus paseos por la Vía Sacra y las noches pasadas en las majestuosas villas de la campiña romana, bajo arcadas de rosas y entre el continuo murmullo de los surtidores. Lo miraba como en otros tiempos, apretándose contra él con gestos mimosos. Antipas la rechazó. ¡Estaba ya tan apagado el amor que Herodías trataba de reavivar! Lo que se le presentaba ahora eran sus desdichas, porque pronto iba a hacer doce años que la guerra duraba. Tantas y tan graves preocupaciones habían envejecido al tetrarca. Sus hombros, cubiertos con una toga sombría, de cenefa violeta, se encorvaban y sus cabellos blancos mezclábanse con la barba. Un rayo de sol que atravesaba el toldo bañaba en luz su preocupada frente. La de Herodías también mostraba ya algunas arrugas; y ahora frente a frente contemplábanse de una manera despiadada.

Los caminos de la montaña comenzaban a animarse. Pastores que aguijoneaban a sus bueyes, niños llevando de la rienda a sus asnos, palafreneros conduciendo caballos. Los que bajaban las alturas, al otro lado de Machærus, perdíanse detrás del castillo; otros ascendían la torrentera, y al llegar a la ciudad dejaban su carga en los patios. Eran los proveedores del tetrarca y la servidumbre que se adelantaba a los invitados.

De pronto, en el fondo de la terraza, a la izquierda, apareció un esenio, de aspecto estoico, vestido de blanco y descalzo. Mannaei se abalanzó del lado derecho, esgrimiendo su cuchillo. Herodías gritó:

—¡Mátalo!

—¡Detente!—ordenó el tetrarca.

Y permaneció inmóvil. El otro también se detuvo.

Después, cada uno por una escalera distinta, se retiraron andando de espaldas, sin cesar de mirarse.

—Lo conozco—expresó Herodías—, se llama Phanuel y trata de ver a Iaokanann, ya que tú te empeñas en encerrarlo vivo.

Antipas objetó que quizá algún día pudiera servirle. Sus ataques contra Jerusalén les atraían el odio del resto de los judíos.

—¡No!—exclamó Herodías—. Los judíos aceptan todos los amos, y son incapaces de crearse una patria.

Y con respecto al que perturbaba al pueblo con las esperanzas mantenidas desde Nehemías, lo mejor que podría hacerse era suprimirlo.

El tetrarca opinaba que no había motivo para precipitarse. "¡Iaokanann, peligroso! ¡Vamos!", solía decir, y aparentaba tomarlo a broma.

—¡Cállate!

Entonces ella refirió de nuevo su humillación el día en que se halló en el camino de Galaad, cuando la cosecha del bálsamo.

—A orillas del río había muchas personas que volvían a vestirse, y al lado, sobre un montículo, un hombre les hablaba. Alrededor de la cintura llevaba una piel de camello, y su cabeza semejaba la de un león. Tan pronto me vió lanzó sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus pupilas echaban fuego; su voz, rugía; alzaba los brazos como impetrando el trueno. ¡Yo no podía huir! Las ruedas de mi carro habíanse enterrado en la arena, y tuve que alejarme despaciosamente, recogiéndome en mi manto, zaherida por aquellas injurias que caían sobre mí como recio granizo.

Iaokanann no la dejaba vivir en p
do lo prendieron, lo ataron con liga
soldados tenían orden de apuñalarlo
sistía; pero él se mostró dócil y se
var. En su prisión habían introducid
tes; pero éstas aparecieron muertas.

La persistencia de aquellas ma
exasperaba grandemente a Herodías
¿por qué luchaba contra ella? ¿Qué
guiaba? Sus discursos, dichos ante
des, habíanse extendido; circulaba
en el aire, y por todas partes los
tra el ataque de las legiones no le h
tado valor. Pero aquella fuerza, m
sa que la cuchilla y que no se p
era demoledora. Pensando en ello
un extremo al otro la terraza, pá
sin hallar palabras que expresaran
ahogaba.

Temía también que quizá el t
diendo a la opinión, se resolviese
la. Entonces, estaría perdido todo
ba desde niña el sueño de un gra
Por llegar a realizarlo fué por lo
dose de su primer esposo, habíase
otro que, a lo mejor, la defraud

—¡Buen apoyo conseguí al entra
milia!

—¡Vale tanto como la tuya!—d
ca calmosamente.

Herodías sintió que en sus ven
sangre de sus antepasados los pa
reyes.

—¡Pero si el templo de Ascal
tu abuelo! ¡Y los otros eran bandid
conductores de caravanas, una
taria de Judá desde la época del
¡Todos mis ascendientes han v
pre a los tuyos. El primero de
os echó de Hebrón. Hyrkan fu
obligó a circuncidaros!

Y lanzando el desprecio de la p
el plebeyo, el odio de Jacob c
le echó en cara su indiferencia
jes; su debilidad con los fariseos
naban; su cobardía hacia el pueb
testaba.

—¡Tú eres como él, reconócelo!
das de aquella muchacha árabe
en torno de las piedras? ¡Tó
¡Vete a vivir con ella en su ca
¡Come su pan cocido entre ce
la leche cuajada de sus ovejas! ¡
radas mejillas! ¡Y no te acuerdes

El tetrarca ya no escuchaba. M
tea de su casa, donde se veía una
su lado una vieja, sosteniéndole e
mango de bambú, largo como
pescar. En el medio del tapiz a
to, un gran cesto de viaje. Vel
arracadas de orfebrería, desborda
confuso montón. De tanto en
se inclinaba hacia aquellas cosas,
al viento. Vestía como las roma
da túnica y peplo adornado de
de esmeralda; sujetaban su cabel
rreas azules, demasiado pesadas,
que se llevaba a menudo la man
nerlas. La sombra del quitasol
bre ella, ocultándola a medias. D
ces divisó Antipas su cuerpo del
lo de sus ojos, el rinconcito de
minuta, pero de las caderas a la
do su talle que se inclinaba, para
instante, con elegante elasticida
verla otra vez realizar el mismo
su respiración se hacía más fue
sas llamas se encendían en sus
lo observaba.

—¿Quién es esa?—le preguntó

Ella respondió que no sabía,
calmada repentinamente.

Al tetrarca lo esperaban bajo
maestro de las escrituras, los ga
nistrador de las salinas, el jefe d
un judío de Babilonia, que man
netes. Todos le saludaron clamor
go desapareció hacia el interior

...rgió en el ángulo de un corredor: ...ra vez! ¿Vienes, acaso, por Iaoka-...

... Tengo que comunicarte una im-...

...rtarse de Antipas, penetró detrás ... habitación.

...aba por un enrejado que corría ...argo de la cornisa. Las paredes ...das de un color granate, casi ne-... fondo veíase un lecho de ébano ...ras de piel de vaca. Sobre la tes-... como un sol un escudo de oro. ...zó toda la sala, y se acostó en...

...aba en pie. Levantó un brazo y ... inspirada:

...mes, el Altísimo envía un hijo ... es de éstos. Si le oprimes, tú ...

... que me persigue! —gritó Anti-...do de mí una acción imposible. ...es me tortura. Yo, al principio. ... él. Ha llegado a enviar emisa-... hærus para que subleven mis ... Desgraciado de él! ¡Puesto que ... tengo que defenderme!

...o violento en su cólera —replicó ...ero no importa. Es necesario li-...

...tras feroces no se les deja en ... el tetrarca.

...ctes ya —respondió el esenio—. ... árabes, los escitas y los galos. ... extenderse por toda la tierra. ...ó sumirse en una visión. ...es fuerte; y contra mi deseo, yo ...

... quedará en libertad?

... meneó la cabeza. Temía a He-...ei y al desconocido.

... de persuadirle, exponiendo, co-... de sus palabras, la sumisión de ...os reyes. Aquellos hombres po-...les por el medio de la violencia. ... y que leían el futuro en las ... sumamente respetados.

... pronto, se acordó de una palabra ...bía pronunciado momentos antes. ...ra cosa importante que me acabas ...

... palabras, apareció un negro, con ... blanco de polvo, agitado y sin ...ás que para anunciar:

...Viene hacia aquí?

... visto! Antes de tres horas estará ...

... de los corredores se agitaron ...otara el viento. Un rumor pobló ...estruendo de gente que corría, ...rados por el suelo, vajilla de pla-...ena. Desde lo alto de las torres, ...Antipas hicieron sonar las bocinas ...a los dispersos esclavos.

II

...telio entró en la plaza, las mura-...stadas de gente. Apoyábase en el ...térprete, y una gran litera roja, ...enachos y espejos, le seguía. Ves-... laticlavia y los brodequines de ...aban su persona los lictores.

... la puerta plantaron sus doce haces, ... por una correa, con el hacha ...Entonces, todos temblaron ante la ...d del pueblo romano.

... conducían ocho hombres, detú-... salió un adolescente ventrudo, ... semblante, con los dedos cu-...ias. Le ofrecieron una copa de vi-... La bebió y al instante pidió otra. ... se había echado a las rodillas ... pesaroso —expresaba— de no ha-... antes el favor de su presencia. ...rio, hubiera dispuesto todo lo in-...ara el paso de los vitelios. Estos descendían de la diosa Vitelia. Un camino que lleva de Janículo al mar, perpetúa su nombre. Las cuesturas, los consulados, eran numerosos en su familia. En cuanto a Lucio, su huésped, debíasele gratitud como vencedor de Elitos y como progenitor del joven Aulio, que parecía retornar a sus dominios, puesto que el Oriente era la tierra de los dioses. Tales hipérboles fueron dichas en latín, y Vitelio las aceptó con impasibilidad.

El respondió que el gran Herodes Antipas bastaba para dar gloria a una nación. Los atenienses le habían concedido la superintendencia de los torneos olímpicos. Había levantado templos en honor de Augusto, y mostrádose paciente, ingenioso, terrible y siempre fiel a los Césares.

Por entre las columnas de capitel broncíneo se vió venir a Herodías avanzando con gesto de emperatriz, rodeada de mujeres y eunucos que portaban en bandejas de plata perfumes encendidos.

El procónsul se adelantó unos pasos a su encuentro, y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¡Qué júbilo —exclamó Herodías— saber que Agripa, el enemigo de Tiberio, ya no está, desde ahora, en condiciones de causar daño!

Vitelio ignoraba el suceso, y aquella mujer que hablaba así le pareció peligrosa; y como Herodes Antipas jurase que él haría cualquier cosa por el emperador, le preguntó:

—¿Aun en perjuicio de otros?

Había tomado rehenes del rey de los partos, sin que el emperador lo dispusiera así; y Antipas, presente a la conferencia, para hacerse valer, había expandido al instante la noticia. Esto era lo que había atraído su profundo rencor y lo que originó la demora en enviarle socorros.

Balbuceó el tetrarca; pero Aulio exclamó sonriendo:

—¡Tranquilízate! ¡Te protejo yo!

El procónsul fingió no haber oído. La fortuna del padre dependía mucho de la indignidad del hijo, y aquel vestigio del fango de Cáprea le procuraba tan considerables beneficios, que le rodeaba de atenciones, aun desconfiando de él, porque realmente era nocivo.

Ante la puerta ovóse un gran tumulto, y una recua de mulas blancas, montadas por personas vestidas con traje sacerdotal, fué introducida. Eran los saduceos y fariseos que iban a Machærus, impulsados por idéntica pretensión: los primeros, por obtener la sacrificatura, y los segundos, por conservarla. Sus rostros eran sombríos, en especial los de los fariseos, enemigos de Roma y del tetrarca. El ruedo de sus túnicas les estorbaba en la aglomeración, y la tiara vacilaba en su frente por sobre las tiras de pergamino, donde llevaban grabados fragmentos de las escrituras.

Casi simultáneamente llegaron los soldados de la vanguardia. Habían metido en bolsas sus escudos para preservarlos del polvo, y detrás de ellos marchaba Marcelo, lugarteniente del procónsul, con dos publicanos que portaban debajo del brazo sus tabletas de madera.

Antipas hizo la presentación de los principales de su corte: Tolmai, Sehón, Kanthera, Ammonio de Alejandría, que le compraba el asfalto; Naaman, capitán de sus tropas ligeras; el babilonio Iazim.

Vitelio había puesto sus ojos en Mannaei.

—¿Y quién es ese?

El tetrarca, con un gesto, le hizo comprender que era el verdugo.

Después presentó a los saduceos.

Jonathas, un hombrecito de movimientos ágiles, que hablaba griego, rogó el señor que les honrara con una visita a Jerusalén. A lo que Vitelio respondió que quizá iría.

Eleazar, con su larga barba y su aguileña nariz, pidió el manto del gran sacerdote para los fariseos, detenido en la torre Antonia por la autoridad civil.

A continuación, los galileos denunciaron a Poncio Pilatos. Por culpa de cierto loco que buscaba los vasos de David en una caverna próxima a Samaria, había matado a muchos habitantes. Todos hablaban a la vez. Mannaei, más violento que los demás. Vitelio afirmó que serían castigados los criminales.

Frente al pórtico, donde habían colgado sus escudos los soldados, estallaron agrias vociferaciones. Las cubiertas, estaban despedazadas, y sobre el *umbo* veíase la imagen de César. Esto era una idolatría para los judíos. Antipas los arengó, en tanto Vitelio, al pie de las columnas, sentado en su alto sitial, asombrábase de su furor. Tiberio había hecho muy bien en desterrar a cuatrocientos en Cerdeña. Pero aquí, en su tierra, eran más fuertes, y mandó que se retirasen los escudos.

Entonces rodearon al procónsul, suplicando reparación de injusticias, privilegios, limosnas. Destrozábanse las ropas, se arrastraban, y para hacer lugar, los esclavos golpeaban con sus bastones a todos lados. Los más próximos a la puerta bajaban por el sendero, mientras otros subían. Luego volvían. En aquella masa de hombres que oscilaba comprimida en el recinto de las murallas, cruzábanse dos corrientes.

Vitelio inquirió por qué había tanta gente. Antipas explicó la causa: era el festín de su cumpleaños, y le señaló a muchos hombres que, inclinados sobre las almenas, subían con cuerdas inmensos canastos con viandas, frutas y legumbres. Halaban también antílopes y cigüeñas, finos pescados que azuleaban, uvas, sandías y granadas. Aulio no pudo dominarse. Precipitóse hacia las cocinas, arrastrado por aquella gula que había de sorprender al mundo entero.

Al pasar al lado de una cuerda vió varias marmitas que parecían corazas. Vitelio fué a mirarlas. Después exigió que le abrieran las habitaciones subterráneas que hubiese en la fortaleza.

Estaban horadadas en las rocas, en altas bóvedas, con pilares de trecho en trecho. La primera guardaba viejas armaduras; pero la segunda estaba atestada de lanzas que alargaban todas sus puntas, sobresaliendo de un ramillete de plumas. La tercera parecía estar tapizada de estera de cañas, de tan juntas que estaban las finísimas flechas, colocadas perpendicularmente unas pegadas a las otras. Hojas de cimitarra tapaban las paredes de la cuarta. En el centro de la quinta, las hileras de cascos, con sus crestas, semejaban un batallón de serpientes rojas. En la sexta no se veía más que carcajs; en la séptima, enémides; brazaletes en la octava; en las siguientes, garfios, horcas, escalas, cuerdas, maderos para las catapultas, ¡inclusive cascabeles para el petral de los dromedarios!, y como iba ensanchándose la montaña hacia su base, agujereada por su interior como un panal de abejas, por debajo de aquellas habitaciones había otras más numerosas y más profundas aun.

Vitelio, su intérprete, Fineas y Sisenna, jefe de los publicanos, las recorrieron a la luz de las antorchas que sostenían tres eunucos.

Entre la sombra surgían cosas terribles inventadas por los bárbaros: cachiporras guarnecidas de clavos, dardos envenenados, tenazas como fauces de cocodrilo. En fin, el tetrarca tenía en Machærus provisiones de guerra para pertrechar a cuarenta mil hombres.

Había ido acumulándolos en previsión de una alianza con sus enemigos. Sin embargo el procónsul podía creer, o aparentarlo, que eran para combatir a los romanos, y solicitaba explicaciones.

Antipas expresó que no eran suyas; muchas servían para defenderse de los bandidos; otras se necesitaban contra los árabes; también manifestó que todo aquello había pertenecido a su padre. Y en vez de marchar detrás del procónsul, caminaba delante, con paso muy rápido. Luego se colocó arrimado al muro que cubría con su toga, y con los dos codos abiertos; pero por sobre su cabeza se veía lo alto de una puerta. Vetelio quiso saber qué se encerraba allí. Sólo podía abrirla el babilonio.

—¡Llámalo!

Y aguardaron.

Desde las orillas del Eufrates había venido

su padre a ofrecerse al gran Herodes con quinientos caballeros, para defender las fronteras orientales. Luego del reparto del reino, Iazim había permanecido al lado de Filipo, y ahora servía a Antipas.

El babilonio se presentó con un arco al hombro y un látigo en la mano. Cordones multicolores apretaban firmemente sus torneadas piernas. Sus recios brazos salían de debajo de una túnica sin mangas, y un gorro de piel sombreaba su rostro, cuya barba lucía rizada en anillos.

Al principio pareció no comprender lo que se quería de él. Pero Vitelio lanzó una mirada a Antipas, quien repitió al instante la orden, y entonces Iazim aplicó sus dos nervudas manos contra la puerta, y ésta, sola, resbaló en el muro.

Una ráfaga de aire cálido llegó de las tinieblas. Penetraron en un pasadizo curvado, que los llevó a los umbrales de una cueva más amplia que los demás subterráneos.

Una arcada abríase al fondo sobre el precipicio, que por aquel lado defendía la ciudadela. Una madreselva trepando hasta la bóveda dejaba caer sus perfumadas flores a la luz del día. Al nivel del suelo un hilillo de agua pasaba murmurando.

Allí habría hasta un centenar de caballos blancos, que comían la cebada en un gran pesebre al nivel del hocico. Todos llevaban pintadas de azul las crines, los cascos en mitones de esparto y los pelos del testuz caían sobre el frontal como una peluca. Con su larga cola, sacudían incesantemente los jarretes. El procónsul quedó admirado.

Eran maravillosos animales, flexibles como serpientes, ligeros como halcones. Partían con la flecha del jinete, derribaban a los enemigos mordiéndoles en el vientre, salvaban los obstáculos que les oponían las rocas, saltaban sobre los abismos, y durante todo un día mantenían su galope frenético por las llanuras; una palabra bastaba para detenerlos. Tan pronto entró Iazim se acercaron a él como borregos cuando aparece su pastor, y, alargando el cuello, lo miraban inquietos con sus ojos vivaces. Como solía hacer siempre, lanzó un grito ronco que los puso alegres y se encabritaron, anhelantes de espacio, deseando galopar. Temeroso de que Vitelio se los llevara, Antipas los había encerrado en aquella cueva, destinada a los animales en caso de sitio a la fortaleza.

—La cuadra no es buena —dijo el procónsul—; te expones a perderlos. Sisenna, haz el inventario.

El publicano sacó de su cinturón una tablilla, contó los caballos y los inscribió.

Los agentes de las compañías fiscales sobornaban a los gobernadores para saquear las provincias. Husmeaba éste por todas partes con su mandíbula de hurón y sus párpados fláccidos.

Por fin subieron de nuevo a la plaza.

Grandes placas circulares de bronce, esparcidas por el pavimento, cubrían las cisternas. Descubrió una más grande que las otras. Las golpeó todas alternativamente, y luego, pateando, exclamó con fuerza:

—¡Ya lo tengo! ¡Aquí está el tesoro de Herodes! ¡Ya lo tengo!

La búsqueda de aquellos tesoros era una obsesión de los romanos.

El tetrarca juraba que no existían.

Sin embargo, ¿allí abajo, qué había?

—¡Nada! ¡Un hombre, un prisionero!

—¡Muéstralo! —dijo Vitelio.

El tetrarca no obedeció, porque los judíos hubieran descubierto su secreto. Aquella resistencia irritó a Vitelio.

—¡Hundid eso! —ordenó a los lictores.

Mannaei adivinó lo que les afanaba. Al ver un hacha creyó que iban a decapitar a Iaokanann, y detuvo al lictor al primer golpe sobre la plancha. Entre ella y el pavimento introdujo una especie de gancho; luego, estirando sus largos y nervudos brazos, la levantó con suavidad, terminando por derribarla. Bajo la doble cubierta de madera extendíase una trampa de idéntica medida. De un puñetazo separáronse las dos mitades, y entonces apareció un agujero, un enorme foso que rodeaba una escalera sin rampa. Los que se asomaron al borde vieron en el fondo una cosa incierta y horripilante.

Allí había un ser humano tirado en el suelo, oculto por la maraña de sus largos cabellos revueltos con las pieles de fiera que le abrigaban la espalda. Se incorporó. Con la frente tocaba en una reja de barrotes transversales, y de vez en cuando desaparecía en las entrañas de su antro.

El sol refulgía en el remate de las tiaras y en el pomo de las espadas; generosamente caldeaba las losas; y las palomas, revoloteando desde sus agujeros, daban la vuelta por sobre el patio. Era la hora en que Mannaei solía echarles de comer. Ahora estaba en cuclillas delante del tetrarca, que permanecía de pie junto a Vitelio. Galileos, sacerdotes y soldados formaban círculo en torno, todos silenciosos, con la angustia de lo que iba a suceder.

Lo primero fué un suspiro exhalado por cavernosa voz.

Herodías, desde el otro lado del palacio, la oyó, y, vencida por extraña fascinación, atravesó por entre la multitud y escuchó, con el cuerpo inclinado y una mano sobre el hombro de Mannaei.

La voz se elevó desde la profundidad.

—¡Malditos seáis, fariseos y saduceos, raza de víboras, odres vacíos, retumbantes címbalos!

Todos habían reconocido a Iaokannan. Su nombre circuló, y fueron llegando más gentes.

—¡Oh, pueblo, maldito seas tú!, y los traidores de Judá, y los borrachos de Efraím, y los que moran en el valle grasiento, y los que vacilan con los vapores del vino.

"Que se pierdan como agua derramada, como babosa que se desgarra al pisarla, como aborto de mujer que no ve la luz.

"Moab, tendrás que refugiarte en los cipreses como los pájaros, en las cuevas como los topos. Las puertas de tus fortalezas serán deshechas más pronto que cáscaras de nuez, los muros se abatirán, las ciudades arderán, y las plagas del Eterno no se detendrán. Amasará vuestros miembros en vuestra propia sangre, como lana en tina de tintorero. Os desgarrará como rastrillo nuevo, desparramará por los aires los trozos de vuestra carne".

¿A qué conquistadores se referiría? ¿A Vitelio? Sólo los romanos podían ocasionar exterminio tal. Oyéronse lamentos:

—¡Basta!, ¡basta!, ¡que termine!

Iaokanann prosiguió en tono más alto:

—¡Los niños se revolcarán por la ceniza junto al cadáver de sus madres! De noche iréis a buscar el pan a través de los escombros, y os acechará el puñal. Los chacales se disputarán los huesos en las plazas públicas, donde charlan ahora por las noches los viejos. Tus vírgenes, sorbiéndose sus lágrimas, pulsarán la cítara en los festines del extranjero, y tus más valientes hijos bajarán el espinazo, deslomados por fardos demasiado fuertes.

El pueblo volvía los ojos a los días de su destierro y a todas las catástrofes que registraba su historia. Las palabras de los antiguos profetas eran así, y Iaokanann las enviaba, como demoledores golpes, una tras otra.

Pero, poco a poco, la voz fué haciéndose suave, armoniosa, cantarina. Anticipaba una liberación, el cielo pleno de esplendores, el recién nacido penetrando en la caverna del dragón, oro en vez de arcilla, y el desierto apagándose como una rosa. "Lo que ahora cuesta sesenta kicares, no valdrá ni un óbolo. Fuentes de leche manarán en las rocas; en los lagares se dormirá con el vientre lleno. ¿Cuándo llegarás tú, a quien espero yo? ¡Desde ahora, todos los pueblos se prosternan, y tu dominación será eterna, Hijo de David!"

El tetrarca retrocedió, porque la existencia de un Hijo de David le abrumaba como una pesadilla amenazadora.

Iaokanann le increpó por su reinado, sus jardines, sus estatuas, sus muebles de marfil, como el impío Acab. Le gritó:

—¡No hay más rey que el Eterno!

Antipas rompió la cadenita del
llevaba colgado del cuello, y lo arrojo
sa, mandándole que se callara. La voz
—Yo gritaré como un tigre, como
cal, como una mujer que da a luz.
"El castigo de tu incesto ya lo
te castiga con la esterilidad del m
La multitud estalló en carcaj
jantes al batir de las olas.
Vitelio se obstinó en permane
intérprete, con tono impasible, r
lengua de los romanos, todas las
Iaokanann gritaba en la suya. El
Herodías se veían obligados a esc
veces. El jadeaba, mientras ella
absorta, la profundidad del pozo.
Aquel hombre enfurecido volvió
y, agarrándose a los barrotes, ap
ellos el rostro hirsuto, como un
el que refulgían sus ojos como dos
—¡Ah! ¿Eres tú, Iezabel?
"Tú te adueñaste de su corazón
jido de tu sandalia. Relinchabas
Has levantado tu lecho en las m
cumplir tus sacrificios.
"El Señor arrancará de tus ore
dientes, tus vestidos de púrpura,
lino, los anillos de tus brazos, l
tus tobillos y las mediaslunas de
tinean en tu frente, tus abanicos
real, los espejos de plata, los cha
que elevan tu estatura, tus precia
tes, los perfumes de tus cabellos,
de tus uñas, todos los artificios de
y faltarán piedras para lapidar a
Ella miró en derredor como
guna defensa. Los fariseos, hipó
jaban los ojos. Los saduceos m
lado, temerosos de ofender al Pro
tipas parecía que iba a morir.
La voz aumentaba en volumen,
desgarramientos de trueno, y, re
eco de la montaña, se desplomaba
chærus en múltiples estallidos.
—¡Arrójate en el polvo, hija de
¡Manda moler la harina! ¡Afloja
y desata tu calzado, remángate
ríos! Tu vergüenza será descubier
tu oprobio, tus arrebatos te romper
tes. El Eterno te execra por
¡Maldita, maldita! ¡Revienta con
La trampa se cerró, y simult
abatió la tapa; Mannaei quería
Iaokanann.
Herodías desapareció como una
fariseos estaban escandalizados, y A
ellos, se disculpaba.
—No cabe duda —replicó El
lícito casarse con la mujer de un
ro como Herodías no estaba viu
tenía una hija, aquí es donde com
minación.
—¡Error, error! —objetaba Jo
duceo—. La ley condena esos
aunque no los proscribe en ab
—¡No importa! Conmigo son
—decía Antipas—, porque no de
que Absalón durmió con las m
padre; Judá, con su nuera; A
hermana, y Lot, con sus hijas.
En aquel momento apareció A
levantaba de dormir. Cuando se
asunto, dió la razón al tetrarca. N
lestarse por semejantes tonterías
grandemente del vituperio de los
de la furia de Iaokanann.
Herodías, de pie sobre las gradas,
—Señor: te equivocas. Iaokana
pueblo que niegue los impuestos.
—¿Es cierto eso? —preguntó
publicano.
Las respuestas fueron, en su
mativas, y el tetrarca las reforzó
tos propios.
Vitelio pensando que el pri
fugarse, y como la conducta de
sultó algo sospechosa, colocó
puertas, a lo largo de los muros

fué hacia su aposento. Le acom-
utaciones de sacerdotes.
el tema de la sacrificatura, cada
sus agravios.
rumaban, y los despidió al fin.
salir Jonathas, cuando pudo ob-
lo alto de una almena, Antipas
un hombre de larga cabellera,
o: un esenio, y entonces la-
defendido.
habia consolado una reflexión.
no dependía de su autoridad,
romanos lo habían tomado a su
momento Phanuel paseaba por
ronda.
, señalando a los soldados, ex-

fuertes. Yo no puedo librarle.
culpa!
totalmente desierto. Los es-
n. Bajo el azul del cielo, que
rizonte, los menores objetos
el espacio, destacábanse nítida-
distinguía las salinas al otro
Muerto, y no veía en ellas las
árabes. ¿Ya se habrían marcha-
cia su aparición. Dulcemente,
dose su espíritu.
do, permanecía con el men-
ho. Por último, reveló a An-
abia anunciado.
os de mes estudiaba en el fir-
del alba, la constelación de
illaba en el zenit. Apenas se
: Algol, brillaba menos; Mi-
ía; por todo ello, él auguraba
Macharus de un hombre im-
misma noche.
io estaba bien guardado. A
iban a ejecutar. Por lo tanto,
el tetrarca.
acaso los árabes? ¿El Procónsul
relaciones con los partos? Sí-
n protegían a los sacerdotes
debajo de la ropa. El te-
ciencia de Phanuel.
de recurrir a Herodías. No
. Pero ella le daría valor,
no estaban rotos aun todos
hechizo que en otro tiempo lo

en su cámara, el cinamomo
taza de pórfido de una fuen-
ntos, gasas sutiles, bordados
umas aparecían dispersos por

la predicción de Phanuel ni
los judíos y a los árabes; le
de cobarde. Sólo habló de los
no le había confiado abso-
de sus proyectos militares, y
de Cayo, que se comuni-
y podía desterrarle o quizá

desdeñosa indulgencia, trató
Por fin, de un cofrecillo sa-
singular, con el perfil de Ti-
suficiente para hacer palidecer
desvanecer todas las acusacio-
cieran.
gratitud, Antipas le pregun-

—contestó ella.
esnudo, terso, encantador y co-
en marfil por Polycleto, alzó una
a ellos. De una manera algo dis-
embargo, graciosa, se agitó en el
tar una túnica olvidada sobre
do a la pared.
vieja se la entregó humildemen-
la cortina.
tuvo un vago recuerdo que no
con exactitud.
esta esclava?
porta eso? —respondió con se-
ias.

III

La sala del festín estaba repleta de convidados.

Tenía tres naves como una basílica, separadas por arcadas de madera de algummium, con capiteles de bronce poblados de esculturas. Encima apoyábanse dos galerías con claraboyas, y al fondo encorvábase una tercera galería, afiligranada de oro, frente a un enorme arco de bóveda que se abría del lado opuesto.

Los candelabros, alineados en toda la longitud de las naves, ardían. Eran como matas de fuego entre ánforas de tierra cocida y platos de cobre, cubos de nieve y racimos de uva; pero aquellas claridades rojizas se perdían paulatinamente, a causa de la elevación del techo, y puntos luminosos brillaban como las estrellas en el cielo, a través de las ramas. Desde el hueco de la galería veíanse en la terraza de todas las casas lucir antorchas, porque Antipas agasajaba a sus amigos, a su pueblo y a todos los que quisieran presentarse.

Esclavos sumisos como perros, con los dedos del pie en sandalias de fieltro, pasaban conduciendo bandejas.

Bajo la tribuna dorada, la mesa proconsular ocupaba un estrado de tablas de sicomoro. Tapices de Babilonia la enmarcaban en una especie de pabellón.

Tres lechos de marfil, dos a los costados y uno enfrente, sostenían a Vitelio, a su hijo y a Antipas; el del Procónsul, próximo a la puerta, a la izquierda; Aulio, a la derecha, y en medio, el tetrarca.

Antipas vestía un pesado manto negro, cuya trama desaparecía bajo un recamado multicolor; las mejillas pintadas, la barba en abanico, y en sus cabellos recogidos por una diadema de pedrería, polvo azul. Vitelio lucía su tahalí de púrpura, que caía diagonalmente sobre una toga de lino. Aulio había anudado a la espalda las mangas de su vestido de seda violeta, adornada de plata. Los bucles de su cabellera caían sobre sus hombros, y un collar de zafiros refulgía en su pecho, blanco y erguido como el de una mujer. A su lado, sobre un lienzo y con las piernas cruzadas, manteníase un niño muy lindo, que sonreía sin cesar. Lo había visto en las cocinas, y ya no podía pasarse sin él, y como recordaba su nombre caldeo, le llamaba simplemente "el asiático". De cuando en cuando se echaba en el triclinio. Entonces, podría decirse que sus pies desnudos dominaban la asamblea.

De este lado estaban los oficiales y los sacerdotes de Antipas, los moradores de Jerusalén, los primates de las ciudades helenas; y Marcelo debajo del Procónsul, con los publicanos; los amigos del tetrarca, los personajes de Ptolemaide, Kana y Jericó; luego, mezclados, veteranos soldados de Herodes: los germanos, doce tracios, un galo; pastores de la Idumea, cazadores de gacelas; el sultán de Palmira; marinos de Eziongaber. Cada uno tenía delante una especie de galleta de pasta blanda para limpiarse los dedos, y, doblando los brazos como cuello de buitre, tragaban aceitunas, almendras, nueces. Todos los rostros estaban radiantes bajo su corona de flores.

Los fariseos habíanlas rechazado como una indecencia romana. Cuando los salpicaban de gálbano e incienso, mezcla reservada a los usos del templo, se estremecían.

Aulio se frotó los sobacos, y Antipas le ofreció toda una carga con tres serones de este eficaz bálsamo que Cleopatra enviaba a Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberíades, que acababa de llegar, ubicóse detrás de él para hablarle de extraordinarios acontecimientos. Pero repartía su atención entre el Procónsul y lo que se hablaba en las mesas vecinas.

Se referían a Iaokanann y a gentes de su especie; Simón de Gitoi lavaba los pecados con fuego. Un tal Jesús...

—¡El peor de todos! —gritó enfurecido Eleazar—. ¡Valiente charlatán!

Por la espalda del tetrarca irguióse un hombre, pálido como el bordado de su clámide. Descendió del estrado, e interpelando a los fariseos, exclamó:

—¡Mentira! ¡Jesús realiza milagros!

A Antipas le gustaría verlo. Y dijo:

—¡Lo hubieras traído! ¡Infórmanos!

Entonces el hombre refirió que él, Jacob, teniendo enferma una hija, se había dirigido a Cafarnaum para suplicar al Maestro que tratase de curarla. El Maestro había respondido:

"—¡Vuelve a tu casa, está curada!"

Y al regresar la había hallado en el umbral, porque se había levantado del lecho cuando el gnomon del castillo marcaba la hora tercia, el instante justo en que él se acercaba a Jesús.

—Sin duda —observaron los fariseos—, existen prácticas, hierbas beneficiosas. Aquí mismo, en Machærus, encuéntrase alguna vez el *baarás*, que torna invulnerable a quien lo emplea; pero curar sin ver ni tocar era cosa del todo imposible, únicamente que Jesús utilizase a los demonios.

Y todos los amigos de Antipas, los primates de Galilea, asentían, con movimientos de cabeza:

—Los demonios; así debe ser.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, permanecía callado, en actitud altiva y dulce a la vez.

Todos le incitaban a que hablase:

—¡Justifica su poder!

Encogióse de hombros, y con apagada voz, lentamente, como espantado de sí mismo, preguntó:

—Pero ¿no sabéis que es el Mesías?

Todos los sacerdotes miráronse entre sí, y Vitelio pidió que le explicasen el significado de dicha palabra. Su intérprete demoró un minuto antes de responder.

Definían así a un libertador que había de proporcionarles el goce de todos los bienes y el dominio de todos los pueblos. No faltaban los que sostenían que era necesario contar con dos. El *primero sería* vencido por Magog y Gog, dos demonios del Norte; pero el otro exterminaría al Príncipe del Mal; y lo esperaban a cada instante desde hacía siglos.

Puestos de acuerdo los sacerdotes, Eleazar tomó la palabra.

—Ante todo, el Mesías sería hijo de David y no de un carpintero. Vendría a la tierra a confirmar la ley, y este nazareno la ataca. Además —agregó en tono más fuerte—, había de ser precedido por la venida de Elías.

—Pero ¡Elías ha venido ya! —replicó Jacob.

—¡Elías! ¡Elías! —repitió la muchedumbre, de un extremo al otro del salón.

Todos se imaginaron a un anciano bajo un vuelo de cuervos, al rayo prendiendo el altar; los pontífices idólatras lanzados a los torrentes. Las mujeres, en sus tribunas, pensaban en la viuda de Sacepta.

Jacob se agitaba repitiendo que lo conocía, que él lo había visto, y también el pueblo.

—¡Su nombre!

Entonces gritó con toda su fuerza:

—¡Iaokanann!

Antipas se encogió como si hubiera sido herido por un dardo. Los saduceos habían saltado sobre Jacob. Eleazar gritaba para hacerse oír.

Cuando el silencio se restableció, dobló su manto y dijo, como un magistrado que propone sus preguntas:

—¡Puesto que el profeta ha muerto!...

Numerosos murmullos lo interrumpieron. No se creía en la muerte de Elías, sino en su desaparición.

Se indignó contra la muchedumbre, y luego prosiguió su interrogatorio:

—¿Tú piensas que resucitó?

—¿Por qué no? —dijo Jacob.

Los saduceos se encogieron de hombros. Jonathas, entornando sus ojuelos, hacía piruetas, lo mismo que un bufón. Nada tan tonto como la pretensión del cuerpo a la vida eterna; y para el Procónsul declamó este verso de un poeta contemporáneo:

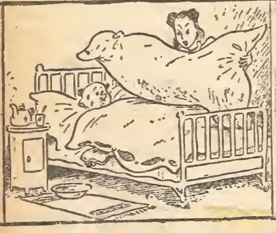
Nec crescit, nec post mortem durare videtur.

Aulio, mientras tanto, estaba inclinado al

AVENTURAS DE DON LINO

SUDO "A MARES" — Por BARTA









borde del triclinio; tenía la frente sudorosa, el rostro verde y los puños sobre el vientre.

Los saduceos simularon una gran emoción —al siguiente día les era concedida la sacrificatura—. Antipas fingió gran desesperación. Vitelio permaneció impasible. No obstante, sus angustias eran reales y violentas, porque su fortuna la perdía con su hijo.

Aulio empezó a vomitar, y no había concluído todavía cuando ya pedía otra vez de comer.

—¡Que me den polvo de mármol, esquistos de Naxos, agua salada, lo que sea! ¿Y si tomase un baño?

Masticó nieve, y luego, indeciso entre una terrina de Commagenes y unos tordos en agua de rosas, resolvióse por unas berenjenas meladas. El asiático lo miraba, considerando que esta facultad de engullir revelaba a un ser prodigioso y de raza superior.

Después sirvieron riñones de toro, ruiseñores, lirones, picadillo en hojas de pámpano, en tanto los sacerdotes debatían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo del platónico Filón, los juzgaba estúpidos, y así se lo manifestaba a unos griegos que se reían de los oráculos. Jacob y Marcelo se habían unido. El primero refería al segundo la alegría que experimentó cuando el bautismo de Mithra, y Marcelo le animaba a seguir al Maestro, a Jesús. Los vinos de Tamarindo y de Palma, los de Safet y de Biblos, pasaban de las ánforas a las cráteras, de éstas a las copas, y de aquí a los gaznates. Iazim, aunque judío, no disimulaba su veneración a los planetas. Un mercader de Aphaka aturdía a los nómadas, describiéndoles las maravillas del templo de Hierápolis. Ellos le preguntaron cuánto costaría la peregrinación. Otros lo alababan en su religión nativa. Un germano, casi ciego, entonó un himno celebrando aquel promontorio de la Escandinavia, donde aparecen los dioses con sus rostros nimbados de rayos; y las gentes de Sichem nunca comieron tórtolas por atención a la paloma Azima.

Muchos estaban de pie y hablaban en medio del salón, y el vaho de los alientos, confundido con el humo de los candelabros, formaba una atmósfera pesada. Phanuel pasó a lo largo de las murallas. Volvía de estudiar de nuevo el firmamento; pero no avanzó hasta el tetrarca por temor a las manchas de aceite, que eran una gran abominación para los esenios. Fuertes golpes resonaron contra la puerta del castillo.

Ya se sabía ahora que Iaokanann estaba preso allí. Hombres con teas ascendían por sendero; una masa negra pululaba en el barranco, y de cuando en cuando aullaban:

—¡Iaokanann! ¡Iaokanann!

—Lo perturba todo—dijo Jonathas.

—Si continúa, no habrá dinero — agregaron los fariseos.

Y comenzaron las recriminaciones.

—¡Protégenos!

—¡Que concluya esto de una vez!

—Tú estás abandonando la religión.

—Eres un impío, como todos los Herodes.

—Menos que vosotros — replicó con energía Antipas—. Recordad que mi padre fué quien edificó vuestro templo.

Entonces los fariseos, los partidarios de los Matatías, los hijos de los proscritos, acusaron al tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían el cráneo puntiagudo, la barba erizada, las manos débiles y fláccidas, la cara achatada, los ojos redondos y el aire de perros de presa. Una docena, escribas y criados de los sacerdotes, alimentados con las sobras de los holocaustos, lanzáronse hasta el pie del estrado y con los cuchillos amenazaron a Antipas que los arengaba, en tanto los saduceos le defendían muy débilmente. Divisó a Mannaei, y le hizo señas de que se marchara, habiendo indicado Vitelio por su expresión que a él no le importaban aquellas cosas.

Sin moverse de sus triclinios, los fariseos entraron de súbito en furor demoníaco. ron trizas los platos que tenían de habían servido en el guiso una carne como de asno salvaje.

Aulio les satirizó a causa de la asno, a la que, al parecer, tributab y lanzó nuevos sarcasmos sobre s por el cerdo. Con seguridad que este gordo animal había matado a ellos amaban muchísimo el vino, co su templo se descubrió una viña de

Los sacerdotes no alcanzaban a aquellas palabras. Fineas, de origen góse a traducirlas. Entonces su có contenible, máxime porque el a de miedo, había desaparecido; y le ba la comida; los manjares le r gares, insuficientemente disfrazados calmó, viendos ciertos rabos de que eran como atados de grasa.

A Vitelio le parecía odioso el los judíos. Bien podía ser su dios quien erigían altares que él mismo llado por los caminos; y a su re ron los sacrificios de niños, y la hombre que ceban misteriosamente y su estómago de latino se revol por su intolerancia, su tozudez ror iconoclasta. El procónsul quer ro Aulio se negó.

Con las ropas desprendidas, yacía un montón de vituallas, demasiado para engullirlas, pero empeñado en

Iba en aumento la exaltación de entregaban a proyectos de indep cordábase la gloria de Israel. Los res todos habían sido castigados: gona, Varo...

—¡Miserables!—exclamó el Pro entendía el siríaco, y su intérprete más que para darle más tiempo a

Antipas, presuroso, sacó la me perador, y, viéndolo trémulo, la lado de la imagen.

En ese instante abriéronse los la tribuna de oro, y a la espl los cirios, rodeada de sus esclavas nos de anémonas, surgió Herodías una mitra asiria prendida a la f barboquejo, tendidos sus cabe sobre un peplo rojo, hendido a mangas. Dos monstruos de piedra los del tesoro de los atridas, e a la puerta, y así, parecida a C ñada de sus leones, con una pátera desde lo alto de la balaustrada a Antipas, gritó:

—¡Larga vida al César!

Este viva fué repetido por V y los sacerdotes.

Pero del fondo de la sala mullo de sorpresa y admiración hacer su entrada una joven.

Bajo un velo azulado que le beza y el pecho, distinguíanse ojos, las calcedonias de sus ore marmórea de su piel. Sus homb un cuadrado de seda tornaso talle por un cinturón de orfeb zones negros estaban salpicados ras, y caminando indolentemente sus diminutas pantuflas de plu

Se quitó su velo en lo alto ríase que era Herodías, pero co joven. Luego comenzó a danzar

Sus pies pasaban, uno delante ritmo de la flauta y de un pa Sus torneados brazos parecían que huía siempre. Ella le pe ligera como una luciérnaga, co prometida, como alma vagabu presta a emprender el vuelo.

Los fúnebres sones de las g ron a los crótalos. El aplanamie

Fin

... actitudes reflejaban suspiros, y ... persona corría tan deliciosa lan... podría decirse si lloraba a un ... de sus caricias. Entreabiertos ... retorcía la cintura, balanceaba ... con ondulaciones de ola, hacía ... dos senos, y el rostro perma... en tanto los pies no se detenían. ... el pantomimo, la comparó Vi... itaba aún. El tetrarca perdíase ... y no pensaba ya en Herodías. ... ría al lado de los saduceos. La

... no era una visión. Herodías ... educar a su hija Salomé lejos de ... que el tetrarca la amara; y la ... Ahora estaba convencida de ello. ... los transportes de amor que ... do. Bailó como las sacerdotisas ... como las nubias de las cataratas, ... bacantes de Lidia. Se balanceaba ... s, semejante a una flor agitada ... d. Los brillantes de sus orejas ... asol de su espalda reflejaba ... es; de sus brazos, de sus pies ... brotaban innumerables e invi... que inflamaban a los hombres. ... La multitud la recibió con ... doblar sus rodillas, arquean... se encorvó tanto, que su rostro ... as, y los nómadas, acostum... ncia; los soldados de Roma ... es; los avaros publicanos; los ... amargados por las disputas, ... las aletas de su nariz, suspira...

... frenéticamente en torno de la ... como el rombo de las hechi... con la voz entrecortada por ... tuosidad:

... cesar, sonaban los salterios ... tar. La muchedumbre, rugía. ... gritaba con más vehemencia: ... ¡Será tuyo Cafarnaum! ¡La ... des! ¡Mis ciudadelas! ¡Mi

... ella sobre las manos, con los ... e, recorrió el salón como un ... ; y bruscamente se detuvo. ... vértebras formaban ángulo ... de color que enfundaban sus ... por sobre el hombro, como ... an su cara a ras del suelo. ... pintados de arena, sus ce... sus ojos de mirar profundo ... su frente parecían rocío sobre

... ba. Se miraron.

... sonó un chasquido de dedos. ... reció, y pronunció estas pala... sión infantil:

... me entregues en un plato la

... do el nombre, pero recordando,

... de Iaokanann!

... stado, se hundió sobre sí mismo. ... ra, estaba obligado, y el pueblo ... al aplicarse a otro la muerte ... dicho, ¿ya quedaba conjurada ... kanann era en realidad Elías, ... Si no lo era, matarle no re... a.

... do Mannaei, y comprendió su

... mó para darle a conocer la ... centinelas que guardaban la ... sa.

... como si se sacara un peso de enci... un instante habría acabado todo! ... Mannaei no entró en acción

... lado, pero todo descompuesto.

Llevaba ya cuarenta años en el ejercicio de sus funciones de verdugo. El fué quien estranguló a Alejandro, ahogó a Aristóbulo, quemó vivo a Matatías, decapitó a Zosimo, Antipater, Pappus y Josefo... ¡y no se atrevía a suprimir a Iaokanann! Le castañeteaban los dientes, y todo su cuerpo temblaba.

Delante de la fosa había visto al Gran Angel de los samaritanos, blandiendo una gigantesca espada, roja, dentellada como la llama. Estaba todo cubierto de ojos.

Dos soldados que le acompañaron podían corroborar lo que él decía.

Nada habían visto los soldados, a excepción de un capitán judío que quiso arrojarse sobre ellos, y que ya había dejado de existir.

El furor de Herodías se desbordó en un torrente de injurias vulgares y sangrientas. Se rasgó las uñas en el enrejado de la tribuna, y los dos inmensos leones esculpidos parecían morder sus hombros y rugir igual que ella.

Antipas la imitó; fariseos, soldados, sacerdotes, todos clamaban venganza, y los demás parecían indignados de que se les demorase un deleite.

Mannaei salió tapándose la cabeza.

A los convidados les pareció más largo todavía el tiempo que la vez primera. Se aburrían.

De pronto un ruido de pasos retumbó por los corredores. El malestar tornábase intolerable.

La cabeza llegó, y Mannaei la traía asida de los cabellos, al extremo de su brazo, satisfecho de los aplausos.

Cuado la colocó sobre un plato, ofreciósela a Salomé.

Esta subió, ligera, a la tribuna. Minutos después, la cabeza fué traída por aquella vieja que Antipas había divisado por la mañana en la terraza de una casa, frente a su castillo, y más tarde en la habitación de Herodías.

El tetrarca retrocedió para no verla. Vitelio lanzó una mirada indiferente.

Mannaei descendió del estrado y la exhibió a los capitanes romanos, después a los que comían por aquel lado.

Todos la examinaron.

La aguda hoja del instrumento, resbalando de arriba abajo, había rozado la mandíbula. Una convulsión cerraba las comisuras de la boca. Sangre, cuajada ya, salpicaba la enmarañada barba. Los párpados cerrados eran pálidos como dos rosas de té, y los candelabros del salón enviaban sus rayos sobre aquel rostro exangüe.

Llegó a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo, curioso, le dió vuelta, y Mannaei, luego de colocarla de nuevo a plomo, la puso delante de Aulio, que despertó. Al enfrentarse las pupilas muertas y las apagadas parecieron decirse alguna cosa.

Mannaei la presentó en seguida a Antipas. Por las mejillas del tetrarca rodaron lágrimas. Los hachones iban apagándose paulatinamente. Salían los convidados, y en la sala no quedó más que Antipas, con la mano en la sien, y mirando sin pestañear la cabeza cortada, en tanto Phanuel, de pie en medio del salón, murmuraba oraciones, con los brazos extendidos hacia el cielo.

En el instante en que el sol se elevaba, dos hombres enviados tiempo atrás por Iaokanann llegaron con la respuesta tan ansiosamente aguardada.

Se la confiaron a Phanuel, que experimentó un éxtasis de alegría.

Después les mostró el lúgubre objeto sobre la bandeja, entre los restos del festín. Uno de los hombres le expresó:

—¡Consuélate! Ha descendido entre los muertos para anunciar al Cristo.

Entonces el esenio comprendió aquellas palabras: "Para que crezca él, es necesario que yo disminuya."

Y habiendo tomado la cabeza del desventurado Iaokanann, los tres partieron hacia Galilea.

Como pesaba mucho, se alternaban en llevarla.

...ERODIAS"

PANCHO SOMBRERO

ULTIMO RECURSO *Por TOONDER*





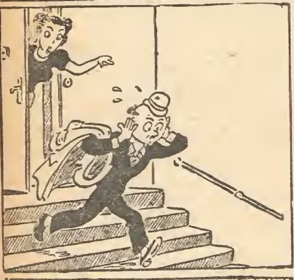




AVENTURAS DE DON LINO

METODO PRACTICO Por BARTA









LA TEMPESTAD DE NIEVE

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 7)

Burmine daba muestras de tal entusiasmo, sus negros ojos fijábanse en la joven con tanto ardor, que parecía inminente el momento decisivo. Los vecinos hablaban de la boda como de un hecho ya descontado, y la buena de Praskovia Petrovna regocijábase de que su hija hubiese, al fin, encontrado un pretendiente digno de ella.

La anciana señora estaba sentada un día en el salón, haciendo un solitario, cuando entró Burmine de improviso preguntando por María Gavrilovna.

—Está en el jardín —respondió la vieja barichnia—; id a reuniros con ella, que yo os espero aquí.

Burmine obedeció, mientras la anciana se santiguaba, pensando: "¡Tal vez hoy mismo se decida la cuestión!"

Burmine encontró a María Gavrilovna al borde del estanque, bajo un sauce, toda vestida de blanco y con un libro en la mano: una verdadera heroína de novela...

Después de los saludos de rúbrica, dejó de intento que la conversación decayera, aumentando de esta suerte la mutua turbación, que sólo podía disipar una declaración decisiva y espontánea.

Esta no se hizo esperar. Burmine, comprendiendo la falsedad de su situación, manifestóle que buscaba hacía tiempo la ocasión de descubrirle sus sentimientos, y rogóle que le escuchase un minuto.

—Os amo —le dijo al fin—, os amò apasionadamente...

María Gavrilovna sonrióse y bajó aún más la cabeza.

—He cometido una gran imprudencia al abandonarme al placer de veros, de escucharos diariamente...

María Gavrilovna acordóse de la primera carta de Saint-Preux.

—Ahora es demasiado tarde ya para oponerme a mi destino. Vuestro recuerdo, la imagen de vuestra maravillosa belleza constituirán desde este momento el tormento, al par que el consuelo de mi vida; pero tengo que revelaros un secreto terrible que levanta entre ambos un obstáculo insuperable...

—Este obstáculo existe siempre —interrumpió María Gavrilovna—. Jamás podré ser vuestra esposa.

—Lo sé —respondió él—; habéis amado en otro tiempo, pero la muerte y tres años de duelo... ¡Oh mi buena y querida María Gavrilovna! No me privéis, por piedad, de mi último consuelo: la idea de que hubieseis consentido en hacer mi felicidad, si...

—¡Callaos, en nombre de Dios!, ¡callaos por compasión! ¡Me destrozáis el alma!

—¡Oh! bien sé, bien me consta que seríais mía; pero yo soy la criatura más miserable del mundo... ¡soy casado!

María Gavrilovna miróle con estupor

—Soy casado —prosiguió Burmine—, soy casado desde hace cuatro años, e ignoro quién es mi mujer y cuál es su paradero, ¡y hasta si habré de encontrarla jamás!

—¿Qué decís? —exclamó María Gavrilovna— ¡Qué cosa más extraña! Proseguid; después os contaré yo... Pero proseguid, por favor, yo os lo suplico.

—A principios de 1812 —dijo Burmine—, dirigíame a marchas forzadas hacia Vilna, donde mi regimiento se hallaba. Cierta noche, al llegar a una parada ya bien tarde, ordené que relevasen al punto los caballos, cuando se levantó de improviso una violenta tempestad de nieve, y así el encargado de la parada como los postillones aconsejáronme que [...] sar.

"Hube de seguir sus consejos; [...] se de mí una inquietud indecib[...] que alguien me empujaba.

"La tempestad, sin embargo, [...] y, no pudiéndome contener por [...] ordené nuevamente que enganch[...] cuando más imponente era el fra[...] llón ideó seguir el río, con lo qu[...] el camino en tres verstas. Las oril[...] cubiertas de nieve. Abandonó el [...] dirigirse a ellas y nos encontramos [...] un lugar desconocido.

"La tempestad no cesaba. D[...] cecilla y ordenéle que se encamin[...]

"Llegamos a una aldea, de cuy[...] cedía la luz que yo había descu[...] abierta y detrás de su tapia hab[...] neos; y en el atrio, iban y ven[...] varias personas.

"—¡Por aquí, por aquí! —grita[...] ces.

"Yo ordené al postillón que a[...]

"—¿Dónde demonio te has [...] me dijo un desconocido—. A l[...] dado un síncope, el cura no sabe [...] ya habíamos decidido marcharnos [...] to.

"Sin hablar, bajé del trineo [...] la iglesia, débilmente iluminada [...] bujías. Una joven se hallaba ten[...] banco, en un rincón de la iglesia, [...] frotábale las sienes.

"—¡Gracias a Dios que al fin [...] —exclamó, al verme, esta últi[...] faltado para que hicieseis morir [...]

"Aproximóse a mí el anciano [...]

"—¿Queréis que comencemos? [...]

"—Comencemos, comencemos [...] con aire distraído

"Levantaron a la joven, que [...] del todo fea... No sé por que [...] ble, por qué imperdonable liger[...] me cerca de ella delante del fa[...] bres y la doncella sostenían a [...] ocuparse de nada más que de el[...] bendijo en matrimonio a toda [...]

"—¡Besaos! —nos dijeron

"Mi mujer volvió su rostro [...] traté de besarla, mas ella lanzó [...] clamando: "¡No es él!, ¡no es [...] plomó sin sentido.

"Los testigos me miraron con [...] me puse de pie, salí de la iglesia [...] me lo estorbase y grité a mi co[...] cha sin perder un momento!"

—¡Dios mío! —exclamó María [...] ¿y no sabéis qué ha sido de vue[...] posa?

—No lo sé —respondió Bur[...] hasta el nombre de la aldea en [...] matrimonio y no me acuerdo [...] partí. En aquel tiempo asignaba [...] portancia a mis criminales locura[...] de la iglesia me dormí para no d[...] ta la mañana siguiente, en la te[...] criado que me acompañaba m[...] campaña; de suerte que no abri[...] peranza de volver a encontrar [...] ultrajé de un modo tan singul[...] queda vengada de tan extraña [...]

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—[...] María Gavrilovna, apoderándose [...] Burmine—. ¡Es posible que fues[...] me reconocéis?

Burmine palideció intensamen[...] se a los pies de la barichnia. ◆

PEQUEÑA ALMA

(CONCLUSION DE LA PAGINA 14)

su tristeza, por un corto tiempo, r le daba un durazno o la señora pero volvía, sin embargo. Y una un libro donde había una historia y de un niño huérfano, le vino pensamiento:

huérfano como el chico de los

la tertulia en el parque, mientras señor mostraba sus duraznos a sus hermanas, él no dejó de

e, mamá? —cuchicheó.

¿Qué quieres, hijo?

: ¿yo soy un huérfano?

tenía aspecto triste, su boca sideraba muy hábil por haber n.

re lo contempló embobada, pre- se había vuelto loco.

ecto, extraño escuchar esta pre- labios sonrientes de este niño de pálido, enjuto, con su orgullosa de potrillo, su traje de paño tones de oro, este niño era el de su alegre, elegante y toda- No cabía la menor duda sobre la madre y del chico, y, sin del niño nada guardaba de Y repitió con insistencia, im- la aparentaba no haberlo com-

mamá, dime: ¿soy un huérfano?

VII

ía preguntado ella, su madre, y estrechándole en sus brazos, nde había sacado esas ideas? ue ella quisiera pensar, no era pues el parque estaba lleno Trató, pues, de olvidar las ex- Carlitos... ¡Por otra parte, el empre tan singular!

lar creció y fué a la escuela. n casadas, los muchachos en de Leyden, el padre ya no era bía vuelto viejo y achacoso. re había permanecido lo mis- oven, tan linda, tan elegante. ra se ocupaba mucho más de Carlos, por aburrimiento, pues bostezaba a menudo, durante las veladas que pasaba en el hogar, sobre un sofá, con un libro para matar el tiempo.

—Carlos, ¿tienes muchos deberes que hacer?

—Bastantes.

—¿Qué es lo que tienes que hacer?

—¡Ah, mamá, de qué te preocupas!

Y su voz gruñona se volvía impaciente. ¡No tenía ella todos esos cuidados antes! Pero parecía que esta noche la madre quería tomarse el trabajo de ser amable.

—Carlos, ¿sabes que el tío Frank llega pasado mañana?

Una descarga eléctrica hizo vibrar todo el cuerpo del muchacho; los libros temblaron en sus manos; su semblante pálido se iluminó; se diría que, de golpe, una luz se encendió en el fondo de sus ojos. Sus más queridos recuerdos de la infancia despertaron en él.

¡El tío Frank!

Esa noche le fué casi imposible trabajar, todo bullía en él como una gran esperanza.

Y el tío Frank llegó.

Pero ya no era el tío Frank. No fué sino a disgusto cómo se ocupó de éste muchacho pálido, desarrollado de golpe. Su robusta fortaleza no sentía mucha simpatía por este chico débil, monótono, taciturno, que antes había querido por compasión: el defecto era la edad de Carlos, trece años. El tío Frank había creído que llegaría a ser un buen mozo, listo y fuerte, que en la escuela aplastara a todo el mundo.

—¿Sueles pelearte a veces?

—No, tío.

¡Oh, cómo hubiera querido pelearse de veras algún día! Una sola vez lo había intentado, pero le fué mal, y se guardaba bien de contárselo a su tío.

—Dime, tío.

—¿Eh?

—¿No me quieres ya como antes?

El tío Frank lo contempló; su hermana tenía razón; era, en efecto, un chico singular.

—Sí, ciertamente, muchacho, pero tienes que llegar a ser un mozo despierto y no un sentimental.

Había en sus palabras algo que recordaba la antigua voz.

—Si estuviera siempre contigo, llegaría a serlo.

Y sintió deseos de pedirle al tío que lo llevara consigo al extranjero. Mas no se atrevió.

No, el tío Frank ya no era el tío Frank.

Este había traído de Italia unos mármoles preciosos, unas estatuas. Las tenía en su pieza, donde Carlos solía contemplarlas con admiración, y hasta había ensayado copiarlas, pues dibujaba muy bien. Una de ellas, una diosa desnuda, se había roto; allí estaba, hecha polvo y trocitos blancos, sobre el piso.

El tío Frank hervía de cólera.

—¿Fuiste tú quien hizo esto?

—¡No, tío! ¡No fuí yo, tío!

—¿Quién fué entonces? Nadie más que tú entra aquí...

—Yo no lo hice, te lo juro, tío; tal vez haya sido la pequeña Da; yo no sé, tío.

—Mientes, te digo; lo has hecho tú...

Todos los miembros y los nervios temblaron en su cuerpo enjuto.

Por un momento se sintió con fuerzas para arrojarse sobre su tío y golpearlo. Sus puños flacos se crisparon.

Pero no lo hizo, e irguiéndose con todo el orgullo aristocrático de su conciencia ultrajada, calumniada, mientras sentía una desgarradura en el corazón, dejó escapar entre sus labios cerrados, como un silbido:

—¡Eres tú quien miente, tío, al decir eso!

Después se sintió profundamente desdichado.

Los más dulces recuerdos de su corta vida solitaria se habían desvanecido. Nada quedaba ya. Acostumbrado a exagerar siempre sus sentimientos, también extremó su desesperación; estaba desesperado de haber perdido la amistad del tío Frank, la pasión por su ídolo. Ya no tenía nada.

No pensaba ya que él podría vivir todavía algunos años, años útiles para la sociedad, relativamente felices para él mismo, llenos de esa felicidad que los hombres suelen encontrar a veces. Y no pensaba en ello porque era un muchacho solitario.

Una resolución trágica maduró en su mente. Las personas mayores no pueden concebir que una cosa semejante arraigue en un niño, porque han olvidado que ellos también, quizá, sintieron profundamente, con enfermiza profundidad, eso mismo en su infancia, y porque, al crecer y llenarse de quehaceres, creen ingenuamente que un niño no puede hacer sino niñerías.

Dejó pasar algunos días. Debía ocurrir como si fuera un accidente, para que el tío Frank nunca supiera que eso había sucedido por causa suya, por causa de una admiración burlada.

Y transcurrido ese tiempo, una noche fué al jardín, abrió la puerta y se arrojó al pantano que había detrás de la casa, espeso, verdoso, hediondo. ◈

...E Y EL DRAMA DE...

(...ÓN DE LA PÁGINA 37)

...d teme un nuevo atentado, ...eguido por Paul y por su ... se vuelven para contemplar ... Alguien escucha al hombre ... "¡Me saltaré la tapa de los ...te promesa no interrumpe la ...e termina deteniéndose por ...darme.

... secuestran el arma y se lo

... de unos gafos

...rucción, Théodore t'Serstevens, ...ecen en su presencia agresor y ...be que a su vez enfrenta el ...osteridad. El magistrado es un ...dido, rutinario. No ama a las ... al margen de las buenas cos... estos señores de sospechosa filia... no tienen medios aparentes ... se confiesan pomposamente lite... ironía contempla al agredido ... trance de gimoteo, se esfuerza ... a su agresor. La elocuencia de ...ce mella en la dura corteza del ... contempla la vida a través de ...les de sus gafas.

...ués, Paul Verlaine es condenado ...e prisión. Posiblemente dos días ... señor Théodore t'Serstevens, con ...eza inclinada sobre sus papelotes, ha olvidado ya, y para siempre, la máscara faunesca del condenado. No imagina que el poeta que se apresta a pasar dos largos años en la cárcel y que es autor de tres libros: "*Poemes Saturniens*", "*Les Fêtes Galantes*" y "*La Bonne Chanson*", escribirá allí, entre muros infranqueables, "Sagesse", su obra más densa y más profunda. Monsieur t'Serstevens, tampoco imagina que desempeñará a su pesar, en la historia de la literatura, un papel de musa con gafas y redingote.

Dialogando con Dios

En la prisión de Mons, donde Verlaine cumplirá su condena hasta el fin, se comienza por los cuidados del cuerpo, un poco ásperos, pero cuidados al fin. ¡Adiós la cabellera rala y la barba florida!... Se lo mide, se lo pesa. Tiene un metro setenta y cuatro de estatura... Después se hará el balance de las condiciones morales del prisionero, se pesará su alma. El documento rescatado y publicado muchos años más tarde por A. t'Serstevens —sobrino del juez de instrucción—, es, en su ingenuidad, hasta en su indiferencia burocrática, revelador. La fría pluma de un funcionario traza, sin proponérselo ni pretenderlo, un verdadero retrato moral. Nos referimos al informe redactado en momentos en que Paul Verlaine, cumplida su condena, deja la prisión. El lacónico documento dice, en lo que atañe a la conducta del prisionero, que fué "regular"; en cuanto a su carácter y moralidad, que es "débil y bastante buena"; en cuanto a sus inclinaciones religiosas, que se acentuaron durante los últimos meses de cautiverio... El escribiente, sin saberlo, da fe del nacimiento de "*Sagesse*", ese libro en el que el prisionero dialoga largamente con Dios, abrumado bajo el peso del júbilo y del arrepentimiento, temeroso y maravillado como el hijo pródigo que comprueba que a su retorno se sacrifica el mejor cordero.

"¡Qué me pasa, Señor! Heme envuelto en las [lágrimas
De una inmensa alegría. En tanto vais hablando,
Siento como un gran bien y un mal al propio [tiempo,
Y el mal y el bien en mi alma tienen el mismo [encanto".

...

Tengo el horror y el éxtasis de haber sido [escogido;
Soy indigno, mas sé cuál es vuestra clemencia..."

Donde la vida comienza

Mientras tanto, Rimbaud se apresta a huir del mundo. Premiosamente, en el granero de la casa materna, escribe su despedida. Lo aguardan los caminos interminables, las profesiones más insólitas. Sabe ya que debe huir de la poesía como de una amante terca. "¡Cierto día senté a la Belleza sobre mis rodillas y la encontré amarga!..."

Verlaine retornará a París, arrepentido y gozoso. Pero su conversión no es definitiva. Fluctúa —eterno dubitativo— entre la pureza y el escándalo. Cuando el buen Dios, el buen Dios de "*Sagesse*" dormita o se distrae, Verlaine huye... Sabe que tras la primera esquina lo aguarda algún nuevo placer. ◈

PANCHO SOMBRERO

REPLICA VIOLENTA — Por TOONDER











ALBERTO PRANDO, UN PINTOR FIEL A SU DE

(CONCLUSION DE LA PÁGINA 17)

Para darnos la impresión del calor, por ejemplo, no "pone" en la tela un hombre secándose la transpiración, ni recurre a otro medio de expresión vulgar, como sería frecuente ver en artistas de más fácil conformidad.... Algo parecido se observa en la tela que recoge la imagen de la estación ferroviaria; allí se adivina, se "ve", que el tren acaba de irse. No obstante, el andén está desierto; nadie aparece en él diciendo su adiós; la presencia humana ha sido descartada. No hay ningún signo concreto que evidencie el hecho de la reciente partida del tren, y, a pesar de ello, ésta resulta evidente... ¿Por qué medios, entonces, consigue el pintor este resultado?... Pudimos preguntárselo a él. Pero... Alguien ha dicho que el poeta no explica sus imágenes; las crea, sencillamente. Y el pintor es también poeta. No interesa, pues, el "secreto". Alberto Prando sabe darnos en sus cuadros una segunda realidad. Y éste es, a nuestro juicio, su mérito singular.

❦ ❦ ❦

Cuanto queda dicho de este pintor, corresponde a su primera época como tal. Ahora debemos decir algo con respecto a su obra de la actualidad, a una serie de retratos, algunos de los cuales ilustran esta nota. Aquí Alberto Prando se humaniza de una manera total; "entra" en el hombre, en el hombre que nosotros llamaríamos *síntesis y expresión* del pueblo, en el hombre-escritor, en el hombre-pintor, en el intelectual, en fin. Y esto, entiéndase bien, no significa establecer diferencia de calidad, ni jerarquía de tema, con sus trabajos anteriores. Es otra cosa; por serlo, únicamente, lo consideramos ponderable, puesto que afán de búsqueda y disconformid tico de los verdaderos artistas, de claman de sí otra cosa y algo exigido por quienes han de juzgar que es en la primera época de rientes, muéstrase en estos retr vital, como impulsado por una gencia propia a desentrañar, ma vida múltiple que presiente, sin d to, en el alma de estas criaturas. antes, a Prando no puede con por el resultado estético-formal aunque haya en ella méritos de cientes, sino por lo que de esa o En este Mallea que él nos da, ve "detrás" de sus ojos, más a presencia, el espíritu preocupado de un hombre culto que busca algún problema esencial. Otro cirse respecto al retrato del padre del artista, y asimismo de otros intelectuales que él ha logra darnos en cada uno de el de un mundo interior diverso y sugerencias y posibilidades. Im fiende en estos trabajos la pint aun conociendo el empeño, por cierto, con que siempre la algunos estetas. Y los resultad y lo son sin duda, porque al se que algunos no quieren, Prando niéndose fiel a su manera de es definitivamente sincero, con sina para todo artista que sabe fender su destino. ◈

HISTORIAS DE ANIMALES

(CONCLUSION DE LA PÁGINA 33)

lo matáramos nosotros, pues el perro había sido su compañero desde los años infantiles, y él se resistió a darle muerte. Tomamos a nuestro cargo la ingrata tarea, pero les aseguro que nunca vi tristeza más grande que la de aquel joven, cuando se alejó dejando en nuestras manos al perro que pugnaba por seguirlo.

—En los largos años de práctica en esta clínica, forzosamente habrán tropezado con casos tristes, pero habrá habido algunos que por su comicidad les habrán compensado.

—Sí; recuerdo una solterona que había traído un gato de lo más arisco; era imposible sujetarlo. Arañó de lo lindo al ayudante. La dueña empezó a pedir en alta voz que tuviéramos cuidado con su "hijo", que podíamos hacerle daño.

—En verdad, por lo mañeros y de difícil carácter parecían de una misma familia —agrega el doctor Da Graña.

—¿Y cómo terminó el asunto?

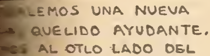
—Diciéndole a la señorita que su gato iba a estar más tranquilo si no la veía y que era mejor revisarlo a solas. Así lo hicimos y pudimos extraer al animal la espina que le molestaba.

—Recuerdo un caso que me conmovió —dice el doctor Da Graña—. Una tarde de verano, hará diez años, vino a verme aquí un hombre de cabeza rapada, correctamente vestido y de expresión triste. Traía consigo un viejo perrito de los llamados cos". Mustio, de pelaje empob lacrimosos, el perro era un feo vejez. "¿Qué desea, amigo?", bre. "Vengo a ver qué es p este animal", me contestó con jero. Revisé al perrito y vi que que hacer. Lo más piadoso er frimiento sacrificándolo. Así se hombre me miró interrogante. mi diagnóstico y él entonces, vac a su perro. Bruscamente, exclam go, ya nos volveremos a ver". recho y muy ligero, diciendo al volveré a llevarme el cadáver".

—¿Y volvió?

—Sí; al día siguiente regresó su perro muerto. Al verlo, con llantes se volvió hacia mí y me único que me quedaba". Y me un emigrado. El perrito lo aco hacía años. Lo encontró en un la guerra del 14, y teniéndole gió y cuidó. El perro hizo to su lado, y cuando hubo de tierras, él lo siguió. Hasta entonc su único compañero. "Ahora sí q me dijo al terminar. Y tomand alejó. De esto hace diez años, conservo vívido el recuerdo — cionado nuestro interlocutor. ◈

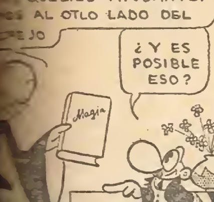
LAS AVENTURAS DE HU-MAN-FU





Por J. CHRISTIE M.

(Especial para "Leoplán")



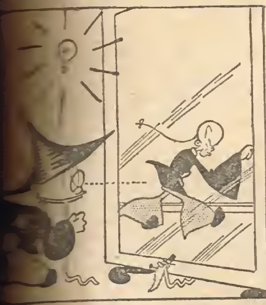
















VOY A COMEL UNOS PEDAZOS DE PAPEL





EL TRUCO CONSISTE EN TENER OCULTO UN ROLLO DE PAPEL DEL MISMO COLOR (FIG. 1) Y, DESPUÉS DE EMPUJAR CON LA LENGUA EL RESTO DEL PAPEL A UN LADO DE LA BOCA, SACARLO EN FORMA DE CINTA, CUIDANDO PARA ESTO DE TIRAR DESDE EL CENTRO DEL ROLLO

FIG. 1



UNA CONSPIRACION FRUSTRADA

Allá por el año 1666, cuando las conspiraciones eran cosa corriente, se reunió un grupo de revolucionarios para convenir el día y la hora en que habían de dar el golpe. Empresa semejante requería un secreto absoluto, y con toda clase de precauciones se pusieron de acuerdo en cuanto a la hora del levantamiento.

Al salir de la reunión, la guardia de gobierno, que no andaba descuidada, prendió a uno de los revoltosos, el cual, al verse materialmente acribillado a preguntas, confesó todo el complot, menos la hora en que debía llevarse a cabo.

Uno de los guardias sacó el reloj y, en son de broma, le dijo que mirase en la esfera la hora misteriosa. Cuando el detenido la hubo mirado, el guardia le mandó señalar otra cualquiera de la esfera; el preso señaló las cinco; el guardia hizo un cálculo y le ordenó que contase mentalmente desde esa misma hora, empezando por el número de la pensada hasta 17, marchando en sentido contrario al de las manecillas y recomendándole que pusiese el dedo sobre la hora a que correspondiese el 17.

Hízole así el preso, y aunque no demostró nada, se quedó muy sorprendido. El guardia tampoco dijo una palabra, pero la conspiración fracasó.

¿Cómo se las arregló el guardia para saber la hora en que debía efectuarse el levantamiento?

(La solución en el próximo número)

CHARADA

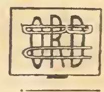
Mi *primera* está en el agua,
tercera y *cuarta* nombre es,
animal es *dos* y *cuatro*
y es el *todo* una mujer.

CHARADA ANAGRAMA

Según *tercera primera*,
con *todo*, formarse pueden
una infinidad de cosas
toditas de rechupete.
A saber: con la *tercera*,
negación que se usa siempre;
prima tercera, en el canto
y entre la elegante gente;
segunda prima es costumbre
de cristianos y de herejes;
y entreverando las letras
lo más convenientemente,
hallarás: un animal,
una cosa que es de reyes,
algo de aves, un metal,
ciudad, y algo que es, a veces,
de carpinteros, de expósitos
y de estaciones de trenes;
y si es que la ortografía
no fijas correctamente,
verás: un río de Europa,
y una cosa en que se cuece.
¿No has comprendido, lector?,
pues ponte más al corriente
sabiéndote que es mi todo,
una cosa que se bebe
ya sola o acompañada
pero nunca muy caliente.

(Las soluciones en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS







(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA: EL DRAG...

Recortar un cuadrado dentro de éste y ... ralelos al mismo, y colocar el recorte ... resulte completo el dibujo del mo...



(La solución en el próximo nú...

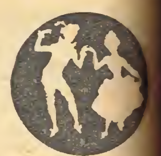
SOLUCIONES DEL NUMERO ...

DE "LA PESA RO...

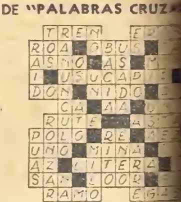
Los pedazos de la pesa p... tres, nueve y veintisiete kilos...

DE "EL MINUE..."

He aquí la forma de juntar los...



DE "PALABRAS CRUZ...



¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

JUAN DEL POPOLO, *Villa Saboya.* — 1º Lamentamos que la extensión que habría de tener la respuesta, nos impida, por cuestiones de espacio, contestar su pregunta en esta sección. 2º Por razones obvias, no es posible volver a incluir en las páginas de LEOPLÁN las novelas que ya se han publicado. 3º Tendremos en cuenta su sugestión para más adelante.

MARCELA, *Capital.* — Las oxalídeas son plantas dicotiledóneas, de hojas alternas, flores axilares y solitarias y frutos capsulares dehiscentes.

ENRIQUE ALONSO, *Capital.* — Agradecemos su amable ofrecimiento, pero no nos será posible utilizar los problemas que tuvo la gentileza de enviarnos, por cuanto disponemos actualmente de un exceso de originales destinados a la sección "Para matar el tiempo".

L. M. *(Capital).* — Tendremos en cuenta su pedido para la primera oportunidad.

ENRIQUE ZOLL... *...rú).* — 1º Si des... tener correspon... tores argentinos... dirección. 2º El ... colaboraciones ... se debe a la mayo... tensión que puedan tener és... problemas de espacio a que h... frente en la actualidad.

JUAN BENÍTEZ, *Capital.* — Agra... teresante sugestión, aun cuando ... poco tarde, pues, como podrá ... sección "Para matar el tiempo", ... vada a la práctica.